

Cristina Zuker

EL TREN DE LA VICTORIA

Una saga familiar

Por Cristina Zuker

MARIO FIRMENICH HABLA DE LA CONTRAOFENSIVA Y LA CALIFORNIA DEL ACORRALA

Yo voy a contestar nada se tenga que ver con esa judicial", fue lo primero que dijo María Firmenich cuando agregó algunas palabras para aclararse a sí misma y no se dio cuenta de que estaba hablando de su marido, el ex jefe de la familia se gana la vida como profesor de economía en la Universidad Central de Barcelona. Aunque tenga una página en Internet cuya dirección es www.anarquistamontonero.org y en ella se siguen publicando documentos con pie de página en formato de código: "habrá patria para todos o no habrá patria para nadie".

Su mujer de toda la vida, María Elpidia, "la negra", condobesa, madre de sus cinco hijos, y encargada hoy como siempre de llevar las directivas de su marido en frecuentes viajes a la Argentina o de allanar los estantes del pasado, había arribado al primer llamado. Recordando, se anticipó que la investigación de Firmenich según se dijo, a pesar de las tantas cosas que se han dicho de él a lo largo de los años. En aquella primera charla telefónica con María Elpidia, operó el teléfono para contarme que cuando fue secuestrado en junio de 1978, estaba en uno de los cuarteles de la FAL en un barrio, no



Cristina Zuker es hija del recordado Marcos Zuker y hermana de Ricardo Zuker, uno de los 15 militantes secuestrados y asesinados por la represión militar en marzo de 1980, cuando intentaban desarrollar la "Contraofensiva" contra la dictadura resuelta por los Montoneros en exilio. Fue una de las que iniciaron la causa por la que el juez Bonadio procesó y detuvo primero a decenas de uniformados y después reclamó la detención de los ex jefes montoneros. Buscando la verdad sobre lo ocurrido, Cristina Zuker entrevistó a Firmenich en casa, poco tiempo antes de la orden de detención que lo hizo ocultarse. En esa reunión, el guerrillero le dio su opinión sobre los puntos que desatarían más polémica tras la última resolución de Bonadio. Cómo y por qué se tomó la decisión de hacer la contraofensiva, si hubo entregadores, en qué condiciones se envió a los militantes (incluso a los dos menores), el papel de los medios y la Justicia, el rol de los delatores e infiltrados y hasta las críticas que recibe por su soberbia. El reportaje que se transcribe a continuación es un adelanto exclusivo del libro "El tren de la victoria", de próxima aparición.

Editorial Sudamericana

-Todos, todos los momentos después de participar. El que tuvo la opción de estar en cuenta o no, y no podía. Todos los momentos, paros de la contraofensiva, otra forma. Algunos en la forma y política en el exilio.

EL TREN DE LA VICTORIA

La saga de los Zuker

Cristina Zuker

Para Flor, la luz de mis ojos

Prólogo

Desde que conozco a Cristina Zuker, me conmueve la obstinación con que persigue un fantasma: el de su hermano Ricardo o el Patito, como lo conocieron sus compañeros de militancia en la UES y en la JUP de Derecho, detenido– desaparecido desde el 29 de febrero de 1980, cuando tropas del Ejército lo secuestraron durante una cita.

Ocho años mayor, Cristina no intenta disimular su ternura maternal. Aun antes de que concluyera la dictadura, fue uno de los familiares que reclamaron en los tribunales la investigación de lo sucedido con los protagonistas de la trágica Contraofensiva Montonera. Desde hace años, los abogados del CELS la asisten en esa travesía por los laberintos jurídicos, lo cual nos ha mantenido en periódico contacto. Alenté desde el principio su idea de canalizar en un libro testimonial esa tenacidad en la reconstrucción de cada fragmento de la vida de su hermano, cuya historia es emblemática de una generación.

Cuando el juez Claudio Bonadío ordenó la captura de la última cúpula montonera, en la segunda semana de agosto de 2003, Cristina me ofreció la entrevista que había realizado en España a Mario Firmenich, y la publicamos en *Página/12*. Desde hacía un par de años era evidente que las preguntas del juez a los testigos y algunas informaciones periodísticas emanadas del tribunal apuntaban a detectar un hipotético infiltrado militar en la conducción guerrillera, y ya se sabe que Firmenich es el villano preferido de esas especulaciones nunca demostradas. Es probable que cuando este libro salga de la imprenta, la resolución de Bonadío haya sido revocada por un tribunal superior, dada su transparente endeblez. La causa no había madurado en la dirección que el magistrado deseaba imprimirle, pero aun sin pruebas asestó su golpe, en un momento muy oportuno. La responsabilidad penal por crímenes de lesa humanidad requiere la participación voluntaria y deliberada en prácticas masivas y sistemáticas de violación de derechos humanos. No se participa del terrorismo de Estado por error o negligencia o por la asunción temeraria de un riesgo.

En esa discusión estábamos cuando Cristina me anunció que había terminado la escritura del libro, me entregó los originales y me pidió que lo prologara. Entonces comenzaron las sorpresas.

El título reproduce una expresión con la que Roberto Perdía reclutaba militantes para ingresar en forma clandestina al país subyugado por la dictadura militar. No debían perder "El Tren de la Victoria", les decía en las narices de los servicios de informaciones sembrados en las colonias del exilio. Después, un asistente recogía en una bolsa los papelititos con los datos de quienes accedían a esa conscripción. Hoy es un próspero empresario y asesor ministerial en asuntos

eclesiásticos, gracias a su relación con el ex embajador menemista en el Vaticano, Esteban Caselli.

Esta sería investigación es un libro político que se volverá indispensable para el debate sobre aquellos años. Comprende recuerdos personales, entrevistas con sobrevivientes y cotejo de ambos con documentos. También bucea con inusual profundidad en las motivaciones de quienes sacrificaron sus vidas en aras de un proyecto político en el que habían dejado de creer. De este modo, arroja dudas mejor fundadas que las de Bonadío, pero de otra índole, sobre el rol que le cupo a la conducción que ideó la Contraofensiva. Su ínfimo nivel intelectual pero alta capacidad de extorsión moral queda en evidencia en forma más difícil de apelar que la decisión del juez.

Muchas veces me he preguntado cómo fue posible que personas de notable aptitud e incluso brillo intelectual se sometieran a los dictados de un liderazgo paupérrimo. La clandestinidad que impedía el contacto abierto es una explicación necesaria pero insuficiente. Cristina narra, además, la explotación a que fueron sometidos, por el compromiso ético que conservaban, no con la organización, de la que muchos incluso se habían alejado, sino con los compañeros caídos antes que ellos.

Esto sería bastante para justificar la edición de este libro. Pero, además, tiene otras virtudes. Su prosa directa se sostiene en una sabia estructura narrativa que se explica en el subtítulo: *La saga de los Zuker*. Cubre un arco de casi un siglo, desde la llegada de los inmigrantes polacos y andaluces que formaron la familia hasta el estremecedor desenlace al cabo de cuatro generaciones, que un prólogo no debe revelar. Cristina relata las historias más dolorosas de la intimidad familiar con una sinceridad asombrosa, más propia de una obra literaria. Esas páginas me hacen pensaren algunos de los libros más bellos escritos en los últimos años, cuando nuestro país comenzó a reflexionar en serio sobre sus ralees: *La novia de Odessa*, de Edgardo Cozarinsky, *El mar que nos trajo*, de Griselda Gámbaro, y *Mamá*, de Jorge Fernández Díaz.

Por todo lo dicho hice una excepción a la regla con la que defiendo mi escaso tiempo libre para no disiparlo en proyectos ajenos. Esto equivale a decir que me siento representado por esta obra.

Horacio Verbitsky

1 El nacimiento

Ricardo nació el 24 de febrero de 1955.

La noche anterior había sido sensacional, hacía calor, y el cielo estaba lleno de estrellas.

Mamá y papá me llevaron a tomar un helado a Saverio, que quedaba en la calle Entre Ríos, muy cerca de casa. Por supuesto pedí mi preferido, un *sundae* de crema bañado con chocolate caliente y adornado con un montón de nueces, cuyo sabor aún permanece en mi memoria.

Vivíamos en Constitución, en la calle Santiago del Estero 1472. Alquilábamos un departamento en un segundo piso por escalera, con un dormitorio y el comedor, donde yo dormía. Era probable que nos quedara chico con el nuevo hermanito, pero como papá siempre decía que no tenía plata, me parecía difícil que pudiéramos mudarnos. En la otra cuadra, al 1500, vivían todavía mis tías, mi primo y mi abuela materna, en la planta baja, al fondo de un pasillo. La casa tenía dos patios enormes. A uno se hacía pasar a las visitas, estaba lleno de macetas, de esas rayadas blancas y rojas, donde mi abuela cuidaba sus malvones y geranios. El otro era una suerte de vientre de la casa, donde comíamos bajo el toldo en los días de verano y, para las fiestas, recibía a los pollos que iba engordando hasta que llegaba el momento del sacrificio, cuando la abuela con sus propias manos les retorció con precisión el pescuezo.

Aquel jueves a la noche, víspera del nacimiento de Ricardo, la calle estaba silenciosa tras los bulliciosos carnavales del fin de semana, aunque para mi regocijo cada tanto pasaba alguna solitaria mascarita rezagada. Hacía mucho calor y la escasa brisa no llegaba a refrescar a los vecinos, que se sentaban en la calle para aliviarse del bochorno.

Mamá estaba más linda que nunca, con su panza ya en fecha, y los dos se esforzaban por mimarme. Yo alzaba la cara hacia ellos para tratar de adivinar cómo serían los tiempos venideros. Estaba a punto de perder el sitio de hija única retenido durante casi ocho años, debido a las resistencias de mamá a tener otro hijo. Pero en ese momento sólo me importaba verlos felices, juntos e ilusionados, y confiaba en que la llegada de mi hermano fuera un bálsamo para la penita que tantas veces me embargaba a causa de sus invariables discusiones.

Estaba haciendo la primaria en la Escuela Eustaquio Cárdenas, que quedaba a la vuelta de casa. Siempre traía el cuaderno lleno de felicitados, y las maestras me adoraban. Sin embargo, por cualquier cosa mi papá me encerraba en el baño con llave, donde lloraba con desconsuelo hasta que alguien, que casi nunca era él, se

compadecía y me liberaba. Creo que se enojaba porque yo siempre me ponía del lado de mamá cuando se peleaban, y así me castigaba.

Durante los últimos meses se habían turnado para llevarme a pasear. Con mamá íbamos a la Plaza Caray, porque adoraba andar en el caballo de la calesita y mostrarle cuando sacaba la sortija, mientras apretaba entre los dientes un pirulí de frambuesa. O a la Plaza Constitución, que no se encontraba, como hoy, depredada: había muchos juegos, la fuente largaba unos chorros altísimos, y estaba rodeada por un cerco de troncos con una leyenda en el medio: "Los únicos privilegiados son los niños" Corrían los tiempos de la segunda presidencia de Perón, el peronismo era otro tema de debate en el seno de la familia. Papá siempre fue muy gorila, mientras mamá decía que era apolítica, pero sentía por Evita una particular inclinación basada en el zodiaco. Ella había nacido el 4 de mayo, y Evita el 7, por consiguiente eran las dos del mismo signo. Además había leído *La razón de mi vida*, y consideraba que así es como escribe una mujer enamorada.

Papá había conocido a Eva haciendo una obra de teatro que se llamaba *La gruta de la fortuna*. Después volvieron a encontrarse en Radio Belgrano, donde protagonizaban una novela histórica, *Los jazmines del 80*, y, pese a que él decía que fueron amigos, nunca fue muy condescendiente hacia ella. En cuanto a mí, que no la conocí, durante primer grado y primero superior los libros de lectura traían imágenes y textos del general Perón y de Evita Capitana, que nunca lograron dejar huella en mi imaginación. En esa época, mis lecturas preferidas eran los libros de la colección Robin Hood, en especial *Mujercitas* y sus continuaciones. Papá me traía todos los lunes uno o dos libros de regalo, que compraba en la librería de Juan Vehil. Así se fue ampliando mi biblioteca con *La princesita de los brezos*, *Tom Playfair* la inolvidable recopilación de 360 poesías para niños, de la que aprendí tantos versos de memoria. Los libros no venían solos. Llegaban con una bandejita de trufas de chocolate que me encantaban. Las compraba en la Confitería SIMO, que aún hoy sobrevive en la calle Maipú. Cuando aparecieron las primeras figuritas de brillantes, papá traía las más lindas de la Librería Mentruyt, que quedaba en el centro. Eran alemanas, y todavía conservo el álbum donde iba pegando con orgullo aquellas que todas mis amigas envidiaban. Sobre todo Mariel, que no me perdonaba que las escondiera, cada vez que jugábamos a la tapadita.

Cuando íbamos a la plaza con mamá, me tiraba del tobogán o me hamacaba. Ella me esperaba con su sonrisa maravillosa, y en esos instantes de amor y de vértigo creía firmemente en aquella consigna peronista: me sentía una privilegiada. Al volver, pasábamos por la casa de la abuela, que siempre me recibía con un Toddy y rebanadas de pan con manteca y azúcar. Mientras tanto, mamá no dejaba de hablar del hijo que iba a nacer, asegurándome que a partir de ahora todo iba a ser mejor y diferente.

A mí me molestaba un poco que los hombres la miraran, más aun estando embarazada, pero era tan bonita que cómo no darse vuelta a su paso. Muchos decían que se parecía a Ava Gardner, y al mirar sus queridas fotos todavía hoy el corazón me late con el mismo antiguo orgullo. En casi todas aparece junto al mar o al río con atrevidos dos piezas. Adoraba tomar sol y estaba casi siempre muy bronceada. Pero hay una en especial donde se la ve sobre un diván, disfrazada de hawaiana y cubierta de guirnaldas. Es muy anterior a mi nacimiento, todavía no había conocido a papá, y hoy me hace pensaren los hombres que la habrán deseado.

Otra cosa que me molestaba era que me vistiera siempre con ropa almidonada, pero no se lo decía porque me encantaba estar con ella mientras planchaba mis vestidos de tafeta o de viyela, los bombachudos de piqué, algunos con una pollerita sobrepuesta, e iba dejando sobre la silla las enaguas de cintura que de tan duras parecían poder mantenerse paradas. Dejaba para el final el guardapolvo con las consabidas tablitas y el prolijo lazo que anudaba todas las mañanas, junto con las colitas trenzadas con cintas que remataban en un moño immaculado. Después, las dos tomadas de la mano, me llevaba al colegio. Confieso que hubiera preferido un estilo más descontracturado, pero el almidón era un incondicional aliado de mamá en su berretín de vestirme de punta en blanco.

A él también le gustaba. Más de una vez dijo que mamá me arreglaba como una princesa, cuando me llevaba al centro a encontrarse con sus amigos: "Te ponías a bailar en la esquina de la Confeitería Real, en Corrientes y Talcahuano, con tus rulos y los vestidos impecables que te ponía tu mamá. Cantabas "Chico, chico de Puerto Rico", y te aplaudían Cadícamo, el Malevo Muñoz... Todos los que me querían y venían a felicitarme por la hija", me contaba cada vez que yo le reclamaba alguna prueba de cariño.

Cuando nació Ricardo, al delantal lo llevábamos a un conventillo de la vuelta donde una lavandera se ocupaba de lavarlo y plancharlo, ya que a mamá los pañales le llevaban mucho tiempo. Quedaban siempre para el final las camisas, una tarea que debía encarar con especial atención porque ella decía que para un actor era muy importante su presencia física, y rigurosamente él se cambiaba de camisa dos veces por día. Lo más importante eran los cuellos, no sólo porque debían quedar perfectos, sino porque muchas veces se convertían en mensajeros de malas noticias, cuando llegaban manchados de *rouge* y maquillaje.

La radio estaba casi siempre prendida, y cuando volvía del colegio, escuchábamos juntas *Torzón*, y después algún radioteatro como el de Oscar Casco con Hilda Bernard, aquel de "mamarrachito mío", o a Fernando Siro y Delfy de Ortega. Con la televisión mantuvimos la costumbre, y nos metíamos en la cama a tejer y a ver juntas *Cuatro hombres para Eva*, un inolvidable folletín de Nene Casca Iñar, aunque yo para entonces ya era una señorita.

También cada tanto íbamos a buscar a papá al Teatro Liceo, en Congreso, donde formaba parte del elenco de Luisa Vehil. Una vez fuimos a ver la obra en que actuaba, *El corazón extraviado*, sobre la vida de Juana la Loca, hija de los Reyes Católicos, enamorada de Felipe el Hermoso. Él hacía del almirante que conducía la nave donde la infanta volvía a España desde Flandes, con el corazón de su marido muerto guardado en un siniestro cofre. Se lo veía muy buen mozo con su uniforme blanco. Me conmovió muchísimo, tanto que aún hoy me despierta profundas resonancias que se vinculan con el amor y la muerte, el amor condenado y mortal.

En esa época papá hacía teatro serio. Siempre contaba que cuando trabajó en *Juana de Arco*, de Jean Anouilh, Marcel Marceau asistió a una de las funciones y después fue al camarín para felicitarlo. O cuando actuó en *El amante complaciente*, de Graham Greene, y Victoria Ocampo quería pagarle un viaje a Londres para que viera que su trabajo no tenía nada que envidiarle al de Ralph Richardson.

Yo creo que la compulsión por el juego lo llevó a dilapidar parte de ese talento, como él mismo reconoció más de una vez: "A veces pienso que no cuidó demasiado bien de mis amores. Esta apreciación vale también para mi trabajo de actor. Me doblegué muchas veces ante el patrón pesos"

Papá llegó al teatro de revistas porque los sueldos más altos le permitían apostar más fuerte, así que por un largo tiempo no volví a verlo sobre un escenario. Mientras trabajó en el Teatro Maipo con Adolfo Stray, Nélide Roca y un montón de bataclanas semidesnudas, él siempre decía: "Vos no podés entrar porque sos muy chiquita... Tenes que aprender que acá sólo se pueden ver y escuchar porquerías".

Cuando supe por su propia boca que a mi edad ya andaba metiéndose en los piringundines, me dio el mejor bocadillo para las discusiones que protagonizamos a lo largo de la vida: "Papá, vos sos un hipócrita".

Pero antes siguió haciendo varias temporadas con Luisa Vehil y su hermana Paquita, la mamá de Miguel Ángel Solá, con quien solíamos jugar a ser artistas cuando quedaba vacío el escenario. Seguimos siendo amigos. Él me contó que, cuando muchos años después trabajaron juntos en un programa de TV que se llamaba *Compromiso*, Zuker amagó con pegarle. Dice Miguel que no lo aguantaba por ser tan contestatario, y que en algún lugar de su cabeza lo asociaba con Ricardo.

Otras veces, mientras hadamos tiempo hasta que terminara la función, íbamos al entrañable Cine Gaumont. Ahí vimos *Bambi*, de Disney, la película más triste de mi vida. Yo iba mucho al cine. La que más me llevaba era mi tía Anita. Cerca de casa estaban el Gran Sud y el Buen Orden, donde casi siempre daban películas de *cowboys*. Pero a ella le gustaba llevarme al centro, a los cines de la calle Lavalle. Después tomábamos el té con masitas en la Confitería Ideal, que de tan lujosa me parecía un

teatro, con las paredes revestidas en roble de Eslovenia y su luminoso vitral en el techo. O caminábamos hasta Corrientes y Talcahuano para comer un panqueque en La Cabaña del Tío Tom, que me encantaba porque había leído el libro, que también me había hecho llorar bastante. Sigo siendo llorona en el cine, pero aquellas lágrimas por *Bambi* se perdieron con las derramadas posteriormente con *imitación de la vida*, un melodrama sobre hijos ilegítimos que dirigió Douglas Kirk con Lana Turner, o la desgarradora *Gritos y susurros*, de Bergman. De todos modos, la oscuridad del cine es uno de los mejores lugares para liberar las penas que una lleva consigo. Con algunas películas me pasa que las vuelvo a ver para confirmar si aún me quedan lágrimas, con el corazón tan maltrecho por haber perdido lo que más amaba.

Con papá solíamos tomar el tranvía para ir al Parque Lezama. Ya empezaban a reconocerlo por la calle, y a mí siempre me extrañaba su buen humor y cordialidad cuando la gente se acercaba, porque en casa él cambiaba, tanto que cuando era más chiquita pensaba que estaba ensayando algún papel de malvado. En realidad, papá nunca hizo de malo. Siempre se especializó en personajes que hacían llorar, aunque también explotaba la veta cómica. Él sabía hacer llorar y hacer reír. A nosotras generalmente nos tocaba llorar, y en esa contradicción entre vida pública y privada, también yo quedé atrapada. Hoy es como una foto congelada que refleja a un ser humano atravesado por la violencia interior y la necesidad de sostener una imagen de hombre bueno y respetable ante su público. Para él era decisivo que la gente lo reconociera y lo quisiera. En su megalomanía, y para defenderse de los reproches de mamá, llegó a decir: "La gente besa el piso por donde yo camino".

Hasta tal punto su perfil de famoso devoró nuestra intimidad que yo misma, cuando me refiero a él, le digo Zuker.

Todos afirmaban que hacía sufrir mucho a mamá, y que además se jugaba todo lo que ganaba. Lo decían bajito para que no me enterara, pero nadie sabía mejor que yo de sus frecuentes y encarnizadas contiendas, durante las cuales ni siquiera reparaban en mi presencia. Los motivos que daban inicio a las peleas eran casi siempre los mismos. Mamá le explicaba que no le alcanzaban los cinco pesos que le daba diariamente, entre otras cosas porque era época de desabastecimiento y lo que se conseguía había que pagarlo mucho más caro. Como mamá sabía que gran parte de la plata se le iba en el juego, se lo recriminaba con apasionamiento, y sumaba a la queja cuánto de esa plata se le iba en mujeres, punto al que buscaba llegar neuróticamente. Entonces empezaban los insultos que iban *in crescendo* hasta desembocar en el escándalo. Tampoco en ese entonces los vecinos eran proclives a meterse, aunque doy fe de que Delfina, la solterona que vivía en el departamento de enfrente, seguía escondida tras la mirilla los estertores de la batalla. La cuestión se dirimía con uno o varios golpes bien puestos, y el consabido portazo para llegar a la calle, donde a Zuker los aires le eran más benévolos. En esos silencios atravesados por el llanto fui tejiendo con mamá una complicidad y una devoción que muy pocas veces supo de

claudicaciones.

Zuker reconoció, en un reportaje que le hizo Jorge Guinzburg en la revista dominical del diario *La Nación*, que fue un eterno enamorado, que hizo desastres con las minas y que perdió todo lo que tenía entre el hipódromo y ellas. Por su parte, mi sagaz y sensible abuela materna pensaba que la vida de un artista estaba llena de tentaciones, así que tempranamente asocié la profesión con el mundo del pecado, y me avergonzaba de su oficio, que nos robaba a mamá y a mí el amor que tanto necesitábamos.

Todos los días ella lo despertaba con el mate al mediodía, porque Zuker no almorzaba, y salvo el día de descanso o cuando no hacía teatro, cenaba después de la función con el resto del elenco en algún restorán de la calle Montevideo, que en la época de vacas flacas era Pipo, y si no, Pepito. Después tomaban café en el Politeama, donde caían todos los artistas a la salida del teatro, y que por eso se convertía en el lugar donde siempre surgían proyectos de trabajo, giras por el interior que a veces se extendían hasta Chile o Montevideo. Empezaban a aparecer grupos de teatro independiente formados en su mayoría por quienes nunca aceptaron afiliarse al Partido Justicialista, una transgresión que según decían los "anti", se pagaba figurando en las listas negras. Papá nunca se afilió, pero tampoco sufrió la falta de trabajo. Hay una versión que remite a la agradecida memoria de Eva hacia quien fue mas que magnánimo con ella en sus primeros tiempos, cuando luchaba con tesón para convertirse en "una estrella". Zuker cuenta, en el libro de Abel Posse *La Pasión según Eva*, que una vez le prestó setenta pesos que más tarde ella le devolvió rigurosamente. Aunque también circularon rumores nunca confirmados acerca de una relación sentimental entre ellos.

Casi nunca lo veía al llegar del colegio, y cuando él volvía de madrugada, yo ya estaba durmiendo. Entre tanto mamá se dedicaba con primoroso esmero a las labores de su casa, como se decía por aquellos tiempos. Le encantaba tener todo ordenado, y hasta nos obligaba a usar patines de franela, sobre todo después de que don Vicente, el encerador de la familia, dejaba radiante el piso a costa de cera y viruta. Sobre los muebles abundaban las carpetitas que mi abuela tejía al *crochet* para regalarles a sus hijas, y que mamá también almidonaba con fervor.

Aunque la casa era chica, a veces le tocaba recibir a los compañeros de trabajo de papá, casi siempre los lunes, que era día de descanso en los teatros. Me acuerdo de que por esa época hacía por la radio *Tres ángeles y un infierno* con Raúl Rossi y Beatriz Taibo, y se juntaban a comer en las distintas casas. Una vez mamá preparó un puchero que fue muy aplaudido. Ella de esto sabía bastante porque la abuela, que cocinaba como los dioses y venía de la tierra del cocido, le había enseñado que era necesario hervir las cosas por separado, sobre todo los chorizos y garbanzos. También me acuerdo de que la cena estuvo fantástica. Rossi hablaba todo el tiempo de la madre, y

mientras tanto yo jugaba con Raúl Taibo, el hijo de Beatriz Taibo y Raúl Tignanelli, el sonidista del programa.

Otra vez vino Fidel Pintos, que estaba haciendo en la radio *Monsieur Canesú*, uno de los programas que no nos perdíamos con la abuela porque nos desternillábamos de risa. Traía un frasco con pesto que decía era su especialidad, y contaba que se pasaba horas machacando la a Iba haca y los ajos en el mortero, menos las nueces, que había que masticarlas, advertía con solvencia.

Mamá también hacía muy ricos postres, y Zuker siempre decía que el budín de pan que ella preparaba no tenía parangón con ningún otro conocido. Sí, cuando quería era un seductor, y además le venía bárbaro que mamá invirtiera tanto amor y tiempo en hacer todo como a su marido le gustaba.

Antes de quedar embarazada, a él justamente le gustaba una morocha bastante ordinaria, nada parecida a un ama de casa, una damita joven como se decía en la jerga teatral, que había conocido tres años atrás cuando trabajaban los dos en la compañía de Narciso Ibáñez Menta y Laura Hidalgo. Desde entonces mantenía con Inés Moreno una relación paralela y pasional que lo tenía dado vuelta.

Que no era una dama se confirmó el día que la llamó a mamá y, cumpliendo con un cliché fanguero, le dijo que mi papá estaba decidido a abandonarnos para irse a vivir con ella.

Para mamá los celos eran un pasaje de ida al infierno, y recorría sus abismos hasta saber de una manera o de otra con quién la engañaba. Les pedía a las hermanas o al sobrino que la acompañaran a seguirlo o contrataba a algún detective con el mismo objeto y, tenaz en su barbarie, enfrentaba a los infieles sin importar dónde los hallara. Cuando Zuker empezó su romance con Inés Moreno, mamá había estado a punto de mandarlos presos una noche que los encontró juntos en el viejo Bar Ebro, en Belgrano y Entre Ríos. Primero le pidió al vigilante de la esquina que la acompañara hasta la mesa donde estaban sentados.

– ¿Qué estás haciendo acá? – gritó él levantándose amenazador, una vez repuesto de la ingrata sorpresa.

Sin amilanarse mamá le contestó:

– Quería conocer a la hija de puta que está destrozando mi hogar.

– Vos donde tenes que estar es en tu casa, porque yo soy un hombre y hago lo que quiero.

– Yo lo que voy a hacer es meterlos presos – replicó mamá, agrandada por la

presencia del uniformado.

– Anímate, ninguno de los dos tenemos documentos. Pero cuando salga, agarrate...

A esa altura, hombre al fin, la autoridad intentó persuadirla de lo inconveniente de su postura.

– Mire que usted también va a ir presa por escándalo en la vía pública, señora.

La pobre mamá se fue al mazo, y volvió a casa desolada a esperar que él llegara, imaginando con angustia cómo sería la represalia. Porque como bien decía Otelo, "los celos son un monstruo que se sirve de la carne que lo nutre".

Muchísimo tiempo después, mientras me ganaba la vida contando sobre el quehacer de la farándula, propuse hacer una nota de color, como le dicen, a Inés Moreno con su hija también actriz, Andrea Barbieri. Cuando nos quedamos a solas, le recriminé el daño hecho a nuestra familia.

– ¿Usted sabe quién soy yo? Soy la hija de Marcos Zuker.

Pude constatar que se puso pálida tras la gruesa capa de maquillaje y, aunque nunca fue buena actriz, apeló a sus escasos recursos histriónicos:

– Sí, trabajé con tu papá hace muchos años. Éramos muy buenos compañeros.

– No se moleste en mentirme. Quiero que sepa que usted nos hizo sufrir mucho, y como mi mamá ya no está para putearla, me estoy dando el gusto de reemplazarla – dije con el grabador ya cerrado mientras me dirigía a la puerta de casa, dejándola con la palabra en la boca. Para mí se trató de una tibia y tardía venganza.

No hace mucho, Osvaldo Nemirovski, el Zeta, un amigo de mi hermana en la militancia y en la vida, me contó que una vez se la cruzó ron en Mar del Plata. Ricardo entonces le dijo, tratando de darse dique, como van a confirmar otras anécdotas de la época: "Esa mina fue novia de mi papá. De las otras te voy a ir contando de a poco"

Después de aquel llamado insidioso de la amante de Zuker, mamá me llevó a dormir a lo de mi abuela, ya que estaba dispuesta a esperarlo despierta para saber si era verdad que pensaba dejarnos.

Para mí, ir a casa de la abuela significaba el mejor regalo. Amaba dormir en su cuarto, en una de las dos camas separadas por una mesita donde estaba la radio. Es muy posible que haya sintonizado Radio Porteña para escuchar alguna obra de teatro. Una de las más transmitidas era *Bodas de sangre*, y las dos recitábamos con Lola

Membrives el doloroso final de la tragedia lorquiana.

Con un cuchillo, con un cuchillito que apenas cabe en la mano,

en un día señalado entre las dos y las tres

se mataron los dos hombres del amor.

Con un cuchillo, con un cuchillito que apenas cabe en la mano,

pero que penetra fino por los carnes asombradas,

y que se para en el sitio donde tiembla enmarañada

la oscura raíz del grito.

Cuando volví al día siguiente, mi casa estaba arrasada, con las luces prendidas porque mi papá había roto las persianas, la radio yacía estrellada en el piso hecha pedazos, entre otros objetos también destrozados. Mamá estaba con una amiga que había llegado a consolarla, y sus hermosos ojos estaban deformados por el llanto.

Muy poco tiempo después fue ella la que propuso un armisticio, cuya prenda de paz sería la llegada de otro hijo, apostando a hacer borrón y cuenta nueva sobre pasados maltratos. En su interior, persistía la voluntad de una reconciliación que creía aún posible. Su mayor ambición era que naciera un varón, pues había decidido bautizarlo según los ritos del pueblo judío, como una prueba más de su amor. Porque mi padre, Marcos, hijo de polacos, y Silvia, mi mamá, la menor de una familia andaluza, eran un matrimonio mixto, como le decían a las uniones de judíos y católicos.

Es cierto que no se habían conocido precisamente en el camino a Santiago de Compostela. Allá por el 46, cuando ella tenía veintitrés años y él veinticuatro, ambos frecuentaban a una tal Virginia, cuyo amante era un conocido abogado antiperonista. Se llamaba Laureano Landaburu, y pocos años más tarde sería ministro del Interior durante el gobierno de Aramburu, cuando refrendó con su firma el decreto de Ley Marcial que culminó con los fusilamientos de José León Suárez, en el 56. Pero por aquellas épocas Landaburu había ido a parar con sus huesos a una celda que compartía con Cipriano Reyes, un dirigente del gremio de la carnea quien muchos consideraban el verdadero artífice de la gesta del 45.

Mientras Landaburu estuvo preso, Virginia ponía la casa y los tragos para animadas mesas de póker, y se quedaba con "la cañota", un recurso para remontar la ausencia del protector. Llena de resentimiento, es posible que le haya dicho a mamá: "Te voy a presentar un muchacho que dicen que anduvo con la que te dije".

Así fue que un día Zuker llegó, se sentó a jugar y orejeó las cartas mientras no le sacaba un ojo de encima a esa morocha que lo miraba con simpatía, mientras se ocupaba de que las copas estuvieran siempre llenas. Ella, que no sabía jugar al póker, debió llegar ávida de aventura, luciendo sensual uno de esos vestidos negros con escote corazón que tan bien le sentaban. Dicen que Virginia sentenció que "se habían juntado el hambre y las ganas de comer".

Esa noche del 23 de febrero de 1955, mientras volvíamos a casa después de comer el helado, papá y mamá me llevaban de la mano. No voy a olvidar nunca que en esas cuadras nos cruzamos con algunos camiones repletos de gente, cantando la marcha peronista. Al día siguiente, 24 de febrero, se cumplía el noveno aniversario del histórico comicio que catapultó a Perón a su primera presidencia, aunque en ese momento el clima ciudadano no daba para festejos. El gobierno del General tenía los días contados. Todavía no sabíamos que el nacimiento de Ricardo iba a coincidir con esa fecha. Tampoco hubiéramos podido imaginar que años después se derramaría sobre nosotros, con la fuerza de un volcán, la tragedia, encarnada en una dura consigna: "Juventud Presente. Perón, Perón, o muerte"



Los Zuker: María (parada) y su esposo Jacobo (sentado), con dos de sus hijos. Marcos está sentado junto a su padre.

2 Los Zuker

Tengo frente a mí una vieja foto, sacada en un estudio de la esquina de Lavalle y Pasteur, en pleno corazón del Once, según consta en el desvaído sello del dorso. El tiempo ha quemado los bordes, y pintó de color sepia a sus protagonistas. Cada uno de ellos parece sumergido en un retrato individual, como evitando exteriorizar los sentimientos. Cuesta imaginarse a esta familia en lo amoroso de lo cotidiano.

Seis hijos rodean a Jacobo Zuker, a quien no llegué a conocer, y a María Zuker, a la que nunca pude amar.

Mis abuelos paternos miran firmes a la cámara, sin que el fogonazo a base de polvos de magnesio consiga inmutarlos. De pie, dos varones y dos mujeres intentan imitar la expresión seria y desafiante del padre, que desde su silla ocupa el centro de la foto. Unas manos enormes aplastadas sobre las piernas abiertas, los erguidos mostachos, el traje negro con chaleco, atravesado por la cadena del reloj, que no parece de oro. Y su mirada dura, que podría llegar a quebrar hasta al más fuerte.

María Zuker no consigue maquillar su desgaste ni ocultar sus manos ajadas. El holgado vestido tampoco disimula su séptimo embarazo. En los ojos opacos parecen dormitar sombras oscuras del pasado, un miedo antiguo que se resiste a abandonarla.

Marcos, el más chico de los varones, está sentado en un banquito, apoyando su mano infantil en la fuerte rodilla del padre, que no parece percatarse. No debe tener más de tres años, y su gesto es de confusión y deslumbramiento. Un cortinado oficia de telón en el improvisado set, y el pequeño Zuker luce extasiado frente a las candilejas del precario escenario.

La foto no cuenta que Jacobo y María habían nacidos primos hermanos en 1880, en una aldea cercana a Lodz, segunda ciudad de Polonia, donde la economía se concentraba en la industria textil. Era un pueblo de costureros, y por tradición y necesidad ambos habían heredado ese oficio de padres y abuelos. Desde el medioevo, los apellidos designaban los distintos menesteres relacionados con el oficio desastre. Así, el hijo de éste se llamaba Sznaiderowicz, el hombre que manejaba la aguja era Igielman, pasando por una amplia gama que incluía al botonero Knopenmacher, o al señor Mantelman, que vendía tapados.

El 38° de la población era judía como ellos. Sobrevivientes, ya que desde 1563, cuando el primer zar, Iván el Terrible, conquistó la ciudad de Polotzk a los polacos, su suerte estaba echada: la brutal orden fue bautizar a todos los judíos y ahogar en el río Dwina a los que no estuvieran de acuerdo en convertirse.

Desde entonces las cosas no habían mejorado. Jacobo se ganaba malamente el

pedazo de pan y la sopa de sémola trabajando a destajo en una tejeduría. El único consuelo ante la desesperanza consistía en escuchar recitar al rabino los textos de la Torá, en especial aquel en que el profeta Ezequiel anunciaba que los cielos se abrirían para poder ver a Dios. Después, todos cantaban y bailaban en su alabanza, y Jacobo aprovecharía ese remanso para contarle a María de sus miedos y de sus esperanzas. El terror a ser reclutado por el ejército ruso para luchar contra Japón no lo dejaba dormir por las noches. Escuchaba a lo lejos los cascos de los caballos en que marchaban los centuriones negros, un grupo de fanáticos cosacos que exaltando su condición de rusos auténticos, incendiaban los guetos, asesinaban a los ancianos y secuestraban a los más jóvenes para poner su educación en manos de las tropas del Zar de todas las Rusias, que los instruía mediante azotes, hambre y obligación de comer carne de cerdo, tabú primigenio del pueblo de Israel. Emulando al terrible Iván, ahora la orden era proceder a su aniquilamiento.

Tras esperar en vano que los cielos se abrieran para mostrarle a Dios, y aterrorizado por los cuarenta y nueve muertos y más de seiscientos heridos de 1903, a raíz de un *pogrom* del que escapó milagrosamente, Jacobo decidió salvar su vida y la de quien quisiera acompañarlo al destierro.

Su prima María estaba dispuesta a seguirlo con su fe en los designios del Todopoderoso y la ancestral nostalgia por retornar a la tierra prometida. Ambos eran askenazíes, y fue en ídish que él le contó de un lejano país muy joven donde los judíos no eran perseguidos y podían gozar de libertad religiosa, donde se decía que de la tierra manaba leche y miel, como anunciaron los profetas.

Decidieron casarse antes de partir, violando el precepto que prohíbe expresamente las uniones consanguíneas. A cuarenta y dos tipos de parentescos se refiere la Biblia, condenando al estigma a la futura descendencia pero, como hace dos mil años, lo que estaba en juego una vez más era la mera supervivencia: la unión entre primos era moneda corriente para ese pueblo perseguido que defendía su identidad como la de una gran familia.

La huida fue dificultosa. A su pasó se iban cerrando las fronteras de los países vecinos para aquellos que no podían probar que atravesarían el territorio sin detenerse en él. Justamente en 1904 la frontera de Alemania fue clausurada. Tardaron meses en llegar al puerto de El Havre, en el norte de Holanda. Nunca habían visto el mar, pero en sus ojos llevaban prendidos los rostros de los que habían quedado atrás, tan cerca de la muerte. Y las lágrimas enturbiaban el color de ese mar que pronto se convertiría en la inmensidad del Atlántico.

En el puerto supieron a través de otros paisanos de la existencia de un manual para inmigrantes. Ninguno de los dos sabía leer ni escribir, pero así pudieron enterarse de que debían llevar al barco sillas o reposeras para no tener que sentarse en

el suelo fácilmente inundable de las barracas de tercera clase, donde hombres y mujeres viajaban en espacios diferentes.

El desayuno consistía en pan o galletas, a veces café y otras, pescado salado. Para almuerzos y cenas, fideos, carne, pescado con verduras y por su puesto agua.

En relación con el "mal del mar", las instrucciones eran precisas:

"Verán cómo desaparece la cubierta cuando el mar está muy movido. Hay quien se desgarran las vísceras y se queda como muerto, hay quien se libera simplemente con vómitos débiles. No se conoce el remedio, salvo para la manifestación benigna del mal, que consiste en comer un poco más. No es necesario intentar vomitar con el estómago vacío porque se sufre más, sí, en cambio es útil chupar un limón. La posición horizontal calma bastante".

Jacobo y María agregaron a sus escasas pertenencias varias bolsas de naranjas, y fue el único alimento durante su odisea, para no pecar por transgredir las sagradas normas. Además, ella ya llevaba en el vientre a su primera hija, así que el viaje debió ser una prueba difícil. A bordo del vapor que los trajo, se sabe que mis abuelos y sus hermanos de viaje debieron presenciarla muerte de quienes no resistieron la travesía. Así rezaron por cada uno de ellos: "Dios dio, y Dios quitó, sea el nombre de Dios bendito".

En esas circunstancias se crearon indelebles vínculos, como es el caso de Fanny Smolarchic, una *shiffbrider* (hermana de viaje) para toda la vida. Su hijo Ben Molar, cuya trayectoria es sinónimo de porteñismo, siempre fue considerado como un primo para la familia Zuker. Pese a su erudición tanguera, es muy poco lo que sabe o recuerda de aquel la epopeya que trajo a su madre hasta estas tierras.

"De eso no se hablaba. Mi amigo Borges decía que el tiempo es olvido y es memoria y yo digo que el miedo y la miseria suelen sellar recuerdos y palabras", sentencia este hombrecito que actualmente tiene casi noventa y cinco años, y se enorgullece de las caminatas por la calle Corrientes compartidas a lo largo de veinte años con su venerado amigo Jorge Luis. Al llegar a la esquina de Corrientes y Talcahuano, dice que le decía al Maestro: "Acá parábamos todas las noches un grupo de pibes que soñábamos con ser artistas: Julián Centeya, Tono y Gogó Andreu, Héctor Coire, Marcos Zuker. Allá estaba el Café Germinal, ése era el Marzotto y acá el Café El Nacional".

Me cuenta que, desde muy chico, todos los domingos iba de la mano de su madre a lo de María, mi abuela.

"Por entonces no existía el sábado inglés, o sea que la visita del domingo, único día de la semana en que no se trabajaba, tenía un gran valor afectivo. Íbamos con el

'pekele', una versión cocoliche entre el ídish y el castellano para designar al paquetito con algo para acompañar el té que se hacía sobre el samovar de bronce trasplantado de Polonia o Rusia, lleno de agua hirviendo. Ellas hablaban sin parar mientras los chicos bajábamos de la piccita del altillo donde vivían para jugaren el patio", memora el hoy miembro honorario de la Academia del Lunfardo, mientras parece respirar los olores de aquellas tardes.

"Me acuerdo de que Marcos pasaba seis o siete veces por la cocina donde preparaba el estofado Margarita, una tana que vivía en una de las treinta y cinco piezas del llotivenco. Al final la vencía por cansancio y terminaba dándole un plato de comida".

Eterno enamorado del tango, Molar dice que la mayor diversión era ir a golpear el llamador de la casa de Carlos Gardel, que vivía en la calle Jean Jaures, justo a la vuelta. "Como no llegábamos al timbre, yo me subía encima de Marquitos. Teníamos pantalones cortos". Más de una vez salió Carlitos, casi siempre envuelto en "una robe de chambre de seda a pintitas", que Molar parece tocar entre sus dedos prolijos, que "nunca" agarraron un cigarrillo. Esas pocas veces tenían la suerte de que el Zorzal les diera unas chiroalitas. Otras, "nos daba vergüenza, y salíamos corriendo".

Molar casi lagrimea cuando se acuerda de su madre: "Eran tan amigas que María nos acompañaba a casa para no dejarla sola a Fanny, que después la volvía a acompañar, y luego la mamá de Marquitos volvía a acompañarnos hasta nuestra casa, y así interminablemente..."

Jacobo y María Zuker habían llegado al puerto de Buenos Aires en 1905, sumándose a los 221.600 inmigrantes que bajaron de los barcos ese año en nuestra ciudad puerto. Fueron al Hotel de Inmigrantes, primer refugio otorgado por el Estado a los recién venidos más indigentes. Pese al pomposo nombre, se trataba de unos galpones enormes, donde se amontonaban catres y colchones, mezclando a esa mayoría de españoles e italianos que venían soñando con hacerse la América para luego volver a su lugar de pertenencia. A los rusos y polacos, como María y Jacobo, se los dejaba aparte. Para ellos, el exilio había sido una desgarradora elección entre la vida y la muerte.

Poco tiempo después se trasladaron a un conventillo en La Boca. Allí también se sentían extraños y distintos, superados ampliamente por los italianos que se concentraban en la zona. Cada viernes esperaban la salida de la primera estrella para encender los dos candelabros de cuatro brazos que habían traído consigo. Pronto se dieron cuenta de que aquí también ser judío seguiría siendo fuente de sufrimiento, y fueron conociendo de la intolerancia que existía hacia "los rusos", como se los generalizaba despectivamente. Para no ser rechazados, por un tiempo debieron conformarse con encender dos velitas para honrar a su dios.

Muchos pensaron en volver. En 1908 la competencia entre las compañías navieras permitía adquirir un pasaje por treinta pesos, lo que representaba un salario de diez días de trabajo para un obrero más o menos especializado. El porcentaje de judíos que regresaron, de aquellos que llegaron antes del año de la Primera Guerra Mundial, fue del 19,35%, mientras que en Estados Unidos apenas alcanzó el 7%.

Jacobo y María no estaban dispuestos a revivir la tragedia. Contaban con sus manos para sobrevivir en el ramo de la confección, y antes de que naciera Rosa, la primera hija, habían conseguido una noble y ruidosa máquina de coser Singer, negra y con los caracteres de la marca en dorado, igual a las que, por su antigüedad, han pasado a ser objetos de deseo para los anticuarios que las cotizan en divisa extranjera. Jacobo se pasaba una parte del día dándole al pedal que se sujetaba con una correa de cuero, que solía desenganchar cuando hacía falta que tronara el escarmiento ante la desobediencia de un hijo. O bien para atarlos a la pata de la cama, un castigo que Zuker sufrió asiduamente, y que debió dejar en él cicatrices imborrables.

"Me dejaba horas atado a las patas de la cama, y yo no quería llorar para demostrarle que ya era un hombre", le contaba a Nélide, quien fue su mujer durante cuatro años, hasta 1977, el año en que la desgracia se ensañó con nosotros.

A mí me intrigaba otra terrible cicatriz que papá tenía en el estómago. Una vez en que, siendo muy chiquita, no podía dejar de mirar hipnotizada el dibujo que formaban las marcas, me contó que, cuando era chico, la abuela le había aplicado unas cataplasmas que estaban demasiado calientes, lo que le causó quemaduras de tercer grado. Para mamá era una prueba concluyente del escaso amor que había puesto su suegra en el cuidado de los hijos.

En aquella época no había mano de obra nativa para la sastrería, y fueron en su mayoría polacos los que desempeñaban una labor que tenía más de arte que de oficio. Mientras permanecía atado, Zuker veía trabajar a sus padres, y se juraba a sí mismo que su vida iba ser muy distinta.

MI abuela, que era chalequera, decía que la estructura de un chaleco se había ido puliendo a lo largo del tiempo, como una obra de arte que se transmite de padres a hijos. Por supuesto, hacerlos le llevaba mucho tiempo. No más de dos o tres chalecos por día. Para cortar, usaban la única mesa que había en la minúscula pieza. Sobre ella descansaban las tiras de yute o de lana cortadas al bias que se usaban como entretela, y que eran cosidas con un picado invisible, primer secreto de esta ciencia. Luego venía el cambreado, que garantizaba que la prenda sobreviviera muchos años sin deformarse. Pero a mi abuela le estaba reservada la quinta esencia de este ancestral ministerio, que concretaba cuando Jacobo, como todos los días, se iba al templo.

Con la plancha a vapor, iba abriendo las costuras hasta conseguir que la manga

entrara en la sisa, distribuyendo la flojedad necesaria con apenas la punta de su plancha, usando almohadillas para asentar mejor la terminación, como un escultor da los últimos toques a su obra con la maestría de un genio.

Pese a todo, la paga no estaba de acuerdo ni con el esfuerzo ni con el talento. Sus patrones eran los dueños de Braudo o de Thompson & Williams— sastrerías que contribuían a la uniformidad gris, azul o marrón con que vestía por esa época el porteño— , y habían sido lo suficientemente listos como para explotar ahora a sus propios paisanos.

Ya por entonces vivían en el conventillo de la cortada Zelaya 3062, casi al lado de las tripas de Buenos Aires, el Mercado de Abasto, donde permanecieron por más de veinte años.

Durante el Sabbath ponían en mínimo el calentador Primus, y sobre una placa mantenían tibia la comida ya que no podían cocinar, ni amasar, ni prender el fuego hasta que se encendiera la primera estrella del sábado. O bien dejaban preparado el *jolodetz*, una gelatina fría obtenida tras hervir durante horas rodillas y patitas de vaca a la que se agregaba ajo y huevos duros. Lo que no faltaba nunca era la compota de manzanas que comía neón pan para aquietar el hambre atrasada.

Jacobo, que oscilaba entre el misticismo y el desaliento, rezaba y prometía mantenerse puro y fiel a los rígidos preceptos que "*gotenier*, su dioscito, le exigía. Zuker reconoció que su padre no era un tipo emprendedor: "Seguían llegando hijos, y no podíamos salir de la miseria. Él era muy melancólico, temía ser un lastre para nosotros". Y hasta me contó que alguna vez había intentado suicidarse, aunque nunca quiso darme detalles, tendiendo una losa de silencio sobre la memoria del padre.

La sinagoga de la calle Paso era su segunda casa. Allí Jacobo alzaba su voz de barítono para entonar con exaltación ancestral los salmos litúrgicos. Para la ocasión reservaba el mismo traje negro con chaleco, y sus pequeñas hijas competían por peinarle el rígido bigote. María intentaba disimular su condición de analfabeta siguiendo la ceremonia a través del libro sagrado, pero no faltó quien se diera cuenta de que siempre se quedaba en la misma hoja.

Jacobo también alzó la voz a *Gots* cuando lo fueron a buscar en la trágica semana de enero de 1919 al grito de "mueran los judíos". La bomba arrojada por Simón Radowitzky al jefe de Policía Ramón L. Falcón había alentado la acción de grupos ultranacionalistas de la Liga Patriótica, una versión local de los centuriones zaristas, pero no menos violenta, que con el lema "Orden y Patria" apelaban a la xenofobia, a los mitos patrióticos y a un rígido rechazo a lo distinto. Igual que los cosacos, ellos también se reivindicaban como argentinos auténticos. Doña Francisca, "una tana dulce como la miel", al decir de mi tía Luisita, lo salvó de ser arrastrado de

los pelos por los parapoliciales escondiéndolo en su propia pieza.

"Don 'Jaculo' no está. Debe andar trabajando porque es un hombre muy serio", intentó explicarles con sus propias limitaciones lingüísticas la solidaria Francisca.

Por esos días calientes de enero los diarios de la colectividad, tanto el *Di Idische Zaitung* como *Di Pressc*, denunciaban la acción de militantes antijudíos que, con cobertura gubernamental consistente en armas y zonas liberadas por las comisarías, habían llevado a cabo un *pogrom* por los barrios de Once y Villa Crespo. Describían los atropellos: jinetes arrastrando de las barbas a viejos judíos desnudos, mientras decenas de negocios eran baleados e incendiados. Citaban a *La Vanguardia*, que hablaba de setecientos muertos, y a *La Nación*, que reducía interesadamente a cien el número de víctimas de los cruzados nacionalistas. Por último, condenaban con escepticismo la felicitación del presidente Irigoyen para quienes habían colaborado "en el restablecimiento del orden institucional", y la ausencia de castigo para los culpables.

Mis abuelos dormían en camas separadas. El Talmud, en su interpretación del texto bíblico, exige una ética sexual estricta que obliga a la pareja casada a un muy reducido número de actos sólo conducentes a la procreación, para la perpetuación de la raza, y prohíbe expresamente cualquier procedimiento para el control de la natalidad. Después de dar a luz a Rosa, María quedó preñada otras diez veces. Dos no sobrevivieron, y sí fueron apilándose José, Teresa, Simón, León, Sara, Marcos, Luisita y Jaime en la misma pieza. Es posible que después hayan interrumpido su vida sexual para no transgredir esos preceptos, aunque para entonces las varices habían hecho estragos en las piernas de la abuela, que ya no podía resistir el peso de un nuevo embarazo.

A Luisita, la menor de las mujeres, y la única sobreviviente de los nueve hijos, le encanta el rol de biógrafa, una afición que le ha prodigado entre los parientes más enconos que afectos. Así que sus días en el Hogar San Martín, en la calle Warnes, donde fue a parar tras una borrascosa convivencia con su hermano Marcos, transcurren solitariamente porque ya casi nadie la visita.

A mí me esperaba, aún más empequeñecida por los años, en una de las mesas de la sala Victoria Ocampo, lugar de reunión de las mujeres que habitan ese austero geriátrico municipal. Por suerte no eran tantas en ese momento ya que me las fue presentando una a una. "Ella es mi sobrina, la hija de mi hermano Marquitos, el artista".

Todas me besaban, mientras a todas ellas Luisita les retribuía con un caramelo que iba sacando afanosamente del bolsillo de su batón, casi idéntico al que vestían las otras, pero bastante más largo.

Cuando por fin entramos en tema, ella empezó por decirme que a todos sus hermanos y a ella misma la pobreza no les había permitido tener infancia.

"Ninguno pudo terminar la escuela primaria. La plata no alcanzaba, y todos tuvieron que salir a la calle para colaborar con los gastos. Tu papá tuvo que dejar la escuela en cuarto grado porque se quedaba dormido. Trabajaba de noche y a la maestra le daba pena verlo dormir sentado en el último banco. Tampoco teníamos juguetes, ni muñecas, ni nada. Yo me acuerdo de que los varones se habían hecho una pelota con una media rellena de trapo, pero nunca jugaban. Y nosotras cantábamos en casa, porque casi no nos dejaban salir a ningún lado"

Luisita afirma que los varones le tenían miedo al padre.

"A todos les gustaba la calle, y papito esperaba despierto hasta que llegaran. Sí, muchas veces les pegaba"

Circulan desde las sombras versiones de que una vez, cuando lo perseguía con el cordón de la plancha para pegarle por haber llegado sin plata y a las siete de la mañana, Zuker sacó un revólver, y le dio en la pierna dejando a su padre rengo para el resto de sus días.

Luisita niega con ardor la posibilidad de que su hermano pudiera cometer un acto tan violento, y describe un accidente más ingenuo. "Lo estaba corriendo a José, el primer varón de la familia, y pisó una cáscara de banana, se resbaló y se arruinó la pierna".

Todos coinciden, sin embargo, en contar una anécdota que confirma que el abuelo también tenía la mano demasiado larga.

"Una vez Marcos fue a la comisaría para denunciarlo por haberle pegado. Como tenía ocho años, el principal que recibió la denuncia citó a los padres para preguntarles si era cierto que lo habían golpeado. Por supuesto lo negaron, pero cuando salieron a la calle el padre le dio una paliza inolvidable", me había contado mi prima Eva, hija de Rosa, la primogénita.

"Yo no sabía que mi tío Marcos fuera un hombre violento", reacciona Eva cuando le digo que Zuker también era golpeador." Dicen que los hijos de primos hermanos pueden nacer con algunas taras", trata de justificarlo, antes de que la voz se le quiebre por las lágrimas.

Dicen también que antiguamente las tradiciones recomendaban mano dura para los hijos, y que los judíos ortodoxos eran todavía más reacios a la caricia.

Ante la inminencia de la hora del almuerzo, le pregunto a Luisita cómo se

arreglaban para dormir todos juntos. Me responde en voz baja, como si me estuviera contando un secreto.

"No dormíamos juntos. Las cuatro mujeres dormíamos con mamá en una esquina de la pieza y los cinco varones con papito en la otra, separados por una cortina. Él decía que era peligroso que hermanos y hermanas durmieran juntos. Yo no sé cuándo ellos hacían sus cosas, pero nosotros nunca los vimos".

Ahí nomás se despacha con la historia de un incesto ocurrido en el seno de la familia, sobre el cual es conveniente echar un manto de silencio. Pero en otro rapto de incontinencia me pregunta: "¿Vos sabes por qué me fui de la casa de tu padre?".

Me pareció prudente decir que lo ignoraba, aunque estaba al tanto de los hechos.

"Una noche me desperté asustada por unos ruidos muy fuertes que venían del dormitorio. Decidí entrar, y lo vi en el suelo con una de las que andaban con él en ese tiempo. Ella se la estaba chupando, y él gritaba. Papito nos había enseñado a todos que un hombre moral no tiene que caer nunca en la tentación, pero a Marcos las mujeres siempre lo volvieron loco. Al día siguiente me dijo que preparara mis cosas y que me fuera".

Trato de cambiar de tema preguntándole cómo se llevaban el abuelo y la abuela.

"A mamita le daba vergüenza estar siempre embarazada. Se fajaba para que nadie se diera cuenta. Una vez tenía que ser madrina en una ceremonia, y no la dejaron porque descubrieron que estaba encinta. Pero nunca me voy a olvidar cuando papito le dijo una vez a mamita '*Ich liebe dich*', que significa 'te quiero' en ídish. Me acuerdo y me emociono".

Mientras vuelve de sus recuerdos, pienso que también María debía ocultar su panza para no quedarse sin trabajo, ya que todos los testimonios coinciden en que era ella la que más se esforzaba para ganar siempre menos de lo que se necesitaba.

Además había que vestir a los nueve hijos. Una vez aprovechó metros y metros de género azul que habían sobrado de una pieza de tela, para hacerle bombachas y calzoncillos a toda la familia. En la cuerda rendida al sol se destacaban las prendas del mismo color y distintos tamaños.

Recién cuando Luisita termina de secarse las lágrimas, reparo en que no lleva puestos los anteojos con esos vidrios de culo de botella que nos obligaban a Ricardo y a mí a contener la risa cada vez que la veíamos.

– No sé si los perdí o me los sacaron. ¿Sabes que la primera vez que me los puse fue el día en que murió tu abuelo?

– No, tía, no tenía la menor idea, pero por favor contame, que ya llega el almuerzo– digo, alertada por el aumento de la concurrencia.

– Yo tenía quince años. Nos habíamos quedado solos, porque mis hermanas se habían ido al Cine Villa Crespo, que quedaba cerca, y los varones nunca estaban. Ya entonces vivíamos en la calle Uriarte. Tu bove había ido a entregar unos uniformes de colegio que les habían encargado. Papito se había bañado, y después empezó a cortarse las uñas. De repente me miró y me dijo en idish, "qué bien te quedan los anteojos" Ésas fueron sus últimas palabras...

Aquí Luisita saca de su bolsillo un arrugado pañuelo para secarse los ojos casi ciegos, pero tras el corto paréntesis me ofrece una vez más otro caramelo.

– No, tía, no quiero. Contame qué hiciste en ese momento...

– Lo primero que se me ocurrió fue ir a buscar a mis hermanas al cine. Tuvieron que suspender la función para llamarlas, y volvimos corriendo. Mamita ya había llegado.

Una nueva interrupción, más lágrimas y más oferta de caramelos.

– Mamita me gritó cuando volví, porque a los muertos no había que dejarlos solos. Me acuerdo de que me hizo cubrir el espejo y los adornos. Después empezó a llegar la gente que no podía creer que se hubiera muerto tan joven. Tenía 59 años. Al día siguiente lo enterraron. Yo era la que más lloraba y nunca me voy a olvidar de las palabras del *kadish*: "Polvo serás y al polvo serás tornado".

Mientras me acompaña hasta la puerta, y antes de despedirnos pidiéndome que vuelva pronto, me repite que la abuela siguió adelante porque era muy brava y muy sufrida.

Durante el camino de regreso a casa trato de recordar cuántas veces vi a mi abuela fuera de la cama, donde convaleció durante más de veinte años. Tal vez quedó postrada cuando su hijo Marcos le anunció que se iba a vivir con una *goie*.

– ¿Cómo mi hijo más querido, el más bueno, se va a juntar con una impura?

– Está embarazada, mamá...

– ¡Qué desgracia! – debe haber pensado y dicho mi abuela ante los hechos consumados. Pero no se resignó. Ni mamá ni yo éramos bien recibidas en su casa, y

muy raramente ingresábamos en el oscuro dormitorio donde yacía acostada. Sin embargo, cuando nació Ricardo, ella estuvo en el Sanatorio Otamendi, y ocho días después volvió a levantarse de la cama para asistir al *bris* de su nieto varón, cuya adscripción a la religión judía formaba parte del plan de mamá para salvar a su matrimonio del naufragio. Ante la inquietante presencia del moño/encargado de llevar a cabo la cirugía, mamá y yo les cedimos el territorio, y nos fuimos a casa de mi abuela andaluza, que estaba indignada por la mutilación a que sería sometido su nieto.

Bajo otros cielos y en muy distintas circunstancias, Ricardo se empeñaría en ocultar esa parte de su anatomía que lo denunciaba como judío. Pero esto fue mucho después, y en medio de otra guerra.

Que la abuela María era sufrida lo prueba que se iba sola a parir, y que después había que ir a buscarla por todos los hospitales. Por ser el más cercano, generalmente hacía caminando las dieciocho cuadras que la separaban del Hospital Rivadavia, tras cruzar el gran descampado que hoy ocupa la plaza de la calle Córdoba, entre Jean Jaures y Anchorena. Andaba con gruesas medias de muselina bajo sus largas polleras, y anatemizaba a las mujeres que las acortaban con el fuerte epíteto de prostitutas. Fundamentalista, para ella las mujeres eran seres esencialmente impuros, y debían ir cubiertas para no exacerbar el carnal instinto masculino.



Silvia López de Zuker con sus hijos Cristina y Ricardo, en la casa de Constitución (1955).

– Silvia, ¿no te puedes poner algo más cerrado para ir a casa de mamá? – le pedía Zuker en las contadas oportunidades en que íbamos a visitarla. En esos casos, su suegra no ocultaba cuál era su mandato:

– Las mujeres venimos al mundo para sufrir – decía con severidad esa frase que volví a escuchar demasiadas veces en otras sufridas bocas femeninas, mientras sus facciones parecían aún más afiladas, peinada con un rodete tirante que aseguraba con horquillas. Lo cierto es que ni mamá ni yo la quisimos, y juraría que tampoco ella a nosotras.

Zuker también nació en el Hospital Rivadavia. Desde muy pequeño demostró dotes histriónicas. Ésa fue su primera apuesta: escaparle de cualquier manera a la miseria. La segunda, a los quince, cuando jugó por primera vez a las carreras, y acertó con Ceresete, que pagó seis con veinte por boleto.

A los cuatro años, se había acoplado a la comparsa La Familia Mastropuccio, con quienes recorría los corsos y cines de barrio cantando tangos o bailando la tarantela. No era para divertirse, sino para ayudar a la familia a sobrellevar las penurias:

"Mi vieja era la que siempre ponía el hombro. Cuidó de nueve hijos, y además era la que salía a buscar el mango. Iba con un atado de cosas a vender lo que podía en las ferias barriales. Como no tenía permiso municipal, la perseguían los inspectores. Más de una vez la llevaron a la seccional. En una de esas corridas la atropelló un coche. Yo tenía cuatro años, venía de tirar la manga por los cafetines, y me sorprendió ver tanta gente. Mamá estaba en la cama con la cabeza vendada. Le habían dado como cincuenta puntos. La impotencia por no haber estado para ayudarla me hizo crecer de golpe. Me juré que a partir de ese momento yo iba a salir a buscar lo que faltaba en casa. A veces juntaba cinco pesos, que era un montón en ese momento. Cuando volvía se lo tenía que dar casi todo a mi viejo", nos insistía para que fuéramos aprendiendo desde chicos lo que era el sacrificio.



Ricardo Zuker a los tres años.

Ya en el exilio, Ricardo había acuñado una frase que sin duda remitía a aquellas lecciones paternales, y servía para levantarle el ánimo a cualquiera: "¡Qué dura es la vida del artista!", muletilla que sacaba a relucir cada vez que la adversidad se imponía en aquel tiempo de desarraigo, pérdida y sinrazón.

Finalmente Angelina Pagano aceptó a Zuker en su compañía infantil, inaugurando lo que sería una exitosa carrera artística. Al abuelo lo puso muy contento, aunque hay quien considera que si se hubiera dado cuenta del ambiente en que iba a moverse su hijo, jamás se lo hubiera permitido. Tal vez por eso el aspirante a actor prefería que fuera su hermana Sarita la que lo acompañara a los ensayos en el Teatro Ideal que estaba en la calle Paraná, justo al lado del Chantecler, lujoso cabaret con tres pistas y pileta iluminada. A Sarita también le gustaba el arte, y dicen que cantaba muy bien, pero tanto el padre como los hermanos opinaban que el lugar de las mujeres estaba dentro de la casa.

Para los hombres no existían esos límites. Ni siquiera para los menores de edad. Una noche en que burló la vigilancia del portero del Chantecler, Zuker se escabulló entre las mesas donde reinaban el champagne, la cocaína y los niños bien que nunca reparan en gastos cuando de jarana se trata. Tras una discreta denuncia, la policía se lo llevó a la Comisaría 24 haciendo escarnio de sus pantalones cortos.

"A mí no me explota nadie, señor", cuenta que le gritó al comisario, que quería saber a toda costa para quién iba la plata que ganaba a cambio de algún tango. Cuando lo apuró con un cachetazo, sólo consiguió el grito airado del pequeño cantor de seis años. Su madre tardó varias horas en venir a sacarlo.

Poco después estrenaba el tango "Garufa", y para ganarse al público intercalaba alguna palabra en ídish o interrumpía los versos para parodiar a un marica, haciendo gala de un precoz machismo, que devendría luego en feroz homofobia. Nunca pude entender por qué odiaba tanto a "los putos".



Ricardo Zuker a los siete, con la camiseta de San Lorenzo.

De ahí en más se ganó el mote de "el Pibe Garufa", y no paró hasta ver su nombre escrito en las marquesinas.

Ricardo había aprendido a cantar "Garufa" al "vesre", y en las largas noches de militancia, cuando ya empezaba a venir mal la mano, acudía a sus dotes de comicidad, sin duda un mandato genético, para silenciar el miedo. Entonces se ponía a cantar bajito, casi al oído de los compañeros:

Gafaru chapu quesos dodiverti

Gafaru vos sos un soca doderpi

Tu javie cediquesos un dodimba

Querpo cedi que te rovien

Laotraeheno

En el querpa nejapon.

3 Las Lopetegui

Mi abuela, doña Ana Suárez, una andaluza de armas tomar y de coplas cantar, nunca dejará de ser quien mitigó las penas de mi infancia. La recuerdo cuando, sentada en sus rodillas, me contaba historias prodigiosas acerca de su llegada a las costas argentinas, entonando las palabras como si se tratara de un cuento.

Había nacido en Padules, provincia de Almería, en 1884, y a los dieciséis años se enamoró de un maduro ingeniero en minas que tenía treinta y dos. Manuel López era muy pero muy guapo, con unos ojos enormes entre azules y verdes, como del color del tiempo. Había quedado viudo recientemente con una hija, Clara, que tenía ocho años cuando el abuelo conoció a la joven Ana. Fue en una romería, en Almocita, su pueblo natal, adonde ella llegó sin saber que allí la esperaba el único hombre de su vida.

Después de casarse se pasaron diez años buscando un hijo, una ilusión que se desbarató en varios abortos espontáneos que obligaban a Clara a cuidarla durante los largos períodos en que permanecía postrada, mientras ni los médicos de la capital ni las comadronas del pueblo, que la proveían de pócimas y yuyos para mujeres yermas, pudieron torcer el capricho de la naturaleza. Mientras tanto, el abuelo bajaba todos los días a la mina a trabajar y a imaginar un futuro diferente. España no terminaba de resignarse por la pérdida de glorias pasadas, y Andalucía, que no por nada tiene al Paso del Despeñaperros por puerta de entrada, estaba en las manos escasamente laboriosas de unos pocos señores feudales.

Dicen que mi abuelo renegó de su tierra porque no le daba los hijos que ansiaba, y su adhesión a la masonería era aún muy censurada. Fue muy cerca de Almería donde Fernando Vil, conocido por beato y por tirano, mandó ajusticiar a todos los miembros de una logia de Granada. Tal vez por todo eso Manuel López empezó a soñar con irse lejos del tumulto del mundo, a otras alturas donde la predisposición del corazón lo inclinara a quedarse, un cielo piadoso que le diera lo que hasta ese momento le había negado.

Como todo masón que se precie, amaba leer para elevarse a través del conocimiento, y es posible que los libros hayan orientado su destino, que lo llevaría a establecerse en la frontera con el imperio incaico, donde la naturaleza se une con la divinidad. Imagino que hasta investigó sobre la Pachamama y el culto a la fertilidad que los nativos practicaban. Terminó sabiendo mucho sobre esa precolonización del noroeste argentino que los incas llamaron Kollasuyu, una de las cuatro regiones en que se dividía el imperio del Tawantinsuyu, hasta que llegaron sus antepasados españoles que se cargaron al imperio, y luego difundieron como heroica esa hazaña tan desprovista de épica.

Así fue que este republicano en ciernes, por libertario y anticlerical, se hizo a la mar desde el puerto de Almería, con su esposa y la hija de su viudez en una nave que respondía al romántico nombre de *Laura*. Tras unos muy meneados veinte días de navegación, desembarcaron en Buenos Aires el 17 de febrero de 1910. Cuando en 1975 regresé de mi primer viaje a Europa en el barco español *Cabo San Roque*, al que la tripulación le decía *Lola Flores* porque se movía como la bailaora, durante la larga pero placentera travesía trataba de imaginarlos, tomados de la mano mirando las estrellas desde la cubierta. El abuelo sabía de constelaciones, de la luna y de los planetas, obras del Gran Arquitecto del Universo según la masonería, y ella parecía beberse sus palabras. No sé me ocurrió pensar qué estaría haciendo la pobre Clara en ese momento.

Cuando llegaron, Argentina vivía un auge económico que no volvería a darse en toda su historia. Corrían los años dorados en que la aristocracia local llevaba la vaca atada durante sus periplos por Europa. A mi abuelo la urbe no lo impresionó ni lo retuvo mucho tiempo.

Por antimonárquico, la inminente llegada de la Infanta Isabel para los festejos del Centenario lo tenía muy sin cuidado. En Buenos Aires se desarrollaban las primeras movilizaciones multitudinarias por una distribución más justa de la riqueza, con la consecuente represión policial, como siempre en defensa de los intereses mezquinos de la oligarquía telúrica. De los 6.392.999 habitantes, los extranjeros constituían la tercera parte. Muchos de ellos encabezaban las marchas predicando sus ideales anarquistas. En ese clima de violencia se decretó el estado de sitio. Se cerraron locales y bibliotecas sindicales, se destruyeron imprentas y proliferaron las deportaciones, mientras aparecían los primeros brotes de antisemitismo. Cualquier inmigrante se convertía en sospechoso y eventual portador de ideas subversivas. El año anterior, como ya contamos, Simón Radowitzky, un joven militante anarquista, había puesto una bomba al paso del entonces jefe de Policía, coronel Ramón Falcón, matándolos a él y a su secretario, y había sido confinado en Tierra del Fuego.

Exactamente en sentido contrario, mi abuelo le dio la espalda al controvertido progreso, y emprendió el camino del Inca. Él, su hija y su mujer se subieron en Retiro al tren de trocha angosta que iba hasta La Paz, capital de Bolivia. Tras tragarse llanuras y llanuras bajaron en La Quiaca. Se encontraron con un pueblito fundado a la sombra del ferrocarril, en el límite fronterizo. Ahí, en medio del desierto, se paró mi abuelo para pedirle al cielo una respuesta. Después anunció solemnemente que iba a construir su familia en ese confín de la Puna de Atacama, y que sus descendientes serían argentinos. Allí se asentaron, y él desempolvó sus libros para fundar una biblioteca que llegó a ser una de las más versadas de la comarca.

Amaba sobre todos a los poetas del barroco, y sin despreciar a Góngora

prefería a Francisco de Quevedo, como lo prueban sus poemas ricos en neologismos y metáforas, y el tesoro inmenso de su vocabulario castizo.

Con la férrea tozudez de un iluminado, perforó el socavón hasta encontrar varias vetas de plomo y manganeso, a las que bautizó con el nombre de los hijos que ahora sí la abuela fue pariendo en esa tierra nueva y extraña, una generosidad que no les permitió sentir demasiada nostalgia del terruño.

Manolo fue el primogénito, en 1917 nació María Luisa, dos años después Anita, y mamá, la más chica, en 1922. Todos fueron recibidos como hijos pródigos. Para mis abuelos cada nacimiento se convertía en un regalo del cielo, y no escatimaban ternura para brindarles. A medida que crecían, su papá los subía al ascensor que descendía a las entrañas de la mina, para luego devolverlos a la superficie, en una suerte de bautismo de fuego que los hacía sentir héroes.

Para la abuela las cosas no fueron tan fáciles. Su marido pasaba la mayor parte del tiempo en la mina donde recibía la devoción con que los coyas honran al hombre blanco. Ellos cumplían la orden de excavar con cuidado para rescatar las ánforas, machetes y vasijas donde sus antepasados almacenaban la chicha para que bebieran los difuntos, objetos que hablaban de rituales y ceremonias. El pueblo español siempre ha tenido una actitud familiar y festiva ante la muerte, así que a mi abuelo estos descubrimientos le servían para humanizar lo que de sobrenatural tiene la Parca. Con el amor de un arqueólogo, depositaba esos tesoros en los estantes que ornaban su refugio bajo tierra, y también cuidaba la huerta y el jardín que logró hacer crecer en medio del desierto, aprovechando los canales de riego que los incas habían abierto hace siglos para agasajar a la diosa Pachamama.

Un día, la abuela se enteró de que el abuelo había preñado a una india, según parece en medio de un rito, el *cirviñoku*, donde los hombres deben probar la fertilidad de las mujeres. Cierto o no, ella decidió criarlo con sus hijos porque, afirmó con vehemencia, no podía permitir que el fruto del hombre que amaba no fuera educado del mismo modo que los propios. Así Gracián se incorporó a la familia antes de que naciera la segunda hija, y doña Ana demostró tener el corazón y la cabeza muy bien puestos en épocas en que la mujer era vista como un ser débil e incompleto.

Cuando llegó el tiempo de ir al colegio – y para mi abuelo la educación era un bien prioritario–, se resolvió que Manolo y Gracián fueran pupilos al colegio de los hermanos maristas en Oran, Salta, mientras que las chicas mayores debieron trasladarse al Colegio del Huerto en San Salvador de Jujuy, y la abuela renegaba por lo mucho que los extrañaba. Entonces ir de La Quiaca a San Salvador llevaba nueve horas, y unas cuantas más a Salta. Cuando iban a visitarlos, el abuelo aprovechaba para reunirse con un grupo de masones, pero también jugaba en mesas clandestinas al póker, en unas partidas que requerían tener la silla reservada y en las que se

descartaban los naipes después de cada velada.

La abuela empezó a sentir la soledad. Sólo mamá, que todavía era pequeña para ir al colegio, y Clara, que ya crecida demostraba tener muy mal carácter, estaban con ella. Siempre rehusó el papel de víctima, así que tuvo que pasar mucho tiempo para descubrir por qué la abuela decidió un día desandar el camino emprendido hacía diecisiete años, dejando a su marido más solo que la una, como se decía en la lejana España.

Hace poco mi prima Roxana, hija de mi tía María Luisa, viajó a Jujuy. Allí descubrió que en el testamento de mi abuelo figuraba otra hija natural, María, nacida en 1927, el mismo año en que Doña Ana huyó a Buenos Aires con todos sus hijos. Es plausible imaginar que el corazón grande como una plaza de toros de la abuela se quebró al enterarse de este nuevo traspie, y decidió no perdonarlo.

Yo no conocí a mi abuelo porque ellos nunca volvieron a verse, Construí su recuerdo a través de silencios: de él no se hablaba, a pesar de mis ruegos. Tanto mi abuela como sus hijas sellaron sus labios, y la existencia de Manuel López se convirtió en un secreto imposible de develaren esa casa de mujeres solas. Sólo poseo una foto amarillenta, obtenida hace muy poco tiempo, donde luce orgullosamente apoyado contra su biblioteca, con elegante traje negro y botines lustrosos. Parece uno de esos arrogantes caballeros que tan bien pintó Velázquez, otro símbolo del barroquismo. Cuando estuve en Almería, muchos años después, traté de homenajear su memoria y busqué en muchas almas el alma de mi abuelo, sus rasgos físicos, sus ojos tan grandes como los míos, pero su figura estaba casi perdida, desplazada por la nómina de muertes más recientes.

También he rescatado un poema que se llama "Yo quiero", que habla de una mente brillante capaz de imaginar otros mundos y dimensiones, así como del dolor que lo desmoronó tras el abandono de mí abuela y la pérdida de sus hijos.

Yo quiero correr como luz radioso

Descifrando el Arcano y el Destino,

Buscar las fuentes del poder divino

Y oír qué dice la esfinge misteriosa.

Quiero andar por los antros del infierno

Hollando sus miserias e inmundicias.

*Quiero ver las glorias las delicias
Y el trono de Jesús y del Eterno.
Subir más y más escalando el cielo,
Ascender audaz a la triste luna,
Averiguar si es ígnea o es de hielo
Y si tiene flora y si tiene fauna.
Ver también sien sus planos desolados
Existe algo que diga de su historia.
Un leve indicio, en ceniza o en escoria,
Que me digo de tiempos ya pasados.
Y este enigma, una vez averiguado,
Cabalgando sobre cometa ardiente
En pasmosa velocidad fulgente
Por etéreos espacios ser llevado.
Visitar de la tierra los hermanos
Desde Mercurio a Júpiter potente
Oír las leyes que rigen a su gente
Y si ésta se parece a los humanos.
Llegar al sol, y desde su ígnea cumbre
Ahondar la vista sin cegar los ojos...
Sumergir mi cuerpo en sus hornos rojos*

Y ser salamandra en su eterna lumbre.

Bañado ya en su inmortal materia

Seguir mi ruta con soberbio celo

Y corriendo en vertiginoso vuelo

Chocar con soles y romper su arteria.

Apagar astros, incendiar centellas,

Desorbitar satélites y mundos

Y en abismos extensos y profundos

Esparcir con mis manos las estrellas.

Quiero ser creador de pasmoso mito,

Héroe del espacio y firmamento...

Que vuele con el mismo pensamiento

Y venza el tiempo y venza el infinito

Pues este inmenso poder yo lo diera

Por abrazar a los hijos de mi alma

Aunque luego al momento me muriera.

Don Manuel López murió en La Quiaca antes de cumplir 91 años, muy poco después de que mi abuela se fuera de este mundo desde Temperley, el 14 de setiembre de 1957.

Dicen que la mató la tristeza. El dueño de la casa de Constitución había decidido, después de tantos años, no renovarles el contrato de alquiler y, entonces, ella debió abandonar esa casa e irse a Temperley. La ocurrencia de instalarse tan lejos corrió por cuenta de Naón, el marido de mi tía María Luisa, y la distancia que interpuso con el resto de la familia alcanzó para granjearle profundos resentimientos.

Su ausencia dejó en mí el primer vacío irrecuperable, mientras que Ricardo no tuvo casi tiempo para disfrutar de esa mujer extraordinaria.

Pero cuando en 1927 todos se subieron a ese tren todavía explotado por los ingleses, que los llevaría a una misteriosa Buenos Aires, en la vida de la abuela quedaba mucha tela por cortar. Mientras iban dejando atrás el bochorno de Simoca y San Miguel de Tucumán hasta llegar a Córdoba, debió poner toda su chispa para ilusionar a los chicos con las luces de la ciudad que los esperaba al final del trayecto. No hay fuentes para reconstruir esos tres días de viaje. Ninguno puso en palabras esa peripecia. Tampoco abundaron nunca las López acerca del desgarramiento que significó perder a su amado padre.

Supe por mamá que la abuela repartió entre Clara y Manolo el peso del juego de plata del Potosí que el abuelo le había regalado tras una noche afortunada en el juego, y que inevitablemente iría a parar a la casa de empeño para paliar los embates de la crisis del 30.

Desafortunada en el amor, la abuela había tomado la valiente decisión de dejar a su marido cuando supo que la boliviana que vivía con él en la mina iba a traer al mundo otro hijo. Eligió Buenos Aires, desolada por la nueva traición, cansada del calor de los días y el frío de las noches desérticas, y sobre todo de la soledad que le impedía desplegar su contagioso salero e insuperable don de gentes. Es posible que los hijos mayores presintieran algo, pero la abuela jamás quebró su voto de silencio, tal vez para que nadie supiera de su desolación. Cuando por fin llegaron a Retiro, ni la magia de sus coplas pudo conjurar el miedo que asomaba en los ojos de Clara, Manolo, María Luisa, Anita y mamá, que sólo tenía cinco años, y se escondía asustada tras la larga falda de la abuela.

Primero vivieron en la calle Piedras, hasta que se instalaron en un piso muy grande en México y Chacabuco, frente al Centro Catalán, uno de los tantos reductos que la colonia española fundó para mitigar la desazón del desarraigo. Hoy subsiste como el Casal de Cataluña, y alberga al Teatro Margarita Xirgu, pero entonces fue el ámbito donde las Lopetegui, como se las conocía, se desarrollaron socialmente. La tía María Luisa se integró a los elencos de teatro, y hasta su muerte atesoró los programas de las obras en que había participado. Anita y mamá aprendían sin demasiada vocación danzas clásicas y españolas, y otros menesteres para señoritas, como la costura y el bordado. Mamá luego volcó este aprendizaje en la hechura de primorosos vestidos para mí y para mis muñecas.

La abuela también tenía manos prodigiosas. En aquellos tiempos hacía bordados exquisitos en finísimas sábanas y fundas por encargo de Harrods y Gath Chaves, un arte adquirido en España que se convirtió en una importante fuente de ingresos. Además alquilaba dos habitaciones de la casa, así que los inquilinos

apuntalaban las finanzas que, cada tanto, se veían engrosadas por los giros que alguna vez mandó el abuelo desde La Quiaca.

Manolo fue el primero en empezar a trabajar, y más tarde lo eximieron de hacer el servicio militar por ser el sostén económico de la familia, aunque terminaría regresando junto a su padre. Extrañaba demasiado los cerros, y no pudo jamás acostumbrarse a la ciudad. Clara trabajaba como sirvienta en una casa rica, cumpliendo el destino de Cenicienta. La tía Anita, que era mi preferida además de ser mi madrina, empezó a trabajar como aprendiz en una refinada sombrerería, y desde entonces las Lopetegui incorporaron a sus cabezas verdaderas piezas de colección. Luego fue vendedora, junto con María Luisa, en un negocio de marroquinería que la radio publicitaba como "la cartera barata y linda Casa Lucky se la brinda".

Mamá no trabajó nunca. Terminó, eso sí, la escuela primaria en un colegio de monjas. Mi abuela siempre decía que no hacía distinciones entre sus hijos, pero es posible recoger indicios de que Silvia era su preferida. Siempre fue la más coqueta y le encantaba jugar a ser mayor. Se pasaba horas mirando los catálogos de modas de las grandes tiendas, y les sacaba a sus hermanas bombachas y corpiños, además subida en los zapatos más altos de la abuela, se miraba en el único espejo de esa casa sin hombres. Contaba con la complicidad de su mamita, que también se preocupaba en darle la mejor ración de comida en detrimento de las otras, que se ponían como fieras ante lo que consideraban una terrible injusticia.

La abuela fue una eximia cocinera, una suerte de genio de las hornallas, aun en tiempos de desabastecimiento. Por aquellas épocas había escasez de harina, leche, aceite, kerosén y hasta papas. Me acuerdo de que muchas veces la acompañaba al almacén y despacho de bebidas que había en la esquina de su casa para poder traer entre las dos medio kilo de azúcar, a razón de un cuarto por persona. Evita, mientras tanto, promocionaba una cocina "descamisada y popular", basada en las bondades de un recetario peronista, una dieta a la que mi abuela andaluza se resistía con fiereza.

Era tanto mi amor por ella que cuando hacía buñuelitos de seso, como no me gustaban, me decía que eran de viento, y yo me los comía. La recuerdo batiendo la mayonesa en el patio, agregando gota a gota y con sabiduría el aceite de oliva. O friendo esos retorcidos aros de anís espolvoreados con azúcar, cuya receta se perdió irremediablemente. Cuando venía alguien de visita y no había suficiente comida, era habitual sorprenderla haciendo una imperceptible seña a sus hijas. "¿No es cierto que vosotras no tenéis hambre?", obligándolas así a renunciar al segundo plato en beneficio del invitado, antes de servirle la infaltable copita de Licor de las Hermanas. Quienes aún la recordamos – y yo nunca he dejado de hacerlo– nos enorgullecemos de su generosidad a prueba de renunciamientos.

Cuando llegó a la adolescencia, mamá tomó la comunión. Entre los iconos de

mi memoria, hay una foto que inmortaliza ese momento. Parece una novia que espera en el altar. Nada indica sin embargo que ése fuera su objetivo inmediato.

"A Silvia siempre le gustó salir de noche", casi acusa mi prima María Elena, la única hija que tuvo Clara, ya la abuela su rebeldía le causaba muchos disgustos– Dice que entonces las chicas decentes no salían de noche, que tenían que volver al hogar antes de la cena para no ser confundidas con otro tipo de mujeres, pero que a mamá no había manera de convencerla. Una vez, como no le hacía caso a la abuela, a falta de una autoridad paterna, se metió Clara en el medio. Mamá la agarró de los pelos, y le arrancó un mechón bien grueso. Según María Elena, los vecinos se quejaban cuando la veían sentada en la oscuridad de las escaleras besándose furtiva mente con el acompañante de turno.

A mí me encantaba que me contara de sus pretendientes. A uno de ellos lo conocí en Lisboa, el punto inicial de mi primer periplo europeo. Era el embajador argentino ante Portugal allá por 1975, y me lo crucé cuando fui a buscar su primera carta, donde decía que ya empezaba a extrañarme... Otro fue un prestigioso abogado que culminó como juez su brillante trayectoria. Se trataba de buenos partidos que hubieran dado cualquier cosa por casarse con ella. Pero ninguno logró conquistar su esquivo corazón.

Amaba bailar. Me confesó más de una vez que cuando llegaba a las fiestas del Centro Catalán o del Club Español vestida de riguroso largo, los hombres valoraban fascinados la cinturita de avispa de esa morocha pequeña pero armoniosa, que no bajaba sus negros ojos ante ninguna mirada.

Dicen que las hermanas tenían celos de ella. Mi tía Anita conoció a un señor, Tomás Rodríguez, con el cual se casó y se separó después de la luna de miel, estableciendo un récord de poca permanencia. Circula una tendenciosa versión que adjudica a mamá el fracaso matrimonial de su hermana, argumentando que él en realidad estaba enamorado de su joven cuñada. Mamá nunca me habló del tema, y lo cierto es que Tomás desapareció por completo de la escena. Pero a los nueve meses de la efímera unión, en 1940, nació mi primo Bibi. Por ser el primer nieto acaparó todo el amor de la abuela, que debió criarlo, ya que mi tía, además de trabajar, empezó a salir con unos y con otros, sin encontrar nunca al que pudiera hacerla feliz. La vida no fue demasiado generosa con ella. Después de los cuarenta años empezó a sufrir devastadoras depresiones que la llevarían lenta pero inexorablemente a una sórdida muerte en la miseria y el abandono.

María Luisa padecía lo que en esos tiempos esconded ores se conocía como "*petitmaf*", desmayos vividos como "ausencias", síntoma que los médicos hoy identifican sin titubeos como epilepsia, pero entonces algunas enfermedades permanecían en un discreto limbo de silencio. En este caso, opinaban que con la

pubertad existían grandes chances de que el mal remitiera. Justamente a los doce años fue llevada por la madre de una amiga a Lujan, ya que mi abuela era demasiado sensata como para creer en los milagros. Mi tía se curó, y antepuso los milagros de la fe a su reciente primer sangrado. Más allá de esta malversación, siempre fue la más culta. Había heredado del abuelo la afición por la lectura, y si bien casi todo su sueldo iba a parar a las arcas de la supervivencia familiar, siempre destinaba una parte a los libros que fueron conformando su biblioteca. *El Paraíso perdido*, de Milton, *Servidumbre humana*, de Somerset Maugham, el anatemizado Curzio Malaparte, Faulkner. Le encantaba Víctor Hugo y *Los miserables*, y con todo su peso simbólico no faltaba *El jugador*, de Dostoievsky. Para los profanos, los aires intelectuales de mi tía escondían la fatalidad de quedarse para vestir santos. Para mí, esos libros fueron el viaje iniciático por la literatura de los adultos, y tampoco se cumplió la malévol profecía. Un domingo de sol, cuando yo tenía dos años y ella treinta y dos, me llevó a la Plaza Constitución. Allí conoció a Naón, que tenía veinticuatro. Cuatro años más tarde se casaron.

Para entonces Doña Ana y sus hijas habían recalado en Constitución, en la calle Santiago del Estero 1472. Manolo, el hijo mayor, volvería desde Jujuy a Buenos Aires sólo de visita, ya puesta su vida al servicio de la política. Era conservador, y trenzaba con Vicente Solano Lima, quien sólo conseguiría descollar treinta años más tarde como compañero de fórmula del "Tío Camporita", ya desde la arena popular. Yo adoraba a mi tío. Me parecía guapísimo, moreno y con sus ojos tan verdes... Cuando llegaba, me encantaba acompañarlo en su recorrido por las librerías de la calle Corrientes, donde solía comprarme unos librillos con figuras troqueladas para vestir a la protagonista del cuento.

Las Lopetegui fueron perdiendo de a poco los primitivos aires pajueranos. Al año siguiente de su llegada participaron de los festejos que acompañaron a Irigoyen en su segundo desembarco en la Rosada con más del 57% de los votos. Viajaron hasta Plaza de Mayo en un colectivo de dieciocho asientos pagando diez centavos por boleto. Desde luego, las mujeres no votaban, pero aquel 12 de octubre la emoción de participar en un evento multitudinario era para ellas una experiencia desconocida. Jamás habían visto en su vida tanta gente junta. Tampoco imaginaban que ese hombre serio y ya muy viejo que iba de pie en el auto presidencial alentado por vítores y lluvia de flores iba a ser derrocado dos años después por "Von Pepe", como llamaban sus camaradas de armas a José Félix Uriburu, descendiente de una tradicional familia salteña.

La tía María Luisa era la encargada de las buenas y las malas noticias. Uno de sus berretines era el Gotha, como le decía a los chismes sobre las realezas europeas. Cuando en 1931 nace la República en España, ella siguió desolada las noticias del exilio de los Borbones, una de las más rancias dinastías de Europa. La abuela, por el contrario, debió imaginar cómo estaría festejando el abuelo este suceso, y

seguramente lamentó no estar junto a él para compartir su alegría, pero de eso no se hablaba; se había firmado un decreto de silencio, como si se tratara de una tragedia lorquiana.

Por esos días mis tías, que trabajaban en el centro, habían llegado conmovidas a su casa contando el tiroteo ocurrido en Callao y Lava lie, mientras la radio informaba que había sido atrapado el anarquista Severino Di Giovanni, junto con su cómplice Paulino Scarfó, que era el hermano de su amante. Dos días después se lo ejecutó sumariamente. Lo atravesaron ocho balazos, mientras gritaba "que viva la anarquía". Mamá me confesó años después que lloró cuando supo lo que había pasado.



Ricardo, en San Pablo, como artesano.



Ricardo en el Parque del Retiro, Madrid (1978)



Marta Libenson (1978)



Martin, Ricardo, Ana Victoria y su abuela Luisa en Sevilla (1979).

La radio por ese entonces reinaba en los hogares, permitiendo conocer lo que pasaba en el país y fuera de éste. En casa de mi abuela confiaban más en las voces que mágicamente salían de esa caja de madera que en los titulares de los diarios, cuya funcionalidad al Régimen todos sospechaban. Por otra parte, la de las Lopetegui nunca fue una casa muy politizada. Mi abuela durante el día escuchaba música española, en lo posible flamenco, aunque no le hacía ascos a cuplés, zarzuelas o tonadillas. Conchita Piquer era su preferida, con eso de "por tu curpa, curpita, yo tengo negro, negrito mi corazón" Hasta que llegó Lola Flores con "pena, penita, pena de mí corazón que me corre por las venas con la fuerza de un ciclón...".

Mi abuela no dejaba de cantar mientras hacía las cosas de la casa. Parecía siempre tan feliz.

Para Navidad se ponía su mantón de Manila, tomaba las castañuelas y con un bello peinetón de Carey en la cabeza, desplegaba todo el repertorio de villancicos, aprendidos de su madre en la garbosa tierra de Andalucía.

Desde un cuadro en la pared del comedor participaba del jaleo el torero Manolete, trágicamente corneado por un toro bravío en una corrida en Linares. Mi tía recitaba versos de Bécquer, y luego Miguel de Molina rompía el corazón de las mujeres de la casa.

Te quiero más que a mis ojos,

te quiero más que a mi vida,

más que al aire que respiro

y más que a la mare mía.

El 31, a las 12 de la noche, cuando la radio anunciaba con sirenas y silbatos la llegada del nuevo año, se armaba el bailongo en el patio de las macetas. Sobre esas mismas baldosas, mamá empezó a bailar sus primeros tangos.

Sus fotos dicen que era feliz en esos tiempos, con la sonrisa a flor de piel, brillando sobre los otros. No sospechaba que el destino había escrito para ella una de las páginas más amargas del repertorio tanguero.

4 Partidas

Mamá de mi corazón:

Nunca pude verte sufrir, y sé que en este tiempo has sufrido mucho. Tengo un gran, enorme sentimiento de culpa, pero a pesar de eso estoy seguro de que a todos nos quedan muchas cosas por delante, mucho hilo en el carretel. Y seguramente el hilo que viene ahora será el más lindo, el que mayor alegría nos va a deparar después de esta pesadilla terrible.

Vos sos mi vida, mami, porque estás ligada a todas las cosas de mi vida, y quiero, necesito, que muy pronto vengas a mi lado. Por favor, no te demores.

Ahora tenés que estar tranquila. No hagamos más doloroso todo esto, ya que muy pronto estaremos todos juntos respirando otro aire, viviendo otras cosas.

Tal vez tendría que pedirte perdón, pero prefiero decirte que sos lo que más amo en el mundo.

Un beso enorme.

Tu hijo

Ricardo escribió esta carta el 17 de mayo de 1977, y se la entregó a mamá antes de subirse al ómnibus que lo llevaría hacia el exilio, a Brasil, una elección condicionada por la falta de pasaporte y la ilusión de que cuanto más cerca, más corto sería el camino del regreso.

El 19 de marzo se había desencadenado la tragedia, al llegar una patota a casa de mamá en busca de mi hermano.

Hacía casi un año que yo no vivía con ellos, y la noche anterior mi soledad había estado poblada de fantasmas. Los amigos que tenían miedo y huían del país, los casos de secuestros de los que nos enterábamos cada día, los cuerpos acribillados y abandonados, el peligro de figuraren una libreta de teléfonos equivocada. Lo que todo el mundo sabía, aunque el terror los volviera sordos y ciegos. "Haga patria, mate un montonero", se leía en las paredes blanqueadas, cuando ningún militante se animaba ya a salir a hacer pintadas para no poner en riesgo su vida.

Mientras peleaba contra el insomnio, trataba de recordar quién había dicho no hace mucho que nosotros, mamá, Ricardo y yo, éramos como una familia de erizos,

animalitos que sostienen el entrañable atavismo de juntarse y apretarse como si fueran uno solo, mostrando las púas ante cualquier ataque. No supe cuántas horas había dormido cuando los timbrazos persistentes y los golpes en la puerta lograron despertarme.

Era ya de día, y tuve el presentimiento de que esta vez las púas no iban a alcanzar para conjurar la desgracia.

Cuando abrí, mamá estaba tirada en el suelo y lloraba desconsoladamente. Todavía con la sábana pegada a la cara, lo primero que pensé fue que Zuker había vuelto para hacerla sufrir, pero no tardé en recuperar la lucidez cuando entre sollozos, con un hilo de voz, me dijo: "Se lleva ron a tu hermano".

Mientras la levantaba en mis brazos, me iba contando entrecortadamente que a las seis de la mañana abrió los ojos asustada porque parecía que alguien trataba de tirar la puerta abajo. Que dudó en abrir, pero cuando lo hizo se metieron cuatro tipos vestidos de civil.

"Somos de Drogas Peligrosas – se presentaron– . Venimos a buscar a Ricardo Zuker"

Sus manos temblaban cuando prendió uno de los tantos cigarrillos Jockey Club que fumaba cada día. Después siguió balbuceando: "Les dije que mi hijo no había probado drogas en su vida. Cuando lo sacaron del dormitorio, se iba atando los cordones de las zapatillas. Pero mientras tanto me miraba, y tenía los ojos enrojecidos, como se le ponen cuando está nervioso".

Como los de ella en ese momento, cruzados por hilitos de sangre, casi en llamas. Mamá siempre se tenía que poner gotas de colirio. Hubo un tiempo en que usaba unas que eran azules. Se las había recomendado Fanny Navarro, una actriz que de la tapa de *Radiolondia* había devenido en personaje político, tras ser sindicada como amante de Juan Duarte, el hermano mimado de Evita. Había que hacerlas preparar en una farmacia, y las pupilas se destacaban sobre un blanco inmaculado. Ahora los ojos no le brillaban, estaban llenos de miedo y de dolor.

"Cuando se lo llevaban, me tiré al suelo para agarrarlo de las piernas, pero uno me arrastró por el piso hasta el baño, me metió en la bañera, y me puso un revolver en la cabeza. Recién me soltó cuando los otros ya debían estar en la calle".

"Te salvaste, hija de puta", dice que le dijo mientras salía corriendo, y volvió a romper en sollozos.

Le preparé un té pensando en los pasos a dar. Sabía que lo de Drogas Peligrosas era una burda coartada. Además, tal como les dijo mamá, Ricardo no sólo

no se drogaba, sino que además criticaba con dureza a los que lo hacían. Para "la Madre", como algunos llamaban a la Organización Montoneros, se trataba de un vicio pequeño burgués que alejaba al miliciano de la realidad. Y como para Perón la única verdad era la realidad, los que incurrían en el delito de evadirla eran fuertemente castigados. También era necesario contabilizar que Ricardo había dejado de militar hacía un año y medio, más o menos afines de 1975, cuando anunció formalmente: "A partir de ahora le voy a dedicar la vida al fútbol, a San Lorenzo y a Defensores de Belgrano".

Antes, el 22 de agosto de 1975, tercer aniversario de los fusilamientos de Trelew, había salido a la calle con un par de bombas Molotov y un martillo metidos entre la camisa y la campera verde oliva con forro desmontable que siempre usaba para esas ocasiones.

Seguramente llevaba una polera debajo de la camisa o un pulóver tejido por mamá jeans anchos y las infaltables botitas de gamuza en los pies un poco chuecos, atributo que le valió el apodo de Pato.

Yo no lo vi partir así pertrechado, esa noche del 22 de agosto. A principios de mayo de ese año había subido al avión que me llevaría por primera vez a Europa, y no regresé hasta fines de septiembre. Mamá me escribía todos los días. En el consulado argentino de cada ciudad a la que llegaba se acumulaban sus cartas, casi siempre con la tinta corrida por las lágrimas. Estuve en el de la calle de Ortega y Gasset en Madrid, escenario posterior de tantas muestras de repudio hacia la dictadura por parte de la colonia argentina; en el de Venecia; en la Vía de le BelleArti, en Roma; en Atenas y en París. Aprovechaba para leer allí los diarios nacionales. Isabel Perón conducía el país bajo los influjos de José López Rega, y la muerte andaba sedienta por las calles. Así me enteré de cómo habían acribillado en Córdoba a la familia de Mariano Pujadas, mártir de Trelew, antes de dinamitar sus cuerpos. También lloré en Roma la muerte de Aníbal Troilo. Me acordé de aquella vez que bajó de un taxi justo en frente de casa, y se fundió en un abrazo con Zuker que parecía no terminar nunca. Después me contó que se habían conocido de pantalón corto, cuando el gordo trabajaba en un cine de Corrientes y Medrano. "Le gustaba escucharme cantar. Me hacía subir al palco, y me acompañaba con su bandoneón", y a mi esos relatos conseguían emocionarme.

Durante mi viaje, tanto las cartas como las noticias que llegaban de la patria lograban angustiarme, aunque no atenuaban mis ansias de conocer esas ciudades deslumbrantes. Sabía que la militancia de Ricardo era lo que le robaba el sueño a mamá, ante el terror de que algo le sucediera. Sin embargo, yo ya había hablado mucho de este tema con él.

Es más. Las adversidades familiares nos habían unido tanto, que eran muy raras e insignificantes las peleas entre nosotros. Pero cuando empezó a militar, las

discusiones se hicieron frecuentes. Trataba de hacerle entender que le debíamos a mamá una vida tranquila, después de tantos disgustos. Pero hasta ahora los resultados habían sido nulos.

Por eso la última carta de mamá que recibí en Bilbao, antes de zarpar hacia Buenos Aires, derramaba alegría:

5 de septiembre de 1975

Mi muy amada hijita:

Quando recibas esta carta faltarán pocos días para embarcarte. Eso hace que todos los días bendiga a Dios porque en este tiempo transcurrido he sufrido mucho, pero él me ha dado fuerzas para seguir adelante, y esperarte como lo más amado del mundo. Me repito que faltan días nada más para verte, y en mis nervios lloro, te hablo una y mil veces, te imagino bajando del barco.

Te quiero tanto que sólo vivo esperando el 28 de septiembre, día de gloria para mí. Y lo repito muchas veces en el ir y venir de mis tareas, pues si lavo cortinas es pensando en vos, si limpio un vidrio es pensando en vos, y todo gira alrededor de mi dulce y amada Cristina, cuando estemos juntas y pueda abrazarte, besarte y saber que estás acá cerca de mí.

Deseo que tu viaje en el barco sea muy dichoso, que en las mañanas al despertar te acuerdes de tu mamá, y también de tus abuelos que alguna vez hicieron un viaje parecido. Y que en las noches las estrellas de ese cielo que tendrás tan cerca te guíen con sus luces a mí lado.

Perdóname si alguna vez mis cartas fueron tristes, se trata simplemente de que te quiero mucho y nunca en estos días amargos he dejado de vivir pendiente de vos. Me he sentido muy sola.

Espero que este viaje no haya desgastado mucho a mi hijita y que vuelva feliz a su querida patria.

No te marees en el barco. Miles de besos. Te ama

MAMÁ

En la querida patria, a Ricardo el miedo le había empezado a golpear las paredes del estómago.

"Fue por el oeste, Rivadavia al fondo", evoca aquel 22 de agosto Osvaldo Nemirovski, el Zeta, que por entonces compartía con Ricardo el frente de la Juventud Universitaria Peronista (JUP) de la Facultad de Derecho, y largas veladas en mi casa, cuando jugábamos a la loba con mamá, mientras disfrutábamos de las cómicas intervenciones del amigo de mi hermano.

Osvaldo mantiene su sentido del humor, pero lo abandona para reproducir lo sucedido:

"Me acuerdo de que nos miramos con el Pato..." "¿Qué estamos haciendo acá?", dice que le preguntó en esa noche helada y oscura. "Nos van a matar..., hoy nos van a matar", contestó él, mientras las sirenas quebraban el silencio de la madrugada.

Ellos ya venían hablando de que "todo se iba a la mierda", recuerda Osvaldo, que con sus dotes oratorias actualiza el dramatismo de aquellos años.

"Teníamos diferencias con la organización. Siempre hubo dos vertientes en los 70. Los que veíamos la cosa política militar con eje en la política y los que la veían con eje en lo militar. Con el Pato discutíamos mucho de política. Teníamos formación intelectual. Pero ascendían los que sabían armar una 9 mm o tenían mejor puntería".

Mientras las hordas de la Triple A recorrían las calles ávidas de sangre, las dificultades crecían.

"El nivel de represión en la facultad conducida por el decano Bosch, un facho, era terrible. Hablamos perdido el gobierno de la universidad que quedó en manos de Otalagano, Ivanissevich era ministro de Educación".

Hasta tuvieron que suspender un campeonato de fútbol que habían organizado en Derecho, después de jugar sólo dos partidos.

"Teníamos que ir clandestinos a las once de la noche, y volver compartimentados para que nadie nos viera. Yo era el técnico, el Pato era 5 de marca, el que distribuía la pelota desde el medio campo, un puesto para sudar la camiseta. En el equipo jugaba un morochito que era policía de la provincia de Buenos Aires y militaba con nosotros. '¡Mátenlo!', gritaba la muchachada cuando yo lo ponía para hacer marca personal. Por ser el técnico, les pedía que me llamaran 'mister', y de 'usted'", me cuenta eufórico el Zeta y, como al pasar, me revela que la novia del Mopi Caparros era la madrina del equipo.

Martín Caparros, coautor del libro *La Voluntad*, una saga de tres tomos sobre

esos años, se acuerda del Pato y de la chica, de cuando todos eran de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES). Tampoco ha podido olvidar aquel colectivo que los llevaba a Chacarita, al entierro de un pibe que habían matado en Ezeiza, esa jornada sangrienta que acompañó de manera funesta la llegada del general Perón desde su exilio madrileño. La chica que a Martín le gustaba, Marida, estaba sentada en las rodillas de mi hermano. El tiempo no parece haber disipado cierto rencor.

"Era muy montonero, hacía mucho circo público. Le gustaba caminar fuera de las columnas con el brazalete, era bueno para la política de masas", se desquita Caparros, quizás por sus carencias al respecto. Mientras tomamos café en un barcito de la calle Cerviño, me viene a la cabeza una anécdota que lo unía a Jorge Dorio, su coequiper en el programa *Sueños de una noche de Belgrano*, un domingo del 86 en que fueron a la cancha de Boca, cuando la Doce en su conjunto los empezó a chiflar, obligándolos a huir con sus largos sobretodos posmodernos.

Tampoco le perdona Martín Caparros a mi hermano que, al ingresar a la conducción de la UES, su íntimo amigo Isaac Dricas, el Pato Fellini, tuvo que renunciar a su apodo: "Había dos Patos y a mi amigo le quedó Fellini", remata con un gesto de disgusto.

Pepe Calcagno, un pibe de Chivilcoy que había venido a estudiar abogacía a Buenos Aires, y para colmo vivía en el mismo edificio que Ricardo, mamá y yo, no faltó a ninguno de esos dos partidos jugados detrás de la facultad.

"Recuerdo que después nos encontramos en la parada del colectivo 92, y como no sabíamos dónde vivía el otro, dimos diez mil vueltas al bajamos. Pero al final terminamos encontrándonos ante la misma puerta con las llaves en la mano", cuenta Pepe con el orgullo de un pibe del interior, "un perejil", como se define, que fue apadrinado por el Zeta y Ricardo, "dos cuadros de la facultad". Hoy, con mucho menos pelo, cinco hijos y dos ex mujeres, sigue recordando aquella época como la mejor de su vida, hasta que el miedo lo obligó a regresar a su pueblo.

El mismo miedo que mamá y yo sentíamos cuando salimos a la calle esa mañana calurosa y húmeda del 19 de marzo, mientras caminábamos las tres cuadras que separaban mi casa de la suya. La llevaba agarrada de la cintura, porque su paso era vacilante.

Ella ahora vivía en un departamento de dos ambientes en Cabrera y Gallo, un pañuelito comparado con el que por fin habíamos podido comprar en el 60, cuando Zuker acertó la triple en las carreras. Mucha plata, tanta que mamá al día siguiente salió a buscar la primera casa propia, antes de que el batacazo volviera a caer bajo las patas de otros pingos. Finalmente se decidió por un departamento que quedaba en Jean Jaures, entre Córdoba y San Luis, muy cerca de la calle Zelaya, donde Zuker

había nacido, en el Abasto. Allí cada uno de nosotros tenía su cuarto, una habitación de servicio donde dormía la mucama, y un balcón en el que mamá y yo tomábamos sol desde que empezaba la primavera.

Esa mañana ni el sol se compadecía de nosotras mientras íbamos preguntando en cada uno de los negocios de la cuadra si habían visto algo, si podían darnos algún dato sobre el secuestro. No obtuvimos ninguna información. Nadie había visto nada.

Me costaba encontrar palabras para tranquilizarla, para tranquilizarme... Sabía que Riqui era la luz de sus ojos. Mamá era capaz de levantarse a la madrugada para prepararle papas *paille*, esas bien finitas y crocantes que a él lo volvían loco. En cuanto a mí, desde su nacimiento, pasó a ser casi un hijo. Además de convertirse en el protagonista de todos mis juegos, yo lo dormía acariciándole los párpados hasta que se cerraban, mientras inventaba canciones de cuna y cuentos para él. Tenaz lectora, en aquella época mis preferidas eran fas niñitas modelo de la Condesa de Segur, y canalicé en mi hermanito todo el amor maternal que, según dicen, constituye el soporte de la condición femenina, si bien mi hogar no era precisamente una casa de muñecas.

Durante un tiempo el bebé consiguió desplazar del centro de la escena a Zuker, y las explosiones de celos de mamá no eran tan frecuentes. Pero bien dicen que la cabra al monte tira, así que entre bastidores él seguía despuntando vicios y placeres, en una suerte de vera nito de San Juan respecto al ojo siempre vigilante de ella.

También nosotros vivimos algunos veranos inolvidables. Ricardo pasó sus tres primeros cumpleaños en Córdoba, en la Casa del Teatro, un lugar paradisíaco en Villa Giardino. Cuando él nació, se me declaró una alergia asmática que me obligaba a dormir sentada para no padecer esos ahogos que me dejaban exhausta. Cada vez que llegaba el ataque, siempre en medio de la noche, me despertaba llorando. No podía respirar. Entonces mamá venía a consolarme, me abanicaba, y no me dejaba sola hasta que volvía a dormirme.

Zuker me llevaba día por medio a aplicarme nebulizaciones. Me ponían una pipa en la boca, y pasaba casi una hora prendida a ese gris tubo de oxígeno. Como premio consuelo, después me invitaba a Bambi, una confitería que quedaba en Talcahuano entre Santa Fe y Arenales, donde siempre comía una tarteleta de frutillas con crema pastelera. Casi todos pensaban que el asma era una materialización de los celos ante el nuevo objeto de amor familiar. Más pragmático, el médico aseguraba que, igual que con la epilepsia de mi tía María Luisa López, se curaría con el desarrollo, un diagnóstico que se cumplió en tiempo y forma, incluso a contrapelo de los celos.

Entre tanto era preciso que mis pulmones respiraran los bienhechores, mágicos

aires de montaña. Fue en las sierras de Córdoba donde Ricardo cometió sus primeras travesuras. Empezó por perfeccionarse en el arte de hacer avanzar su cochecito con un pie, una proeza que era aplaudida con entusiasmo por sus eventuales espectadores. También, cuando se largó a gatear, le gustaba esconderse tras las espesas matas de lavanda que perfumaban el aire con dulzura, mientras mamá se volvía loca buscándolo. Casi todas las mañanas iba a andar en burro. Un cuidador lo llevaba a recorrer los alrededores del inmenso parque que rodeaba a la casona, repleto de árboles frutales. Daba gusto verlo reír a carcajadas, con esos ojos verdes enormes, casi idénticos a los de mi abuelo Manuel López, como decía mamá, que brillaban bajo el flequillo largo y ondeado, cuando esperaba para bajarlo de su Platero.

Después ella gozaba de su deporte favorito. Se tiraba a tomar sol cual un lagarto, y a la hora de la siesta, mientras Ricardo dormía, yo la acompañaba. Me acuerdo de que en febrero del 56 estaba junto a nosotras María Rosa Gallo, una de las actrices que había tenido que dejar el país, según decía, por haberse ganado la animadversión de Evita. Retornada de Roma después de la caída de Perón en el pasado septiembre, en ese momento recibió un telegrama donde la convocaban para hacer *Recordando con ira*, con Alfredo Alcón. Lloraba y se reía al mismo tiempo, y es posible que ante esa emoción, todos nos hayamos sentido antiperonistas.

Por la mañana, yo también salía de cabalgata con una banda de amigos y amigas. No parábamos ni un minuto, y mucho menos a la noche, cuando los que eran un poco más grandes bailaban el rock *and roll*, fascinados con Elvis Presley. Al principio tímidamente, imitábamos los pasos y las piruetas de los mayores, aunque deslizarme por entre las piernas del compañero de turno siempre me resultó un complicado ejercicio, más aún con los vestidos almidonados que mamá persistía en ponerme, muy a pesar mío. Así fui ingresando casi sin darme cuenta en la adolescencia, mientras a mi hermanito le salían los primeros dientes de leche.

Pero tras los veranos, en los que Zuker sólo pasaba pocos días con nosotros, siempre llegaba el invierno de nuestro descontento.

Porque al viejo ya nadie podía atarlo con una correa a las patas de la cama. Tal vez fue mientras nosotros retozábamos en Córdoba que compartió la mesa trasnochada donde Aníbal Troilo, Pichuco, dibujó las bordonas de *La última curda*, en 1956. Es de presumir que el gordo y sus acólitos no se hayan privado de nada aquella madrugada, cuando su sermón de vino pasó a la posteridad.

Ya más grandes, Zuker siempre exageraba ante nosotros: "Yo en mi vida vi una raya de cocaína"

Ahora él ensayaba contra mamá un nuevo estilo de crueldad mental, que ejercitaba cuando regresaba a pleno día de las comilonas con que lo agasajaban los

mellizos Capusselli, un par de verduleros que fueron una institución en el Mercado de Abasto. Cuando terminaba la función en el Teatro Maipo o en el Nacional, iban cayendo Alberto Olmedo, Tato Bores, Vicente Rubino, Alfredo Barbieri, Juan Carlos AltaVista y sus respectivas amigas de la noche, generalmente bataclanas. De las largas tenidas participaban traficantes de droga y otros calaveras menos renombrados, pero siempre bien dispuestos, que mamá anatemizaba sin distinción: "Son una manga de alcahuetes..."

Cuando Zuker volvía, cargado de bolsas de verdura y de carne para llenar la heladera, y de paso calmar la previsible tormenta, la increpaba:

– ¿Qué haces despierta? ¿Sabes qué hora es? ¿Estás borracha? – decía aludiendo a la taza de té que estaba sobre la mesa, única bebida que mamá consumía con entusiasmo, además de poco vino y mucha soda a la hora de las comidas.

– Marcos, es de día. Son las ocho de la mañana...

– No ves que estás loca. Mira, es de noche... – Y, casi de los pelos, la arrinconaba contra la ventana hasta que viera las estrellas.

De no coincidir con esa apreciación, aunque cayera un sol rajante, tronaba el escarmiento, como más de una vez dijo el General.

Ricardo empezó la primaria en la Escuela Juan Martín de Pueyrredón, en Boulogne Sur Mer y Tucumán, mientras yo ingresaba a primer año en el Normal I de Señoritas, en Córdoba y Ayacucho. Habitualmente me tocaba a mí ir a buscarlo a la salida del colegio. Un día que no encontró a nadie, buscó refugio entre las faldas de la maestra. No se soltó hasta que llegué, cuando corrió hacia mis brazos con una sonrisa de oreja a oreja. "Estuvieron varios días riéndose de mí", decía cada vez que contaba esta anécdota sin ningún tipo de complejo.

Ricardo no pudo superar jamás el miedo a estar solo, y mucho menos en la oscuridad. Empezó a sufrir insomnio cuando tenía cuatro años. Me acuerdo de que lo llevaban a hacer sesiones de hipnosis. El médico le pedía que contara lo que pasaba por su cabeza en ese momento. Él murmuraba con los ojos cerrados que estaba en el zoológico, que veía a los leones, a los monos, al hipopótamo. Cuando salía del consultorio, confesaba que había inventado todo para no desilusionar al hipnotizador. Afortunadamente, el mal se esfumó poco después, cuando nuestro padre se fue a hacer una gira por España durante más de seis meses.

Antes de su partida me citó en un bar, algo bastante insólito para mí, que tenía trece años.

– Yo creo que tu mamá está loca, y que hay que internarla – me lanzó a la cara

sin demasiado preámbulo.

– ¿Cómo internarla, papá? Si vos te vas en quince días a España... ¿Y nosotros?
– reclamé mientras sentía que la rabia me golpeaba el corazón.

Intentó explicarme que era demasiada responsabilidad para mi tener que cuidarla, que ella no estaba nada bien, en tanto yo iba masticando las pala brasa escupir.

– Estoy segura de que cuando te vayas, mamá va a resurgir como una flor, porque el que la vuelve loca a mamá sos vos... Y antes de internarla, vas a tener que pasar por encima de mi cadáver – le dije (lo juro) mientras me levantaba de la mesa antes de que me pusiera las manos cerca de la cara. Nada me asustaba más que sentir cerca de mí esos puños enormes.

Así fue que Zuker se embarcó hacia España con la compañía de Alfredo Alaria, un bailarín que tenía varias "galas" programadas en Barcelona y en Madrid, y con Vicente Rubino, su compa ñero de andanzas de toda la vida y todas las noches. Mi hermano no debía tener más de cinco años.

Zuker afirmaba que fueron miles las cartas que cruzaron el océano en uno y otro sentido como prueba del amor que seguía incólume entre ellos. Que las cartas iban y venían casi diariamente es la pura verdad, aunque Ricardo solía repetir que, por experiencia, "creo mucho más en la palabra de mamá que en la de mí viejo" Ella siempre escuchaba boleros en el Winco. En esa temporada Fetiche nos fatigaba con eso de: "Son tus cartas mi esperanza, mis temores y alegrías...". Ricardo y yo la mirábamos escribir tenazmente, sobre un papel finito que muchas veces se mojaba con lágrimas que borroneaban su letra prolijita, como las que años más tarde me enviaría a las distintas representaciones diplomáticas de Europa. Pero se la veía mucho mejor, más tranquila, volviendo a lucir esa sonrisa que a Ricardo y a mí nos encantaba. También nosotros dormíamos más relajados, ahora que las peleas no interrumpían nuestros sueños. En los míos asomaría el príncipe que iba a robar mi corazón, preferentemente parecido a James Dean, cuyas fotos poblaban el álbum de casi todas las adolescentes de la época. En los de Ricardo debía reinar San Lorenzo de Almagro.

"Avenida La Plata al 1700. El Gasómetro. Este lugar está ligado a muchos recuerdos, la mayor parte alegres y todos inolvidables. El tablón de Boedo, y el fútbol en general. Representan para mí emociones trascendentales. Corría 1959, tenía cuatro años, y todavía me acuerdo de ese partido. Ganaba Lanús2 a O, y terminó 4 a 2 para el Ciclón. ¡Qué equipo, qué delantera! Facundo, Ruiz, Omar Higinio García, Sanfilippo y Boggio. Desde ese momento los colores azul– grana pintaron mi corazón", escribiría Ricardo mucho después en uno de los apuntes que aspiraba a convertir alguna vez en

libro.

También se acordaba de un domingo de noviembre de 1963, cuanto tenía ocho años:

“Fue en Avellaneda, en la cancha de Independiente, el mismo día que Jack Ruby mató a Lee Oswald, sindicado como el asesino de Kennedy. Nos enteramos por la radio, cuando íbamos con mi viejo en el coche para la cancha. Es como si viera el gol del Bambino, la patada de Navarro y después el penal que cobra Velarde. Cuando se empezó a armar el despelote, papá y yo decidimos irnos. Terminé de escuchar el partido en casa. Se largó una tormenta impresionante. Para mí fue como un símbolo de los dioses que estaban en desacuerdo con lo ocurrido. Independiente salió campeón”.

Los sábados a la mañana iba a jugar con los pibes del barrio en la esquina de Jean Jaures y San Luis, frente a la Viña del Abasto, una cantina que hoy luce en la puerta una placa de homenaje a Zuker, su cliente más conspicuo. Ricardo era el más chico de todos, y tuvo que pasar por la chicana obligada:

– ¿Vos estás avivado?– le preguntaban como si fuera un derecho de piso.

– Sí, viejo – contestaba, agrandándose, calzado ya con la camiseta igual a la de All Boys, blanca y negra a rayas verticales, con un 5 en la espalda, sin saber muy bien de qué le estaban hablando.

Tenían hasta un director técnico que se llamaba Oscar, un tipo al que se encontró años más tarde, cuando la vida empezaba a valer menos que nada. “No hay que meterse en política, pibe, mirá que a estos los van a matar a todos”.

A mí me impresionaba que tan chiquito pudiera recitar de corrido el nombre de los jugadores de casi todos los cuadros.

Recuerdo que se encerraba en su cuarto, armaba dos arcos con broches de ropa, un botón a modo de pelota y figuritas con la cara y el nombre de sus ídolos. San Lorenzo jugaba siempre de local, y él se las arreglaba para que indefectiblemente ganara por goleada. Se trataba sin duda de un juego solitario, pero Ricardo remedaba a José María Muñoz y también las ovaciones de la hinchada, de manera tal que parecía que había una multitud dentro de su cuarto.

"La toma Ruiz. Ataca San Lorenzo. La cede para García que entra en zona de peligro, levanta la cabeza y habilita a San Filippo, que dispara. La pelota rebota en la espalda de Cardoso... Pero el peligro no se termina... ¡Ciclón, ciclón, ciclón! El esférico le vuelve a Sanfilippo, que deja picar la pelota y saca un *shot a* media altura. El arquero vuela y gol, gool, gool, goooooooooool de San Lorenzo. El nene Sanfilippo pone a San

Lorenzo uno, Boca cero a los 17 minutos del primer tiempo. Y llora, y llora, y llora Boca llora", deliraba la popular liderada por Ricardo desde su habitación.

A la distancia, siento que de un día para otro se cansó de gritar goles en soledad, y salió a la callea gritar "Viva Perón", dejando atrás la infancia de manera definitiva. Antes vivió una experiencia que para él fue enriquecedora, según testimonian sus dichosos apuntes, siempre con letra casi inexpugnable:

"A los nueve años me cambié de colegio. Empecé tercer grado en la Escuela Argentina Modelo, una de las más 'garcas' de Buenos Aires. En ese momento no era consciente de los problemas de clase, y sentía que prácticamente formaba parte de la clase que iba a ese colegio. Aunque yo hacia otro tipo de vida. Era una dicotomía: porque mi experiencia como pibe de barrio era muy importante. O sea, convivir en el colegio con sectores de la burguesía, y una vez que estaba afuera, caminar la yeca y estar con los reos".

Durante su paso por el Argentina Modelo, Ricardo decidió que quería bautizarse y tomar la comunión, alentado por el joven sacerdote que impartía clases de religión en ese reducto educativo. Así fue como me convertí en la madrina de bautismo de mi hermano junto con Carlos, mi novio de turno, y por consiguiente, fugaz padrino.

Después tomó la comunión en un pequeño convento de monjas francesas en la calle Salta. Siempre me pregunté si no habrán estado entre ellas Leonie Duquet y Alice Domon, las monjitas que más tarde serían asesinadas en la ESMA. Tal vez contribuyeron con sus cantos a que la ceremonia de comunión de Ricardo fuera tan emocionante que terminamos casi todos llorando. Menos él, a quien se veía muy feliz por el paso dado.

Mamá también lloraba mientras íbamos aquella mañana en un taxi en dirección a la casa de Zuker, una decisión que tomé consciente de que su ayuda podía ser vital en ese momento. Ella no había dejado de prender un cigarrillo detrás de otro hasta que estuvo sentada en el living de su enemigo, que vivía hacía cinco años con Nélide y los dos hijos de ella. Nélide fue una de las tantas que tuvo a lo largo de los años, aunque la única con quien Ricardo y yo tuvimos una relación afectuosa, diferente a la sostenida con otras con las que debimos alternar en un extenso derrote roa partir de su ida de casa.

No era fácil para mamá estar allí. Desde que él se fue, ni siquiera hablaban por teléfono. Habían pasado quince años, y ella nunca había podido volver a enamorarse. "Para encontrar a uno que valga la pena, voy a tener que conocer a muchos", solía discurrir acerca de su desilusión del género masculino. Muchas veces la sorprendía llorando silenciosamente mientras lavaba los platos, encerrada en la cocina. Mamá no

había tenido una vida feliz.

Cuando Zuker regresó de España el hechizo de las cartas se quebró con rapidez. Él volvió a las andadas, ella a las recriminaciones, y yo, que tenía ya quince años, había decidido no permitir que la violencia volviera a destrozar sus nervios. Una noche en que la sangre amenazaba con llegar al río, abrí la puerta, y desde el pasillo y a los gritos, lo conminé a que se fuera de nuestra casa, una expulsión que aceptó, tal vez convencido de que mamá lo iría a buscar, como ya había ocurrido en otras fugas. No ocurrió, y jamás me perdonó haber sido la que lo echó del hogar de manera definitiva.

En algún reportaje dio su versión acerca de los hechos. Empezaba reconociendo que "tenía mucha ansiedad por irme, porque en casa la vida se me hacía imposible. Entonces rompí la relación paralela que tenía y me fui a España. Cuando volví, nos abrazamos con mi mujer en el puerto, me preparó una fiesta hermosa de bienvenida. Pero la mano empezó a venir muy dura. Me había apartado de los chicos, no lavaba mi ropa, estaba excluido. Lo pensé un poco y me fui. Bueno, después tuve los problemas que tuve con Ricardo".

Ricardo tenía siete años, pero nunca pudo olvidar ese día.

"La separación de mis viejos es probablemente una de las cosas más presentes en mi memoria. La relación entre ellos era muy mala, mi viejo le pegaba, la cagaba de todas las maneras. El día que se fue de casa me quería llevar con él y cuando me zamarreaba en la cama, yo me hacía el dormido", le abrió el corazón a Guiomar, su primer y gran amor, en aquellas tardes de domingo, de primer sexo, besos, siesta y canciones de Sui Generis, mientras estallaba la primavera del 73.

"Yo estaba por cumplir quince años cuando lo conocí, aunque ya lo tenía muy visto porque era el bailarín de la UES. Tenía un modo tan gracioso, era tan lindo verlo bailar al compás de tambores y redoblantes. El 21 de septiembre de 1973 la UES organizó un picnic en el Parque Pereyra Iraola por el día de la primavera. Casi inmediatamente nos pusimos de novios. Fue el 25 de septiembre, el día que mataron a José Rucci", precisa Guiomar, que a partir de ese momento estaba casi siempre en casa. Mamá y yo le tomamos mucho cariño: hacían una pareja fantástica, ella con el pelo rojo y los ojos casi tan verdes como los de mi hermano, se bebía con su boca carnosa las palabras del Patito, como le decía con ternura.

"Para su edad, Ricardo tenía una cultura popular impresionante. Sabía un toco de literatura popular, de música popular. Me abrió la cabeza, me hizo conocer un montón de cosas. Un día se apareció con un regalo, *Inventario*, de Mario Benedetti", me cuenta Guiomar, hoy convertida en docente de la carrera de Letras, casada y con dos hijos ya grandes, toda una señora en relación con aquella muchachita que Ricardo

quiso con locura, como coinciden en recordar todos sus amigos.

"Quiero que leamos juntos este poema para que sepas cómo te amo", le decía Ricardo en el Bar El Trébol, en Santa Fe y Azcuénaga, que habían hecho suyo, cuando él iba a buscarla a la salida del Liceo N° 1, en Santa Fe y Anchorena.

"Eso es exactamente lo que yo siento por vos, y me hace muy feliz saber que a vos te pasa lo mismo".

Para Guiomar, Ricardo fue lo más hermoso de su pasado, lo más trascendental.

"Tenía una capacidad de amar increíble, y no creo que haya muchas personas con su vocación de entrega para las causas en las que creía. Prácticamente, no nos separábamos. Además de la militancia, íbamos al Cine Arte, al Lorraine, y después de las movilizaciones, terminábamos comiendo todos en una gran mesa en Pipo. Él siempre pedía fideos al pesto y tuco para los dos, mejor dicho para los tres o cuatro porque casi siempre salíamos con el Gringo Caretti y su novia de turno. El Gringo era su gran amigo. Todas las chicas andaban detrás de él, era muy canchero, repintón", describe Guiomar al Poeta, como muchos le decían a Caretti, uno de los líderes de la UES, junto a Claudio Slemenson, el Barba; Eduardo Beckerman, el Roña; Isaac Dricas, el Pato Fellini; y Ricardo, desde aquella noche fragorosa de abril del 73, en que se reunieron en el Sindicato del Calzado, cuando Rodolfo Galimberti lanzó su primera propuesta de armar las milicias populares y quedó formada la Unión de Estudiantes Secundarios.

En ocasión de aquellas mesas multitudinarias, no faltó la vez en que Zuker coincidiera con él, a la salida de la función del Teatro Municipal General San Martín, donde protagonizaba *En la mentira*. Hacía el papel de padre de Ana María Picchio, y tal como anunciaba el título, se trataba de una relación familiar enferma de hipocresía. Mi identificación con Ana María dio lugar a una amistad fraternal que se prolonga a lo largo de la vida.

"Tu viejo invitaba a toda la compañía a comer, era una especie de Paganini, en una época en que la mayoría estaba peleando por el mango. Pero cuando lo veía a Ricardo, decía que era mejor ir a otro lado donde no estuvieran 'los muchachos peronistas'", me contó Ana María sobre aquellos encuentros.

"Éramos miles sobre Corrientes, cuando terminaban los actos", describe Elvio Vitali, que persiste en la misma calle desde su Librería Ghandi, aunque la noche de Corrientes esté hoy tan ajena a aquel lejano bullicio.

"Una noche los muchachos de la UES se metieron en el Bar La Paz, y les hicieron cantar el himno a todos".

Después, "medio en joda, medio en serio", improvisaron, con mi hermano a la cabeza:

Los faloperos del Bar La Paz le pidieron al general que traiga yerba del Paraguay, los faloperos queremos fumar.

A Elvio Vitali lo conocí cuando se acercó a la cancha de Defensores de Belgrano, en el homenaje que ese club le hizo a mi hermano hace un par de años, y que hubiera llenado de orgullo al fanático ausente. Allí estuvimos mi hija Flor, Alicia Sábato y Carlos García Blaya, que también nos habían acompañado fraternalmente cuando mamá murió en su casa, en San Pablo, hacía ya tantos años. Ese día le pusieron su nombre a la tribuna popular, la misma desde donde arengaba a la barra brava cada sábado.

Como aquella vez que jugaron contra Italiano.

"No había más de veinte viejos entre los hinchas de la tribuna visitante, y tu hermano no paraba. La consigna era: 'Italiano, chúpale las pelotas a los hinchas de Belgrano'. Cuando empezaron las trompadas, yo decidí no meterme, y después le dijeron al Pato que no me llevara más porque era un cobarde. Pero cómo me iba a pelear con esos ancianos que llegaban con la bandera italiana", se avergüenza todavía Osvaldo Nemirovski, el Zeta de aquellos primeros tiempos de ostracismo político. Aunque no tanto, porque Robertito Viola, el hijo del poderoso general, jugaba en el equipo. Un día Ricardo se agarró a trompadas con él en el vestuario. No habrá faltado una chispa que detonó esta agarrada, de la que Robertito salió bastante resentido.

Fue muy conmovedora la llegada de Elvio junto con otros compañeros a la cancha de Defe, después del almuerzo que organizó la Comisión Directiva como parte del evento en memoria de quien debió ser su hincha más fogoso. Por eso me pareció importante saber algo más sobre esos pedazos de la vida de mi hermano, cuando pasaba tanto tiempo lejos de los ojos de mamá y de los míos.

"Yo lo conocí durante el furor de los meses de verano del 73. Todo enero y febrero nos pasamos trabajando para la campaña. Empezamos a vincularnos, porque hasta ahí estábamos muy compartimentados. Ni siquiera estaban formadas ni la UES ni la JUP. Durante la campaña empezamos a vernos todos la cara. Ahí conozco a la UES en su conjunto: al Gringo Caretti, a tu hermano, que era muy notorio, al Pato Fellini...", me cuenta Elvio mientras tomamos el primer café en la Confitería La Ópera, al lado de su librería.

"Una columna de la UES entró a un teatro de revistas de la calle Corrientes, debía ser El Nacional. Se subieron con los bombos al escenario, y se metieron cantando consignas entre las vedettes, que casi en bolas no sabían para dónde agarrar. Por supuesto, si no estaba tu hermano, quién iba a estar..."

Él ya no está más, no hay ningún relato que me permita recuperarlo, pienso mientras Elvio pone sus recuerdos sobre la mesa. Y mucho menos recobrar a ese exultante personaje subido a las tablas, tan diferente al tipo más bien melancólico y nada extrovertido que fue mi hermano entre las cuatro paredes de nuestra casa, "un nerviosudo bárbaro", como le decía mamá cada vez que sacaba a relucir su malgenio. Nunca dejaba de ser afectuoso, contenedor, sobre todo con ella, que persistía, como antaño, en controlar todos los movimientos. Pero ese despliegue de humor imbatible que le adjudican sus amigos, que se revelaba siempre una vez transpuesta la puerta, genera en mí una curiosidad insaciable. Como Zuker, Ricardo también se transformaba en otro al calor de las multitudes, ya sea en la cancha, las marchas, los actos o los escenarios.

Guiomar, que conoció tanto de sus sentimientos, marca también la distancia infranqueable entre su intimidad familiar y la familia militante: "Con los compañeros el Pato jamás hablaba en serio de sus cosas".

"Me acuerdo del Pato imitando a los exiliados chilenos que habían empezado a llegar después de la caída de Allende", continúa Vitali. "Lo veo arengando con su campera verde, las patas abiertas, como si fueran siempre las diez y diez, hablando pestes de Pinochet. Era muy gracioso imitando la forma de hablar de los chilenos. Nosotros sabíamos que era el hijo del actor, pero no todo el mundo estaba enterado. Lo jodíamos preguntándole cosas de la farándula, quién andaba con quién, quién era puto. Pero él terminaba siempre con la misma historia: 'Una noche aciaga de mi vida lo encontré a mi viejo curtiendo con Inés Moreno...'" No quiero desilusionar a Elvio diciéndole que esa escena nunca sucedió porque cuando Ricardo nació, Zuker ya había terminado con ella. De todos modos, con ese aire entre tanguero y melancólico que ahora no lo abandona, Elvio confiesa que "a mí me encantaba. Si me habré hecho la paja con la foto de Inés Moreno en Radiolandia cuando era pendejo", y se vuelve claro como el agua clara que mi hermano lograba concitar así la lujuria y la adhesión de la muchachada; como cuando fueron a un congreso en Rosario, y durante el viaje en el colectivo le pedían por favor que contara otra vez lo de Inés Moreno, evoca Elvio.

Los dos competían en hacer la mejor imitación del General, y nadie se anima a decir a quién le salía mejor. Otra era reproducir escenas de películas argentinas, y pasó a la historia la que hacían de *Los duendes cazan perdices*, cuando Luis Sandrini gritaba "la vieja ve, la vieja ve los colores". En definitiva, ambos eran porteños fervientes y los igualaba el afán de divertirse, a pesar de todo.

Aunque ya en el 741a fiesta empezaba a convertirse en un velorio, donde Ricardo parecía ser el contador oficial de chistes, ese año se organizó un campamento en Itacombú, muy cerca de Monte Caseros. Elvio lo cuenta con lujo de detalles:

"Fuimos a hacer instrucción en un campo privado. Éramos como trescientos, y había mucha tensión política en esos días. Cuando oscurecía prendíamos grandes fogones, y hombres y mujeres estaban separados en cuatro brigadas. Una noche nos metimos encapuchados en el territorio de las chicas. Tu hermano nos presentó como miembros del ERS, Ejército Revolucionario del Sexo. A partir de ahí, en medio de los faroles de noche, se podía ver cómo las carpas flameaban".

Aprovecha para señalar que el sexo fue también un dato de esa época:

"Estábamos aprendiendo lo que era la libertad sexual, y realmente la ejercíamos, Aunque el Pato seguía locamente enamorado de Guiomar, su novia histórica".

Sin embargo, el miedo fue acorralando ese profundo amor que los unía.

"A partir del 74yo estaba con él sabiendo que tenía un arma en la cintura. Creo que esas cosas empezaron a separarnos. Al principio me la bancaba, pero después me empecé a apartar", se conmueve Guiomar al recordarlo. "Después vino el pase a la clandestinidad. Los encuentros con los compañeros eran más furtivos. Había que hacer cosas ridículas como vendarnos y dar vueltas para ir a la casa de alguien, así no se sabía dónde vivía, y no se podía cantar lugar", sigue enumerando los hechos que fueron achicando el amor y agrandando el pánico, hasta que sus padres decidieron enviarla a Villaguay para alejarla del peligro. En ese sentido, Guiomar les agradece que hayan tenido la clarividencia necesaria para intuir lo que se venía.

"Ricardo se encontraba con su papá cada tanto, como para que le tirara unos pesos. De lo único que hablaban era de fútbol. Yo creo que tu viejo ni se quería enterar en qué andaba él", agrega Guiomar.

Sin embargo, tanto Zuker como mamá y yo sabíamos en qué andaba Ricardo.

Allá por el 72 había logrado comprarme un Fiat 600 con el resultado de cientos de horas extras trabajadas en el Citibank, cuyo final sería luctuoso debido a mi incapacidad insuperable ante el volante. Terminé estrellándolo contra una ambulancia en la intersección de José María Moreno y Rosario, pleno barrio de Caballito. Pero antes de quedar reducido a polvo, y mientras esperaba que Zuker me consiguiera una recomendación en Dirección de Tránsito para sacar el registro, salimos un sábado a la noche el Fitito, dos amigas y yo. Como era habitual, llamé a mamá desde la calle, quien me dijo angustiadísima que le habían avisado que Ricardo estaba preso en Merlo.

Allí nos lanzamos por Rivadavia, que esa noche fue como nunca la avenida más larga del mundo. Cuando llegamos a la comisaría, sin bajarnos del auto, le dije a uno de los muchísimos policías que la rodeaban que quería saber si mi hermano

estaba detenido en ese lugar.

El tipo nos dijo que iba a averiguar.

– Mirá, zurdito, afuera está preguntando por vos una que dice que es tu hermana. Está con un auto y dos amigas. Nos las vamos a coger a todas... – lo apretó el zumbo.

– Minga que va a estar mi hermana con un auto. Si no tiene registro...

Mientras esperábamos afuera, nos enteramos de que la comisaría estaba llena de pibes que habían ido a un acto convocado por Rodolfo Galimberti, "el Merlazo", el 1° de mayo de 1972. De más está decir que los dichos de mi hermano lograron que acometiéramos el retorno a la capital urgentemente, antes de pasar a engrosar el número de detenidos por infractoras a la Ley de Tránsito.

Ahí nos desayunamos acerca de la precoz militancia de mi hermano. De la comisaría pasó al "Camarón", como le decían a la Cámara Federal que estaba frente al Teatro Colón. Zuker siempre vivió de manera vergonzante que su hijo fuera peronista, pero de todos modos colaboró para sacarlo de ese brete. Lo que no surtió efecto fue la filípica posterior:

"Hijo, voy a ser inflexible: tenes que prepararte para estudiar, convertirte en un hombre probo, seguir el ejemplo de tu padre que no ha escatimado sacrificios para llegar a ser alguien. En la vida hay que procurarse armas para alcanzar el éxito".

Salvo el último párrafo, lo demás pareció caer en saco roto. Cuando se fundó la Unión de Estudiantes Secundarios, Ricardo era uno de los cinco de la Conducción, junto a Eduardo Beekerman, el Roña, el primero en caer acribillado por la Triple A en agosto del 74. Los otros cuatro: Claudio Slemenson, el Barba; Cristian Caretti, el Gringo; el Pato Fellini y mi hermano en primer plano con los dos dedos en ve como para no desmentir su fama de jetón, aparecían en la tapa del diario *Noticias del 24* de agosto de 1974 llevando el féretro, después de que Eduardo hubiese sido velado en el Aula Magna del Colegio Nacional Buenos Aires. El siguiente fue Slemenson, reconocido por sus compañeros como un organizador muy metucioso. Lo secuestraron en Tucumán en octubre del 75. Dicen que lo asaron lentamente en una parrilla para que hablara. Murió quemado sin cantar ni una cita. Al Gringo lo dejaron vivir un poco más. En setiembre de 1976 lo asesinaron en Paraná y Maipú, Martínez. Un mes después el Pato Fellini se tomó la pastilla de cianuro en un colectivo, antes de caer en una pinza en la zona oeste.

En 1974 mi hermano ya estaba encuadrado en la Organización Montoneros. El ingreso a lo que muchos consideraban el Olimpo y otros "la Madre" tenía el carácter de un rito secreto, que convertía al iniciado en integrante de las formaciones

especiales con grado de combatiente.

Yo ya había conocido a Lito Espinosaⁱⁱ, que soñaba con escribir guiones para cine, y a ello se dedica en el presente. Como solía ocurrir en esas épocas efervescentes, me enamoré a primera vista cuando me dijo que yo era un minón, mezcla de mina y Eva Perón. No tardamos en irnos a vivir juntos, al departamento de Paraguay y Agüero donde mamá fue a buscarme después del secuestro. Un día, al abrir un cajón del placard, me encontré con un revólver. Espero la llegada de Lito con ansiedad:

– ¿Me querés decir qué hace “eso” en mi placard? – lo interrogué sin disimular la furia. Antes de contestarme me miró con sus ojos tiernos y brillantes:

– Me pidió tu hermano que se lo guardara – respondió, como si se tratara de algo muy normal. Lito siempre fue más peronista que yo, y ya se sabe, “para un peronista no hay nada mejor que otro peronista”, de modo que sentía por mi hermano, además de cariño, un gran respeto. Así como esta escena fue el principio del fin de nuestra relación que, como la época, prometía tanto y se diluyó en medio del dolor, también resultó una comprobación más del vertiginoso compromiso de Ricardo con la militancia.

El 73 había sido un año glorioso, donde no faltaron los encuentros, ni tampoco los desencuentros.

“La vigilia del 25 de mayo nos concentrábamos en Ciencias Económicas para ir todos a Plaza de Mayo. Asumía el “Tío” Cámpora. Cuando yo llegué, ya había una multitud, y me iba abrazando con los compañeros. Sobre las consignas, se destacaba el estruendo de tambores, una murga, y un montón de gente haciéndole el círculo a un tipo que bailaba como yo nunca había visto bailara nadie. Era tu hermano, el Pato Varieté”, se entusiasma Dani Korinfeld, el Turco, pese a los casi treinta años transcurridos.

Y cuando se cansaba de bailar empezaba a arengar: “Duro, duro, duro, vivan los compañeros que mataron a Aramburu”.

Conocí a Dani y a Betty, su mujer, en Madrid, adonde habían llegado tras una más difícil que exótica estadía en Israel, pese a la foto que los muestra en medio del desierto subidos a un camello. Eran muy amigos de Marta y Ricardo, y compartí con ellos penas y alegrías. Como cuando fuimos, el día en que nos conocimos, a un recital de Paco de Lucía en el Estadio Bernabeu. También vimos juntos por primera vez a Silvio Rodríguez y Pablo Milanés, una vivencia inolvidable:

“Yo no te pido que me bajas una estrella azul...”. Me acuerdo de la hermosa cara de Marta, mi cuñada, mirando tan enamorada a mi hermano, mientras acompañaba con su voz a la trova cubana.

Betty y Dani se recibieron de psicólogos en la Universidad Complutense de Madrid, y vivían de un puesto en el Rastro donde vendían unos zapatitos de badana que los españoles les sacaban de las manos, hasta que la artesanía fue reemplazada abruptamente por la ropa hindú y la *bijouterie de Hong Kong*. Eloy ejerce su profesión, tienen dos hijos adolescentes y viven en una acogedora casa de Colegiales, en cuya cocina transcurre esta charla, a puro corazón. Siguen pareciendo muy jóvenes, sobre todo Betty, que por ser tan menuda continúa pareciéndose a la muchachita que le contaba todas sus cosas a Marta Libenson, la futura mujer de Ricardo, cuando salían de la Escuela Carlos Pellegrini. También ellos se dedican a ejercitar la memoria. Han publicado un libro sobre la dura experiencia del exilio para los más jóvenes, *Los chicos del exilio*, que tan precozmente debieron desprenderse de sus familias y de sus sueños, para intentar iniciar una nueva vida en otro país lleno de ausentes. En él Betty recuerda a Ricardo y Marta:

"No estaban bien psicológicamente, tenían una inestabilidad muy fuerte", y los incluye entre quienes "no pudieron hacer de su vida ninguna otra cosa, no pudieron salir de lo que supuso ese fracaso, la derrota, las pérdidas".

Daniel Schiaviiii, el NUCÍ, otro Integrante de la familia montonera, también participó de la gesta del 73, y se tuvo que ir a los diecinueve años.

"Vi mi tumba, estaba quebrado, oliendo a muerte por todos lados. Habían chupado al compañero de mi hermana, que estaba embarazada. Antes secuestraron a mi novia, la tuvieron dos días en la ESMA, donde vio gente encapuchada. Finalmente fueron a mi casa, y no me encontraron. Me fui al Uruguay al día siguiente, después a Israel, porque allí estaban la mayoría de mis amigos", confirma Nusi la voracidad de la cacería contra blancos judíos. "No me aceptaron porque yo no era judío, así que me fui a Barcelona, donde me quedé diez años, que me cambiaron bastante la cabeza". Sin embargo, Nusi no se olvida de cuando estaba en la JP, y lo castigaron por no querer afeitarse el bigote, ese bigote del cual estaba tan orgulloso por ser igual al de Sabino Navarro, otro de los mártires revolucionarios. Como penitenciario tuvo que pasar dos días escribiendo documentos. "Fue una suerte porque descubrí que escribir me encantaba", rescata NUCÍ, hoy propietario de Audaz se Eleva, una librería erótica, rubro bastante alejado de la dura moral militante que imperaba en los 70. Allí nos ponemos a charlar una tarde de mucho calor, quizás potenciado por los objetos de juguetería porno que sobresalen en un estante.

"Yo lo veía al Pato durante las tomas de los colegios. Me acuerdo en especial de la toma del Colegio Belgrano, que duró varios días. Nos quedábamos a dormir ahí. Fue durante el primer mes de gobierno de Cámpora, y la derecha ya empezaba a hacer bombo con el descontrol. El Pato era un tipo de una gran exposición pública, que agitaba, que iba al frente. Además, como era tan extrovertido, tan simpático, era el que siempre animaba la fiesta".

Después Ricardo ingresó a Derecho, donde sólo llegó a rendir dos materias. Ahí fue que lo conoció a Osvaldo Nemirovski^{iv}, el Zeta. "Al principio yo tenía un poco de celos. Me habían dicho que venía uno de los jetones de la UES, y yo me preguntaba quién sería este tipo".

– Mira, Zeta, yo vengo aquí a colaborar desde donde sea necesario– se acercó con humildad mi hermano.

– Está bien. Vos hacé tu experiencia en el equipo de cuadros medios, y después hablamos.

Ninguno de los dos sabía del lugar que ocupaba el otro en la Organización. Coincidían en el frente de la Facultad de Derecho, pero el Zeta no paró hasta ascenderlo a cuadro de la conducción.

Empezaron a hacerse amigos por la afinidad futbolística. Por eso cuando deciden dejar de militar, el fútbol pasó a ocupar un lugar importante en sus vidas.

"Estábamos en pelotas", define el Zeta, inmejorable testigo de lo que le pasaba a mi hermano en ese momento. "No sabíamos qué hacer. Además de jugar a las cartas con tu vieja, íbamos todos los días a la cancha con Pepe – el amigo y vecino de Chivilcoy—. Veíamos todos los partidos de River por Pepe, los de Ferro por mí y los de San Lorenzo por tu hermano. Además, los sábados era sagrado ir a ver jugar a Defe".

"Un día el Pato me dice que había que hacer una 'operación'". Había que ir a apretar, después del entrenamiento, al DT de Defensores de Belgrano, el Yaya Rodríguez. "Andá vos que no te conoce', me a puro el Pato".

"Te vamos a matar, hijo de puta. Vos vas para atrás con el equipo", cuenta el Zeta que le dijo al Yaya Rodríguez al increparlo.

"Me acuerdo y me da vergüenza. De hacer la revolución a apretar a un técnico de Defensores de Belgrano. Éramos como esos coroneles que están hace treinta años en el ejército y piden el retiro, mientras todos sus amigos siguen en actividad", intenta explicar el Zeta, en una comparación no del todo feliz. "Yo tenía un puesto de venta de revistas en el Parque Rivadavia, y vino un compañero a buscarme. '¿Qué sos vos, jubilado de guerra? Tenés veinticinco años, y no peleas más! Otro directamente me escupió en la cara por haber tenido el coraje de dejar la organización. Al Pato también le tiraron varias citas, pero no fue a ninguna"

Un día el Zeta no aguantó más, y decidió encarar el exilio interno. Se fue a Bariloche, después de que reventaran la casa en Villa Urquiza donde había dejado de vivir hacía doce años, pero era la que figuraba en su cédula. Antes se despidió

fraternalmente de mi hermano con un guiso, aunque no fue el adiós definitivo.

"Una noche de bajón en Bariloche voy a tomar un café a la confitería del Casino, y me los encuentro al Pato y a Pepe, que vinieron a buscarme sin saber dónde paraba. Ahí tu hermano me contó que había ido a Villaguay para tratar de reconstruir su relación con Guiomar", evoca el Zeta.

Ricardo le admitió esa noche que estaba destruido. Pepe le había prestado una valija roja con el cierre roto para hacer ese crucial viaje: "La habíamos armado encima de la mesa redonda de tu mamá, y tuvimos que atarla con un cinto, antes de acompañarlo a tomar el micro que lo llevaba a Entre Ríos".

"El Pato era muy sencillo. Se enamoraba, se emocionaba, pero le costaba un huevo decir las cosas. Así que fue un adiós sin palabras", se conmueve el Zeta al recordar ese último abrazo. Nunca volvieron a verse.

Durante el encuentro con Guiomar, sí hubo muchas palabras: "Vino sin avisarme. Ya me había mandado un par de cartas intimidatorias. Me repetía '¿Cómo me vas a hacer esto?'. Me acuerdo de que lo encontré en la puerta al volver del colegio. Estuvimos hablando un montón de tiempo. Hubo una escena de violencia que me quedó muy grabada, cuando le avisé que no quería salir más con él. Agarró un cortapapeles, y me empezó a mirar feo. Ahí le dije que no podíamos pasar de acá", aunque hoy Guiomar reconozca que cada vez que piensa en él "se me frunce el corazón", tal vez por no haberle creído cuando le juró que se había abierto de todo.

Ése era el cuadro de situación que yo trataba de describirle a Zuker esa mañana del 19 de marzo, mientras mamá intentaba sobrellevar con dignidad el momento más amargo de su vida.

De puro optimistas, decidimos ir primero a Drogas Peligrosas, en la avenida Huergo. Con amabilidad, le respondieron a Zuker que su hijo no estaba ahí. Con el mismo taxi llegamos al Departamento de Policía. Mientras nosotras acatábamos su decisión de quedarnos tomando café en un bar de la calle Moreno, él se perdió en los pasillos, hacia Coordinación Federal. Permanecemos tomadas de la mano, silenciosas, mientras esperábamos los frutos de la nueva gestión.

Ahí tampoco sabían nada de Ricardo, nos dijo cuando volvió. Subimos a otro taxi, donde mamá aceptó ir a mi casa a descansar un poco, mientras yo volvía con Zuker a la suya para pensar los pasos a seguir. Lo primero que hizo fue llamar a su antiguo compañero de teatro infantil, Ángel Magaña, que ya más grande había estudiado en la Escuela Naval, y tenía buenas relaciones con la Marina.

"Lo mejor es no mover el avispero, Marcos", le contestó el actor de *La guerra gaucha*, una respuesta que me pareció propia de lo peor del cine nacional, como ésas

que mi hermano parodiaba con los compañeros.

"No hacer nada equivale a que ellos hagan lo que quieran con él", traté de explicarle a mi papá cuando me dijo que estaba de acuerdo con Magaña, y que era mejor esperar. Todavía me arde la cara al recordar el cachetazo que me dio al gritarle que si él no iba a mover el avispero, yo me iba a ocupar de hacerlo.

Me dirigí a la Asociación Argentina de Actores, en la calle Alsina. Allí me recibió su secretario general, Luis Brandoni, quien no sólo expresó su solidaridad, si no que se comprometida publicar una solicitada reclamando la aparición de Ricardo. Así se hizo. Una de las pocas firmas que no aparecía en ella fue la de la señora Mirta Legrand, y mucho menos la de Ángel Magaña.

Ya era de noche cuando llegué al diario *La Opinión*. Hablé con Mario Diamant, quien al día siguiente publicó la información del secuestro. En ese momento Jacobo Timerman, el dueño del diario, estaba preso.

Agobiada, volví a mi casa, donde mamá me esperaba, ansiosa y demudada. Evité contarle mi discusión con Zuker, convencida de que iba a ser necesario un rápido armisticio. Junto a ella estaba Graciela, una novia que Ricardo había adquirido en Defensores de Belgrano para consolarse ante la pérdida de Guiomar, a quien yo ya había hecho avisar, por seguridad, de lo ocurrido. Aproveché la presencia de la sustituía, que a la sazón nunca había ido ni a una movilización, para pedirle el número de teléfono de Eduardo Delucca, el presidente del club, que tenía una relación muy afectiva con Ricardo, aunque en Defe casi todos le decían Marquitos, su segundo nombre.

Lo llamé de inmediato, le conté lo sucedido y le pedí que me hiciera un contacto con Robertito Viola, confiando en que el episodio de la pelea no hubiera dejado cicatrices irreversibles.

De ahí en más, me dediqué a mamá, tratando de fingir un optimismo que estaba lejos de sentir. Tampoco conseguí transmitírselo, pero sí que se durmiera en mi cama, después de compartir una cena frugal de la que casi no probó bocado. Antes me anunció que al día siguiente regresaría a su casa, porque si Ricardo volvía, y no la encontraba, "se va a asustar mucho".

Temprano, a la mañana siguiente, llamé al hijo del general desde la Confitería Tolón, en Coronel Díaz y Santa Fe. Sabía que vivía enfrente. Me dijeron que se estaba bañando. A los quince minutos me atendió, le dije quién era y que necesitaba hablar con él. Dudó, pero terminó por acceder. Cuando preguntó qué llevaba puesto para reconocirme, la que dudó fui yo. Me había vestido como una autómata. Me miré, y te dije: "Un pantalón y una campera de jean, soy rubia y tengo ojos azules".

Después me senté en una mesa. Podía elegir: el salón estaba casi desierto.

Sin embargo, a los pocos minutos las mesas fueron ocupándose.

De repente me vi rodeada por fornidos morochos que, de a uno, habían ingresado por las dos entradas de Tolón. El joven Viola tomaba todos los recaudos, y mi miedo se iba convirtiendo en náusea.

Hoy, mientras trato de encontrar aquellos días en el recuerdo, el de aquella mañana se mantiene con nitidez casi cinematográfica. Cuando el hijo del general Viola entró, se dirigió sin vacilar hacia mi mesa. Llevaba una camisa blanca con los botones desprendidos, exhibiendo sin pudor su velludo y trabajado torso. Me hizo recordar a esos varones de las novelitas de Corín Tellado, "hombres de pelo en pecho", que reivindicaban su supremacía en cada página. Tenía todavía el cabello mojado, pero las bolsas bajo los ojos denunciaban como cierta la apreciación de Ricardo, cuando contó de sus diferencias con él: "Es un putaño, y además se chupa todo. Va todas las noches a Karim" Mi hermano se refería a una conocida *boite* de la calle Cerrito, donde tantas veces Zuker había hecho su *sketch* con Vicente Rubino. Allí, con billetera y portación de apellido, era sencillo disfrutar de compañía femenina. Cara, pero la mejor. Lo cierto es que a esa hora de la mañana su perfume a colonia importada se mezclaba con un inconfundible olor a whisky, a resaca.

Tratando de vencer mi repugnancia, le conté que se habían llevado a Ricardo.

– Mirá, yo no soy amigo de tu hermano. Incluso tuve un problema con él. Así que no sé qué que res...– cantó truco Robertito, y siguió sin dejarme hablar–: Hace poco vinieron los padres de un pibe que había conocido de chico. También querían saber del hijo. Averigüé, y estaba muerto. Sabés que cuando se lo dije, me contestaron que no podía ser cierto, y siguieron jodiendo. ¿Y si te tengo que decir lo mismo de tu hermano, y vos tampoco me crees? – preguntó con un cinismo a prueba de balas.

Le expliqué que sólo quería una entrevista con su padre, que Zuker tenía especial interés en hablar con el general (después llegaría el momento de convencerlo), y que estábamos dispuestos a hacer todo lo necesario para recuperar con vida a mi hermano.

– Está bien– aceptó con desgano–. Llámame pasado mañana.

Se fue casi sin saludar, y tras él las mesas fueron desocupándose con la rapidez prevista. Cuando me levanté para llamar por teléfono a Zuker, el salón volvía a estar vacío.

Me atendió Nélica, su mujer:

– Veni para acá que tú papa necesita hablar con vos.

– Yo también. – Y me puse a caminar las pocas cuadras que me separaban de su casa.

Fue el primer día, de los que sobrevendrían, en que nos abrazamos, los dos llorando como chicos asustados, sin saber qué hacer ante la poderosa y hermética maquinaria del terrorismo de Estado. También coincidimos, por fin, en que era preciso que nos mantuviéramos unidos para conseguir traspasarla.

Me contó que le habían prometido una cita con el general Guillermo Suárez Masón, por entonces Jefe del Primer Cuerpo del Ejército. A mi vez, le informé de la gestión prometida por el hijo de Viola, de seguro avalada por el tesón del presidente de Defensores, Eduardo Delucca, futura mano derecha de Julio Grondona en la AFA. A renglón seguido, me aboqué al tema de mamá. Le conté que la angustia la consumía, y que quería participar de la búsqueda.

Él consideró que a esas entrevistas "de alto nivel" era mejor que no fuera. Estuve de acuerdo, y sugerí que ella podía encarar los contactos con la Iglesia.

Al día siguiente mamá fue con su triste humanidad a la casa de la calle Paraguay que albergaba la sede de la Conferencia Episcopal. Tuvo la fortuna de que la atendiera el padre Berg, un sacerdote alemán que habla visto, antes de huir, cómo las bombas destruían Colonia, su ciudad natal. No sólo se comprometió a transmitir su pena al cardenal Primatesta, sino que la consoló con su mensaje de esperanza: "El Flaco no va a permitir que a su hijo le pase algo", me contó después mamá, y no sería la última vez que el padre Berg nos apuntalaría con su fe. Se la veía apenas un poco más tranquila, con la satisfacción de un primer deber cumplido. De esos días recuerdo con culpa que su desasosiego me superaba. Que no tuve la paciencia necesaria para contenerla, y mucho menos para ver cómo su estado físico se deterioraba, en medio de la nicotina y el pánico.

El mismo pánico que me inspiró la cara de Suárez Masón, aquella mañana en que nos encontramos muy temprano papá y yo en Bullrich y Santa Fe, junto a las rejas que bordean el Regimiento de Patricios. Juraría que no se levantó de su escritorio cuando llegamos, tras atravesar silenciosos el terreno arbolado que rodeaba su búnker. Vestido de riguroso uniforme verde oliva, pude versus botas brillantes cuando me agaché para buscar el encendedor que se había resbalado de mis manos temblorosas. Lo que sobresalía al mirarlo era su nariz, que sin duda le había ganado el certero mote de Pajarito. Cuando sus ojos nos escudriñaron como quien busca carroña, su expresión tenía muy poco de águila y mucho más de ave de presa. El trámite fue corto. El torvo Suárez Masón se limitó a escribir en un papel el nombre de mi hermano y la fecha del secuestro. Pronto se cumpliría una semana, tratamos de

hacerle comprender nuestra desesperación.

"Llámeme la semana que viene, Zuker", fue su escueta respuesta, antes de partir desolados. Sabíamos de su poder, aunque no imaginábamos que fuera tanto como él mismo reconocería en 1979: "Firmé entre cincuenta y cien sentencias de muerte por día", se ufano el general del Ejército Argentino ante un embajador extranjero, diálogo que aparece en uno de los documentos sobre la dictadura militar desclasificados por el Departamento de Estado norteamericano.

"Fue esa mañana aciaga", como hubiera dicho Ricardo, en que decidimos ir hacia Retiro, a la capilla Stella Maris, ubicada dentro del predio de la Armada, casi enfrente de los tribunales de la avenida Comodoro Py, donde cada vez que concuro miro ese edificio cristiano como la sede del purgatorio. Nos habían dicho que allí monseñor Gracelli, adjunto del vicario castrense, monseñor Tortolo, proporcionaba información a los familiares acerca de "los desaparecidos", círculo atroz al que había ingresado mi amado hermano.

Está de más decir que a Zuker todos lo reconocían pero, aquella vez, personal de la fuerza nos cacheó a ambos, mientras a mí, como al resto de las mujeres, me retenían la cartera "hasta el egreso", avisó el uniformado sin avergonzarse. O tal vez presentían que serían mujeres las que no cejarían en su denuncia por la sistemática violación de los derechos humanos, "las locas de la plaza", como han intentado disminuirlas sin éxito.

De hecho, en la antesala, parecida a cualquier repartición policial, las mujeres eran amplia mayoría. Una de ellas se acercó a mí, y empezó a acariciarme con una sonrisa tristísima: "Sabes que te pareces tanto a mi hija..." Se la habían llevado hacía un mes, y ésta era la tercera vez que venía. Nunca olvidaré su rostro, deformado por el dolor y el miedo. Volví a pensar en mamá, en su sufrimiento, y en el de todos los que en ese momento esperábamos hablar con un representante de la Iglesia Católica Apostólica Romana.

Algunos salían silenciosos. Otros llorando. Todos nos mirábamos en ese momento mientras veíamos entrar al siguiente. Por fin nos tocó a nosotros.

Monseñor Emilio Gracelli, cuando todavía no sospechaba que su nombre iba a figurar con fulgor propio en los anales del horror que registró la CONADEP, nos invitó a sentarnos frente a él. Nos sepa raba su escritorio, que sólo alojaba un par de ficheros y una carpeta grande de tapas negras, y más de una lapicera, en medio de una habitación despojada. Además nos separaba la evidente hipocresía que se leía en sus ojos demasiado claros, casi acuosos, en el crucifijo que tenía a sus espaldas, en su sotana negra como los cuervos. Y en esas manos casi femeninas, de uñas muy cuidadas, tan ajenas a la imagen de un siervo de Dios.

Le contamos nuestra penuria, y tiró con munición gruesa: "¿Qué quiere, Zuker, con ese apellido?".

Lo vi enrojecer, apretar los puños y doblarse tras acusar el brutal impacto.

Como Suárez Masón, Gracelli anotó el apellido culpable y el nombre de mi hermano en su voluminosa carpeta negra. Nos palmeó la espalda con cinismo, y quedamos en volver dentro de tres días.

Caminamos tomados del brazo unas cuadras que nos parecieron interminables, hasta volver a Retiro. Mudos, sin encontrar palabras para transmitir lo indecible, nos sepa ramos.

Yo me fui a ver a mamá, que me necesitaba más que nunca.

Zuker hablaría años después de esas humillaciones: "Me dejé manosear tanto. Me incitaban a que no fuera más, que no iba a lograr mi objetivo. Hablamos con Suárez Masón, Viola, todos. A las seis de la mañana estaba adentro, y esperaba, esperaba... A un cura que se llamaba Gracelli, que estaba en la Stella Maris, lo fui a ver veinte veces. Me arrodillé porque en ese momento creía en Dios. 'Haga algo por mí, estoy desesperado'", relata Zuker en un reportaje cómo le imploró al presunto servidor de Jesucristo.

Lo que no contó es que la última vez que lo fuimos a ver, el siniestro Gracelli recurrió a su fichero para decirnos con una frialdad pasmosa: "Zuker, según mis registros, su hijo está muerto"

Tampoco dice que ese día lloramos como nunca habíamos llorado en la vida.

Ni que poco después a Gracelli los altos mandos empezaron a llamarlo "el loco de América", según nos contó el padre Berg, de la Conferencia Episcopal, por decirle a Marcos Zuker que su hijo estaba muerto. Así que cerraron la oficina donde atendía, y los familiares sólo podían enviar cartas, de las que se ocupaba su superior, monseñor Tortolo.

Lo que sí confesó es que nunca más volvió a caminar tranquilo por Buenos Aires: "Algún 'judío de mierda' que escucho por la calle. Me lo gritó hace dos años un tipo que iba con una nena, justo cuando me iba a subir a un taxi. Yo me le iba a tirar encima, aunque fuera un grandote que me iba a poner una pifia y me mataba. Pero igual me le iba a tirar. Entonces el taxista me frenó: 'Zuker, pare, déjelo'. Estas cosas me dan miedo, me hacen mucho mal. ¿Por qué, en forma gratuita? Yo soy judío, y cada día me siento más judío. Todavía no sé en qué cementerio voy a descansar, si en el panteón de la Asociación Argentina de Actores, o en La Tablada, al lado de mis padres", decía Zuker, que finalmente descansa en el panteón de los actores.

Volvimos a encontrarnos al día siguiente de aquella entrevista con Gracelli, para ir a la esperada cita con el general Roberto Viola, que su hijo había concertado para las ocho, tan temprano como marca la disciplina cuartelera. Viola, que entonces era Jefe del Estado Mayor Conjunto y ya se consideraba *in pectore* sucesor de su amigo y compañero de promoción, Jorge Rafael Videla, cumplía funciones en el Comando del Ejército, frente a la Rosada. Vetustos cañones parecían apuntar a los que subían la empinada escalinata del edificio, tan imponente como todo monumento fascista.

Llegué cinco minutos antes. Subí agobiada por el miedo las trabajosas escaleras. Zuker no estaba arriba, así que volví a bajar. Fue en ese momento cuando los intestinos me jugaron una mala pasada. Sentí que me cagaba encima, literalmente. Lascaras inmutables de los pertrechados soldados de guardia no parecieron darse cuenta de mi infortunio.

Cuando entramos a su amplio despacho, Viola se acercó a saludarnos. Petiso y con el pelo canoso y ralo peinado hacia atrás, su piel tenía un definido color amarillento. Unas oscuras ojeras resaltaban las prominentes bolsas, un rasgo de familia, bajo sus ojos fríos. El bigote prusiano, que parecía un homenaje a Adolf Hitler, apenas ocultaba la raya apretada de su boca. La chaqueta del uniforme era verde oliva, ajustada por un grueso cinturón negro, tan negro como sus zapatos abotinados y la corbata que rodeaba su cuello demasiado grueso. El pantalón marrón caqui lo sindicaba como "ladrillo", un mote con que los integrantes de otras armas descalifican a los egresados de la Escuela de Infantería. Sin embargo, las charreteras con tres soles amarillos sobre fondo rojo demostraban que Roberto Viola había sabido cómo llegar a teniente general.

Aunque muchas veces demostró ser un ladrillo.

"El teatro, el cine y la música se constituyeron en un arma temible del agresor subversivo. Las canciones de protesta, por ejemplo, jugaron un papel relevante en la formación del clima de subversión que se gestaba: el las denunciaban situaciones de injusticia social, algunas reales, otras inventadas o deformadas", vociferó en alguno de sus discursos.

Frente a ese troglodita, Zuker trataba de explicar la terrible situación que atravesábamos. No me voy a olvidar jamás de lo que dijo:

– Los subversivos están en las alcantarillas.

Su brutalidad me indignó.

– Si está muerto, muéstreme su documento – casi le grité, llorando desconsolada.

– Yo no dije que su hermano estuviera muerto – levantó la voz el general de tan baja estatura.

Nos despidió con un “Voy a ver qué puedo hacer”.

Mamá anotaba con una cruz los días que iban pasando, como una marca de su propio calvario. La noche anterior a su cumpleaños contó cuarenta y seis cruces.

Pocas horas después, a la madrugada, a mi hermano lo tiraban desde un coche detrás del Hospital de Niños. Cuando se sacó la venda de los ojos, convertida ya en un trapo grasiento, la escasa luz alcanzó para cegarlos. Después se dio cuenta de que estaba a una cuadra de mi casa. A los pocos minutos, tocaba el timbre del portero eléctrico.

No hay palabras para describir la emoción de ese momento, cuando se abrazó a mí temblando, como si viniera de otro mundo. Habíamos conseguido arrancárselo a la muerte, pensé mientras lo acariciaba entre risas y lágrimas.

Tenía puesta la misma ropa del día en que se lo llevaron. Se le notaban los kilos de menos, la palidez del encierro, la seña imborrable del horror vivido impresa en su mirada todavía llena de miedo. No sé si llegó a hablar con alguien de lo que había padecido. Conmigo nunca lo hablaría.

Estaba ansioso por bañarse, cambiarse, afeitarse, antes de ir a ver a mamá. Entonces me dijo: "Les rompí tanto las pelotas con que mi vieja cumplía años, y que no le podía fallar, que al final me largaron". Poniendo cara de ganador, se metió en el baño. Cuando salió, me acuerdo de que le presté una bombacha antes de tirar su calzoncillo a la basura, un buzo y dejó los mismos pantalones. Estaba listo.

Ahí me di cuenta de que mamá no soñaba con el regalo que iba a recibir ese 4 de mayo de 1977, cuando cumplía cincuenta y cinco años.

La euforia de los días subsiguientes nos impidió ver que ya nada iba a volver a ser igual que antes. Como cuando fuimos, lo mismo que tantas otras veces, a la cantina de San Luis y Jean Jaures, en esa esquina donde Ricardo empezó a jugar sus picados con los pibes del barrio. Cuando entramos, primero se oyó un aplauso solitario que se convirtió en una cerrada ovación. Todos los comensales se pusieron de pie para saludar la aparición con vida del hijo de Marquitos Zuker.

Ricardo también había cambiado.

"Después de su secuestro lo vi dos o tres veces", aporta Guiomar, a quien durante esos cuarenta y seis días sus padres habían escondido en el departamento de unos amigos. “No dormían de noche, por miedo a que vinieran a buscarme”

Sin embargo, cuando supo que había reaparecido, Guiomar quiso verlo "a toda costa".

"La primera vez que nos encontramos me di cuenta de que ya no podía hablar de su interioridad conmigo, estaba como congelado con lo que le había pasado. Lo poco que le pude sacar es que le mostraban fotos de gente para ver si los conocía. Era imposible sacarle una oración completa. Había que arrancarle las palabras con tirabuzón, justo a él, que conmigo era tan comunicativo", Guiomar no puede olvidarse de que por momentos su mirada parecía perderse.

La próxima cita en El Olmo, de Pueyrredón y Santa Fe, fue mucho más dramática: "De pronto irrumpe un grupo de tareas con armas largas, y se llevan a una chica de una mesa que estaba a siete metros de la nuestra. La piba gritó, pero todos quedaron paralizados. Lo primero que hice fue prenderme de la mano de él, que estaba helada"

Guiomar todavía se pregunta cómo pudo tener ese dominio. De lo que está segura es de que, entre las cosas que pasó mientras estaba secuestrado, "lo deben haber picaneado mucho para controlarse así".

Tampoco mamá había vuelto a ser la misma. Esos días atormentados parecían haberla desmoronado. Sus manos temblaban al encender el cigarrillo, y también al apagarlo sobre ceniceros repletos de colillas. Sus hermosos ojos habían perdido todo brillo. Estaban opacos por el miedo. Tenía razón. A los pocos días escuchó otros golpes en la puerta. Decidió no abrir y mantenerse en silencio, metida en la cama, agradeciendo que Ricardo se hubiera instalado en la casa de unos amigos solidarios, ante la posibilidad que algunos ya nos habían adelantado: "Los grupos de tareas de cada arma actúan con independencia. O sea que cualquier otro servicio puede ir a buscarlo", nos había dicho alguien que se ve que estaba en el ajo.

No entraron, como tampoco lo hicieron otros sujetos sospechosos que fueron a averiguar quién vivía en el 3° C, mi departamento, según me advirtió la portera del edificio.

Esta vez las decisiones se tomaron con rapidez. Tanto a mamá como a mí nos albergaron en otras casas. Antes, ella sacó parte de la ropa de Ricardo, que dos días después partiría hacia San Pablo. "Acá no tenés más nada que hacer", le había dicho Zuker, y todos estuvimos de acuerdo.

"El día que fuimos a tomar el micro para Brasil tuve más miedo del que tuve en mi vida. Calles oscuras, por ahí, por Plaza Once. Yo tenía el temor de que en cualquier momento me lo bajaran" Y el miedo de Zuker no terminó ahí:

"Estaba seguro de que al regreso de la estación me iban a secuestrar, o que

cuando entrara a mi casa iba a encontrar todo revuelto, pero nada. Todo normal, como si no hubiera pasado nada. Me parecía mentira”, confesó en otro reportaje.

También a mi Ricardo me dejó una carta antes de su partida a San Pablo:

Querida hermana:

El dolor que vos sentís es igual al mío, y la sensación de irrealidad es también la misma. Me siento impotente, sin posibilidad de pensar, pero trato de mantenerme fuerte, a pesar de este sufrimiento enorme.

Se había producido una transformación, una maduración en mi vida, y tenía muchas ganas de construir cosas aquí, pero no puedo. No importa. Creo que no bien pase todo esto, en cualquier lugar del mundo en donde esté, tengo mucho por mostrar, muchos a quienes querer, a quienes entregarme y entregarle mis cosas.

Te quiero pedir un favor, el último antes de este viaje: que no descuides la situación, y que traten de hacer todo muy rápido para estar cuanto antes a mi lado. Las necesito, y perdón por el egoísmo. Ahora más que nunca aprendí a quererte, sábelo, estáte segura de eso.

Un beso

Ricardo

Así fue que mamá y yo nos pusimos a resolver todas las cosas de orden práctico, que no fueron pocas, para cumplir con su deseo, mientras seguíamos viviendo fuera de nuestras casas.

Zuker no estaba de acuerdo, y así se lo hizo saber a Ricardo en una carta que le envió desde Buenos Aires a San Pablo:

Querido Ricardo:

Sé que las noticias que puedan llegarte son absolutamente necesarias, y es mi deseo que éstas sean portadoras de paz y tranquilidad, que por ahora no estás demostrando. Yo entiendo tus inquietudes, pero hay un hecho que conmueve hasta las fibras más hondas: no te olvides de todo lo que has pasado, de todo lo que hemos pasado. No es posible que vos determines la vida de los demás. Tu historia es total y absolutamente tuya. No se puede dismantelar de un día para otro una casa ni mudar una familia. Estamos a treinta días de tu partida, y son muy pocos para tener un panorama o proponerse triunfar en corto tiempo. Todo es sacrificio, pero no olvides que te lloramos muerto y estás vivo. Yo considero como un hecho caprichoso la ida de tu madre y tu hermana porque en este momento de nada te

servirían. Al contrario, te sentirías bien espiritualmente, pero no tendrás la posibilidad de darle las comodidades que todo ser humano necesita, sobre todo tu madre, que ha sufrido mucho en este tiempo.

Además de estas severas reconvenciones, le hablaba de la posibilidad de mandarlo a Israel, y se comprometía a seguir los trámites para conseguirle un pasaporte, hasta ahora vedado por no haber realizado aún el servicio militar, a la espera de una resolución al trámite de excepción que había solicitado como "único sostén de madre divorciada". Mi hermano confiaba en obtener ese pasaporte para en el futuro irnos a España con mamá. Nunca aceptó lo de Israel, a pesar de mis avanzadas gestiones ante el SOJNUD, entidad judía que entonces estaba presidida por Dani Ricanati, un sabra nacido en Jerusalén. Me acuerdo de que lo fui a ver a un edificio en la calle Lavalle, que tenía más normas de seguridad que el propio Departamento de Policía. En cuanto me dio la mano, advertí que sus bellos ojos me miraban con profundo interés, un interés que incluso lo movilizaría a ir a visitarme a San Pablo, unos meses después, donde compartimos algunas noches de amor, y donde renovó el ofrecimiento de asilo para Ricardo.

Nosotras decidimos no tomar en cuenta las objeciones de Zuker, y seguimos con los preparativos para el viaje. Desde entonces, muchas veces me culpó: "Vos convertiste tu vida en una valija".

Durante los días que precedieron nuestra partida a San Pablo, mamá redobló su fervor epistolar. Las cartas se convertían en la única manera de sentirse más cerca de Ricardo.

Queridísimo hijo:

Mi alegría fue inmensa al saber que llegaste bien a San Pablo, pero mi necesidad de saber de vos es tan grande que desde que te fuiste todas mis horas y mis pensamientos me llevan a mi amado hijo. Quiero saber cómo fue tu viaje, cómo estás, a quién viste y todos tus proyectos en ese país que por momentos me parece tan lejano, y me cuesta mucho entrar en esta realidad de tenerte tan lejos de mí.

Quiero que tengas fuerzas estos días que faltan hasta nuestra llegada, que no te derrumbes, pues a veces nos encontramos en situaciones límite para las cuales no hay solución, y gracias al cielo estás vivo. Eso te tiene que dar todo el coraje del mundo para seguir adelante.

En todo momento tenés que pensar que mi único anhelo es estar a tu lado, aunque esta primera semana se ha perdido por el miedo a salir y mi estado anímico. No he tenido voluntad de hacer nada. Estoy agotada. Tu marcha me dejó muy mal. Desde el 19 de marzo todo ha sido dolor, salvo unos pocos días.

Quiero llegar pronto a tu lado para poder besarte, para hacerte la comida y coserte los pantalones. Debemos estar **muy unidos, y poner el hombro todos juntos para acompañarte en este exilio que sé cuánto te ha costado. Quiero, hijo mío, que pienses que soy una mujer grande, y que todos estos golpes me han ido aniquilando. Yo también necesito de tu ayuda y cariño. Sé que con comprensión saldremos adelante, poniendo cada uno su granito de arena.**

Cristina y yo estamos bien, ella en casa de su amiga Nora y yo en lo de Juanjo, donde me atienden muy bien.

Recibe todo el cariño de tu madre que te adora.

Volveré a escribirte mañana. Cuidado con las pulgas y al cruzar la calle.

PD: Tratá de escribirme con letra más clara, pues me cuesta horrores leer tus cartas, ya todos les pasa lo mismo.

Juanjo Marcovecchio se había convertido en el gran amigo de Ricardo después de la partida de Osvaldo y Pepe. Se habían conocido en el Colegio Sarmiento, donde ambos hicieron la secundaria, y también compartieron algunos espacios en la JES. Pocos, porque Juanjo se había enamorado perdidamente de Aída, su profesora de Psicología, y ambos mantenían un tórrido romance. Cuando a Ricardo lo secuestran, hacía poco que se habían ido a vivir juntos. Él padecía terribles ataques de asma, y Aída cuidaba de que no abusara del Ventolín, un recurso plagado de contra indicaciones.

Mamá había aceptado la afectuosa propuesta de la madre de Juanjo de vivir en su casa hasta que pudiéramos viajar a San Pablo, donde Ricardo nos esperaba. A esa ciudad habían llegado también la hermana y el cuñado de Aída, el amor loco de Juanjo. Se trataba de dos renombrados psicólogos que por trabajar *ad honorem* en el Hospital Posadas debieron abandonar el país y a sus numerosos pacientes. Desde luego, Ricardo se había comunicado con ellos a poco de llegar.

Una noche mamá se sobresaltó al escuchar el teléfono desde el dormitorio donde siempre durmió Juanjo, y que ahora ocupaba ella. Un grito de animal herido volvió a helarle la sangre. Aída había avisado que a Juanjo se le había parado el corazón: tenía 22 años. El de mama quedó irremediablemente quebrado.

Mi queridísimo hijo: hubiera sido mi más grande deseo que no te enteraras todavía de esta pérdida tan irreparable y tan injusta de tu querido amigo. Lo imprevisto de su muerte, ese paro cardíaco a tan temprana edad, nos ha dejado a todos destrozados e indefensos ante tanto dolor. Lo he acompañado durante todo el día y la noche. Las fuerzas y el corazón me flaquearon muchas veces. Lo besé infinitamente, y hoy todavía no creo que sea verdad.

Sé que es un golpe muy duro, difícil de sobrellevar.

Es otra prueba muy dura, pero tienes que seguir adelante. Sé que estás solo, y es aún mucho, mucho más difícil, pero mi amado hijo tiene que tener valor, y esperar a que muy pronto estemos a su lado.

A mí, te confieso que esto me ha afectado enormemente, no tengo consuelo. Cristina me aconseja que debo sobreponerme y pensar, como te digo a vos, en el futuro. Hoy pasé la mañana recordando el poema de Miguel Hernández: “Quiero escarbar la tierra con los dientes, quiero apartar la tierra parte a parte, a dentelladas secas y calientes”. También pensé en mi padre. A él le debía gustar mucho Miguel Hernández. Es raro. Últimamente pienso mucho en él, en mi madre, en mi hermano Manolo, que se murió tan joven.

Quiero decirte también que tu padre en esta triste circunstancia estuvo en todo momento presente, y se portó muy bien, tratando todos de ocupar tu lugar.

Riqui: te pido que me vayas diciendo lo que vamos a tener que llevar, sábanas, vajilla. No te olvides, por favor.

Esta carta la termino muy rápidamente porque viaja Aída a San Pablo para ver a su hermana. Espero que a vos también te haga bien verla.

Cuidate mucho, mañana volveré a escribirte. Hoy viernes fui de nuevo a Balcarce y Belgrano para ver qué pasa con el trámite de la conscripción. Me dijeron que vuelva el lunes.

Tu madre que te ama

El trámite de la conscripción, que Zuker llevaba por carriles propios y parecía ligado íntimamente a la obtención del pasaporte, tuvo entretelones dignos de las comedias de enredo que tan bien había interpretado con Paquita Vehil, la que era mamá de Miguel Ángel Sola, en el Teatro Liceo. Sólo que ahora el elenco estaba formado por pétreos militares.

Un día me tocó a mí ir al Ministerio de Interior para ver al coronel Sullivan, en su defecto a un tal Ferrari, según las indicaciones de Zuker. Como Sullivan no estaba, me atendió Ferrari, un tipo macilento, recostado con desmayo tipo galán en un sillón de cuero que otorgaba cierto confort al austero despacho. No estaba solo. Lo acompañaba un tal Pitón, de cuyo rango me he olvidado, un joven vestido de civil con estilo demasiado modernoso, que de a ratos me trataba de vos y de a ratos de usted. Ambos se preguntaban frente a mí qué razón podía haber para no entregarle el pasaporte a mi hermano.

En ese momento, miré a Ferrari con ojos inocentes, y me animé a decirle:

– Ferrari, ¿usted está enterado de que hay un trámite de excepción del servicio militar?

Ferrari se levantó como impelido por un resorte y fue caminando hasta sentarse en su escritorio. Pitón no volvió a tutearme nunca más.

– Su padre no me habló de ese trámite – se extrañó Ferrari.

Pitón intervino para señalar que "ahora todo ha quedado claro":

– Por supuesto, no puede entregarse un pasaporte a quien antes debe cumplir con la Patria.

Juro que lo dijo con mayúsculas.

Ferrari también la invocó, cuando pensó en voz alta que no entendía lo que pensaba hacer "este muchacho", cuando su deber era cumplir como ciudadano, y que en ningún lado iba a estar más seguro que "como soldado de la patria"

– Es más, después de lo que pasó con él tendría que ser el más legal, el ciudadano modelo – agregó.

– Antes del 19 de marzo mi hermano se parecía mucho a un ciudadano modelo – intervine con apasionamiento–. Trabajaba, quería casarse, vivía con su mamá, era socio de un club de fútbol y escuchaba mucho tango. Ahora – agregué con sincera cara de pena–, vive solo en Brasil, sus ilusiones se quebraron, se entera de los resultados del fútbol comprando el Clarín del día siguiente, y al tango se vio forzado a reemplazarlo por el samba.

Ferrari dijo que, por sus antecedentes, "su hermano no era un ciudadano modelo". Yo le retruqué que esos antecedentes se remontaban a "las tonterías del 73".

– ¿Tonterías? – Dijo mirándome con sorna–. Por esas tonterías el país está como está.

Entonces Pitón se puso a explicar la gravedad de convertirse en infractor:

– Primero la Policía Federal extiende una orden, esa orden después va a Interpol. Por consiguiente, la situación de su hermano es grave en cualquier lugar del mundo.

Antes de hacer mutis por el foro, Pitón me recomendó que fuera al Distrito

Buenos Aires, en Balcarce y Belgrano (adonde mamá concurría por su cuenta y día por medio). Allí debía averiguar la situación exacta del trámite, a fin de comunicársela a mi hermano, "para que vuelva cuanto antes a cumplir con su obligación como argentino"

No bien Pitón se retiró, Ferrari intentó un tono más confidencial:

– Bueno, se trata de una situación muy delicada. Lo cierto es que el gobierno está ablandando la mano – mintió Ferrari en plena cacería del 77–, Sin embargo, cualquier acción subversiva a partir de ahora seguro que va a ser espectacular. Pueden matar a cinco generales, tres sargentos, cuatro coroneles. Entonces, ¿a quién van a ir a buscar? Entre otros, a tu hermano. La hija de un amigo mío estuvo siete meses en Estados Unidos. Volvió, pero cada vez que hay un atentado la van a buscar a ella.

– Entonces, ¿usted qué nos aconseja, Ferrari? – le pregunté mirándolo fijo.

– Lo que pasa es que tu hermano debe estar muy marcado. ¿En qué regimiento lo van a querer? Y si lo quieren, ¿con qué desconfianza lo van a tener? Al mismo tiempo, si no vuelve y se convierte en un desertor, va a andar por el mundo como un paria.

Volvió sobre lo delicado del asunto, lamentó que el coronel Sullivan no estuviera para dar su valiosa opinión, y dio por terminada la entrevista, que para mí tuvo ribetes desopilantes, a pesar de lo que estaba en juego.

Al día siguiente me trasladé a Balcarce y Belgrano para ver al teniente coronel Lagalla, con quien Zuker ya había estado en un par de oportunidades.

No me había anticipado sobre la cara de mata persona del teniente coronel, ni tampoco tenía claro qué era lo que habían hablado en esos encuentros, por lo tanto decidí manejarlo con discreción.

Lagalla me atendió en seguida, y con la misma diligencia y autoridad mandó a un conscripto a buscar el legajo. Casi media hora después, agotados ya todos mis recursos para sobrellevar la espera, el muchacho reapareció con las manos vacías.

– ¿No será que hay un pedido de excepción? – nos preguntó a Lagalla y a mí nervioso conscripto.

Contestó Lagalla que podía ser, y le ordenó que fuera a buscar el legajo a otro sitio.

– Sabe qué pasa: son tantos los ciudadanos que vienen por aquí, que no puedo

acordarme de cada caso.

Aunque me dijo que sí recordaba haber hablado con Zuker de que se trataba de "algo especial".

Cuando volvió el conscripto, informó del trámite de excepción iniciado en el año 76 pero que, "curiosamente", no había sido contestado todavía "ni por sí, ni por no" Que estaba "a resolver" en el Primer Cuerpo del Ejército, precisamente donde Zuker y yo habíamos ido a ver a Suárez Masón.

Peinándose el negro bigote, Lagalla me habló de paciencia, de que la respuesta podía llegar cualquiera de esos días. Para él, no existía ningún motivo para que no le dieran el pasaporte:

– Por el momento, la situación de su hermano es absolutamente normal. – Y pese a su cara no tuve más remedio que darle la mano antes de irme.

Cuando por fin recibió una citación del consulado argentino en San Pablo para retirar su pasaporte, hacía más de dos meses que Ricardo no salía a la calle. Había vuelto a vivir a la casa de Carlos García Blaya y Alicia Sàbato, después de abandonar el departamento de la calle Luis Coelho, que había alquilado poco antes de que llegáramos mamá y yo, en un piso diecinueve. Cuando nos llamó por teléfono para avisarnos, parecía muy feliz, y nos anunció que íbamos a poder ver toda la ciudad desde tan alto.

Ese día se había levantado tan triste como todos los anteriores. Él también puso por milésima vez a Serrat:

Un manotazo duro, un golpe helado,

un hachazo invisible y homicida,

un empujón brutal me ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,

Lloro mi desventura y sus conjuntos

Y siento más tu muerte que mi vida.

Se vistió a desgano y bajó la escalera. Más tarde, cada vez que lo hacía, se le aparecía la misma escena. La camilla levantada en alto para facilitar la tarea de los enfermeros en el descenso, el gemido pertinaz de ese perro tan enorme, la llegada de la policía y de los incondicionales amigos brasileros que se habían sabido gana ríos

dueños de casa, ansiosos por facilitar el engorro de "la muerte dudosa de una turista argentina arribada a Brasil tres días antes" Las mismas voces que con lenguaje extraño trataban de explicar lo irreversible. Y nuestras miradas extraviadas que no podían dejar de cruzarse buscando un porqué para tanto dolor, mientras se llevaban a mamá al Instituto Médico Legal para hacerle una inevitable autopsia, adonde ya no podríamos acompañarla.

Ninguno de los que estuvimos allí esa noche hemos podido olvidarla, aunque muchos de los detalles han quedado entre los pliegues que mi memoria generó para defenderse del dolor inextinguible.

Alicia, conocida como la Chona en la Columna Norte, había tenido que encarar el exilio cuando ya no se podía resistir más, a principios de 1977. Carlos, su marido, ya había conseguido llegar a San Pablo. Ella salió desde Ezeiza, con sus dos hijos, Federico y Emiliano, de cinco y tres años respectivamente, y Fausto, un gran danés negro que su jefe, Rodolfo Galimberti, le había dado la orden de llevar consigo. No fue una mala idea porque "¿quién iba a huir con un perro como ése?". Alicia se vanagloria: "Vino hasta el capo del aeropuerto para felicitarme por el ejemplar".

También se acuerda de ese sábado a la mañana en que Ricardo tocó por primera vez el timbre de su casa. "Soy el hermano de Cristina Zuker", se presentó ante mis amigos.

Tuvo el mejor recibimiento. Al día siguiente volvía con su valija para instalarse en la casa de planta baja y primer piso de la rúa Loureiro Batista, alejada del centro, en Vila Mariana, hasta que nosotras llegáramos.

Ahí se había quedado a dormir mamá aquella noche, para cuidar a los chicos mientras ellos iban a una cena. Cuando volvieron, Fausto aullaba desconsoladamente.

"Nunca lo habíamos escuchado llorar así. Los chicos estaban durmiendo en mi cama y tu mamá en la de ellos. Subimos para ver cómo estaban. Ella estaba recostada, vestida y con el pantalón desabrochado. Parecía dormida"

Cuando Ricardo se subió al ómnibus para ir al consulado, durante todo el trayecto hasta la avenida Ipírranga pensaba que ya no podía seguir viviendo en esa ciudad tan llena de malos recuerdos. Estaba ansioso por llegar al octavo piso de la rúa Araújo, donde funcionaba la representación argentina, seguro de que esta vez las cosas le iban a empezar a salir mejor.

No bien tuvo su primer pasaporte azul entre las manos lo abrió, justo en la página donde habían estampado una sentencia:

"Sólo válido para volver a la Argentina en el término de treinta días para

cumplir con el Servicio Militar Obligatorio".

—Riqui, el viernes 1 ° de julio Cristina y yo llegamos a San Pablo a las cuatro de la tarde. Salimos el jueves por avión hasta Puerto Iguazú, y a las ocho y media de la noche sale el ómnibus de Pluma para Brasil – le había avisado mamá a Ricardo un par de días antes de nuestra partida, con la voz quebrada por tantas emociones.

Se trataba de un trayecto dictado por el miedo. Claro que las medidas de seguridad no contemplaban lo agotador que podía resultar para ella un viaje por tierra de más de veinte horas, desde Foz de Iguazú hasta San Pablo.

Cuando nos subimos al avión, hacía mucho tiempo que no la veía tan linda. Se había engalanado para el viaje, con una musculosa azul con hilos plateados, vaqueros y una campera negra. Ya cuando cruzamos la frontera para tomar el ómnibus, la noté fatigada. Por suerte el sueño la invadió a poco de subir. Digo por suerte, porque esa noche en que la luna llena iluminaba la tierra roja misionera, me pasé al asiento de un *hippie* que iba a Brasil en busca de aventuras alucinógenas. No paramos de hablar, y hasta nos animamos a intercambiar algunos besos. Se llamaba Carlos, tenía una larga melena rizada y negra, ojos grandes e inteligentes y volvería a verlo en San Pablo, donde trataría de darme consuelo y afecto.

Al volver a mi asiento, mamá ya estaba despierta. Fue cuando me dijo que deseaba mucho estar al lado de Ricardo, pero que yo siempre había sido la hija más amada. En ese momento no pude o no quise entender que con esa rendición de cuentas empezaba su despedida.

Mi hermano nos esperaba en la caótica *rodoviaria*. Ninguno de los tres podía parar de llorar de felicidad por estar de nuevo juntos. Alicia Sábató había ido con él, para llevarnos en su auto a dejar las valijas en el famoso apartamento del piso diecinueve, y luego a su casa para disfrutar de alguno de los espléndidos platos que aún hoy sigue preparando.

Pese a la alegría del reencuentro, desde que bajó del ómnibus mamá no dejó de quejarse del olor desagradable que decía sentir en el aire. Para distraerla, todos apoyamos la moción de llevarla a Rio de Janeiro la semana siguiente. "Yo no sé si voy a llegar", dijo ella que amaba tanto el sol y el mar, y nosotros preferimos no dar importancia a sus palabras.

Al día siguiente, sábado, fue ella la que invitó a cenar a los García Blaya, después de haber vaciado sólo una parte del contenido de las maletas, que iba acomodando con lentitud en el módico placard del dormitorio donde íbamos a dormir juntas. Ricardo me pidió que lo acompañara a hacer las compras. Mientras buscábamos el corte de carne apropiado para un estofado, me explicó que era mejor que mamá no viera todavía las piezas de caballo y de cebú que colgaban en las

carnicerías.

Ese sábado, durante la cena, a mamá le encantó la idea de cuidar a los chicos el lunes a la noche.

“Era un acontecimiento. El gerente general de la empresa donde yo trabajaba nos había invitado por primera vez a cenar en su casa”, recuerda Carlos, único sostén por entonces de una familia donde Fausto, el gran danés, comía más que todos los otros juntos, incluidos aquellos que como mi hermano encontraron en esa casa generoso refugio.

Tanto Carlos como Alicia coinciden en que “tu mamá no estaba bien”, mientras servía los fideos con tuco que había preparado con lo que para nosotros era el amor de siempre. Es cierto que ambos estábamos exaltados tratando de elaborar planes para el futuro inmediato. Fue ahí cuando decidimos ir ese mismo lunes a la noche al recital que daría Chico Buarque de Hollanda, en su primer retorno al escenario después de un largo exilio. Los brasileros ya hacía años que vivían bajo la opresión de otra de las dictaduras del cono sur, encarnada en 1977 por Ernesto Geisel, un general filogermánico poco afín a cualquier tipo de apertura. Tanto que nuestro anhelo de ver en vivo a Chico se vio frustrado por expresa prohibición del gobierno.

El domingo amaneció con tanta niebla que desde nuestro ventanal era poco lo que podía verse de la ciudad paulista. Ricardo y mamá se quedaron juntos, mientras yo aceptaba la invitación del *hippie*, que me había llamado por teléfono para ir al cine a ver *Rocky*, la primera, con Stallone. Fue una experiencia inolvidable. La sala estaba repleta, y los brasileros animaban al héroe a los gritos, mientras otros tantos caminaban por la sala como si se tratara de un número vivo. Sólo una vez volví al cine en Brasil. Fue meses después, en Río de Janeiro, donde vivían mi gran amigo Pedro y Lisette, su esposa, que era carioca. Fuimos a ver *El inocente*, de Luchino Visconti. Cuando salimos conmovidos por la belleza de la película, un grupo de cuatro o cinco sujetos de aspecto iracundo y con malas intenciones comenzó a perseguirnos. Era por la avenida Copacabana, y tuvimos que subirnos a un taxi para poder zafar de su hostigamiento.

Ese día el *hippie* me acompañó con gentileza hasta la puerta de mi nueva morada. Cuando subí, lo escuché a Ricardo diciéndole a mamá que de aquí en más todo iba a ser maravilloso.

Me uní a sus buenos deseos, pero los dos nos dimos cuenta de que no sería tarea fácil convencerla de que nos esperaba un futuro dorado.

El lunes 4 de julio a las seis de la tarde, Alíela vino a buscar a mamá, que aprovechó para llevarse un pantalón mío para hacerle el dobladillo una vez que los chicos se durmieran. Nosotros nos encaminamos al fallido recital, después de

abrazarla y despedirnos hasta mañana. Al rato estábamos de vuelta en el piso diecinueve, sentados en un sillón color rosa viejo, único mueble que recuerdo con precisión de aquel departamento.

Aquella noche ni siquiera nos asomamos para mirar desde arriba esa ciudad que a ninguno de los dos nos gustaba demasiado.

– Ricardo, es muy importante que puedas conseguir un pasaporte para poder irnos a España – le debía estar diciendo cuando sonó el timbre. Era más de la una de la madrugada.

Carlos García Blaya, con la misma cara de niño que porta hasta hoy, nos dijo casi sin mirarnos:

– Los vine a buscar porque tu mamá se descompuso.

Durante el largo trayecto en el ascensor, Ricardo tenía los ojos enrojecidos, y parecían más grandes que nunca. Él también evitaba mirarme. Estoy segura de que los dos intuíamos que ya no íbamos a volver a verla con vida.

Es cierto, parecía dormida cuando subimos las escaleras ciegos por las lágrimas. Sobre su regazo estaba mi pantalón con el dobladillo ya hecho, y juro que su rostro ya frío iba recobrando la belleza serena de sus mejores momentos.

Dos años después Ricardo transformó en palabras aquel sufrimiento, cuando la soledad y el miedo volvían a cercarlo:

No hay muerte más dolida, más presente, que la tuya. Es que todavía revolotean, tintinean dentro de mí cada una de las imágenes de esa terrible noche del lunes 4 de julio de 1977, de la madrugada del martes y de todo lo posterior, sobre todo de haberte visto muerta, sin vida, exánime.



Escenas cotidianas de Ricardo y Marta (muy buena cocinera) en Madrid (1979)

Pero a pesar de eso sosia presencia más sentida, la compañía más cercana, la única que he tenido desde hace más de un mes, y estoy convencido de que es así porque no podía ser de otra manera.

Él se había encargado de ir a la morgue para reconocer el cuerpo, y saber el resultado de la autopsia, que dictaminó que "Silvia Angélica López falleció el 5 de julio de 1977 a la hora 1, en la calle Loureiro Batista 51, Vila Mariana, San Pablo, residente en el lugar del fallecimiento, sexo femenino, oriunda de la Argentina (4- 5- 22) de 55 años, estado civil divorciada, hija de Manuel López y Ana Suárez. La defunción fue certificada por el Dr. Sigmar Horst Cardoso, quien dio como causal de la muerte embolia pulmonar, trombosis cardiaca e infarto del miocardio".

No decía en ningún lado que mamá había empezado a morir aquella mañana del 19 de marzo de 1977, cuando se llevaron a mi hermano, y que ahora se había completado su larga agonía.

A pesar de los consejos en sentido contrario, tanto Ricardo como yo estuvimos de acuerdo en llevar su cuerpo a Buenos Aires, tras cumplir con los requisitos del tráfico aéreo internacional acerca del previo embalsamamiento. Desde luego, él no podría acompañarme.

Cuando llegué al aeroparque con mi largo tapado negro, Zuker estaba esperándome: "Silvia ya no está más", repetía, mientras llorábamos abrazados.

5 El exilio

Aquel sábado 24 de marzo de 1979 Ricardo llegó a la estación de Atocha de Madrid con un módico bolso como único equipaje. Ese día se cumplían tres años del golpe militar en la lejana patria, y su presencia allí no era ajena a este aniversario.

La sala de espera para los viajeros no se había transformado aún en ese jardín tropical con siete mil plantas de cuatrocientas especies que es hoy en día. Seguía pareciéndose a la oscura estación de las novelas de Galdós, con el antiguo reloj salvado del gran incendio que la destruyó a mediados del siglo pasado, cuyas agujas estaban por marcar las seis de la tarde.

Ricardo no tenía idea de cuál sería su destino inmediato. Sólo parecía estar seguro de que estaba por subirse "al último tren de la victoria", como había metaforizado el número dos de la Conducción Nacional, comandante Roberto Cirilo Perdía, único orador de la convocatoria realizada a fines de enero, donde instó a la nutrida concurrencia de exiliados en Madrid a sumarse al plan triunfal de la Contraofensiva Popular, recientemente delineado en una villa en las afueras de Roma.

A pesar de que Atocha era el punto de partida hacia Andalucía, en esa primera etapa del largo viaje que iba a terminar en la Argentina, Ricardo debía tomar el tren que iba hacia el Escorial, atravesando las serranías lindantes con Madrid. Tampoco las vería, porque durante el viaje estaría "cerrado": tendría que mantener la vista baja para no reconocer estaciones, como le acababa de decir el compañero que lo acompañaría hasta una casa compartí mentada en el pueblo de Villalba, aunque ignoro si mi hermano llegó a saber alguna vez dónde estuvo durante más de un mes y medio. Había sido una cita a ciegas, y para identificarse debieron cruzar una contraseña previamente acordada.

Entre nosotros no hubo despedida, ya no me quedaba nada por decir ante la fatalidad de su partida, que convertía mi reciente desembarco en España en un enorme gesto inútil. Sí había estado, como una sola mujer, para desearle toda la suerte del mundo cuando por fin se subió al avión que lo llevaría a Madrid sin escalas, el 5 de febrero de 1978, hacía apenas poco más de un año.

Había sido un albur. El pasaporte que llevaba consigo era el mismo que le habían entregado en el consulado argentino en San Pablo. Sólo que habían intervenido manos amorosas y bien intencionadas para intentar hacerlo viable. Se precisó más ingenio que oficio, aunque la que se ocupó de los sellos había trabajado como gráfica antes de que secuestraran a su marido, momento en el que tuvo que huir del país. Copiaron lo que decía en una libreta de enrolamiento, que tenía la baja del

servicio militar. Utilizaron un procedimiento "japonés" Primero hicieron una serigrafía, usando la técnica de otra exiliada que estampaba camisetas, sobre "un bastidor chiquito y rojo. Con una tinta fotosensible, se quemó la tela, y quedó la estampa del sello", me detallaron en algún momento quienes colaboraron en la empresa, y que a cambio sólo le pidieron una cosa: "Pero tenés que jurar que vas a ir por Asunción". Pensaban que el pasaporte no resistiría un análisis más minucioso en ningún otro aeropuerto de la región.

Nos encontramos en Foz de Iguazú, donde también lo esperaba el Gordo Toti, el de la barra brava de Defe, para apretarlo en un abrazo tan voluminoso que parecía abarcar a toda la hinchada. Ya solos, nos trasladamos a Asunción del Paraguay. Pasamos juntos veinticuatro horas en un hotel de la arbolada avenida Solano López, que tenía pileta de natación. El calor era agobiante.

El techo del Aeropuerto Internacional de Asunción del Paraguay, que en esa época se llamaba Alfredo Stroessner – y tal vez por **eso**– , era de chapas muy precarias: el sol las calcinaba, elevando la temperatura hasta lo insoportable.

Ricardo finalmente pasó la prueba de fuego. Ni su cara ni su documento habían llamado la atención de las autoridades paraguayas.

Poco después subía al avión de Iberia que lo llevaría hacia España, la tierra de los abuelos maternos, una contrariedad ante las leyes españolas que restringen el derecho a la nacionalidad a la línea paterna. No le quedaba otra alternativa que pedir asilo político al Alto Comisionado de las Naciones Unidas, no bien la nave aterrizara en Barajas, antes de que el mentado pasaporte pasara a la posteridad.

Con él llevaba su valiosa colección de discos de rock nacional: todo lo editado por Sui Generis hasta su memorable despedida en el Luna Park, cuando Ricardo era uno más entre los miles que abarrotaban el estadio el 5 de septiembre de 1975, y Charly y Nito se largaron con eso de:

Yo pertenecí a un ejército loco

Tenía 20 años y el pelo muy corto.

Pero, amigo, hubo una confusión

Porque para ellos el loco era yo.

Y todo el estadio se convirtió en un adiós premonitorio ante la barbarie ya enseñoreada en las calles de Buenos Aires.

Tampoco faltaba Piazzolla, ni el de Rodolfo Mederos que yo le había regalado,

Últimos días de marzo, un bandoneón cargado de tristeza y presagios, Almendra, Manal, y mucha y muy buena música brasilera. También lo acompañaban fotos de ese mundo feliz en que mamá, él y yo parecíamos mirar a la cámara con alegría. Y un montón de cartas que alguna vez volverían a mis manos para ayudarme a reconstruir esta historia.

Me vuelve a los labios el gusto salado del sudor mezclado con las lágrimas al recordar el trayecto en el taxi que me devolvía al Hotel Colonial, para seguir llorando en la piletta. Había apelado a mis mejores artes para alentarlo a empezar una nueva vida en una ciudad tan grata como la que lo esperaba. Juro que cuando atravesó con aires triunfales la puerta de embarque, parecía un tipo lleno de optimismo.

Al día siguiente debía embarcarme muy temprano para volver a Buenos Aires, pero en mi cabeza se mezclaban fotografías silenciosas de lo vivido en esos pocos meses, una peripecia que no me ayudaba a conciliar el sueño.

Recordé nuestra separación anterior, subiéndome a un barco italiano, el Ana C, desde Santos a Buenos Aires, haciendo escala en Montevideo, con todas mis pertenencias. La convivencia con él en San Pablo había resultado un fracaso, cuando volví después de haber tratado de ordenar mi cabeza tras la muerte de mamá. Me acuerdo de que me la golpeaba contra la pared cada vez que iba a hacer mi sesión de terapia de grupo, donde sólo estábamos la terapeuta, el yo auxiliar y lo que quedaba de mí misma. La comunidad psicoanalítica, que por esas épocas era inabarcable, coincidía en que "necesita algo así de movilizatorio para elaborar la muerte de su madre". Sólo duró dos meses, así que cuando llegué a Brasil nadie se había animado todavía a darme el alta.

Para esa época Ricardo había alquilado un departamento en el Copan, un edificio diseñado por el arquitecto Oscar Niemeyer, el mismo que dibujó Brasilia. Tenía una extraña forma redondeada, y estaba rodeado por otra estructura, una especie de cáscara curva de hormigón armado, con un dibujo geométrico de pequeñas aberturas.

Cada vez que me asomaba al patio del lavadero me decía a mí misma: "En esta casa ni siquiera puedo suicidarme".

Tampoco se me hacía fácil salir a la calle. El Copan quedaba en la avenida Ipiranga, justo frente al Hotel Hilton, y a partir del crepúsculo se congregaban allí todos los travestís de la ciudad, que no eran pocos. Muy cerca, en la avenida Consolado, la prostitución se encarnaba en niñitas de menos de diez años. Demasiado para una recién llegada del Buenos Aires de los setenta: cómo no acordarse del comisario Margaride y su acendrada defensa de las buenas costumbres. En síntesis, después de las siete de la tarde no salía sola ni a comprar cigarrillos, que ya era decir

palabras mayores. San Pablo nunca pudo ser otra cosa que el recuerdo de la muerte de mamá. Cada noche, después de cenar, hacía catarsis de la gran ausencia.

Le contaba a Ricardo que me seguían faltando las fuerzas para vivir sabiendo que mamá no estaba más; que sin ella, a quien quizás de manera equivocada y no del todo sana, habíamos convertido en el centro de nuestra vida, ya nada tenía sentido.

Obsesivo, él me seguía pidiendo detalles de la ceremonia del entierro y del lugar exacto donde mamá descansaba para siempre, alucinando el día en que podría llegar hasta ahí para llorar ante su tumba.

Los dos estábamos tapados por la culpa. Yo, por no haberla cuidado más a partir del secuestro, priorizando la búsqueda sin advertir que ella también flotaba entre la vida y la muerte, igual que mi hermano desaparecido.

Él, por no poder dejar de sentirse único responsable de lo sucedido. Aún en carne viva, nos costaba entender que se había tratado de otra dentellada del terrorismo de Estado.

Como para darse ánimos a veces me leía en voz alta alguna carta que recibía de Guiomar, que pese a la distancia seguía siendo su gran amor, y que había estado a "nuestro lado" en el cementerio de Chacarita.

Mi queridísimo Ricardo:

Sé que estás muy mal, creo que has soportado ya las heridas más grandes que puede sufrir una persona. Realmente es demasiado. En la despedida de Silvia lo único que me venía a la cabeza era ¡basta! Esto ha sido durísimo, terrible. No hay palabras, ni gestos, ni nada.

Mi mayor deseo es que de esta pena tremenda te puedas levantar, tenés que levantarte. Creo que esto es en función de Silvia, en función de que toda su vida la consagró al amor por vos y Cristina. Su meta única fue tu felicidad y la de Cris. Yo sé que es difícil, que después de tantos golpes tan tremendos y certeros a veces uno se entrega a esperar que los golpes sigan. Pero yo siento que te vas a levantar en medio de las penas, de las frustraciones y los proyectos trunco. Y eso es porque sé que sos un hombre con todo lo que encierra el término.

Te pido por favor que trates de estar lo mejor que puedas, que ese sentimiento de culpa que sentís desaparezca, y que si piensas lo que tenés que hacer para que Silvia esté feliz.

Millones de besos.

De venir a verlo, ni hablar. Sus padres se negaban a firmar la autorización de viaje, que necesitaba por ser aún menor. Tampoco la novia sustituía, Graciela, estaba dispuesta a correr riesgos, a pesar de la descabellada propuesta que le hiciera Ricardo de casarse por poder para convencer a la familia. Ricardo no terminaba de ser el hombre que Guiomar soñaba, y su miedo a estar solo, que a los cinco años inspiraba ternura, a los veintidós me sacaba de quicio.

"Sí, Ricardo era muy chiquilín, muy inmaduro", opina Carlos García Blaya, casi un hermano desde el día en que mamá murió en su casa. Tiene hoy 55 años, la misma edad que tendría Carlos Ramus, su compañero de banco en el Nacional Buenos Aires, en la misma división donde estaban Fernando Abal Medina y Mario Eduardo Firmenich, único sobreviviente de los tres fundadores de la Organización Montoneros.

Sólo él sigue llevando con orgullo la corbata de "el colegio" A raíz de una retinitis pigmentaria que sólo puede tratar en La Habana, Carlos ha ido perdiendo la vista. Lo que no perderá nunca es su nostalgia de aquellos tiempos en que "la gente se jugaba por algo", ni tampoco su prodigiosa memoria: "Tu viejo fue a visitarlo a San Pablo después de la muerte de tu mamá. Paró en un hotelito, pero pasó casi todo el tiempo en casa. También había llegado ese mismo fin de semana Martínez Vidal, que era muy amigo de mi suegro, Jorge Sábato, y tenía un hijo desaparecido. Así que armamos un programa de hombres".

Quiere decir que se la pasaron jugando a la escoba de quince al revés. "El los sabían. Yo no, así que me enseñaron que se juega a menos, en vez de levantar". También fueron a la cancha, a visitar la Ciudad Universitaria. Carlos se acuerda hasta del nombre del restaurante español donde Zuker los invitó a cenar. Se llamaba La Parra, y "comimos la mejor paella de mi vida".

En aquellas rispidas sobremesas que compartíamos en San Pablo, Ricardo me contó que fue poco lo que hablaron en esos tres días: "Hijo mío, el dolor te debe fortalecer. Todo lo que aprendí en la vida fue con dolor, y me hice fuerte en esas circunstancias. Ahora te toca a vos templarte en esos escollos y vicisitudes, y que con tus jóvenes años salgas adelante cueste lo que cueste", casi parodiaba Ricardo el estilo admonitorio y las palabras rebuscadas con que Zuker intentaba entablar un diálogo más sincero, "poniendo los huevos sobre la mesa", como le gustaba decir cuando empezaba a perder la calma.

De hecho, su visita no rindió los frutos deseados. Ricardo seguía desolado.

Alicia Sábato, la mujer de Carlos, que hoy es una madraza con cinco hijos, también lo era por entonces, cuando tenía sólo dos, y mi hermano esperaba en el banco de suplentes.

"Yo lo trataba como un hijo. Se quedaba todo el día en casa, siempre estaba conmigo. Parecía un pollo mojado. Lo mandaba a buscar a los chicos al colegio, le hacía barrer la casa. De a ratos se acercaba, y me contaba alguna cosa"

Alicia es de las que dice con frecuencia: "¿Te acordás de cuando podíamos hablar de corrido?", así que tratar de indagar acerca de qué hablaban sería un abuso para quien seguirá estando siempre entre mis amigos más queridos. Lo que me jura es que "nunca lo retaba", aunque los gritos que siguen recibiendo sus hijos ya adultos no fortalezcan ese juramento.

Tampoco la condición de ex desaparecido de Ricardo le facilitaba las cosas. Las suspicacias entre los integrantes de la colonia argentina exiliada en San Pablo marcaban a los liberados como posibles "colaboradores". Al final pudo vencer la desconfianza de Roberto Corvaglia, el Toti, a quien conocía de Buenos Aires como dirigente de la JUP en Arquitectura. El Toti también tuvo que huir a Brasil con Marta, que sigue siendo su mujer y madre de tres hijos, Julián, que era un bebé cuando partieron al exilio, Morena, que nació en San Pablo, y "una hija de la vejez", como le dicen a Lucia, que es madrileña.

Juntos se pusieron a fabricar carteras de cuero, una manualidad que ninguno de ellos había soñado encarar en su vida. Años más tarde, ya en Madrid, Toti se iba a convertir también en mi socio en una nueva empresa, en este caso gastronómica, en la que tampoco revistaba ningún experto. Durante el exilio, hubo que aguzar el natural ingenio argentino como un instinto de supervivencia.

Mi hermano se ocupaba en lo posible de ir a vender las carteras, ya que su habilidad manual siempre fue tan escasa como los resultados que obtuvieron de la marroquinería. No era fácil ganarse la vida en un país extraño. Y nuestro único patrimonio provenía de la venta del departamento de mamá, operación realizada con la premura que requería el poder "en vida" que me había otorgado antes de nuestra partida.

Ricardo estaba cada día más ansioso por escapar de San Pablo. No había aprendido más que unas pocas palabras en portugués, que no alcanzaban para esclarecer a los resignados negros que trabajaban en la construcción, bajo un sol rajante. Odiaba que contestaran con un resignado "tudo bem" a su esforzado discurso sobre la justicia social. O el escaso talento para improvisar cantitos de cancha. Por esas épocas, después de muchos años de estar en la mala, el Corinthians salió campeón, y los paulistas salieron a la calle. Ricardo intentó ejercer su condición de ex líder de masas, pero su esfuerzo se diluyó frente a los vahos de *cachaba* que se fueron adueñando de la alicaída fiesta.

Durante la época del Copan, que a pesar de su prestigio arquitectónico era un

gallinero donde podían vivir cinco mil personas, Ricardo llegaba a cenar conmigo casi siempre desmoralizado. Sin embargo, un día apareció mucho más animado: "Me escribió Marta desde Montevideo".

Ya hacía un par de meses que Ricardo había viajado allí para encontrarse con uno de los integrantes de la barra de Defensores de Belgrano, el Gordo Toti – el mismo que luego iría a despedirlo en Foz de Iguazú–, que traía además el aliento de toda la muchachada de Defe.

Toti Ferrara, que hoy se da el gusto de seguir a Boca Juniors como relator de fútbol de una radio de Tucumán, no duda al afirmar que Ricardo siempre luchaba contra la injusticia: "Él nunca dejaba de estar del lado del más débil", y recuerda como si fuera hoy aquella primera visita que le hizo a Ricardo en Brasil.

"No conocía Rio de Janeiro, y ese domingo corría Reutemann en Jacarepaguá. Pero no me podía ir sin conocer el Maracaná. Así que tu hermano fue a la carrera, que ganó Reutemann por dos vueltas de ventaja, y yo me fui a ver el partido entre Flamengo y Vasco Da Gama".

Después se juntaron para ir a un departamento en Ipanema, y Toti no se va a olvidar jamás de lo que dijo uno de los presentes aquella noche: "Vamos a recuperar este país que nos robaron", una frase que resumía el estado de ánimo de la concurrencia.

Cuando llegaron a Montevideo, desde donde el Toti volvería a Buenos Aires, Ricardo aprovechó para visitar a algunos cumpas de la UES. Entre ellos estaba "Maca", Marta Elina Libenson, que había huido embarazada tras la caída de su compañero, el Pato Fellini, para ella un valiente que presumiblemente se había inmolado con la pastilla de cianuro antes de caer en manos del enemigo, y para mi hermano uno de los tipos más inteligentes y graciosos de la conducción de la UES.

Ana Victoria, la hija de ambos, nació en el exilio, y su papá no llegó a conocerla. Todavía no había cumplido un año cuando Ricardo estuvo con ellas en Montevideo. Después me confesó que esa noche en que se juntaron un montón de compañeros alrededor de la mesa, había vuelto a sentir 'un poco de calorcito en el corazón"

Desde entonces no había dejado de escribirse.

Montevideo, 26 de noviembre de 1977 Querido Pato: como prometí y quiero te escribo. Te juro que ya no entiendo nada. Hoy recibí una cinta grabada por mis viejos. Estuvieron con la madre del Pato, y gracias a los míos se enteraron de que el hijo estaba desaparecido. ¿Vos lo podés creer? Después de un año y casi un mes ella jamás se enteró nada del gordo. Le mostraron fotos de Ana Victoria, y las miró así nomás. Además, siempre tan loca, dijo que iba a ir a ver un parapsicólogo en

Holanda para averiguan Por todas sus reacciones, mis viejos opinan que está muy alterada.

Sabés que a la gorda le encanta el muñequito que le regalaste. Ahora está en la guardería. Mi vieja va a llegar el miércoles, y me va a ayudar con los preparativos del sábado 3, que es el cumple de la nena.

Todos los que estamos acá nos quedamos con la ilusión de que te vamos a volver a ver muy pronto. ¿Vos que opinas?

Si ustedes tienen teléfono, mándalo por las dudas. Sería bárbaro cruzar unas palabras. Sabés, me hiciste muy bien. Parecerá medio absurdo, pero hubo momentos en que me sentí feliz al lado tuyo.

Un beso enorme, no dejes de escribir. Chau.

Firmaba "Maca", usando su antiguo nombre de guerra.

Muy poco después tomé la decisión de volver a Buenos Aires, ansiosa por romper lo que me parecía un vínculo que no nos hacía bien a ninguno de los dos. Reconozco que sólo han quedado retazos en mí memoria de nuestras cotidianas rencillas en San Pablo durante los casi tres meses que sobrellevamos esa convivencia, pero la ausencia de mamá estaba tan presente que no nos dejaba vivir.

Cuando llegué, Zuker me cedió su pequeño pero confortable departamento de la calle Güemes, en Palermo. Él en ese momento estaba haciendo teatro en Mar del Plata, y al regreso lo esperaba un jugoso contrato para protagonizar en Chile *El violinista en el tejado*. No sólo eso, también lo esperaba la actriz que haría de su hija. Aunque menos jugosa que el contrato, Mariana Pratt para colmo de males provenía de una tradicional familia chilena y pinochetista y tenía varios años menos que yo, que a la sazón estaba por cumplir los treinta. Viudo de cincuenta y seis años, Zuker no tardó en casarse con ella, así que a mis penas se sumó una madrastra. Antes, él había cumplido cincuenta años en la actividad artística. La Asociación Argentina de Actores lo había homenajeado con un festejo y "me regalaron una hermosa medalla. Tuvo mucho eco, recibí telegramas de amigos. Massera me envió una felicitación. En fin, fue todo muy dulce", le contaba a Ricardo, ya en Madrid, sin hacer hincapié en la hedionda hipocresía del almirante.

A miles de kilómetros de distancia, en los primeros tiempos nuestra única forma de comunicación fue epistolar. Sus cartas, por razones de seguridad, llegaban a otro domicilio, y había que ir a buscarlas. Muchas de ellas se han perdido, en ese peregrinaje incesante que, como había dicho Zuker, de repente convirtió mi vida en una valija.

Conservo mi larga respuesta a la primera que me envió, donde le contaba del regreso de Asunción, de la decisión de volver a cursar la carrera de Psicología, con seis materias ya aprobadas, de los amigos y de mi alegría por saberlo feliz:

"Hace un rato que llegué, y me encontré con tu carta, que Lili me dejó aquí. Ah, Riqui, estoy tan contenta. Estaba segura de que Madrid tenía que gustarte, pero me doy cuenta de que significó mucho más para vos, y eso me llena de felicidad. Lo mismo que saber que no estás solo, y estoy segura de que no lo estarás en ningún momento porque los españoles son tipos fuera de serie. Hasta el "vale" se te ha pegado".

Me imagino que los dos exagerábamos en ese momento.

"El Pato nunca se banco España" La afirmación corre por cuenta de Eduardo Epszteyn^v, el Nabo, que me recibe en su despacho de Secretario de Medio Ambiente de la Municipalidad de Buenos Aires, antes de invitarme a almorzar a un demasiado ruidoso restorán del microcentro.

Mientras atiende un llamado en su celular, me da tiempo para recordar la última vez que lo vi. Llevaba luengas barbas, y recorría los bares de Madrid con aires de gurú, tras haber obtenido el título de economista. Iba casi siempre acompañado por un psicoanalista lacaniano y argentino, como no podía ser de otra forma, que en sus ratos de ocio trataba de darle envergadura a un espectáculo de sexo "en vivo", llevado adelante por otro argentino de inquietante vigor sexual llamado Aquilino Campolongo. Sin imaginar lo que iban a ver mis ojos, acepté la propuesta de ir al tugurio llamado "El Poncho Erótico", donde pasé el bochorno más grande de mi vida. Había que ver al compatriota entrando y saliendo a lo largo de una hora del casi pasivo cuerpo de su *partenaire*. ¿Sería Lacan el que le daba letra?

Alejado ya de la movida madrileña, rasurado y con inconfundibles aires de funcionario, Eduardo trata de volver a ser por un rato aquel que conoció a Ricardo en la época del "Luche y vuelve", en el 72, y que vuelve a reencontrar en Madrid, también él obligado al exilio, cuando secuestran a la hermana y a la madre de la Porota, su mujer.

"Fue muy difícil irse, perder todo nuestro mundo. El Pato nunca consiguió salir de la melancolía, de la nostalgia. Para él no existía otra cosa que no fuera Buenos Aires, la hinchada, la política. Se parecía mucho a tu viejo. Era chistoso pero triste, tenía ese humor que curtía tu viejo. Él también era un artista. Hay un dibujo de Picasso, el del arlequín. Cada vez que lo veo, me acuerdo del Pato".

Eduardo se recupera de la emoción para contarme cómo vivieron el mítico Mundial del 78.

"Vimos todos los partidos juntos, en su casa, en Campamento. Marta hacía los ñoquis, y Ana Victoria se sentaba en las rodillas de él. Tenían una relación bárbara. El partido Argentina- Perú del 6 a 1 no lo transmitieron en directo. Brasil había ganado 3 a 1, y Argentina tenía que hacer 5 goles. Estábamos desesperados".

Por esas épocas, en Madrid, los exiliados argentinos se superaban día a día en el arte de "pinchar teléfonos". Sombras subrepticias con las solapas del sobretodo levantadas hasta los ojos invadían la noche y las cabinas telefónicas, munidos primero de un alambre fino, técnica que se perfeccionó notablemente cuando se comenzó a introducir un poco de vinagre por la ranura, antes de meter dicho alambreen el correspondiente conducto.

Aquel día salieron con ambas cosas, decididos a escuchar el partido.

"Llamé a un tío que me llevaba de pibe a la cancha de Boca. Me puso la radio en el teléfono. Éramos como diez argentinos, y yo retransmitía"

La final sí se vio en directo, y Eduardo fue una vez más a la casa de mi hermano para no romper la cabala, y cinchar juntos por los colores de la patria. Y por si esto fuera poco, "Marta cocinaba como los dioses"

"No me voy a olvidar nunca de ese día. Al mediodía fu irnos con mí Volkswagen holandés celeste a hacer un asadito en un pantano afuera de Madrid. Cuando volvimos, nos pusimos frente al televisor hasta que empezó el partido con Holanda. Después sal irnos a la calle para festejar".

La nostalgia futbolera no se terminaba ahí. También conseguían que les mandaran las cintas con los goles, y terminaron haciéndose hinchas del Athletic porque en el plantel jugaban muchos argentinos, "como Heredia, que venía de San Lorenzo, el Panadero Díazo Roberto Martínez".

Sobre este último, circula una anécdota que me contó un testigo directo. Estaban en la popular, y el Pato empezó a crear un clima de incertidumbre: "Cuenta la verdad, Roberto Martínez, cuenta la verdad, Roberto".

A la media hora, era toda la tribuna: "Cuéntanos la verdad, Roberto Martínez".

Dicen también que el Pato inventó lo de "Bernabeu, compadre, el coño de tu madre".

"Viste que allá son sacrílegos porque se cagan en Dios y en todos sus muertos, pero hay cosas que no se dicen. Bueno, el Pato se lo hacía cantara toda la hinchada, se convirtió en el líder de los forofos del 'Aletic', como dicen por allá".

Sin embargo, en un momento Eduardo empezó a tomar distancia, y se espaciaron los encuentros para ir a jugar unas "pelas" en las maquinitas.

"Las reuniones eran siempre necrológicas. Nos reuníamos para hablar de todos los que habían perdido en Buenos Aires. Vivíamos de los recuerdos. Y los que seguían llegando, que venían con la reconstrucción de otras caídas. España no existía para ellos, y tu hermano no pudo salir de eso".

Cuando se enteró de que iba a volver a la Argentina, fue a plantearle que le parecía una locura.

"Para mí era incomprensible, porque además él se había salvado. Me peleé, me enojé, lo discutimos, pero estaba convencido de que había que volver. Era un delirio. Parecía un equivalente a un partido de fútbol, cuando se juega la revancha. Eso sí, hay algunos tipos que tengo cruzados por lo del Pato, que los hago responsables. Como el Toti Corvaglia, Miguel Bonasso, que pasó por Madrid propagandizando la Contraofensiva, o Willy Villalobos. Eran los de 'animémonos y vayan"', termina pasando facturas el Nabo Epszteyn.

Aunque Willy se fue a vivir a Cabo Polonio, en Uruguay, no se negó a charlar conmigo sobre el tema durante un breve paso por Buenos Aires. No era fácil, porque yo misma he pensado muchas veces que sus amigos debieron hacer algo más por evitar su incorporación a la contraofensiva, y Willy era uno de los más cercanos en ese momento.

"Me cuestiono por no haber hecho nada para impedirlo, pero todavía soñaba con que ellos tuvieran más razón que yo. Hoy lo hubiera agarrado a trompadas, porque en esos casos uno tiene derecho a meterse con la decisión del otro, si se trata de salvarle la vida"

Willy admite que la culpa le impedía decir con claridad lo que pensaba.

"Me sentía muy mal por no ser el héroe de la película. Le di más bola a los miedos que tenía mi cuerpo que a la razón, que parecía decirme: 'Tenés que ser un militante revolucionario'".

Hasta que cayó preso, para Willy "la orga era indiscutible". Fue en la cárcel donde empezó a tener diferencias, cuando algunos decían que se había acabado el peronismo como identidad política del pueblo argentino, y empezaba el montonismo.

Al llegar a Madrid con el derecho de opción y ganas de "un poco de jodita", no tardaron en convocarlo a una reunión con el Turco Ricardo Rene Haidar, uno de los sobrevivientes de los fusilamientos de Trelew. Querían que se reenganchara,

prometiéndole que si volvía le iban a dar el grado de capitán.

"Tenes que matara algún milico en el país para volverá recuperar la entereza, la valentía", cuenta que casi le gritó el recio Haidar, en ese bar madrileño tan ruidoso como todos.

"De verdad me sonaba a disparate, algo de mí decía "este tipo está de la nuca", pero no me animaba a plantearle que no quería porque tenía miedo de que me mataran. Parecía que había que elegir entre la gloria o ser un miserable el resto de mi vida".

Hubo otra situación que agravó los resquemores de Willy, cuando le tocó llevar tabicada a aquella reunión de la convocatoria a otra sobreviviente de Trelew, María Antonia Berger.

"Para mí era como ir con San Martín por la calle, hasta que le pregunté qué pensaba de la ruptura del galimbertismo".

Pocos días antes ese sector había expresado su desacuerdo con el plan de contraofensiva popular presentado por la Conducción, y a Willy le interesaba conocer la opinión de una combatiente histórica.

"Cuando me contestó con total seriedad que 'To que pasa es que el poder está muy cerca, y cuando el poder está cerca suceden estas cosas', dejó de parecerme un héroe sanmartiniano".

Aunque muchas veces Willy prefería atribuir la falta de fe a su condición de "quebrado", le costaba creer en los datos que fundamentaban la oportunidad de la Contraofensiva.

"Era como una novela, como un juego de ajedrez en una partida ya conocida. En un documento se describía hasta por dónde iban a pasar las columnas, que los trabajadores de las distintas fábricas iban a salir a la calle, como pasó en el 45, y que las tropas de adoctrinamiento iban a estar a la cabeza de la insurrección popular. Si sucedía, estos tipos iban a ser Qardel y Lepera"

Con la distancia de los años transcurridos, el pelo largo y un cierto aire de *hippie* a destiempo, hoy admite que en la organización no se podía pensar distinto a riesgo de ser echado, o sea, "o eras un alcahuete o eras un deseable".

Willy conocía al Pato de Buenos Aires, no sólo de las movilizaciones. Ambos eran hinchas de San Lorenzo, "cuando los compañeros que estábamos en la tribuna nos saludábamos de una manera muy especial". Ahi se juntaban con el Petiso Lucas, Jorgito Güilo, el Turco Emilio, todos compañeros que cayeron entre el 78 y el 79.

Ya en Madrid, todos los sábados iban a jugar al fútbol a Casa de Campo, donde se enfrentaba el equipo de Montoneros con el de exiliados, como generalizaban a los que no eran militantes o venían del PRT, y más de una vez arreciaron las patadas contra estos últimos. Willy lo sabe bien: la organización lo había presionado con distintos argumentos y sin demasiado éxito para que terminara la relación con Silvia Slepoy, entonces su mujer, que provenía de aquellas filas "los erpios", como solían llamarlos con cierto desdén.

"Del Pato me sorprende el cambio que tuvo después de la convocatoria a la Contraofensiva. A partir de ahí yo sentí que por momentos brillaba, pero en otros lo veía oscuro, y a él se le notaba más porque era el Pato Varieté. Ese Pato oscuro, subido arriba del caballo, que decía que los que estábamos en el exilio éramos todos unos quebrados, se había convertido en alguien distinto. Era tan exigente esa manera de vivir. Ellos tenían prohibido revisar su propia vida, había temas de los que no se podía hablar. El nivel de culpa era tan alto que no se permitían descreer de lo que estaban haciendo. Además, la única manera de prenderse en un disparate es creértelo de punta a punta, era parecido a la culpa religiosa, entre uno que cree y otro que no cree. La otra era bancarse el exilio sin saber cuándo íbamos a poder volver, vendiendo en la calle, arrastrando el remordimiento de ser irrespetuoso con la memoria de los muertos".

Sin embargo, cuando Marta decide seguir al Pato, Willy estuvo entre los que fueron a verla para hacerla desistir.

"Fue una noche muy loca, porque Marta no tenía ningún fundamento, más allá del amor, para irse. No se bancaba estar sin él, pero la decisión implicaba muchas más cosas que estar con él. Se iba a jugar la vida, ¡iba a andar a los tiros, y tenía que dejar a su hija. Estuvimos discutiendo hasta que llegó la hora de llevarla a Barajas, donde la esperaba el capellán del Ejército Montonero, el padre Jorge Adur, para viajar al Líbano. Cuando llegamos, le dijo que había entrado en contradicciones, y que lo quería pensar mejor. Lástima que a los pocos días volvió a cambiar de idea".

"Yo sé que está Ana Victoria, pero me he dado cuenta de que lo que voy a hacer es por ella, por cómo se gestó y para qué futuro la criamos, y no puede convertirse en una limitación para mí. Al contrario, tiene que ser nuestra guía ante cualquier decisión. Por eso, y aunque sé que dejo algunas cosas, pienso que la única forma de fortalecerme es junto con los compañeros en nuestro país", fue su explicación cuando la encaré para saber qué pensaba hacer con su vida.

Ese día 24 de marzo en que Marta lo acompañaba a Atocha, sólo habían pasado diez meses de su llegada a Madrid con Ana Victoria. Mientras iban en el taxi desde el suburbano Campamento, pasando por Plaza España y la Cibeles, trataba de no volver a discutir sobre la decisión tomada por Ricardo. Ya se lo había dicho muy claro en una

carta que le escribió desde Brasil, antes de viajar a España, tras no resistir sus ruegos acerca de la necesidad de estar juntos para formar una familia.

28 de abril de 1978

Querido Pato:

Hace dos días que pienso cómo voy a contestar tu carta.

Siento que debe haberte sido difícil escribirla de tan hermosa y complicada manera, y voy a intentar responderte paso a paso:

1 – Todo es muy extraño, porque no se trata de una relación de pareja cortada a la cual se quiere retomar. ¿Qué es el amor? Sentir felicidad cuando recibo tus cartas, o desconcierto, rabia o no sé qué... Vos estás viviendo allá, pero yo no puedo ir a enamorarme, a formar una pareja, sin antes haber hablado mucho más.

Vos te hacés una pregunta: ¿queremos envejecer juntos o compartir dos soledades por un tiempo? ¿Cómo saberlo a la distancia?

2. Me decís que querés trabajar con “la empresa”. Yo no, hoy no quiero ese tipo de trabajo. Tengo miedo por la nena y por mí. Me siento agredida y lastimada por “ella”. Nunca fui una luz ni una sobresaliente, todo lo hice con las mejores intenciones, y no me arrepiento. Del Pato Fellini, sabés que su compromiso y su amor por ella era diferente. Él me amaba, y quiso un hijo nuestro, sabiendo que yo no era igual a él.

Sabiendo que hoy no quiero trabajar, ¿lo aceptadas? Ahora necesito estabilidad afectiva. Tos que me conocen dicen que soy muy sentimental, muy blanda y sensiblera. No quiero que te equivoques conmigo ni que me idealices. Cuando hablo de estabilidad no me refiero a lo material, sino a poder salir a la calle sin ningún tipo de miedos.

3. Ana Victoria: yo la adoro. Ha sido muy difícil aprender a vivir sola con la nena. Tuve que crecer a golpes. Vos tenes libertad en tiempo y espacio, pero con un hijo no es así. Existen limitaciones, horarios que tienen estos bichitos divinos que a una le llenan la vida. Aparte, y en cierto modo por suerte, la gorda no supo ni tuvo que sentir la pérdida del padre. Nunca compartió mi amor con nadie. Yo no podría darle ahora algo tan hermoso, y si fallara luego quitárselo. Justamente “todos nosotros” sabemos que quisimos muchas cosas, y no fueron.

Ahora voy a parar, no sólo porque es tarde, sino porque me siento triste, sola, con miedo. ¿Sabés?, por momentos me creo una mujer, y a veces una chiquitina.

Un beso

MACA

Casi al mismo tiempo, Ricardo me juraba que su mayor anhelo era armar una revista deportiva, una suerte de *El Gráfico*, convencido de que "la iba a romper". Y me instaba a hacer de nuevo las valijas, a fin de colaborar con él en el proyecto.

En esos meses, yo seguía sin encontrar mi lugar en el mundo. Buenos Aires se había convertido en un mapa nuevo y hostil, donde sólo podía ver fantasmas. La soledad era tan insoportable que muchas veces pensé que iba a terminar por volverme loca. Se trataba de una cruel paradoja: mientras Ricardo sufría por haberla perdido, Buenos Aires era para mí un territorio insufrible.

Así que no me costó demasiado dejarme llevar una vez más por sus inciertas promesas, cuando afirmó desde un teléfono pinchado que "ahora sí están dadas las condiciones para volver a ser una familia, junto a Marta y la nena". Podría haber hecho más preguntas. Sólo años más tarde descubrí que omitió decirme que estaba trabajando para "la empresa", como sí le había advertido a Marta en la carta anterior.

Antes de partir, decidí quemar las naves. Vendí casi todos mis libros, los objetos más queridos, legalicé cada uno de los títulos obtenidos a lo largo de la vida, incluidas las otras siete materias aprobadas durante ese año en la Facultad de Psicología, y me despedí como si no fuera a volver nunca más en la vida.

Llegué a Madrid el 2 de enero de 1979. Como era natural en esos tiempos de diáspora, nos encontramos en el aeropuerto. Había vuelto a dejar crecer su barba, se notaba que los anteojos de armazón blanca tenían más aumento, pero la sonrisa y su ternura seguían intactas. Nos abrazamos con tantas ganas después de casi un año invernal.

Mientras viajábamos en el taxi, me contó durante el largo trayecto que Marta estaba vendiendo muñequitos en la calle de Preciados. Cuatro días después llegaban los Reyes Magos, una fecha en que los españoles aprovechan para sacar a luz su desenfreno consumista. No bien llegamos a la calle Camarena, donde quedaba su departamento, me sorprendieron gratamente los parques que rodeaban los edificios de la zona, con juegos para chicos y cercos de ligustro. A Ana Victoria no pude verla en ese momento porque estaba en el jardín de infantes, que Ricardo me señaló justo enfrente. Él no paraba de enumerar sus encantos, y yo estaba cada vez más ansiosa por conocerla.

Cuando subimos, dentro de la casa había una pareja. Él era Jorge Güilo,

hermano de Juan Carlos, el Canea, ex líder de la JP de las Regionales, preso en ese momento, mientras la madre de ambos estaba desaparecida. La mujer que estaba con él era Nene de Bettanin, la viuda de Leonardo, un diputado de la Tendencia durante el efímero gobierno de Cárpora, luego asesinado en Rosario, antes que le pasara lo mismo a su hermano Memo y que su hermana Cristina se tomara la pastilla durante un enfrentamiento.

Mi hermano los presentó sin incluir esos detalles, que iría conociendo a través de escalofrantes relatos cotidianos, que fueron haciéndome comprender la magnitud y crueldad del exterminio. Aun a pesar de haber sido víctima directa del terrorismo de Estado, sólo cuando llegué a Madrid tuve una visión ajustada de la brutalidad de la guerra sucia que libraban las Fuerzas Armadas en nuestro territorio, al escuchar la letanía de Juani Bettanin, la madre de Leonardo, Memo y Cristina, que venía de ser torturada brutalmente "por parir montoneros", y no le quedaban más que sus tres nietas, a quienes dedicó la vida hasta su muerte. Por las noches se golpeaba la cabeza contra las paredes, y no faltó algún suspicaz vecino que se metió a preguntar, sin imaginar el infierno de sus pesadillas: "Joder, ¿pues qué le pasa a esta buena señora?".

Después de mostrarme la casa, Ricardo me había llevado a mi cuarto, que me pareció confortable, y bajamos a comer algunas de las deliciosas tapas que preparan en los bares madrileños, junto con unas cañas de cerveza helada.

Madrid era una fiesta cuando bajamos del autobús frente al Teatro de la Ópera, íbamos abrazados en busca de Marta, atravesando la calle del Arenal hacia la Puerta del Sol, y los madrileños se empujaban para ingresar a las tiendas.

Habían pasado cuatro años desde mi primera estadía, aún el Generalísimo se resistía a morir, y las españolas nos pedían a las turistas que les compráramos pastillas anticonceptivas, pues ellas las tenían prohibidas. Ahora Adolfo Suárez era el primer ministro de la transición, pero media España seguía escuchando a Conchita Piquer, igual que mi abuela. La otra mitad empezaba a salir de la larga noche del franquismo. Más todavía en Madrid, donde el recién electo alcalde socialista Enrique Tierno Galván animaba a los vecinos de la villa, mediante pintorescos bandos, a tomar la calle, las plazas y de paso, un sinfín de cubatas, una mezcla de ron con cola que con su natural gracejo bautizaron "pelotazo".

La incesante llegada de argentinos, chilenos y uruguayos que huían de las respectivas dictaduras había convertido el tradicional paseo peatonal de la calle de Preciados en una feria ambulante, donde los puestos más codiciados se concentraban junto a las puertas de El Corte Inglés. Ahí mismo, junto a una sombrilla donde colgaban multicolores animalitos de paño, estaba Marta.

"Papito, qué suerte que viniste. Me estoy quedando sin mercadería", nos

recibió mientras dos "chavalitas" peleaban por llevarse el mismo perro dálmata, sin advertir que en el forcejeo el pobre animal empezaba a chorrear su relleno de granos de mijo.

Interrumpiendo mi diversión ante la escena, Marta me abrazó dándome la bienvenida:

– Cris, me hace tan feliz que hayas venido para estar con nosotros.

Bastaba con mirar esos ojos verdes que parecían dos espejos, para darse cuenta de que no mentía. Su joven y hermosa cara se iluminó con esa sonrisa entre inocente y provocativa que a Ricardo lo desarmaba.

– Ahora vos te quedas acá, y yo me voy con tu hermana a comer una hamburguesa – decidió sin consultar mi nueva cuñada, a quien unos cuantos kilos de más permitían catalogar como gordita.

Durante esa primera charla en el Burger las palabras de Marta fluían como un torbellino. Me contó de sus padres, Keco y Luisa, que no hace mucho habían venido a visitarlos, de la hermosa relación que "papito Ricardo" había hecho con su hija, y de su ansiado proyecto de poner una peluquería. Se podía presentir tras su verborragia un exceso de voluntarismo, pero me impresionó su férrea confianza en el futuro.

Tras una pausa, necesaria para acabar con la hamburguesa, terminó por confesarme que algunas sombras se habían instalado entre ellos y ese radiante futuro:

– Están llegando montoneros de todas partes, y casi todos ellos pasan por nuestra casa. Se habla devolverá! país, y tu hermano está muy conmocionado – me anticipó, agitando su atractiva melena ondeada.

– Pero si a mí me dijo que viniera para estar todos juntos. No, Marta, estoy segura de que estás equivocada – dije apelando a mi arraigada tendencia a la negación ante los hechos consumados.

Cuando volví a casa entre oscuras nubes, un sol me estaba esperando. Era Ana Victoria, a quien todos le decían Pitoca a raíz de su debilidad por los copos de maíz que en Brasil, donde pasó parte de su primer año y medio, ella llamaba "pitoca" Se acurrucó a mi lado como si me conociera de toda la vida, y me preguntó, con precisión excesiva para sus escasos dos años:

– Tía, ¿vos sabes dibujar cigüeñas? Porque papito Ricardo no sabe.

Mientras me disponía a poner a prueba mis escasas dotes plásticas, ya entregada de pies y mañosa la dulzura de mi sobrina recién estrenada, todos

escuchamos el timbre. Marta salió de la cocina donde preparaba alguno de los ricos platos que aún recuerdan muchos de sus comensales, como el peceto a la leche o el hígado a la veneciana, y buscó mi mirada, como diciéndome "ya vas a ver lo que te dije".

Por la puerta que había abierto Ricardo ingresaba María Antonia Berger, con la cara deformada por la bala que le había atravesado la mandíbula en la Base Aeronaval Almirante Zar, allá en Trelew. Tras ella, Adriana Lesgart, la Pepa, cuya hermana no había tenido igual suerte que su acompañante, en el mismo episodio. Yo había conocido a la Pepa y a su hijo Juampi en Buenos Aires, a través de una amiga en común, casi al mismo tiempo que mataban a su marido. Ahí estaban de cuerpo presente las dos máximas responsables de la rama femenina montonera.

Al rato volvieron Nené y Jorge Güilo. Todos parecían esperar a Jorge Villar, el Petiso Lucas, que sin embargo no llegó a sumarse a esa impactante noche de mi llegada. Aproveché el natural cansancio del viaje para irme, con paso firme, derecho a la cama, donde me desmoroné agobiada por los acontecimientos. Desde ese día presentí que me iba a resultar imposible mantenerme ajena a ellos: eran demasiados los parientes para incorporar a la nueva familia.

Carlos Bettini Tráncese^v, el Corto, era otro de los "primos" que solía recalar por nuestra casa, siempre acompañado por dos mujeres, la propia y su cuñada, ambas muy refinadas y bonitas. Junto con Marta, su madre, eran los únicos sobrevivientes de uno de los linajes más ricos, encumbrados y diezmados de la ciudad de La Plata. El primero fue su hermano, quien a los 21 años se suicidó con la pastilla. Después su padre, magistrado y miembro conspicuo de Tradición, Familia y Propiedad. Cuando el yerno, oficial de la Armada Jorge Devoto, fue a averiguar sobre la suerte corrida por su suegro y el chofer que lo acompañaba, nunca más volvió a salir del Edificio Libertad de la Marina. Como para demostrar que para el enemigo todo era poco, finalmente se llevaron a la abuela de Bettini, que tenía 76 años. El que nunca dejó de estar vivo y coleando es su famoso tío José Rafael Trozzo, pese a la promesa de mi hermano de "ofrendárselo para el cumpleaños".

"José Rafael Trozzo, alias Pepe, era el socio de Massera en ese momento. Después rompe esa sociedad y hace una nueva con Suárez Masón en contra de Videla y Martínez de Hoz. Massera jugaba a dos puntas, y no terminaba de definirse. Por eso Trozzo lo consideró un traidor", casi me aturde Bettini, cuando me recibe en su confortable despacho de la Procuración General de la Nación, con camisa blanca de purísimo lino y el monograma de sus iniciales finamente bordadas, tirándome a la cara el humo de su cigarro Cohíba.

Yo conocía el caso de Trozzo, "ese señor paradójicamente brillante y maligno", que terminó por estafar a todos los incautos que habían depositado sus ahorros en el

pujante Banco de Intercambio Regional, y huir al exterior con esos fondos. El tema del tío se ve que lo apasiona:

"Cuando la Interpol lo mete preso en México, lo fui a ver. Llevaba una carta de Felipe González para el presidente López Portillo. Tardaron 48 horas en autorizarme porque él decía que yo lo quería matar. Un asesor de inteligencia de la presidencia me dijo: 'Ándele, cuate, ándele, ponga doscientos mil dólares, y su tío aparece muerto en una zanja', y yo le digo: 'Si tuviera 200.000 dólares, él pone 201.000, y el que aparece en la zanja soy yo, mi cuate..

"Cuídate de Massera porque te mata con las propias manos", fue lo primero que le dijo el tío al sobrino en la cárcel, y que lo habían traicionado los Klein, los Soldati, los Ocampo y Martínez de Hoz porque no le podían permitir ser el dueño del primer banco privado del país, sin pertenecerá la rancia oligarquía.

"Trozzo, cuya mujer era hermana de mi madre, fue un cómplice activo del proceso militar hasta que se confrontó con el verdadero poder, y lo mandaron al traidero", resume Bettini, mientras sosiega el arrebato mordiéndose su cigarro cubano.

Al Corto, como le decían cuando era oficial 2° del ejército montonero, más de uno lo asimila a Rodolfo Galimberti, aunque con menos carisma político. Y "muchos menos huevos que el Loco", señala un galimbertista de paladar negro. Sí compartían la jactancia por sus vinculaciones políticas y el apego a la buena vida, dos cualidades que, por razones obvias, sólo Bettini sigue cultivando.

A punto de abandonar su puesto de jefe de asesores en la Procuración para desempeñar la misma tarea junto a quien menciona como su gran amigo, Felipe González, aún sigue denunciando el ensañamiento contra su familia y mantiene el orgullo de haber pertenecido a una generación gloriosa.

"Mi gran amigo José Sacristán suele decir que a su viejo sólo lo mantiene vivo la mala leche que tiene", cita Bettini a otro amigo famoso. "Bueno, a mi madre y a mí, lo único que nos mantiene vivos es reivindicar nuestra historia y la de los compañeros que perdimos en el marco de la guerra. Yo sufro por la derrota, por nuestra propia e imperdonable torpeza, por la falta de visión estratégica en la concepción de la Contraofensiva, pero nuestra verdadera autocrítica, a riesgo de ser macabro, está en los cuerpos de los compañeros tirados en el Río de la Plata o desaparecidos en los pozos de los centros clandestinos. Porque si encima me siento frustrado por haber participado y haber perdido todo, me tengo que pegar un tiro en la boca".

"Lo peor de todo es que perdimos a los mejores. Los combatientes del 78 y del 79 tuvieron una generosidad, una grandeza, y mi homenaje es reivindicarlos. Hay mucho tigre africano que después parece un gatito de pecho. El Pato Zuker era un

león africano en serio. Era líder de grupo. Dimanaba fuerza, valentía, entusiasmo, coraje y convencimiento. Nadie lo convenció de nada porque no era un perejil", reivindica el valor de mi hermano precisamente él, que vivió tan de cerca los últimos días de Ricardo en Madrid, cuando lo invitaba a comer la mejor carne argentina en los mejores restaurantes.

Justamente mucho perejil y ajo tenían los mejillones a la provenzal que Jorge Güilo había preparado como los dioses aquella noche.

– Hay que agrandar la mesa, vieja – imitaba Ricardo la voz de Enrique Muiño en la entrañable *Asi es la vida*, mientras iba llegando la familia militante.

Jorge Güilo se reía desde la cocina. Parecía un tipo muy lúcido, y además fácil de hacerse querer. Sin embargo, cuando durante la sobremesa se puso a hablar de la situación en el país justo delante de una recién llegada, su razonamiento me pareció tan infantil como su mirada tras los anteojos de vidrios un poco gruesos.

– Durante el Mundial la gente salió a la calle, y ya no hay vuelta atrás. Cuando volvamos, van a ver que vamos a dar vuelta todo.

El pibe de Boedo había dejado de ser razonable en aras del misticismo. No hablaba de la resurrección de los miles de muertos preexistentes, sino de un reencuentro con el pueblo, y lo que más lo atraía era la alegría que iba a sellar ese abrazo fraterno.

Jorge Güilo caería pocos meses después en Buenos Aires, igual que María Antonia Bergery Adriana Lesgart, apoyando la inminente Negada de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, que venía por fin a verificar las numerosas denuncias sobre el terrorismo de Estado, acumuladas en el extranjero a partir del Mundial en el que Jorgito había cifrado tantas esperanzas.

Ése es el tipo de cosas que aún hoy sacan de quicio a Elvio Vitali, el excompañero de mi hermano en la conducción de la JUP de Derecho, que ya en el 76 había huido a Brasil, para después exiliarse en México: "¿Cómo puede ser que un tipo tan razonable como Jorge haya entrado en esa variante?"

Aunque ya no estaba en la organización, Elvio supo en México lo que se estaba gestando, y viajó a Madrid para dar la discusión:

"Se había creado un micro clima muy místico. Se jugaba mucho con la culpa de los compañeros que estaban en el exilio en relación con los que estaban muertos, todas marranadas que fueron planificadas por la conducción".

Elvio admite que cada vez que lo piensa se le revuelve el estómago:

"Fue un momento de mierda, porque lo vivimos con una doble angustia. Casi todos los días nos enterábamos de alguna nueva caída, y a eso ahora se agregaban los que iban a volver para morir. La Contraofensiva estaba toda infiltrada, todos sabían que nadie tenía chance de sobrevivir, que era una muerte anunciada. No había ningún tipo de explicación sensata, racional para lo que hicieron. Lo único lógico hubiera sido preservar lo que quedaba de la fuerza"

Todavía le duele haber llegado tarde para convencerá mi hermano, y en el análisis recupera la indignación que lo invadió en "el fragor de ese momento":

"En la suma de irresponsabilidades de la conducción, la Contraofensiva fue una de las más flagrantes. Era una grosería. Firmenich después dijo con todo descaro en una conferencia de prensa que "perdimos el 70% de la fuerza, y estaba previsto" La concha de su madre, estaba previsto. ¿O estaba previsto que él estuviera tomando café en Roma en ese momento?"

Justamente desde Roma, también vino por esos días a nuestra casa Thelma Jara de Cabezas, una de las primeras en inaugurar la Plaza de Mayo, pidiendo la aparición con vida de su hijo Gustavo, secuestrado a los diecisiete años.

Thelma había estado en México, más precisamente en Puebla, reclamando por los desaparecidos ante el CELAM, donde fue recibida con fría diplomacia por monseñor Pío Laghi, un eclesiástico convencido de la misión redentora de la dictadura. Después había viajado a Roma para participar del cónclave presuntamente secreto que presidió el comandante Mario Eduardo Firmenich en su carácter de Secretario General del Movimiento Peronista Montonero, mientras Thelma participaba en calidad de Secretaria de la Comisión de Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas. Hubo dos temas que coparon el encuentro: el desgaste de la dictadura militar y el inminente lanzamiento de la Contraofensiva.

No bien llegó, se convirtió por unos días en la madre que todos necesitábamos. Era tan dulce que no vacilé en agasajarla, preparando un chupe a la peruana repleto de langostinos. Durante la cena, ella contaba algunas anécdotas de su comprometido periplo, con la inocencia de quien sale por primera vez del país sólo para cumplir con un irrenunciable deber. Una vez cumplido, estaba ansiosa por retornar junto a su marido, a quien acababan de descubrirle un cáncer en el pulmón.

No llegaría a verlo morir. Poco después de su regreso de Madrid, saliendo del Hospital Español donde estaba internado su compañero de toda la vida, fue secuestrada por la patota de la ESMA. Thelma, a quien yo le ponía los rulos para que se viera linda durante esos días que paró en nuestra casa de la calle Camarena, era esa cara contraída por el miedo y el dolor que apareció en un reportaje de la revista Gente. "Habla una madre de un subversivo muerto", fue el título de la nota armada

con la obvia complicidad del director ejecutivo de Editorial Atlántida, Aníbal Vigil, sus sumisos escribas y mucha picana. Thelma representaba el papel de una madre desengañada por la actitud perversa de los montoneros y de los organismos de derechos humanos. No mucho después sería liberada.

Y hablando de rúleros... Una tarde de ese frío enero, estaba refugiada en casa, milagrosamente sola. Escuchaba conmovida a Silvio Rodríguez, mientras iba por la casa en pantuflas, camisón largo y rúleros. Acostumbrada ya al intenso tráfico de gente, no me preocupé demasiado al escuchar el timbre. Cuando abrí sin preguntar, me encontré cara a cara con el comandante Roberto Perdía, el número dos, y yo con esas mechas... Y él con dos guardaespaldas, y la intención de esperar a mi hermano el tiempo que fuera necesario.

Veinticuatro años más tarde, sería injusto reclamarle a Perdía que se acordara de aquella tarde, en que hasta se explayó sobre los orígenes y talentos de las principales bandas de rock argentino. Pero no dejó de sorprenderme, al afirmar suelto de cuerpo:

"Los miembros de la conducción teníamos vedado ir a reuniones en casa de los compañeros, en ninguna parte del mundo, y mucho menos en Madrid, donde suponíamos que el enemigo tenía fuerte presencia. No las pisábamos porque había una mirada puesta en la colonia y sobre nosotros!"

Estaba sentada frente a él a instancias de Carlos Bettini Francese, que aún hoy sostiene que la coherencia moral de la conducción "está fuera de toda discusión".

"Yo quiero que te sientes con Perdía, que le digas lo que pensás, desde el dolor. El tipo hace un esfuerzo importante por demostrar que nuestros compañeros fueron la demostración máxima de la generosidad, y que fueron ellos los que cometieron errores estratégicos graves. Pero no cae en el autoflagelo permanente que no conduce a nada. Yo le creo a Perdía. Además es el menos vanidoso, porque el Pepe en algún lugar de su cabeza todavía piensa que le faltó un poquito de suerte".

Sin oponer reparos a la grabación de la charla, Roberto Perdía empieza a hablar con un tono de voz que parece impostado, lejos de aquellos modos tajantes con que impartía las órdenes más temerarias, o condenaba cualquier acción que sublevara sus férreas convicciones éticas. Va midiendo las palabras antes de pronunciarlas. Sin embargo, su primera aproximación a los hechos se contradecía con aquella sorpresiva visita a nuestra casa, justamente en Madrid.

No sería el único "no me acuerdo" que escucharía durante el largo rato que duró nuestra charla. Estábamos en su casa de la calle Tucumán, justo enfrente de la Comisaría 3ª, en el pequeño cuarto que oficiaba de estudio, ahora que ha vuelto al ejercicio de la abogacía después de trasegar durante los últimos diez años varios

organismos oficiales. Sobre todo, la Subsecretaría de Derechos Humanos del Ministerio del Interior, asesorando a su amiga Alicia Pierini. Al pelo empezó a perderlo mucho antes, por eso lo de Pelado Carlitas, aunque en una época tratara de disimularlo usando un desproporcionado bigote. De camisa blanca arremangada, el antiguo campesino croata que empezó a militar desde organizaciones cristianas a los veinte años mantiene un inmejorable estado físico.

"Tengo una nebulosa respecto al tema de tu hermano. Flubo una serie de reuniones preparatorias para la convocatoria de Madrid, y debo haberlo visto muchas veces. Ésa fue otra de las metidas de pata. Mientras teníamos esa percepción del peligro, se hizo una convocatoria abierta, tan pública que se dejaba un alto margen para que el enemigo pudiera irse enterando. Era una contradicción..."

Coincido con él. Yo había sido una de las asistentes, en ese local del PC madrileño, en la calle Escalona. Era un ventoso pero soleado domingo de febrero del 79, aunque "el cielo de Madrid es tan distinto al de Buenos Aires", me decía con nostalgia Juan Bettanin mientras caminábamos hacia la cita. Concurrió gran parte de la colonia argentina en Madrid. Ni los chicos faltaron, que no habían tenido con quién quedarse. Allí escuché el fogoso discurso de Perdía, único orador en el evento. Hubo quienes al salir pusieron, en lo que parecía una manga para mariposas incautas, un papelito con su nombre. En realidad se trataba de una bolsa que el negrito Guillermo Amarilla, otro integrante de la organización asesinado en Campo de Mayo, sostenía a la salida, donde el que hacía la seguridad era el hoy cuestionado empresario de la ferrovía, Mario Montoto^{vi} Yo vi a mi hermano poniendo en esa bolsa un papelito que significaba su incorporación a la Contraofensiva.

Perdía se acuerda sólo de alguna de las cosas que dijo ese día:

"Había un estado de ánimo en el exilio y también en la conducción, como que ya estaba, de que ya ganábamos militarmente. Aunque parezca otra contradicción, yo dije que no había ejército montonero capaz de derrotar al enemigo, que eso era un aspecto limitado de una cosa mucho más amplia, y lo dije de un modo hasta grosero. No sé por qué..."

De lo del tren de la victoria tampoco se acuerda, aunque no niega que bien pudo haberlo dicho.

"Existía una idea absolutamente correcta: que la dictadura militar comenzaba a atravesar un periodo crítico. La ofensiva militar estaba agotada, y empezaba el movimiento de avance del campo popular. Lo que habíamos planteado en septiembre u octubre del 78 se estaba cumpliendo, que el pueblo había empezado a caminar era cierto. Y ahí vienen dos errores nuestros: no quería decir que los montoneros los hacían caminar, y tampoco quería decir que porque habían empezado a caminar,

tenían simpatía por los montoneros o que los montoneros podían contar con esa solidaridad. Actuamos como si no hubiera pasado nada entre nosotros y el resto del pueblo. El mayor error fue no habernos dado cuenta, en primer lugar, del efecto que había tenido nuestra actuación desde el 74 en adelante y, en segundo lugar, del peso de la represión. Nos colocaron como el enemigo principal, la bestia peluda, los malos de la película"

A poco de escucharlo, me di cuenta de que sus conceptos repetían casi textualmente lo ya volcado en su libro *La otra historia*. Y yo venía a hablar de mi hermano, así que decidí interrumpirlo y pregunta ríe cuál fue el criterio de reclutamiento.

"Yo no me acuerdo de cómo era criterio por criterio, pero de lo que se trataba era de la disposición que tenían los compañeros de volver en ese momento. En su gran mayoría se trataba de compañeros que habían militado antes y que habían salido del país. La práctica previa era muy despareja: muchos habían estado presos unos cuantos años, pero la mayoría formaba parte del exilio. Yo creo que ése fue uno de los problemas serios del reclutamiento. Se conformó un equipo para actividades muy especiales, con un grupo humano que tal vez no estaba del todo preparado. Una cosa era imaginar lo que se podía hacer desde el exterior, donde estaban todas las condiciones de seguridad y la contención de la familia, de los amigos, de los compañeros, y otra cosa era después vivirlo. Una cosa era el compromiso afuera y otra era el compromiso adentro. Había compañeros en el país que se habían ido incorporando progresivamente, durante distintos momentos de la lucha, pero estos grupos tenían días en que no hacían nada, y al día siguiente tenían que salir a tirarle cuatro tiros no sé a quién...".

Le pregunto a quién.

"Habíamos decidido golpear sobre el equipo económico, responsable de estar entregando la riqueza nacional, con la protección de las Fuerzas Armadas. Una vez en el país, a medida que se avanzaba en el chequeo, iba apareciendo el objetivo. Algunos se iban descartando en el camino. Ahí estaban a cargo del conjunto de las fuerzas tres compañeros que se desprenden de la conducción: Rodolfo Yaguer, Horacio Mendizábal y Horacio Campiglia...". Todos cayeron. El último fue Yaguer, responsable militar de la Contraofensiva, un tipo muy racional que, sin embargo, cuando salió del país después de la primera etapa, estaba seguro de que lo iban a agarrar. "Voy a ser el primer fusilado legal de la dictadura", le transmitió a Perdió cómo se sentía cuando por fin pudo salir de Buenos Aires.

Vuelvo a interrumpirlo, esta vez para preguntarle cómo se había permitido que mi cuñada Marta llegara a Buenos Aires en el 79 con mi sobrina Ana Victoria, teniendo en cuenta los riesgos que implicaba cumplir con dichos objetivos.

– Te puedo responder con criterios, no con datos. Ningún compañero venía con los hijos, pero en este caso, te repito, tengo una nebulosa con el tema de Pato, Marta y la nena. Cuando Marta salió de España con la nena, no venía a incorporarse formalmente a la Contraofensiva. Que ella en su fuero íntimo viniera con esa idea, puede ser, pero yo no estoy al tanto de esos vericuetos. No alcanzo en mi cabeza a descifrar cómo fue eso. Miré, Alcides es el único que puede saberlo...

– Me encantaría, pero hasta ahora todos mis intentos de llegar a él han sido vanos.

En efecto, había hablado varias veces por teléfono con el ex capitán montonero y actual cuñado de Mario Eduardo Firmenich, desde su unión con Soledad Martínez Agüero, viuda de Ricardo Rene Haidar y hermana de la Negrita. Viven en Córdoba, y estaba dispuesta a viajar hasta allá, convencida de que su testimonio sería inestimable.

Alcides, cuyo nombre legal es Héctor Pardo, actuó como responsable de los tres grupos de Tropas Especiales de Infantería que estuvieron en Buenos Aires durante el 79, por debajo de Rodolfo Yaguer en el orden jerárquico. Es muy posible que haya seguido cumpliendo el mismo rol con el grupo que ingresó a comienzos de febrero del 80, pero nunca se dignó contestar estos interrogantes.

A pesar de su silencio, varias voces se han alzado contra él, y fueron muchas menos las que intentaron reivindicarlo.

"Vos tenes tus muertos, tu historia. Si no vas, sos un cagón", era uno de sus latiguillos, que dolían como un latigazo a quien planteaba sus dudas ante esta brutal táctica de reclutamiento.

"Peor que vos están los presos y los desaparecidos, y éste es un sacrificio que tenemos que hacer por ellos", solía dejar sentado, haciendo imposible cualquier discusión política.

"Él siempre parecía muy firme y seguro, y tenía la certeza de que todo era poco para luchar contra la dictadura", intenta defenderlo alguien que lo rescata como miembro fundador de la "R", es decir, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), que terminaron fusionadas en el montonismo.

Todos coinciden en que era un especialista en eso de tirar con los muertos, "hasta cegarte con esa idea del sacrificio", intenta explicar uno de los que supodistinguiratiempoentreinmolaciónysacrificio.

Un duro como él no podía ser comprensivo, y se ensañaba ante cualquier desviación ideológica. "Los hijos no tienen noción del bien y del mal, y ustedes como madres no saben educarlos", recuerda una de ellas que le gritó, antes de sancionarla

por distraer el entrenamiento para cambiarle los pañales meados a su hijito de poco más de un año, una cruda mañana de invierno en la montaña, antes de abandonarlo en la guardería de La Habana.

Pese a su espíritu sectario, un inmediato subordinado lo recuerda como uno de los tipos más cómicos que conoció en su vida. Alcides, que andaba siempre con un bolsito colgado donde nunca faltaba hilo ni aguja, tenía un problema en los lagrimales. "Cuando se reía, lloraba, y se reía mucho y lloraba mucho. Entonces uno se cagaba de risa viéndolo llorar y reír al mismo tiempo", se agranda ahora que no lo tiene enfrente Jorge Lewinger, Joseeito, que admite haber sido "un fantasma que recorría Europa, tratando de enganchara compañeros que valieran la pena" También lo habrá visto llorar de risa a costa de él, cuando andaba con un brazo enyesado, y "lo jodía diciéndole que se había roto el brazo por pelotudo", me contó un testigo de la escena, nosin aclararme que ese tipo de bromas corrían por cuenta del que más rango militar tenía.

Como al faraón frente a los judíos, su corazón se fue endureciendo por la palabra de Dios. Me aseguran que hoy "es un tipo abatido, casi destruido, envejecido y triste". Lástima que prefiera hablar sólo con su conciencia.

También Perdía ha barrido muchas cosas bajo los escombros de la memoria, aunque conserva indeleble una imagen del Pato.

"Me quedó de un cuento que circulaba en la colonia. A mí me vendieron que el Pato era el teórico de los teléfonos pinchados, que era el tipo que había propagandizado el método porque siempre rompía las pelotas para escuchar los partidos de San Lorenzo. En *El exilio de Gardel*, Pino Solanas toma eso como un símbolo del exilio. Cuando la vi, me quedé pensando 'mira qué cosa le dio al Pato tanta trascendencia'. Nunca le quise decir nada, porque era un dato hasta identificatorio, y no quería que se corriera la bola más de lo que se corría, que el Pato era responsable de esa patraña. Además, yo creo que es algo que lo pinta bien, como el vaguito de 'rioba' que se las ingeniaba para esas cosas. No era un intelectual que crea una coraza, y vive dentros de ella. Él era muy expansivo...".

Decido arrancarlo del lirismo preguntándole por Alberto. En varios de los informes de la inteligencia militar que fueron llegando a mis manos lo largo de estos años, siempre a través del Equipo de Antropología Forense, se hablaba de una reunión del todavía misterioso Alberto con Alcides y Perdía.

Crisis interna de la BDT (Banda de Delincuentes Terroristas) Deserciones más significativas de la estructura militar (TE1): Tropas Especiales de Infantería:

Nombre de guerra: ALBERTO. Nombre legal: MANUEL LÓPEZ, nivel teniente 1 ex jefe de grupo TE1 N° 1, actuante en 1979; sale del país en noviembre

del 79 yendo a España con los elementos de su grupo, a efectos de hacer un balance de la operación ejecutada (atentado KLEIN). Al regresar de un período de vacaciones recibe la nueva misión de parte de (NG) PEIADO CARLOS, (NL) ROBERTO PERDÍA y (NG) ALCIDES, (NL) HÉCTOR PARDO, la cual consistía en retomar al país nuevamente como jefe del grupo TE1. Se niega entonces a retomar aduciendo el siguiente motivo: su desacuerdo con la evaluación de la BDT respecto a la campaña de contraofensiva estratégica de 1979 y sus posibilidades de seguir implementándola durante 1980, a raíz de las bajas sufridas el año anterior y de no haberse logrado una suficiente repercusión de masas.

"No me acuerdo" Y esta vez rubricó la frase apretando los labios, y moviendo la cabeza calva en una negación enérgica, aunque con la mirada perdida, a lo mejor tratando de localizar al individuo. Él ya me había advertido desde el principio que le costaba hablar de tiempos pasados.

"Están los que están vivos y los que ya no están. Hay muchos compañeros que me encuentro ahora, y hasta que los veo tengo una imagen de lo que era antes la vida con ellos. Pero una vez que los veo, la vieja imagen desaparece, me cuesta encontrarla. Hace años que me viene pasando, pero no me dediqué a indagar, a preguntarme por qué será. En cambio, con los compañeros muertos esa posibilidad no existe. Te quedas sólo la imagen que tenías cuando convivías con ellos".

Me había abstenido de preguntarle en ese momento si nunca lo había consultado con un psicoanalista, y ahora, defraudada por la extraviada imagen de Alberto, aproveché para despejar, antes de irme, uno de los temas que siempre me había intrigado y le pregunté qué relaciones tenía Montoneros con el Gobierno español mientras se desarrollaba esta trama.

La misma pregunta le había hecho a Bettini Francese, quien a raíz de sus vinculaciones políticas podía tener buena información sobre ese asunto. "Yo conozco al detalle ese tema, y puedo negarlo", me había asegurado Bettini mientras prendía otra vez su Cohíba. "El ministro del Interior era Martín Villa, que hasta hace poco fue presidente de ENDESA, y su viceministro se llamaba Eduardo Navarro, que ya murió, y fue el que me entregó la documentación española. Había solidaridad como compensación de lo que pasaba con la condena que nosotros teníamos en el ámbito internacional por no estar enrolados en el comunismo. En esa época de Suárez, Madrid estaba lleno de patotas fascistas. No es casualidad lo de la señora de Molfino, y en eso tuvo que ver el CESID, pero en contra".

Bettini se refería al Centro Superior de Información de la Defensa o "la Casa", como le dicen familiarmente a ese grupo especial de Inteligencia española, "sí es que la hay", como me dijo con su proverbial humor cordobés mi amiga Laura Levin, cómplice de tantas aventuras en España. Como aquella vez que me llevó en su

inefable moto verde hasta el chalet que los nostálgicos montoneros habían ocupado en Puerta de Hierro, para saber sobre la suerte corrida por mi hermano. Según algunas fuentes, "el gobierno de Suárez autorizó que se montase una casa montonera en Madrid", y también para mi amiga Laura, "el CESID estuvo implicado a tope con el caso de Noemí de Molfino", una madre de Plaza de Mayo secuestrada por el Batallón 601 en Lima. Luego de pasar por Campo de Mayo, habría sido trasladada a Madrid por los agentes de inteligencia conocidos como Cobián y la señora Ana, y apareció muerta en extrañas circunstancias en un apartamento de la calle Tutor, cerca de Plaza España, ilustran varios informes, y todos los diarios españoles de la época.

Roberto Perdía, en cambio, admite la existencia de un acuerdo político general:

"Tuvimos un par de compañeros que caen en Barajas, cuando la Guardia Nacional le abre unos 'embutes', y después los mete presos. Fui a Extranjería, en la Puerta del Sol, cuyo jefe era un señor franquista, y le planteé el tema: Vamos a hacer una denuncia a la prensa porque nos están persiguiendo'. 'Pero, hombre... ¿de qué está hablando?', debió contestar el uniformado. 'Haga las cosas bien, y nadie los va a perseguir. Yo se los entrego, y tiene 48 horas para ponerlos en la frontera y que no pisen más España'".

Para Perdía, se trataba de reglas de juego: "Cuando los compañeros metían la pata o hacían algo mal, nos caían encima".

"Con esta misma gente, sacamos quince chicos con tres o cuatro padres, que iban a la guardería de La Habana. A veces, había uno de seis meses y otro de tres, y pasaban como hermanos. Lo único que me pidieron fue que pusiera bien los sellitos. Eran todos pasaportes truchos, y ellos lo sabían".

Cuando otro día fue a ver al mismo Jefe de Extranjería para solucionar otros asuntos, este hombre de carácter duro se sorprendió ante las lágrimas del funcionario: "A nuestro amigo Armando Croatto lo mataron en la Argentina", se condeñó el señor comisario de la suerte corrida por el que hasta ese momento se había ocupado de mantener aceitadas las relaciones de los montoneros con los servicios españoles.

Impresionada por la sensibilidad de uno de los elementos franquistas que aún dominaban al Cuerpo de la Policía Nacional española, y angustiada por imaginar cuántos se habrían salvado si se hubiera aceptado a tiempo la derrota, me empecé a despedir del número dos de la conducción montonera. No podía imaginaren ese momento que pocos meses después ingresarían por esa misma puerta los encargados de llevarlo ante el juez Claudio Bonadío, para dar explicaciones ante la Justicia sobre la responsabilidad en los hechos que terminaron con la captura de mi hermano.

Antes de irme tuve que escuchar que tras la reunión de fines del 79 en Cuba, donde se reunieron no más de veinte miembros del "Comité Central" para evaluar los

resultados alcanzados en la primera etapa de la Contraofensiva, se decidió seguir adelante. Mientras bajaba en el vetusto ascensor me repicaban sus palabras:

"Para el 80 se priorizan los objetivos políticos sobre los militares. Cuando llega el grupo de tu hermano, yo creo que había una especie de inercia porque se estaba produciendo la metamorfosis". Casi kafkiana, su apreciación me sonó poco sincera. Los informes de las fuerzas represivas, obtenidos mediante horribles tormentos y duplicados obsesiva mente, no coincidían con su criterio:

Concepciones estratégicas de la BDT La línea operativa determinada por la Banda de Delincuentes Terroristas para la segunda maniobra de contraofensiva, en particular los meses de marzo, abril y mayo 80, período en que funcionaría el grupo TEI a asentarse en la zona norte del Gran Buenos Aires, a cargo de (NG) CHINO es:

· Producir un atentado antes del 24 de marzo del cte., a los efectos de garantizar la presencia militar de la BDT en el país.

· Dar continuidad al accionar militar de la BDT con un segundo objetivo a determinar por los superiores de (CHINO), pudiendo ser extraído tal vez de una lista anterior o de una nueva lista que sería suministrada en una reunión a realizarse en el exterior por parte del Jefe de Grupo TEI y su responsable.

– Para finalizar la misión de este grupo se preveía en principio realizar una tercera operación sobre la cual el Jefe de Grupo no poseía aún información.

– Culminada la fase operativa se preveía en principio el repliegue del grupo hacia el exterior, siempre y cuando no mediaran situaciones sociales conflictivas que indujeran a la BDT a asentar su personal en el país. Esta decisión era privativa de la Conducción Nacional.

El Chino Ernesto Ferré también pasó por nuestra casa madrileña, y se fundió en un abrazo con mi hermano en ese reencuentro. Habían tenido una estrecha amistad cuando fueron compañeros durante todo el secundario, y cuando más tarde ambos ingresaron a Derecho. Venía con frecuencia a nuestra casa, y después solían ir a los cursillos que se daban en la parroquia del barrio, una actividad que a mamá le parecía tan piadosa. Más tarde pasaría a ser el Jefe de la Unidad Logística de la estructura militar en Capital Federa!. Cuando llegó a Madrid estaba destrozado. Acababan de asesinar a su esposa, y existen versiones no del todo confirmadas de que a partir de ese momento empezó a trabajar para el enemigo, presionado por la amenaza de muerte que pendía sobre sus dos pequeñas hijitas. Después del paso al costado de Alberto, el Chino pasó a ser el jefe del grupo que vuelve a entrar al país en los primeros días de febrero del 80. Cuando mi hermano dejó la militancia en 1975, la vida los separó casi de cuajo. Nunca sabré si el Chino estaba feliz por la vuelta al redil de su amigo del alma.

Los días que precedieron a la partida de Ricardo, aquel sábado 24 de marzo del 79, desde Atocha, pienso que fueron los más difíciles de mi vida. De nada habían servido mis amargos reproches ni mi dolorosa certeza:

– Ricardo, te van a matar.

– Voy a luchar por la memoria de los compañeros muertos y por nuestro pueblo– me respondía, mientras intentaba consolarme.

No hubo un adiós, porque cuando se fue, ya no nos hablábamos. Poco después recibí una carta, que tal vez escribió junto al fuego crepitante del hogar, en la casa de Villalba.

Querida hermana:

Lamentablemente, el final de nuestra relación no fue bueno. El balance es distinto a nuestra experiencia anterior, pero la despedida no se condijo. Creo que será necesario charlar mucho, y sacar algunas conclusiones sobre los hechos.

Yo estoy bien iniciando este nuevo trabajo, que por lo que pinta será bastante duro, pero a la vez una prueba de fuego para mi futuro, para mi consolidación, y que servirá para medirlo que realmente valgo.

No te puedo negar que estos primeros días estoy un poco triste, que extraño mucho, y que quisiera tener a la Pitoca al alcance de mi mano. Pero no puedo dejar de mirar al frente, porque este esfuerzo es por el futuro de todos.

Mando con esta carta unas líneas para papá, que Marta mandará. Me gustaría que las leas para que te muevas con mi misma coherencia acerca del presente, para que siga pensando que estoy en España.

El sábado es tu cumpleaños, el tercero que, por una causa u otra, pasaremos separados. Espero que a pesar de la distancia me sientas cerca tuyo, que yo levantaré una copa, y con mucha emoción y alguna lagrimita, me acordaré de vos.

Un beso muy grande

Pato

La Pitoca también lo extrañaba. La maestra del jardín citó a Marta para contarle una escena, que ella luego le transmitiría a Ricardo, recién llegado a la casa de Villalba.

27 de marzo de 1979

Mi amor: tal vez este chico te vea o no, así que no sé si esta carta llegará a tus manos. La escribo igual, porque quiero decirte que te amo y que te extraño mucho, y también que me siento muy sola.

La nena está bien aparentemente, porque la directora me contó que el viernes estuvo todo el día con la maestra, y que le decía con angustia: "¿Vos me querés?, ¿y me querés mucho?". Y que la acariciaba, y la besaba, y la abrazaba. Así que lo que pienso es que debe intuir todo. Todas las mañanas se despierta y pregunta por vos, y me dice que la querés mucho y que le vas a dibujar un Snoopy y un gatito, y que la cigüeña ñola sabés dibujar, como vos le habías dicho.

Tu hermana está muy dolida por tu partida, y creo que me hace cargos a mí. Yo ya le dije que esta casa era de ella, y creo que vamos a entendernos. Y la Pitoca le ha tomado mucho cariño.

Mis viejos llegan a Madrid dentro de cuatro días, y ya les dije por teléfono que te salía el trabajo de las encuestas, y que ibas a estar en el sur.

Hoy posiblemente haga las tarjetas de la peluquería, yya mandé las cartas que me dejaste.

Bueno, amor, yo estoy triste por la separación, pero las últimas charlas, sumadas a lo bien que estamos, me ayudan a seguir y a esperarte. Porque te quiero, porque te apoyo en lo que estás tratando de hacer. Porque sí quiero tener nuestro hijo, como una vez soñamos y después, creo que por factores externos, nos lo dejamos de proponer. Porque quiero que sigamos alimentando nuestro amor, porque esto es lo mejor y lo más lindo para Ana Victoria y para todos nosotros. Sabés, mume, te adoro.

Suerte,

MARTA



Héctor, Cristina, Ricardo, Marta y Ana Victoria en la fiesta de Ario Nuevo (1980), el día de la despedida.



Ceremonia clandestina del casamiento de Marta y Ricardo. Junto a Marta, el padre Jorge Adur, capellán del Ejército Montonero.

Ricardo llegó a recibir esta carta que Marta le escribió desde Madrid cuando estaba por salir de España. Es probable que haya sido en esa ocasión cuando Alcides, que oficiaba de correo, se ofreció a convencer a Marta para que se alistara. Es posible que le haya dicho que el hecho de estar solo no favorecía al combatiente, lo ataba a su propia decisión, cuando lo más importante era el compromiso en común. "Esos lazos son más fuertes, y obligan al soldado a preservarse". Palabras más, palabras menos, Alcides le dijo lo mismo a otro compañero en parecida situación, que sí vivió para contarlo.

Mientras tanto, yo trataba de seguir mi vida en Madrid, sin mi hermano, sabiendo que otra vez corrían tras de mí los helados aires de la muerte.

6 El último tren

Mi vida a partir de ese momento se transformó en un plano inclinado, un tobogán vertiginoso, a cuyo pie mamá ya no me esperaba.

Lo primero que pasó por mi cabeza, muy trastornada, fue incorporarme a las Tropas Especiales de Agitación (TEA), que tenían a su cargo la difusión en el país de las proclamas montoneras. Sentía que no podía mantenerme ajena a la lucha, sobre todo mientras seguía sufriendo en carne propia los embates de la dictadura.

Había escuchado por primera vez en nuestra casa de Madrid la grabación que iba a interrumpir la programación habitual de canales y emisoras de radio en la Argentina, y quedé muy conmovida. No sólo por la arenga de Firmenich llamando a la insurrección popular, sino también por la comprometida participación de Joan Manuel Serrat cantando "La Montonera", un tema que hasta ahora permanece inédito, y que tocó mis fibras más íntimas.

Qué buen vasallo sería

Si buen señor tuviera,

Cayéndose y volviéndose a levantar

La montonera.

La iba tarareando cuando andaba por las calles de Madrid mirando el piso, mientras la angustia me doblegaba las espaldas. Me sentía culpable por no estar al lado de mi hermano, y alzaba los ojos al cielo, como buscando una respuesta: "Mamá, ¿por qué no me decís ahora lo que tengo que hacer con mi vida?", me animaba por fin a desafiarla, inútilmente.

No del todo convencida de que mi modesta colaboración pudiera ayudar a alcanzar los objetivos, averigüé un poco más sobre los pasos a dar antes de sumarme a esos comandos, cuyas acciones de propaganda darían marco a las operaciones militares previstas para esta etapa de la contraofensiva.

Primero, debía hacer un curso en México durante un mes y medio para adquirir los conocimientos técnicos necesarios para interceptar ondas de radio y televisión, a fin de hacer conocer en el territorio que los montoneros seguían firmes en la lucha revolucionaria. Teniendo en cuenta los riesgos que la maniobra implicaba, un módulo de la preparación estaba destinado a la familiarización con el manejo de las armas. Y yo amaba la libertad, aunque no lograba imaginarme con un fusil en la mano.

Perosevequemidiosnoera montonero.

Después de la partida de Ricardo, llegó a España para visitarme Nélide, la ex mujer de Zuker, que se había convertido en una gran amiga tras la separación, a poco tiempo del secuestro de Ricardo. Traía con ella un Eurail Pass que me mandaba un incondicional amigo. Con ese salvoconducto, íbamos a viajar en tren durante un mes atravesando soñados paisajes de Europa.

Antes fuimos a Sevilla, donde me sumé al gremio de los vendedores de "biyuta", que llegaban en masa con sus mesas plegables, ante la inminencia de la Semana Santa. Mientras yo me ocupaba con poco entusiasmo de disponer las cadenitas doradas sobre un paño negro, después de cargar con estoicismo la mercadería y la pesada mesa, asistía a las luchas encarnizadas que libraban mis compatriotas argentinos con el fin de conseguir un buen lugar para instalar su propio "chiringuito", rodeando a la Catedral, con La Giralda sobre la cabeza.

Cuando yo trabajaba, Nélide hacía turismo, hasta que llegaba la hora de venir a buscarme.

La primera noche, después de seguir con fervor a la cofradía de "la más guapa entre las guapas", la Virgen de la Macarena, nos fuimos a tomar unos chatos de manzanilla a la zigzagueante calle de Sierpes, a un bar donde solían llegar los amantes de la fiesta taurina. Desde las paredes, sobresalían ante mis ojos una serie de fotos con los momentos que precedieron a la muerte de Manolete, aquel torero que siempre me miraba desde un cuadro, mientras yo bailaba "La danza del fuego", bajo la generosa aprobación de mi abuela.

Nélide, como siempre, hacía gala de su humor desopilante:

– Decime si ese morocho no es igual a Tyrone Power en *Sangre y arena*.

– Sí, sólo le falta el traje de luces, la coleta, y resucitar de la cornada que lo mató en la película – le contesté con cierta acritud, como para que se diera cuenta de que ya era hora de que habláramos un poco en serio.

Con el fondo de las palmas que batían jubilosos los sevillanos, le confesé mi desazón, y también mi proyecto de volver a Buenos Aires, formando parte de un plan montonero.

– No sé qué voy a hacer con mi vida, flaca... – y le expliqué que estaba por tomar una decisión dictada en todo caso por falta de destino, pero de ninguna manera avalada por una miitancia previa, como ella bien sabía. Yo había cruzado el océano sobre la cáscara de nuez de un espejismo, la reconstrucción imposible de nuestra familia, para encallar contra la decisión de Ricardo de regresar a la vida.

Tampoco podía volver sobre mis pasos, razonaba en voz alta, después de haber estado inmersa desde la llegada a Madrid en una casa de funcionamiento monotonero: contaba con suficiente información como para convertirme en fácil objetivo del enemigo. Mesentía en una terrible encrucijada, y la soledad, que nunca me había aconsejado bien, empezaba a desnudar mis instintos más destructivos.

– No sé qué voy a hacer – repetía, como una letanía.

Casi tan majestuosa como Rita Hayworth, Nélide me observó desde arriba, porque es muy alta, y disparó:

– Cristina, vos estás más loca que una cabra.

A lo largo del periplo que nos llevó hasta las escarpadas faldas de la Acrópolis, pasando por la deslumbrante Venecia, donde se celebraba la histórica regata, profundizamos esa charla:

– Cris, tenes toda la fuerza del mundo para armar una nueva vida en esta tierra donde nacieron tus abuelos – trataba Nélide de darme ánimos, mientras admirábamos el paso por el Canal Grande de los morenos gondoleros, nada menos que desde el Puente de los Suspiros.

Cuando llegamos a Sarriá, un pueblo muy cercano a Vigo, donde la acompañé a buscar a sus ancestros gallegos, con dos copas de vino Ribeiro de por medio, le anuncié que había abandonado definitivamente la idea de sumarme a la Contraofensiva. Y brindamos de nuevo.

El propósito de seguir estudiando Psicología en la Universidad Complutense de Madrid también se desvaneció, en primer lugar por razones académicas. En el programa de la carrera, eminentemente conductista, Sigmund Freud y el psicoanálisis quedaban relegados a un escueto capítulo, a manos de la reflexología. En segundo lugar, tenía que ganarme la vida, y los horarios no contemplaban esa necesidad, a diferencia de lo que ocurría en los claustros porteños. No existían los horarios nocturnos, y resultaba complicado trabajar y estudiar al mismo tiempo.

Pero, sobre los obstáculos, pesó más esa actitud de inercia que empezó a ganarme, sobre todo cuando Marta, después de algunas idas y vueltas, decidió treparse al último tren de la victoria, igual que mi hermano. "Lo hizo porque no podía vivir sin el Pato", coinciden en afirmar todos los que trataron de disuadirla.

Una interminable carta que Ricardo comenzó a escribirle a Marta un 17 de abril y terminó el 7 de mayo va ilustrando sobre los encontrados sentimientos que lo agobiaban durante ese mes, que pasó en una casa cerrada en Villalba, en el medio de la sierra de Guadarrama.

Mi amor:

No sé cuándo llegará esta carta a tus manos, porque han surgido problemas con la comunicación. Espero que se solucione pronto, ya que si no exploto. Lo que más me preocupa es que estés nerviosa por no tener noticias mías. Confío en que estés bien, aunque me gustaría estar mucho más al tanto de las cosas, de cómo fue la despedida de tus viejos, de cómo anda la venta, y por supuesto de cómo está la nena.

Te extraño mucho, quizás más de lo que yo me imaginaba y de lo que vos podías esperar. Entonces no creas que este compromiso que he adoptado me resulta fácil. Incluso siento algo así como culpa, y eso me hace dudar, sentirme mal por momentos, pero trato de convencerme de que pronto estaremos juntos, y que este compromiso servirá para enriquecer más nuestra pareja, avanzar y madurar así un proceso de conjunto. Yo estoy muy bien respecto al trabajo que estoy realizando. Nuestra separación es lo que me jode, lo que es más difícil de sobrellevar, y es lo que me machaca la cabeza permanentemente.

Trato, para darme fuerzas, de recordar y hacer balance de nuestra relación, sobre todo en el último tiempo. Y eso me ayuda, ya que a pesar de muchos nervios, creo que pasamos por momentos excepcionales. Como ese día en Marbella, la paz y el amor rodeado por la belleza, forman un cuadro inolvidable. Me acuerdo también de cuando descubrimos que estar con la nena, dibujarle un gato, significaba, era igual a la felicidad.

Si bien es dmo y muy difícil lo que estoy viviendo, sobre todo por nuestra separación, como experiencia es excepcional, no sólo por lo que me rodea, por los conocimientos que voy adquiriendo, sino por una especie de transformación interior que será de hoy y para siempre, y se demuestra y se demostrará en cada una de las actividades de la vida.

Son las 18.15 del jueves 19 de abril, y las circunstancias han cambiado bastante. No sé si esta carta llegará a tus manos, o te la leeré yo mismo. A través de tu carta, y por otras noticias, puedo tener esperanzas de que puedas estar pronto a mi lado. Esto me alegra, me ha dado mucha fuerza. Tengo unas ganas enormes de hablar con vos sobre lo que implica este paso, de la importancia que tiene, y de la nena, que probablemente sea lo más difícil. También de la significancia que tendrá todo esto para nuestra pareja.

Continúo la carta siendo las 18.15 del domingo 29. Esta semana he estado esperando, nervioso, lamentablemente no ha habido novedad. Realmente me muero de ganas por verte, y estar sobre ascuas me ha vuelto a poner muy mal. Me parece fundamental tenerte frente a mí para que charlemos en profundidad tu

decisión, por qué no la mía, o sea la nuestra, y tener en cuenta el futuro de la Pitoca.

Por suerte esta carta la fui escribiendo a lo largo de los días, y puedo ir evaluando mis estados de ánimo en cada situación. Hoy me comunicaron que en forma no muy clara te tiraste medio atrás al pie del avión. Realmente estoy mal, jodido, nervioso. Cuando me enteré de que ibas a venir, que íbamos a poder estar juntos, me alegré, y te dije que necesitábamos charlar mucho el significado de esa decisión. Lo que te critico es que no se puede, cuando se trata de decisiones importantes, avanzar y dar marcha atrás sobre el estribo, porque esto no es un juego. No te critiqué que no vinieras, porque entendí que tenías que vivir un proceso. Pero una vez que tomaste la decisión, no entiendo que te arrepientas, incluso sabiendo lo que eso puede significar para mí.

Me queda ahora seguir esperando, ver si los ocho días que pediste son reales o no. Te quiero, te amo, necesito de vos, y por eso me siento mal, confundido y triste.

Son las 15.20 del miércoles 2 de mayo. A partir de hoy comienza una nueva etapa. Sigo estando mal, pero te aclaro que este estado mío no es producto de que no estés a mi lado, sino de estas idas y venidas poco claras, sabiendo que ellas llegan a mí, y por supuesto me producen más nervios y expectativas. Además, hay una cosa que no entiendo. Por qué no me mandaste carta cuando decidiste no venir, así yo sabía a qué atenerme. Incluso si es la nena la causa de este "retraso", como vos dijiste, eso me trae más preocupación. Otra cosa que no entiendo es tu ida al aeropuerto con Willy. Como verás, son muchos los interrogantes, pero espero poder saldarlos pronto.

Lunes 7 de mayo, 9.15

Hoy por fin sale esta carta, aunque no sé cuándo llegará. Sigo sin novedades, pero tengo mucha confianza en vos, y estoy seguro de que vas a hacer las cosas bien.

Yo estoy con muchas ganas de empezar realmente, de salir a la cancha, y esperemos que cuando esto ocurra, lo hagamos juntos.

Van a ir junto con ésta algunos dibujitos para la nena, decile a mi hermana que le mando un beso grande, y que pronto le voy a escribir. Para vos todo mi amor y millones de besos.

PATO

Tuvieron que pasar muchos años hasta que junté valor para sumergirme en las cartas y los papeles de mi hermano. Antes de partir, él me había entregado una

carpeta muy voluminosa. "Te pido por favor que la cuides mucho, porque acá está casi toda mi vida", me dijo con la solemnidad que la ocasión requería.

Allí estaban las fotos familiares, me explicó, y todas las cartas que fue recibiendo desde su partida al exilio hasta esos días de diciembre del 79, incluidas las que mamá le había escrito a San Pablo, antes de su muerte. Amén de los banderines de Defensores y San Lorenzo de Almagro. Marta hizo lo mismo, sumando a mi colección de recuerdos las fotos de Ana Victoria, desde que era muy chiquita.

El miedo a sufrir fue postergando la decisión de revisar esos documentos, que iban a iluminar el profundo pozo de la ausencia. Cuando por fin me animé, pude recobrar su voz, a través de lo que fue escribiendo con su endiablada letra, en hojas de cuaderno o donde se pudiera, teniendo en cuenta el amenazador escenario que eligió para empezar a contar la historia de su vida.

Además del esfuerzo de descifrar su caligrafía, me vi obligada a confrontar esos textos con mis propios recuerdos de ese pedazo de vida, cuando de verdad Ricardo se me empezó a morir.

Para empezar, no estoy segura de que la armonía reinara de verdad entre esa pareja armada por correspondencia y urgida por la soledad inclemente del exilio. Betty y Dani, de quienes ya hablé, y que siempre estuvieron tan cercanos, parecen recordar mejor que yo que las peleas entre ellos eran muy frecuentes. Más de una vez Marta se quejó desús nervios, y le confesó a su íntima amiga del secundario que a menudo tenía miedo de que "el Pato se pusiera violento en alguno de sus ataques de celos".

De lo que sí me acuerdo es de otro suceso de corte tragicómico. Del todo ajeno al trajín montonero, solía venir a nuestra casa madrileña Lalo, un joven enjuto de ojos soñadores y melena hasta los hombros. Era el socio capitalista en la empresa que fabricaba esos animalitos reñenos de mijo que los españoles encontraban tan simpáticos. Un día Marta llegó más jocosa que de costumbre, y le dijo a mi hermano: "¿Sabés, papito? Vengo de fumarme un porro con Lalo".

Se refería por supuesto al hachís, esa sustancia legalizada a fuerza de uso, que no para de llegar, en los más inverosímiles alijos, desde la vecina Marruecos hacia las costas de España. Entre sus propiedades más benéficas, induce a reír con ganas por un rato, dejando en un discreto segundo plano la cruda realidad de la vida.

A Marta se le fueron las ganas de reír cuando se tuvo que cuadrar ante un tribunal montonero formado por los mismos que venían a comer casi todos los días, advertidos por mi hermano de su improcedente conducta.

"Las relaciones familiares o de pareja deben subordinarse al bien colectivo y a

las exigencias de la militancia. La transgresión que ha cometido ¡a compañera implica una desviación liberal, y hay que castigarla", dicen que le tocó fallar al Petiso Lucas, por tener más alto grado. El castigo no pasó de una amenaza: expulsarla del "ámbito", es decir, de su propia casa.

A la misma donde el multivalente Alcides llegó desde Villalba oficiando de cartero, con ese lejano aire a Steve McQueen que algunos le adjudican. Queda en el terreno de las conjeturas si aprovechó para apurar la decisión de Marta, todavía empeñada en su sueño de poner una peluquería, contándole la ansiedad de mi hermano, que se comía las paredes encerrado en esa casa, a punto de encarar ya la próxima etapa.

Otro de los documentos obtenidos a lo largo de mi investigación reseña la información que poseía el enemigo, como prueba fundamental de que el mayor trabajo de inteligencia fue el salvajismo de la tortura:

"Lo primero que hicimos fue buscar una casa, con garaje, donde pudieran vivir más de diez personas. Conseguimos una en Villalba, en las afueras de Madrid. La gente para nuestra TEI llega a la casa a principios de febrero del 79. Ahí le damos un curso cuyo eje era el aspecto disciplinario, trato militar, orden cerrado, funcionamiento tipo cuartel, y también algunos elementos básicos sobre funcionamiento de armas de fuego y normas de seguridad en su uso. Las otras TEI deben haber tenido un curso similar ya que el programa había sido impuesto por la Jefatura de Operaciones"

"Una de las cosas que me acuerdo que pasaron en esa casa fue un simulacro de allanamiento de fuerzas represivas. A las cuatro de la mañana Osvaldo Olmedo, el responsable del grupo y de la casa, da la orden con un silbato. Había un plan de fuga que se cumple, y al día siguiente se evaluó cómo respondió cada uno. Yo tengo la imagen de que éramos una especie de Armada Brancaleone"

La calificación corre por cuenta de Fito o Vicente, como empezó a llamarse a partir del día en que se subió al tren, pocos días antes que mi hermano, desde la misma estación de Atocha.

También participó de aquella famosa reunión de Madrid, cuando se llamó a la Contraofensiva, y coincide en que "fue una convocatoria demasiado abierta, en relación con los servicios que actuaban en España. Hubo cacheo, estábamos armados, y el que hacía la seguridad era el ahora famoso empresario ferroviario, Mario Montoto, Pascualito. Además estaba Jaime Dri, recién fugado de la ESMA".

Fito, que recién ese día conoció a Roberto Perdía, el orador del evento, había empezado a militar en La Plata, hasta que cayó "haciendo quilombo":

"Caí sin haber tocado nunca un arma. Dentro de la cultura política montonera era miliciano. Estuve ocho meses desaparecido, hasta que me legalizaron. Siete meses después me dieron el derecho constitucional de opción por no tener antecedentes, y me fui a España en junio del 77. Después llegaron mi mujer y mi hijita, que nació mientras estaba desaparecido. Al poco tiempo, nos separamos porque ella no estaba de acuerdo con seguir militando. A mí, en cambio, me parecía que no daba para otra cosa que agarrar los fierros".

Por eso, cuando firmó "ese papelito rectangular, en forma de volante, que nos entregaron a todos", estaba convencido de su retorno. Ansiaba saber qué pasaba en el país, estaba harto de vivir en España, "y en ese momento tenía mucho peso la cantidad de compañeros que habían caído o estaban desaparecidos".

Fito llegó solo y puntual a nuestra primera cita, en un bar de la Plaza Serrano, a las nueve de la mañana. Mi intriga se disipó cuando descubrí que lo había conocido en Madrid, en alguna de las fiestas de la colonia. Nos había presentado mi hermano, y nuestro abrazo fue muy cálido.

Poco después se sumó Eduardo Gluj, que había sido el artífice del contacto, y uno de los más dilectos amigos de Ricardo. Sólo nos habíamos cruzado un par de veces desde que volvimos de Madrid, donde Ana, su mujer, se había convertido a fuerza de ternura y eficiencia en la pediatra de la colonia argentina, desde su puesto en el Hospital del Niño Jesús. Primero nos encontramos en un recital de Marcelo Moguilevsky, un músico que nunca dejó de ser amigo de Eduardo, y que además era el profesor de saxo de mi hija. La última vez fue en Notorius, un bar musical del que por entonces era uno de sus dueños. Pero nunca nos referimos a aquellos días en que primero Ricardo, y después Marta, tomaron la decisión de poner en juego sus vidas.

Cuando lo llamé, sentí que tenía muchas ganas de hablar sobre su amigo, el Pato.

Además me dijo que "hay un pibe que estuvo con él en el Líbano", y así fue que apareció Fito, que ahora me cuenta que después de lo del papelito, donde constaba su número de teléfono, tuvo una cita con Jorge Lewinger, Josecito, quien pocos días antes me había dicho en otra mesa de café: "Vos pensarás que soy un hijo de puta, pero yo fui el responsable del reclutamiento".

"No es que me vino a convencer, porque no le hacía falta. Desde el momento en que me anoté, no es para que me cuenten lo que van a hacer porque yo estaba decidido. La charla fue más un análisis político coyuntural sobre lo que estaba pasando. Se suponía que la Contraofensiva venía a apoyar los conflictos gremiales, y que una vez cumplidos los objetivos militares, la organización iba a permitir que nos reinsertáramos para trabajar políticamente. También querían saber quién era yo.

Había un temor lógico a que la gente que había estado presa estuviera colaborando con el enemigo", recuerda Fito.

La primera intervención de Eduardo Gluj, hoy reconocido psicoanalista, se refiere a las frecuentes charlas que sostuvo con mi hermano, cuando volvieron a encontrarse, después de haber pasado algunos días juntos en San Pablo:

"Cuando Pato llega a Madrid, viene a vivir a nuestra casa. Nos pasábamos el día boludeando, y una vez me mandé una broma muy pesada. Eran las ocho de la mañana, tocan el timbre y le digo 'Pato, Pato, la policía...'. Se puso muy mal".

Eduardo también estaba muy mal en esa época. Su hermano menor, Daniel, que revistaba en la UES, estaba desaparecido. Él safio de la Argentina en 1977 con la pastilla de cianuro en la boca. "Me resultaba insoportable la idea de caer, y frente a la tortura llegar a delatar a algún compañero"

Durante los primeros meses de exilio, confiesa que "tenía una actitud enojada hacia mi mujer y mi hijo por haber sido la causa de mi salvación. Yo sentía que no me tendría que haber salvado, que se había roto una especie de destino, que terminaría muriendo por ese proyecto". Por eso, según él, no se puede entender la decisión de volver como un proceso de sugestión por parte de los montoneros: "Hay que pensarla por esa gran carga moral que había en nosotros por haber abandonado la lucha, te digo más, por no haber muerto".

Sin embargo, afirma que mi hermano nunca le transmitió las ganas de retornar al ruedo.

"Nadie lo transmitía, pero la convocatoria a la Contraofensiva cayó en el momento que muchos estábamos esperando. Era tan conmovedora la posibilidad de poder volver y continuar la lucha", deja claro Fito, mientras sigue con su relato. "A partir de ese momento, se me ordena no volver a tomar contacto con nadie en Madrid, y que invente una historia para que mi ausencia esté justificada. Tanto para mi familia como para mis amigos, yo me iba a Suiza para seguir estudiando medicina".

Si bien nunca llegó a concretar lo de medicina, Fito también ejerce como psicoanalista, después de haber realizado estudios en Madrid que lo habilitaron para trabajar con psicóticos. No puedo dejar de pensar que la odisea vivida por aquellos años le debe haber dado un buen soporte para tratar a sus actuales pacientes. "Si. Pongo a cuenta de mi trabajo como analista toda mi historia y mi experiencia. Yo me volví loco cuando me secuestraron, y después eso se convirtió en una experiencia que me permitió tratar con locos".

Durante los primeros cuatro días que estuvo en el chupadero del Pozode Arana, Fito confiesa que sufrió alucinaciones:

"No sabía si estaba soñando o si era la realidad tal como es, esa cosa imaginaria que podemos vivir y seguir creyendo que la compartimos todos. Fue eso lo que me volvió loco, cuando escuché y vi gente conmigo que nunca estuvo desaparecida. Concretamente a mi mujer, que estaba embarazada de ocho meses. Yo caí en mayo y mi hija nació en junio", me aclara. "En un momento que no me torturaban, la veo a ella, la veo como te estoy viendo a vos ahora. Ella, embarazada, vendada, y con un cana agarrándola del brazo. La veo", repite, y me explica que las representaciones de la locura aparecen siempre como representaciones románticas.

Entonces gritó llamando al jefe, "el de la voz gruesa" Fito tenía los ojos vendados, "y sólo son las voces las que permiten ubicarse"

– Ve ni. Vamos a hablar, a ver cómo arreglamos esto– lo encaró conciliatorio "el jefe", y como no podía ver, tampoco se enteró de la mirada sarcástica del hombre de la voz gruesa.

– Mire, yo estudio medicina, mi mujer está embarazada. Y sé que ustedes la tienen detenida. La he visto, y como me imagino que por esta situación se va a adelantar el parto, le pido por favor que me deje colaborar con el médico.

– Bueno, sí, quédate tranquilo – recuerda como si fuera hoy que le contestó "el jefe"

"Otra cosa que yo hice fue..., – y la voz clara hace una pausa–, di direcciones antiguas donde vivía antes de empezar a militar, junto con compañeros que no tenían nada que ver, pibes de Mercedes como yo, que habían ido a estudiar a La Plata. Y escuché sus gritos, mientras los estaban torturando".

Así, siempre vendado, llamó de nuevo al "jefe":

– Están torturando a ese pibe, que no tiene nada que ver. Ni radicales– trató de limpiarlo Fito, que se acuerda de toda la conversación.

– Y entonces, ¿ para qué lo cantaste?

– ¿Qué quiere? Me estaban torturando, y les tenía que dar algún nombre. Les di una calle, una dirección, pero a ese pibe tienen que liberarlo porque nunca participó en nada.

Casi inmediatamente, los gritos de dolor cesaron.

La realidad es que ni su mujer ni el pibe habían caído nunca. "Yo puedo reconstruir ahora una situación de psicosis experimental. Estaba en cautiverio, aterrorizado, no dormía, en una mezcla de sueño y pesadilla que era mi realidad en

ese agujero. Yo vi a mi mujer, pero la aluciné. Escuché a ese pibe, pero lo aluciné. Pero sí es real que llamé al tipo, y me doy cuenta de que pensaron que me había vuelto loco".

"Éste se nos fue", deben haber dichosos verdugos.

Cuando lo legalizaron, a Fito le tocó ver y soportar una de las cosas más duras de su vida:

"Había un pibe de la zona norte, de Olivos, que estaba preso, y se había vuelto loco. Como estaba loco no reconocía ninguna autoridad, y en la cárcel, si no los respetas, te muelen a palos. No tomaban en cuenta que estaba loco, y lo hicieron polvo"

Volviendo al tema de la locura y del trabajo con sus pacientes, reconoce que hay algo de su predisposición, de su capacidad de atreverse a escuchar lo que dicen. "Siempre hay un fondo de verdad, y yo quiero escucharlo".

"Eso era lo que yo pedía mientras estuve desaparecido, que me escucharan porque me estaba pasando algo. Yo no sé si me escucharon, pero me dieron bola", remata Fito, en lo que parece un chiste de manicomio.

En cuanto a los que se alistaron para la Contraofensiva, "ojalá hubiera sido un grupo de psicóticos". Hoy, para él, se trataba de otro tipo de delirio: "Había una confusión de la realidad, una construcción muy forzada en el orden de lo real, a partir del imaginario común, de la ideología".

"Todo lo que viví no lo viví solo. ¿Qué es lo que permite que uno salga de la locura? Hay una verdad histórica, y si no te situas en ese contexto, si se lo contás, por ejemplo, a un pibe joven, va a decir 'este tipo está loco! Y yo tuve que encontrar un contexto para no volverme loco de verdad. ¿Qué estaba haciendo yo ahí? ¿Qué es lo que se jugaba en esa decisión tan particular de haber tomado las armas? Hay que empezar desde uno para entender lo que la historia colectiva no alcanza a explicar'!

Más allá de las preguntas que quizás nunca termine de contestarse, Fito tiene una nueva familia, dos hijos pequeños, y la mayor, Manuela, que por suerte no nació en el Pozo de Arana, también se salvó de recalar en la guardería de La Habana por la contumaz negativa de su madre, y sigue viviendo en España.

"Como Pato y yo estábamos solos, Alcides y el padre Jorge Adur, capellán del Ejército Montonero, se ofrecen a hablar con nuestras compañeras para traerlas. Cuando intentan convencer a mi mujer para que se reúna conmigo y mande a Manuela a Cuba, ella descarta de plano la propuesta. Supongo que es ahí cuando Marta decide juntarse con el Pato"

Según me había explicado Roberto Perdía, el esquivo Alcides también era responsable de una parte del reclutamiento. Además, funcionaba como coordinador de los tres grupos que se preparaban para volver a la Argentina, y también del correo y la entrega del dinero que fuera necesario. A su vez, el padre Jorge Adur cumplía la función de asesor espiritual, "asi que es muy posible que ellos hayan hablado primero con el Pato, y después con Marta", una probabilidad que se confirma a través del propio relato de Fito.

Admite que recién se entera, gracias a mí, de dónde quedaba la famosa casa. Cuando se bajó del tren, un auto lo esperaba. Recién al entrar al garaje, dejó de estar "cerrado" Lo recibió Osvaldo Olmedo, Miguelito, hermano del histórico Carlos Olmedo, fundador de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias).

"Me presentan a un grupo de gente, del que yo no conocía a nadie. Miento. Había un pibe que había venido de Francia, donde trabajaba como cocinero. Yo lo había conocido en la casa del Pato. No me acuerdo del nombre, pero es con él con quien me toca entrar a la Argentina".

Yo también lo recuerdo: un grandote con cara de bueno, un ex desaparecido que antes de irse me regaló *EL arte culinario francés* y un *Repertoire de la Cuisine*, que siguen adornando mi biblioteca. Después de prometerle que se los voy a mostrar en nuestro seguro próximo encuentro, Fito sigue reconstruyendo con minuciosidad la estancia en Villa Iba.

"Una vez que me presentan, me explican el funcionamiento de la casa. Había orden cerrado y mucho entrenamiento físico. La instrucción militar se hacía sin armamento. No había armas. Parecía que estábamos en un regimiento", resume Fito.

"Había que higienizarse en tanto tiempo, desayunar, y luego se hacía una formación militar donde se izaba la bandera, y saludábamos: 'Hasta la victoria siempre', se escuchaban todas las voces juntas, y con el brazo alzado. Después hacíamos gimnasia, almorzábamos y seguíamos con la lectura de los diarios argentinos que recibíamos, y la discusión política sobre algún texto. Toda la instrucción se hizo sobre la base del *Manual Roqué*".

Fito se refiere a un librito rojo que data de 1977, en el que Julio Roqué, Lino, volcó un poco de historia, doctrina y también táctica militar sencilla, como instrucción básica para milicianos. Poco después fue asesinado, y el manual pasó a llevar su nombre a manera de homenaje por la valentía demostrada ante la nutrida patota de la ESMA, encargada de eliminarlo.

Una de las primeras cosas que tuvieron que hacer al llegar fue firmar un contrato "casi civil y comercial, te diría" A través de ese compromiso, que expiraba en diciembre de 1979, quedaban obligados a cumplir con una cantidad de cláusulas. "Lo

firmé como quien firma cualquier trámite burocrático", afirma Fito, a quien no le interesaba repararen esas minucias, y por eso no se acuerda de ninguna de las cláusulas. Sí, de que eran varias páginas, donde también quedaban registrados los datos del aspirante.

"No teníamos idea de cuáles iban a ser las operaciones, pero había dos opciones para encuadrarte, como si fuera la carrera de letras o de ciencias. Podías elegir entre las Tropas Especiales de Agitación (TEA) o las Tropas Especiales de Infantería (TEI), pero todos los que estábamos ahí tuvimos que firmar ese contrato".

También debió hacerlo mi hermano cuando llegó pocos días después. Desde entonces el clima de la casa operativa se empezó a poner bastante más animado.

"De golpe llegad Pato... Para mí fue una sorpresa muy agradable. Se creó enseguida una historia de complicidad porque nos conocíamos de afuera de la casa, y entre nosotros seguimos siendo Fito y Pato. Nos permitíamos romper la estructura vertical".

Una de las escenas que le vienen a la cabeza los muestra en la cocina, contándose sus cosas, sus dudas, mientras lavaban los platos o cocinaban para diez personas, que a fuerza de ejercicio físico y aire de montaña, esperaban famélicos sentados a esa mesa tan grande, junto a la chimenea encendida, despidiendo ya a! invierno europeo.

"Atrás había un gran jardín, donde algunas veces se hacían asados, y venía gente de afuera para sumarse a las discusiones, como Josecito Lewinger o Alcides. También había una guitarra, y cantábamos canciones de Silvio Rodríguez y algunas zambas".

Durante el entrenamiento físico, saltaban las diferencias entre aquellos que tenían vocación militar, una minoría, y los que habían pasado nada más que por la militancia universitaria. Y las chicas, que constituían la mitad del contingente, ponían todas sus fuerzas para no quedarse atrás respecto a los varones. "En ese sentido, no había diferencias", reivindica Fito la pareja capacidad de casi todos los compañeros, que "dependía más que nada de la aptitud física para el ejercicio".

Cuando le pregunto por las aptitudes de mi hermano, hace un silencio sospechosamente largo. "No, no me atrevo a decir...", y se queda en la última frase, mientras yo espero. "Bastaba con verlo correr...", sugiere Fito, antes de largar una cariñosa carcajada. Por eso ninguno de ellos dejaba de tentarse cuando el Pato hacía orden cerrado.

"¡Derecha, derrrrr."

La acción consistía en girar el pie derecho primero, después el izquierdo y quedar mirando para el otro lado. Mi hermano, "chueco, patón, diez y diez", cuando le daban la orden le aplastaba el pie al que tenía al lado. No se conformaba, y hacía las mil y una para que los demás se divirtieran a costa suya.

Estuvieron un mes y medio sin salir a la calle, y uno de los temas favoritos consistía en imaginar cuál sería el próximo destino:

"No teníamos idea. Sabíamos que íbamos a pasar por un ámbito militar, pero no dónde sería. Hacíamos bromas sobre eso. Nuestra fantasía era Cuba, aunque también se hablaba de Tanzania. Por las dudas, el Pato ya había empezado a ensayar la imitación de Fidel Castro en unos desus interminables discursos".

Cuando se despidieron, no estaban muy seguros tampoco de volverá encontrarse.

"Recién cuando llegué al aeropuerto de Barajas, y me dan el pasaje y los documentos, me entero de que voy al Líbano, vía Roma. No sabía nada de las relaciones que tenía Montoneros con los palestinos. En el viaje me puse a imaginar el desierto, los camellos. No tenía mucha idea, pero era un vergel, uno de los países más alucinantes que he conocido, aunque estuviera destruido"

Fito llegó a Beirut, a la representación que tenían los Montoneros en un local de Al Fatah, estuvo un par de días ahí, y se fue a Damour, un pueblito donde funcionaba una de las bases de entrenamiento, que condensaba en si mismo el drama de la destrucción.

A sólo veinte kilómetros de Beirut, Damour había sido un pueblo de veinticinco mil almas, en su mayoría cristianos, con cinco iglesias, donde se practicaba el culto maronita, tres capillas, siete hospitales y un buen número de escuelas públicas y privadas, asentado sobre una suave ladera frente al Mediterráneo. Así como Beirut supo ser "el París de Medio Oriente", el pueblo aledaño gozaba de la elegancia de sus mansiones. Tres días después de celebrar la Epifanía, en 1976, fue sitiado por "los Leoncitos", un ejército formado por los huérfanos palestinos que iban quedando tras los incesantes ataques israelíes.

"El curso en el Líbano era mejor pues el hecho de estar en un país en guerra permitía andar con las armas todo el día, y acostumbrarse a ellas. Además, no había problemas para realizar prácticas de tiro. El curso fue fundamentalmente militar y tendió a capacitar a todos en el uso de armas y explosivos. El otro campo de entrenamiento estaba en Siria, en las cercanías de Damasco, aunque no era posible realizar prácticas de tiro pues el campamento estaba próximo al poblado. Se decidió permanecer en Siria para contar con un grupo que pudiese llegar más rápido a la Argentina en caso de que la situación política lo requiriese (insurrecciones

populares)", prosigue el rompecabezas que los servicios de inteligencia iban armando con obsesiva eficiencia.

"Mientras estuvimos en el Líbano, estábamos armados durante todo el tiempo. Llevábamos un fusil de asalto, el famoso Kalashnikov, algún arma corta, y granadas. Todo el tiempo", vuelve a recalcar Fito, y reconoce que se sentía como un marciano.

"Así, a la distancia tengo como una sensación desagradable, de una situación de omnipotencia muy grande. Si estás armado, la realidad se constituye de otra manera, y cualquier situación de conflicto se resuelve a los tiros, igual que en el Lejano Oeste", define Fito, que tiene pinta de rubio de la película. "Parece inglés", me había dicho mi hija, cuando lo encontró en casa, en otra de nuestras entrevistas.

Mientras hablábamos, me vino a la cabeza un párrafo del libro *Poder y desaparición* donde Pilar Calveiro, ex desaparecida en las mazmorras de la ESMA, afirma que "las armas son potencialmente enloquecedoras: permiten matar y, por lo tanto, crean la ilusión de control sobre la vida y la muerte".

Fito está de acuerdo, y sigue contándome sobre Damour, el pueblo ocupado donde estaba asentado el campamento.

"Por el lujo, era algo así como un barrio residencial. Para no entregar sus pertenencias, los habitantes habían destruido todo: los tapizados de las paredes estaban quemados, las cañerías arrancadas. Sólo habían quedado unos viejitos que cada vez que estallaba una granada, salían al balcón a gritar como locos".

En una de esas casas de piedra frente al mar se instaló el grupo. No tenían luz, sólo techo y paredes, mientras que "las duchas eran unas mangueras que inventamos".

Allí llegó mi hermano tres o cuatro días después que Fito.

Montoneros había puesto una suma de dinero que incluía el entrenamiento, armas, municiones, la casa abandonada, una cocinera, Sohel, un instructor, Ahmed, y dos ayudantes, Yihady Rachid, que vivían con ellos. Ya el primer día, los tres hombres, no acostumbrados a la presencia de mujeres en las bases, clavaron unas maderas para cerrar la comunicación entre las habitaciones y los sexos.

"Eran unos aparatos, jóvenes como nosotros, pero ellos llevaban años en esa guerra. Ahmed era un tipo que en tiempos de paz podías llegar a encontrar en una discoteca, una especie de Tom Jones con la camisa abierta, andaba en una cupé Fuego y fumaba hachís todo el día. Yo no había fumado nunca, y me acuerdo de que nos ofrecía, pero ni el Pato ni yo lo aceptábamos".

De Rachid, uno de los dos asistentes, no hay demasiados datos, salvo aquella

vez que lo vieron abrir una botella de gaseosa con la punta de una Kalashnikov, mientras jugaba a las cartas durante las guardias que se cumplían todas las noches, soportando el frío helado del desierto.

Yihad, en cambio, era un fundamentalista, "muy religioso, dormía con la cabeza hacia La Meca y oraba todos los días". Justamente uno de esos días, Ricardo se había apropiado de una alfombra que de manera galante cedió a las compañeras, para hacer más confortable su precario cuarto. Cuando llegó la hora de la oración, Yihad debió pedirle paciencia a Alá, al descubrir que le habían sacado su *kilim*. Desde luego, no tardó en recuperarlo, tras recibir las disculpas del caso.

Otro día, Yihad llegó para despedirse, antes de ir a inmolarsse al territorio. Para Fito, su convicción estaba sostenida por una cuestión religiosa, de fe: "No es casual que haya elegido ese nombre: Yihad quiere decir 'guerra santa'".

"Ahí nos enteramos de que cuando entraban a operar en territorio ocupado, si eran detenidos estaban autorizados a delatar para no sufrir la tortura. Antes, a su familia la mandaban a Jordania. La idea era impedir que lo destrozaran hasta que hablase. Sabían que las fuerzas de un hombre tienen un límite"

Fito nunca olvidará las torturas que sufrió mientras estuvo desaparecido, y reivindica la postura de los árabes para evitar el sufrimiento de los combatientes. "Yo sabía que a mí me iban a torturar más. Yo iba a delatar. Había pasado por esa prueba, y no lo había hecho. Pero no sabía si lo iba a volver a tolerar". Y no dejaba de pensar en eso, y se decía: "No, ese precio no lo voy a poder pagar. No quiero convertirme en una basura humana".

En una de esas charlas que tanto los hermanaban, recuerda que le contó a Ricardo de Lucila, una íntima amiga de su adolescencia, que estaba desaparecida. "Mi decisión de volver tenía que ver con que si estaba viva, debía salvarla. Él ya me había dicho en Madrid que le había llegado información de que el enemigo tenía localizada toda la estructura militar de Montoneros, y que manejaban un organigrama donde iban tachando a los que iban cayendo".

"A Lucila la mataron con un embarazo de nueve meses", dice que le dijo el Pato sin anestesia, que también la conocía por ser la mujer del Negro Fassano, uno de sus ex compañeros de la Facultad de Derecho.

A Fito se le quiebra la voz al recordar ese momento, aunque se recupera para destacar que "no vinimos engañados y con información distorsionada: todos participamos del voluntarismo, y vimos las huelgas fabriles que se sucedían en la Argentina como una señal de cambio importante en la relación de fuerzas".

"Ir en busca de la victoria era como resarcirse de esas pérdidas. Se trataba de

agarrar la bandera y seguir hasta las últimas consecuencias para que el sacrificio de los compañeros no quedara trunco. En la decisión de volver, el peso estuvo puesto en la deuda hacia esos compañeros", recalca Fito con el ardor de entonces, antes de ingresar en temas más domésticos.

Como Sohél, la cocinera, que, por su volumen y función, merece un párrafo aparte: "Era una especie de Mercedes Sosa, muy gorda, que usaba varias polleras sobre las babuchas. Se pasaba todo el día en cuclil las junto a las brasas, donde preparaba unos guisos tan pesados..., como para revivir a los muertos" Los servía en un gran fuentón, y todos se sentaban en el suelo para comer, donde el pan oficiaba tanto de tenedor como de plato. Si bien Fito reconoce haberse convertido en un fanático de la comida árabe "por sus sabores fuertes", imagino que Ricardo, tan acostumbrado a los sencillos pero sabrosos manjares de mamá, debe haber padecido esa dieta.

También Sohél, la cocinera, parecía estar muy al tanto de la realidad política de los pueblos en lucha. Sabía quién era Perón, y lo comparaba con Nasser, "un general egipcio que era muy nacionalista", trataba de hacerse entender Sohél, que usaba la letra be en lugar de las consonantes correctas. "¿Ustedes son 'bironistas?', les preguntaba, obligándolos a contener la risa.

A Fito le tocaba officiar de intérprete, con el escaso inglés que había aprendido en el colegio, frente a los palestinos que "son capaces de entender cualquier idioma, si uno les habla despacito"

Salían a la madrugada, después del desayuno. Alguien que estuvo ahí pero quiere mantener el anonimato me juró que hasta el piso parecía temblar cuando todas las manos se abalanzaban sobre el pan con manteca y mermelada. Después partían pertrechados con armas y mucho abrigo para hacer instrucción a orillas del Mediterráneo, tan transparente en esa zona que las distintas tonalidades del azul iban señalando la profundidad del océano.

"Nos levantábamos muy temprano porque a las cuatro de la mañana empezaban los bombardeos. Los israelíes sabían dónde estaban los campamentos, y nos protegíamos subiendo a las montañas, entre los bananales. Al atardecer empezaban de nuevo: bombardean del lado que sale o se pone el sol para dificultar la visión de los antiaéreos. Una noche habíamos parado para comer, eran las seis de la tarde y escuchamos los helicópteros y las ametralladoras, que disparaban desde *jeeps* casi destruidos. Los palestinos tenían que lograr que no bajaran los comandos, que minaban las rutas y después se iban por el mar. Estuvimos escondidos hasta las cuatro de la mañana".

Para Fito, la diferencia entre el ejército israelí y los palestinos era abrumadora:

"En eso sí se parecía a la relación de fuerzas que había con la dictadura".

En medio de las bombas trataban de aprender a manejar todo tipo de armas y explosivos, como el RPG7, "una especie de misil portátil que atraviesa blindados, que se había usado durante el Mundial 78", y que al ser disparado lanza hacia atrás una violenta lluvia de metralla. Otro era el lanzaenergás, según dicen un invento de la logística montonera, que consiguió adaptar el pesado fusil FAL de hierro y madera para disparar granadas en lugar de balas.

"Se especializaba a la gente de acuerdo con las potencialidades: los más ágiles eran los que iban al frente, que se exponen más y van con armas cortas; y los de atrás, que van como contención y como apoyo, por si aparece alguien, eran los que tenían mejor puntería. Esas prácticas las hicimos muchas veces, para evitar lo del 'fuego amigo', y matar a alguno de los compañeros. Primero lo hacíamos sin armas, como si fuera un ensayo de ballet o de teatro, íbamos haciendo 'ta, ta, tatata', como si de verdad estuviéramos disparando. Había que ir zigzagueando, reptando, que es más o menos lo que te enseñan en la colimba".

También ensayaban, primero desarmados, cómo graduar el gatillo para no quedarse sin balas, tratando de darle un ritmo casi musical al "ta, ta, tatata" del ejercicio.

La diferencia apareció cuando tuvieron la ametralladora en las manos: "En medio de un tiroteo infernal contra un objetivo móvil, a una compañera se le trabó el arma. Entre el fuego, los casquillos de balas y el humo, lo único que se le ocurrió fue seguir adelante, haciendo 'ta, ta, tatata', como si estuviera disparando".

Más allá de esas anécdotas, "sentimos mucho que el tipo de instrucción que nos daban los palestinos no nos servía para la hipótesis de guerra en la Argentina. Me acuerdo de una clase de antiseguimiento, para evitar ser capturados por el enemigo. Era una risa, casi todos éramos ex presos desaparecidos. Lo que nos enseñaban nos sonaba a película de espionaje".

Fito, en su rol de intérprete, una vez se animó a decirles a los instructores que se sentía como el inspector de *La Pantera Rosa*, y también se acuerda de que no le gustó nada.

"Entendíamos que podía servir para la ocupación nazi en Francia, pero no para lo nuestro. Sólo fue útil para aprender el manejo de las armas, pero la mayoría de nosotros no era tierrero, y eso se notaba. Técnicamente, éramos grupos de baja formación".

Casi colgado de un barranco, se erguía un blanco monasterio, "el lugar más bello de Damour". Tal vez en alguno de sus balcones, mientras una luna árabe

iluminaba las olas que rompían allí abajo, fue que mi hermano empezó a escribir en precarios papeles los apuntes para un futuro libro. Pensaba dedicárselo "al Gringo Caretti, a todos los amigos a pesar de la distancia y a aquellos otros que quedaron en el camino, a mi mujer como incentivo de la necesidad de expresión ante su ausencia, a mi hija Ana Victoria, a la que puedo decir que es mi hija sin ruborizarme, y a mi hermana. Y sobre todo a quien es el principal motor de todas mis cosas, mi madre".

El primer párrafo dice textualmente: "Nací en la Clínica Otamendi, en Azcuénaga y Córdoba. Claro que no me acuerdo, pero confío en la palabra de mi vieja (en la de mi viejo, por experiencia, no tanto)".

Eludiendo la cronología, otras notas parecen brotar de la realidad circundante. Tal vez por eso algunas alusiones me siguen pareciendo incomprensibles: no puedo precisar a ciencia cierta si fueron escritas en el fragor del Líbano o en la aún más temible Buenos Aires.

"Aquí esta prohibido reírse, es mas y es peor. Aquí todo es malo, todo es enemigo, todo hay que mirarlo de reojo. Salvo tú, oh sabio jefe que llegaste por obra y gracia de la divinidad, que nos vigilas, desde lejos si, pero nos vigilas, nos vigilasen el cuerpo y nos vigilas en el a Ima, nos vigilas en la mente, si, sobre todo en la mente, sí, sobre todo en la mente nos vigilas". Nunca sabré si se refería al líder de la Organización para la Liberación de Palestina, Yasser Arafat, a quien mi hermano había puesto el encumbrado apodo de "Gardel", o a alguno de sus más próximos jefes, aunque me inclino por esta segunda hipótesis.

Entonces me pongo a pensar en eso de Eladia Blázquez que le gustaba tanto a mamá: "Si a vos te duele como a mí la lluvia en el jardín y en una rosa y te dan ganas de llorar a fuerza de vibrar por cualquier cosa" Yo no perdí a pesar de todo, dina a pesar de los embates de derecha e izquierda, mi capacidad de vibración.

Para dar ejemplos hogareños, lo escucho al Tony Carrizo recitando a Borges, y me emociono. Oigo a Simón & Garfunkel cantando "MTS. Robinson" o "los sonidos del silencio", y me zumban dulcemente los oídos.

Ángel Vargas, Carlitos, Magaldi, Cosini, el Polaco, la Tana, el tango me hace vibrar.

Argentina- Brasil, Boea- Olimpia, o Defensores los sábados y San Lorenzo los domingos, me atrapan.

Pienso en Marta y Ana Victoria y sufro, miro la foto de mamá y lloro.

Pero no se puede, no hay tiempo, no hay lugar para eso. Probablemente sean vibraciones burguesas.

Entonces uno piensa, se rompe la cabeza pensando, quiere preguntar dónde estoy. Y le dan ganas de decir: 'Perdónalos, no saben lo que hacen'

Sin embargo, en el Líbano todavía había espacio para alguna humorada:

"Todos nos reíamos cuando el Pato se tapaba para que no se dieran cuenta de que estaba circuncidado, pero para los palestinos era un orgullo que hubiera judíos compartiendo la causa'!

Hasta que un día tuvo que huir de la casa, apenas cubierto por "una toalla amarillo patito" sobre el cuerpo enjabonado. Fue lo único que atinó a ponerse al escuchar el silbido infernal de las bombas, mientras despotricaba por el escaso hilo de agua que no le permitía terminar de ducharse.

"Parecía una película: iba corriendo desnudo a toda velocidad debajo de las bombas, y nos pasó a todos porque él estaba mucho más liviano. *"iYour brother, your brotheri"*, gritaban los palestinos levantando un índice al cielo, no bien los aviones emprendían la retirada. Querían decir que muchos de los aviadores del ejército israelí eran judíos argentinos que habían hecho la conscripción allí, y eran muy a preciados como pilotos", me explica Fito, que a veces tiene la vaga sensación de haber soñado lo que me cuenta.

Tampoco fue un sueño la llegada de la plana mayor de la conducción montonera a la base de entrenamiento. Los expedientes de la inteligencia militar argentina abundan sobre esa visita.

En 1979 se encuentran los tres grupos de Tropas Especiales de Infantería, que operan luego en Argentina, realizando entrenamiento militar. Uno de ellos en Siria y dos en el Líbano. El primero a cargo del coronel Abu Yibad, palestino del Ejército Jordano. El segundo en Damoury el tercero en Saharani. En mayo del 79 viajan al Líbano F1RMEN1CH, YAGER y FERNANDO VACA NARVAJA. Ingresan por Damasco, se entrevistan con Abu Yibad y se intenta una entrevista con Yasser Arafat, que no les es concedida debido al enfriamiento de relaciones por unas declaraciones de MEND1ZÁBAL formuladas anteriormente. Visitan las bases de entrenamiento, y en esa ocasión realizan demostraciones y reuniones políticas. YAGER se queda una semana mas en Líbano en contacto con dichas bases.

No mencionan al padre Jorge Adur, que dio una misa para los reclutados, ni a Mario Montoto, que como siempre se ocupaba de la integridad de la Comandancia.

"Raúl Clemente Yaguer era el jefe militar de la Contraofensiva, y fue con el único que tuvimos bastante contacto".

Dicen que el número tres de la conducción se caracterizaba por lo meticoloso,

por tratar siempre de medir los efectos de las cosas. Para Fito, parecía un pastor protestante: "Así como Firmenich tenía algo más de Perón porque se hacía el campechano, Yaguer era un tipo distante, frío, muy estricto, con pinta de gringoduro"

En alguna de las reuniones mantenidas con Yaguer, uno de los pocos integrantes del grupo que tenía experiencia militar previa confesó que no había vuelto a encontrar la paz después de haber participado en la ejecución de un hombre. Las pesadillas le recordaban todas las noches que era un asesino.

Fito se apresuró a dar su opinión, haciendo caso omiso de la presencia del jefe.

– Si yo me sintiese un asesino, desde luego no iría a la Argentina.

Yaguer mientras tanto evaluaba su respuesta.

– Para una fuerza política revolucionaria que lucha por tomar el poder mediante la insurrección armada y aniquilar para siempre a las clases dominantes, no existe ningún límite en el costo que se debe pagar por la liberación – palabras más, palabras menos, se expidió Yaguer, un convencido de la necesidad de imprimir carácter netamente montonero a la resistencia, frente al peligro de su desaparición histórica como vanguardia política.

Tampoco el asado que compartieron con la conducción, rigurosamente trajeada con el uniforme montonero, dio como para que "se enteraran de quiénes éramos nosotros"

"Era como cuando vienen los generales a charlar con los soldados. Me acuerdo de que nos sacaron fotos cuadrándonos, vestidos con ropa de fajina"

En ese momento tampoco se privaron de hacer bromas de humor negro ante la posibilidad de "quedar escraehados".

– ¿Qué hacemos dejándonos fotografiar?

– Bueno, che, son para la Comandancia...

Cuando tuvieron esas fotos, que Fito no ha conservado, la arboleda que aparecía de fondo ya no estaba más: había desaparecido después del último bombardeo.

El objetivo de la visita terminó de cumplirse con la exhibición de un equipamiento a una comisaría, bajo la mirada atenta de los superiores.

Antes o después, Firmenich tuvo una charla con Osvaldo Olmedo, Miguel Ito,

el responsable del grupo, ratificando que el aniquilamiento militar del equipo económico sería la primera gran batalla de la Contraofensiva, por ser el punto de articulación de las fuerzas de la dictadura. "Si nosotros los golpeamos, los dividimos", parece que dijo el número uno, sin que se alzara ninguna voz para contradecirlo. Casi como un ingeniero, explicó que para derribar un puente era necesario colocar los explosivos en el punto de inflexión, y en una rápida voltereta dialéctica concluyó: "Si golpeamos ahí, la dictadura también caerá abatida"

Tras la partida de los jefes, siguieron con la inestable rutina: "Los palestinos preferían que no nos mostráramos mucho: un grupo de argentinos circulando en ese país... éramos como la mosca en la leche. Una vez fuimos a Beirut para sacarnos las fotos para el pasaporte. Nos cruzábamos con contingentes de *jeeps* cargados de Cascos Azules suecos, noruegos, franceses. Era un territorio ocupado por varios ejércitos: el libanés, el sirio, el del sur del Líbano y las milicias armadas. Nos iban parando en cada retén para identificarnos"

Respecto al trabajo de inteligencia que pudo haber realizado el Mossad o "la Academia", como suelen llamar al servicio de espionaje israelí, para identificarlos, Fito admite que alguna vez lo pensaron, "pero confiábamos en que cuando saliéramos de allí, íbamos a cambiar de pasaporte para ingresar al país"

Cuando Fito estaba por abandonar el Líbano, pocos días antes Alcides se llevó a Ricardo a una base cercana en la que se preparaba a otro comando, donde supuestamente faltaba gente. "Junto con él se fueron el sargento Momoy, el sargento Ana, dos chicos de capital, que creo que están vivos".

Fito es otro de los que no puede disimular su animosidad hacia Alcides, y para fundamentarla rescata un suceso ocurrido después de la separación de Ricardo.

"En esos días cayó sobre Damour el peor bombardeo que sufrimos. Duró cuarenta y cinco minutos, y en un momento tiraron sobre la casa donde nosotros estábamos. Entonces levantamos el campamento y nos fuimos a dormir bajo los naranjales, a la playa. Nos llevamos hasta la bandera que se izaba cada mañana. Al día siguiente llega Alcides, y no nos encuentra. Tampoco a la casa, que ahora era un cráter. Pero a Olmedo, nuestro jefe, lo maltrató por haber abandonado el territorio".

Él maneja como hipótesis que Alcides lo tenía entre ojos, por ser el hermano de un revolucionario de la talla de Carlos Olmedo, y "no se lo iba a llevar de arriba". Tanto, que poco después y ya en Buenos Aires, terminaría degradándolo.

Fito y mi hermano sólo volvieron a verse una vez más, cuando Ricardo regresó por un día a Damour para recibir un curso de enfermería. Munido de sus anteojos, que por entonces llevaba atados con un elástico para no perderlos, no terminó de verse sin embargo cómo un palestino mataba un perro para practicar sobre él los

primeros auxilios. Antes se cayó redondo al piso, y tuvo que quedarse a dormir para recuperarse de la impresión recibida.

A partir de ahí sus vidas se bifurcan. Mi hermano pasa a integrar el grupo liderado por Alberto, aquel cuyo rostro perdió Roberto Perdí, entre los avatares de su vida. Fito, por su parte, viaja de Beirut a París, y sobre territorio francés pone a prueba los conocimientos adquiridos sobre maniobras de antiseguimiento:

"Cuando voy en tren de París a Lille, en el norte de Francia, me registro en el hotel con un primer pasaporte. Cuando vuelvo a París y viajo a Brasil, soy otra persona, y finalmente entro a territorio argentino con un nuevo documento"

Fito reconoce que le sirvió para desalentara posibles seguidores. "Todos entramos a un país sin inconvenientes".

Él llega a la Argentina el 20 de junio de 1979, como para sumarse a los festejos por la fiesta patria.

"A mi me proponen ir al Líbano casi a mediados del 80, cuando yo todavía no tenía información del desastre. Tenía que ir a dar una discusión y recibir entrenamiento. Sin embargo, no llego a viajar porque en la discusión previa me persuado de que el plan político es equivocado, y digo que en esas condiciones no me sumo al proyecto", reconoce Eduardo Gluj tantos años después.

"Después del repliegue estaba contemplado sacar dos compañeros de los grupos a fin de entrenar más gente en el exterior, ya que se evaluaba que ante los éxitos de las TEL, mucha gente iba a querer engancharse. Si bien el éxito no fue tal, suele suceder que las cosas en el exterior se evalúan a conveniencia, ya que el no tener contacto con la realidad favorece esta situación. Es probable entonces que exista esa gente con ganas de engancharse", casi ironiza el funesto documento.

"El sacrificio, aunque implicara tu vida, era en nombre de los compañeros caídos. Pero ellos no te llevaban a una inmolación", deja constancia Eduardo de las diferencias que lo alejaron del proyecto, cuando se convenció de que no quería suicidarse.

Fito también apostó la vida, y se da el lujo de contarlo:

"A los dos meses deserté. No llegué a operar. Volví a Madrid por mi cuenta. Me quería matar todos los días. Salía a la calle y decía "me van a agarrar, ¿cómo me mato antes?". No estaba dispuesto a pasar otra vez por el secuestro. Paré porque íbamos a la muerte, jugados en una ciudad enemiga".

A un año del Mundial 78, en medio del Juvenil de Japón, y jugando Dieguito

Maradona, "este país estaba en fiesta futbolera".

"Por primera vez me sentí un terrorista, alguien que venía a producir hechos de terror para demostrar que todavía estábamos, que veníamos a apoyar, pero sin ninguna trascendencia política, y además aislados totalmente. Era como llegara arruinarles la fiesta" Fito estaba encargado de buscar una casa para alojar al grupo, con garaje, en algún barrio de casas bajas de la zona norte de Buenos Aires. "Con la indexación, era muy complicado alquilar. Había que pagar por adelantado" Y además convencer a la inmobiliaria de que era un fotógrafo de Tandil que estaba buscando una casa para instalar su estudio en Buenos Aires.

Mientras recorría infructuosamente el territorio delimitado en un mapa que había cuadriculado, Fito cantaba en voz baja el emblemático tango "Garufa" al "vesre", que le había enseñado mi hermano en el Líbano, que a su vez había aprendido de Zuker, y le servía para sentirse menos solo frente al miedo.

Estaba alojado en un hotel de Palermo, donde le tocó vivir uno de los momentos más dramáticos.

"Ya habían desaparecido los dos compañeros que habían entrado conmigo. Lilita era misionera, pero igual la hicieron entrar por Posadas. Mientras íbamos a la estación, la reconoció un taxista. La tuve encerrada en el baño hasta que llegó el ómnibus", recuerda Fito que en ese momento deseó que lo tragara la tierra, por un error que atribuye directamente "a descontrol, a falta de pericia" Un mes después, ya en Buenos Aires, "cuando llamé a su hotel, el dueño me dijo que había venido la policía, y que se había llevado todas sus pertenencias".

Al día siguiente, el ex cocinero en París no llegó nunca a la cita. Por eso, cuando esa noche Fito escuchó que golpeaban la puerta de la habitación, mientras tenía el mapa desplegado sobre las rodillas, para tratar de ubicar la casa y las comisarias aledañas, el miedo dejó desarmado.

– Policía Federal.

Lo primero que pensó fue en suicidarse, pero "no tenía ni armas ni la pastilla", Cuando por fin abrió, se encontró al conserje y dos policías con el libro de registro.

– Documentos, por favor... – le pidieron, antes de preguntarle sobre la fecha de ingreso. Por un momento pensé que me preguntaban cuándo había entrado al país, pero me contuve, y les dije lo que esperaban.

– Buenos noches, disculpe la molestia – dijeron antes de retirarse.

"En el transcurso de esa semana decidí irme. Siento que estamos cayendo

como moscas, y se me hacen patentes todas las dudas que tenía respecto a la situación política. Tuve la evidencia de que íbamos a morir todos sin que nuestro accionar tuviera ninguna incidencia".

En esos dos meses terribles, Fito no llegó a enterarse de cuál sería el objetivo militar de su grupo, aunque "por deducción, cuando vuelvo a Madrid, me entero de que era Juan Alemann".

Efectivamente, el 7 de noviembre de 1979 se produjo la operación contra el entonces Secretario de Hacienda, que salió tan indemne como para poder puntualizar ante diferentes medios de prensa: "El atentado forma parte de la subversión que sigue, y está atacando al equipo económico en un momento en que presiente que estamos en la víspera del éxito, y que entonces ellos serán vencidos en todos los terrenos", recuadraban los diarios de la fecha. A su lado, el ministro de Economía, Alfredo Martínez de Hoz, apeló a su fervor cristiano: "Dios en su misericordia nos ha salvado a dos miembros del equipo económico de un atentado inhumano y cruel, y creo que realmente ha sido un milagro que el doctor Alemann haya podido salvar su vida".

El protagonista del otro milagro, Guillermo Klein, era en ese momento secretario de Estado para la Coordinación y la Programación Económica, y sobre todo se había convertido en la mano derecha del ministro. Tan incondicional, que más de una vez lo acompañó en uno de esos safaris por el África, que le hacían tanta ilusión a su jefe. Así solían aparecer en las páginas dedicadas al *jet set* con pantalones cortos, casco, y algún trofeo de la cacería, casi siempre en manos del hombre de orejas de elefante. Y hasta circula la versión de que esas fotos sirvieron para individualizar a Klein, cuando una de las integrantes del comando que atentaría contra él fue aún una peluquera y lo vio en una revista. Como le dio vergüenza arrancar la foto, tuvieron que ir al Parque Rivadavia a buscar entre los números viejos, hasta que consiguieron dar con ella.

La que no quería saber nada con andar corriendo peligros era Pamela, la esotérica ex esposa de Klein, a quien algunos adjudican facultades parasicológicas.

Algo de eso debe haber habido aquel jueves de septiembre de 1979 a las siete y media de la mañana. Cuando la casa de dos plantas del funcionario se desmoronó por una fuerte carga de explosivos, prodigiosamente toda la familia salvó la vida. Trepado sobre los escombros, Martínez de Hoz aplaudía el exitoso rescate, acompañado nada menos que por el actual consuegro de la reina Beatriz de Holanda y padre de la futura soberana, Jorge Zorreguieta. No puedo dejar de pensar que este chisme hubiera hecho las delicias de mi tía María Luisa, la mayor de las Lopetegui, que seguía con tanta fruición los avatares de la realeza. Cuando Máxima Zorreguieta se unió al rubio príncipe consorte, hacía ya varios años que mi tía, "la más seria y

leída de las chicas", había muerto en Temperley, como la abuela.

Después del operativo contra Klein, el ministro de Economía se despachó con una frase de reminiscencias bíblicas: "Esta gente es como la serpiente; cuando se la cree ya acabada, vuelve a levantar la cabeza". Lo que aún ignoraba es que pronto iba a convertirse en otra prueba viviente de que existen los milagros. Cuando se produce la tercera y última operación contra el empresario Francisco Soidati, presidente del Banco de Crédito Argentino hasta ese día 13 de noviembre de 1979, en el céntrico cruce de Arenales con Cerrito, se había ideado un plan para ejecutar casi simultáneamente al máximo responsable del equi ipo económico.

"Se había visto ya que Martínez de Hoz llegaba al escenario de los hechos a los quince minutos para dar presencia. Entonces armaron una carpeta donde habían puesto un explosivo plástico con imanes, y lo iban a colocar debajo del auto de Soldati", me cuenta una de mis fuentes el desastroso episodio.

"Una compañera era la encargada de llevar esa carpeta de ingeniería muy sensible que tenía un relojito, calculando la llegada del tipo. Cuando iba a colocarla explotó, y mató a cinco miembros del comando, que quedaron tendidos sobre el asfalto. De 'la explosivera' no quedaron rastros. Sólo se salvaron dos, que estuvieron muchas horas aturcidos por la intensidad del estallido", describe mi informante, Beto, que supo lo que pasó a través de uno de esos sobrevivientes, y luego colaboró codo a codo con el Equipo de Antropología Forense para reconstruir lo sucedido. Se pudo saber además que uno de los cuerpos aún estaba con vida cuando lo llevaron a manos de la Central de Reunión, donde los integrantes del Batallón 601 hacían su trabajo de inteligencia sobre la base de la información arrancada bajo tormento, en el séptimo piso del edificio de Callao y Viamonte.

Los que seguro no salvaron su vida fueron algunos de los que participaron del ataque contra Alemann, quien tuvo oportunidad de conocerlos poco después, cuando estaban con los pies engrillados y encapuchados, en una de sus periódicas visitas a la ESMA.

Se trataba de Orlando Antonio Ruiz y su esposa, Silvia Beatriz Daneri. Ambos estuvieron con mi hermano en la casa de Villalba, y se reencontraron en el Líbano. Por supuesto, están desaparecidos.

Muy lejos de los hechos, la traicionera fuerza del destino había llevado mis inciertos pasos hacia la calle del Calvario, una prueba para mi espíritu fatalista, reacio a aceptar que las casualidades existen. Allí estaba la modesta pensión de Torremolinos, capital de la Costa del Sol, donde había llegado para vender hebillitas, pendientes o "collaritos" a la ávida clientela turística. Antes o después de mi, fue cayendo al mismo lugar una nutrida y variopinta representación del exilio argentino.

Betty y Dani, los íntimos amigos de Pato y Marta; Mabel, cuyo padre, militar, estaba preso por no haber entregado a su hija, y su marido, el Indio, tan brillante para realzar los efectos del hachís, usando una pipa de agua marroquí, llena de whisky. Todos queríamos beber hasta las heces la copa del olvido.

Llorábamos, y las carcajadas llenaban la noche y el mustio jardín al que daban todos los cuartos, uno de ellos ocupado por Héctor, un rosarino que terminó convirtiéndose en mi marido y padre de mi hija. Otro, por su reciente amigo, al que llamábamos Ganimedes, porque porfiaba que de allí había llegado. Es cierto que los dos parecían de otro planeta, casi ignorantes del infierno implementado por la dictadura, aunque vinieran de Rosario y Mar del Plata respectivamente.

También cayó por ahí Willy Villalobos con Silvia Slepoy, su mujer, felizmente embarazada pese a los esfuerzos invertidos por la organización para separarlos. Willy, que al final no se había animado, llegó "a vender en la costa" arrastrando la culpa. Poco y nada se daba con nuestra cofradía, ahora agrandada con la presencia invalorable de Laura, la cordobesa de quien ya hablé y con quien compartí a partir de esos días muchos de los mejores y peores momentos de mi vida.

Una mañana, nuestras puertas aparecieron marcadas con cruces de sal, un exorcismo que algunos, aún en la actualidad, atribuyen a Willy, hartado de nuestras bacanales nocturnas. Sea como sea, cuando Willy llegó de Madrid, traía una carta que mi hermano me había enviado desde Buenos Aires.

Querida hermana: tu dirección la he conseguido por medio de Hugo, ya que después de mucho tiempo me decidí a pasar por su casa. Nora no estaba, pero estuve charlando un ratito con él, que tuvo bastante susto, y dudó en abrirme. Esto es lógico, no me molestó para nada.

Me contó que les habías escrito de tu estadía en Torremolinos, de tus ganas de volver.

Hacía mucho tiempo que no tenía noticias tuyas, por lo tanto eso me emocionó mucho.

Yo ando tirando. Es muy difícil vivir sin ver a nadie. Incluso esta visita la hice de sotamanga, y mi único consuelo es ir a ver a mamá, cosa que también hago por izquierda, todas las semanas, y más de una vez cuando puedo. Le llevo flores en nombre mío y tuyo, hablo con ella. Incluso cuando se cumplieron dos años, saqué un aviso que salió el 5 de julio, y decía "Con amor, sus hijos Ricardo y Cristina". También estoy pensando, y depende del dinero, en hacerle algo así como una plaqueta que diga:

"Tu ejemplo nos ilumina y nos da fuerzas para seguir adelante".

Entonces, como te dije, estoy muy necesitado de afecto. Hace más de dos meses que no tengo noticias de Marta y de la nena. Nuestra lejanía y la incomunicación, la imposibilidad de ver a la gente querida, todo eso, y que en general las cosas no andan muy bien, me rayan bastante, pero trato de seguir para adelante.

Te repito que salvo esta visita que acabo de hacer, y que te pido no comentes absolutamente con nadie, no me comuniqué con ninguna otra persona. A papá lo llamé para escucharlo, pero me atendió una voz totalmente desconocida. Entonces me animé a preguntarle por él, y ahí me enteré que se había mudado, cosa que espero vos sepas. De vez en cuando lo veo por la tele, con Calabró, con Olmedo, nada trascendente.

Cris, quiero que usemos a Hugo y a Nora para que me hagas llegar noticias (cómo estás, direcciones para escribirte). No mandes carta, sino un parrafito para mí. Por diversas razones recién dentro de cuarenta y cinco días o más, me podré comunicar con ellos, o sea que mi próxima carta la enviaré dentro de dos meses.

Cris, yo estoy acá, ubicándome, analizando las cosas y tratando de convencerme de que no me apresuré en esta decisión. Por ahora, y valga como moraleja, me resulta muy difícil. En otros aspectos sin duda estoy viviendo experiencias riquísimas que esperamos que me sirvan en toda su valoración y para siempre.

De la ciudad no te puedo contar mucho ya que casi no salgo, salvo por necesidad o alguna de mis escapadas. Lo que sí, todo está carísimo, inmensamente caro. Además, la ciudad tiene valor en relación con la gente con que uno la vive, la comparte, y yo la estoy sobreviviendo en una soledad bastante dura.

Como verás, estoy medio depre, no sabes cómo necesito a los que quiero, a vos también, y cómo no a vos, que a pesar de las peleas, del dolor, nos unen muchas más cosas de las que nos separan, cosas trascendentales, como las ganas de que juntos los llevemos flores a mamá, que espero no sea dentro de mucho.

Tal vez te sirva para saber lo mucho te quiero, como decirte, tal vez como premonición, que si en una de esas, esa gran amiga mía que es la vida me juega una mala pasada, una de las imágenes que quedará conmigo para siempre será la tuya.

Me voy a ir despidiendo con todo mi cariño, con mucho amor de hermano que te quiere y te tiene permanentemente presente. Estoy ahora en la sucursal de correo de Chacarita, después de despachar ésta voy a ver a mamá, ya que por un tiempo no podré hacerlo.

Por favor, mantenén silencio el contenido de esta carta, y tratemos a pesar de las vicisitudes de mantenernos más unidos que nunca, yo por lo menos lo necesito

muchísimo.

Un beso enorme

RICARDO

Pese a mis denodados esfuerzos por olvidar a cualquier precio los riesgos enormes que la vida de mi hermano corría en Buenos Aires, su carta logró que el miedo y el agobio de la soledad me atravesaran otra vez el corazón.

Ahí comenzó el romance con Héctor, el rosarino que había conseguido no enterarse de las tropelías que en su ciudad venía ejecutando el general Leopoldo Fortunato Galtieri, a cargo del Segundo Cuerpo del Ejército.

Mientras soplaba el terral, ese viento ardiente que vuela desde África hacia las costas de Andalucía, la pasión aligeraba la cruz de miangustia:

Eres mi vida y mi muerte, te lo juro, compañero, no debía de quererte, no debía de quererte, y sin embargo te quiero.

La voz de Miguel de Molina volvía de la infancia para recordarme que la pasión suele ser mala compañía, pero decidí no escuchar a mis ancestros. Cuando volví a Madrid, al finalizar la narcotizada temporada veraniega, Héctor siguió mis pasos de mujer desesperada por encontrar un ancla para su vida.

También las penas de amor perseguían a Ricardo en Buenos Aires, y aquel antiguo miedo a estar solo que lo atormentaba desde tan chiquito. Tal vez faltaba poco ya para su anhelado reencuentro con Marta:

Como no acordarme de vos bajo la luz de esta veía, sobre la inmensa soledad que siento, en tre los miedos que me embargan, jun toa mi amorque crece, si sos la imagen de mi vida, el sinónimo de mi madurez, el significado de mis concreciones.

Cómo no recordarte,

cómo no masturbarme,

imaginando tus besos,

tus caricias, tus brazos

que me atrapan y hacemos el amor...

Hacemos el amor.

Como no recordarte

Si te quiero desde lo más hondo de mi vida,

Casi hasta la muerte, sí,

Seguramente hasta la muerte.

At regresar de Torremolinos, tras una azarosa pero inolvidable estadía en Tánger, Héctor y yo llegamos a Madrid dispuestos a iniciar una convivencia. Poco después alquilábamos un departamento en una zona periférica que, por otro infeliz azar del destino, se llamaba Cuatro Vientos. Desde el séptimo piso, en la autopista M30, los coches parecían de juguete, cuando yo atisbaba durante horas su llegada, en el prehistórico SIMCA1000 que habíamos comprado con el producto de mis ventas.

Instalada en el ojo del vendaval, los afilados vientos del otoño no me daban tregua. A los pocos días de llegar del sur, fui convocada por Jaime Dri, el Pelado, uno de los pocos que logró huir de las garras del Grupo de Tareas de la ESMA. Lo más lejos posible del enemigo, la cita fue en la Confitería California, sobre la elegante calle de Goya, en el barrio de Salamanca.

Mentiría si reprodujera con exactitud lo hablado. Según Dri, se había perdido todo contacto con mi hermano, y por consiguiente la organización lo consideraba desaparecido. Su interés radicaba en saber si podía haber hecho contacto con alguien que yo conociera en Buenos Aires.

Con las pocas fuerzas que me quedaban después de la noticia, me abalancé sobre la primera cabina telefónica para llamar a Nora y Hugo, los amigos que Ricardo mencionaba en su carta.

"Ayer pasó a despedirse", no terminó de consolarme Hugo, aunque todavía había esperanzas de que lograra salvarse. Después realicé los rigurosos pasos convenidos para volver a encontrarme con Dri, a quien pareció tranquilizar mi escueta respuesta.

"Los otros TE1 debían tener planificada una segunda operación que puede haberse complicado al aumentar la custodia del equipo económico. Seguramente decidan pasar a la maniobra siguiente de repliegue a fin de no arriesgar más gente en una operación imposible", gráfica el documento, sin abundar en detalles sobre la dura situación que debían estar atravesando, mientras aguardaban con ansiedad la orden para abandonar el suelo argentino.

Pocos días después, Zuker me anunciaba en una lacónica charla telefónica desde Buenos Aires que en una semana llegaría a Madrid, "sólo por veinticuatro

horas, para ver a mis hijos"

Cuando le dije que Ricardo, Marta y Ana Victoria estaban en algún lugar de España, y que haría los mayores esfuerzos por localizarlos, me contestó en forma tajante: "Espero encontrarlos a todos en el aeropuerto"

Demasiado para el cuerpo, como dicen por aquellas tierras.

Durante los días siguientes mi cabeza se empeñó en interminables retahilas, tratando de encontrar algún argumento plausible para justificar la ausencia de Ricardo. Me intrigaba este viaje relámpago de Zuker, en medio de una temporada teatral. En ese momento protagonizaba una pieza dirigida por Emilio Alfaro, que sin afán de asociaciones fáciles, se llamaba *Papá*. Más allá de su deseo de vernos, tenía que existir una razón de mayor calibre para volar tan lejos, sólo por veinticuatro horas, y presentía que esa razón estaba directamente vinculada con Ricardo.

El jueves, mientras seguía dándole vueltas al asunto en la soledad de ese departamento de la calle Fray José de Cerceidiña, en Cuatro Vientos, el timbre del teléfono me arrancó de mis cavilaciones: "Cris, estoy en la Plaza de la Ópera. En media hora estamos en tu casa"

Es en esas ocasiones cuando una se siente capaz de creer en los milagros: la voz de mi hermano me devolvió el alma al cuerpo, mientras el viento, como por arte de magia, parecía dejar de rugir contra los ventanales.

Llegaron los tres.

– ¡Tía Cristina! – estalló Ana Victoria, mientras la alzaba, y nos llenábamos de besos.

Después de abrazarnos durante un largo rato, les presenté a Héctor, que observaba bastante confundido la vehemente escena del reencuentro familiar, desde un discreto segundo plano.

Cuando les anuncié que Zuker llegaba en cuatro días, y para estar uno solo, una sombra de preocupación pareció cernirse sobre todos nosotros. Ricardo fue expeditivo: "Ante cualquier pregunta, acabamos de llegar de Bilbao".

Después pidió permiso para ir a acostarse al cuarto pequeño que yo ya había empezado, quizás demasiado prematuramente, a soñar para un hijo. Alegó sentirse enfermo, un recurso que Héctor hizo propio a los diez minutos, y que me pareció en ambos casos una forma de sacar el cuerpo ante la inminente llegada de la autoridad paterna.

Marta, cuya voz había adquirido un desconocido matiz levemente autoritario, sugirió que lo más práctico era confiarlos ambos en el que hasta ese día había sido nuestro dormitorio. Acepté sin chistar, pese a saber por experiencia del acendrado costado hipocondríaco de casi todos los varones: tener a dos que recién se conocían metidos en la misma cama podía convertirse en una pesadilla. Ninguno de ellos volvió a levantarse hasta que Zuker abandonó suelo español.

Para avalar su condición de enfermo, me acompañó al aeropuerto de Barajas Eduardo Gluj, en el doble rol de amigo y médico. Antes de salir, mantuvo una larga charla con mi hermano, matizada por ráfagas de detonaciones que parecían llegar de la cercana Base de Aviación de Cuatro Vientos. Ricardo se mostraba reanimado, mientras le explicaba a Eduardo de qué tipo de armamento provenían, aunque a lo mejor era un pretexto para no hablar de otras cosas en mi presencia.

No fue fácil ubicar a Zuker entre la avalancha de argentinos dispuestos a cerrar sus ojos y sus oídos, en la vergonzante cruzada del "demedoso" con que la dictadura sobornó a miles de conciudadanos.

Sólo por un instante sus ojos se cruzaron con los míos, para luego perderse buscando la larga y flaca figura de mi hermano. No bien me refugié en sus brazos, Eduardo intervino con presteza para contar de la persistente gripe que le había impedido a Ricardo cumplir con el deber de venir a buscarlo, y que por supuesto Marta se había tenido que quedar a cuidarlo.

Zuker no ensayó un solo chiste durante el viaje que se hizo eterno, hasta llegara los arrabales de Madrid donde quedaba mi departamento. Por el contrario, se lo veía serio, con la misma cara que ponía cuando le tocaba mostrarse preocupado. En esos casos, sus rasgos adquirían el mismo ángulo filoso del rostro de su madre, siempre perdida en ancestrales recuerdos de la muerte. Mi inquietud iba en franco aumento.

Como siempre, Ana Victoria se ocupó de romper el hielo, cuando se puso a festejar la llegada de "el abuelito", aleccionada por su mamá, que recién acababa de conocer a su suegro. Todavía con el pequeño bolso de viaje en la mano, Zuker se fue derecho al dormitorio para comprobar que, en efecto, ahí se encontraba postrado su hijo, tan flaco que creo que le costó reconocerlo. Yo preferí no ser espectadora del reencuentro, pero pude descubrir después en los ojos de ambos las rojas huellas del llanto.

Ricardo abandonó sólo por un rato el lecho para trasladarse al living, cuando Zuker expresó su deseo de hablar cuanto antes a solas con sus hijos. Veinte años después me reprocharía que la presencia de Héctor le hubiera resultado poco grata.

"Me impusiste la presencia de un hombre que estaba viviendo con vos, y yo no sabía nada", me gritó justo a mí, que tuve el gusto de conocerla cada una de las

mujeres con las que compartió el tálamo a lo largo de los años. Mi tardía defensa consistió en aclararle que 'estás hablando del que fue mi marido y padre de mi hija', pero es cierto que aquel lunes de fines de noviembre de 1979, en que estuvimos por última vez los tres juntos, ni siquiera evalué el tema de mi pareja "de hecho", atormentada por asuntos más concretos.

Antes de la llegada de Zuker, durante esos días que mediaron entre el jueves de su reaparición y el lunes siguiente, decidí no hacerle demasiadas preguntas a mi hermano sobre su paso por Buenos Aires, por respeto a su convalecencia, aunque sí me animé a inquirir acerca de sus planes inmediatos.

"Tenemos un mes de vacaciones, y después la Jefatura decidirá si volvemos al país y cuándo lo hacemos", creo que fueron sus casi textuales palabras, y de mí boca no debió haber salido ningún comentario. A pesar de haber heredado de mamá el afán por saberlo todo, aunque duela, en este caso resolví desoír el fuerte mandato materno.

"Con respecto a la próxima línea de acción de las TEI (Tropas Especiales de Infantería), ésta dependerá de lo que se decida en reunión de Consejo, pero seguramente seguirá siendo como es doctrina de las TEI: golpear sobre el centro de gravedad del enemigo", evaluaban los verdugos, exacerbados ante la inminente cacería.

También a mí me torturaba la convicción de que, si volvían otra vez al país, serían pasto de las fieras que sin duda estarían esperándolos. Dudaba en avalar una mentira frente a Zuker, cuando la verdad podía llegar a salvarlos; pero tampoco podía jurar que la inflexibilidad paterna fuera suficiente para detenerlos, teniendo en cuenta la férrea decisión que tanto Ricardo como Marta mostraban de seguir adelante con los objetivos, incluso antes de conocerlos.

Estábamos sentados alrededor de la mesa del comedor, y todos tratábamos de esquivar la mirada, cuando Zuker nos planteó con extrema gravedad que Marta y Ricardo habían sido vistos por un primo de ella en una panadería de Vicente López hacía dos semanas, y que los Libenson lo habían llamado inmediatamente para transmitírselo.

Tara viajar hasta Madrid he tenido que pedir permiso para faltar a una función en el teatro, y sólo quiero que me digan si es cierto", y apretó sus manos grandes sobre la mesa, esperando.

Tras un silencio que podía cortarse con un cuchillo, Ricardo apeló a todo su bagaje genético para actuar la respuesta.

– Papá, ¿cómo voy a estar en Buenos Aires y no te voy a llamar por teléfono? – atacó, sin confesar las veces en que se había muerto de ganas de hacerlo.

Zuker lo miró, tal vez defraudado, y después escrutó a Marta, que hasta ese momento se había mostrado muy circunspecta, una veta de seguro poco explotada a lo largo de su joven existencia. Se limitaba a sacudir la enrulada melena, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando, aunque al final argumentó:

– Me cuesta entender por qué razón mi primo habrá inventado una mentira tan absurda – rechazó con firmeza, y enfrentó a Zuker con sus ojos verdes, que parecían llamear de indignación verdadera.

Yo participaba de la escena en silencio, sin estar muy segura todavía de lo que iba a decir. Sentía que me dolía hasta la cara, de tanto disimular lo que me pasaba por dentro. Fue cuando Zuker se dirigió a mí, implicándome en forma directa:

– Cristina, ¿vos qué tenés que decir al respecto? – Y yo, que lo conocía como nadie, me di cuenta de que esperaba anhelante mis palabras, sabiendo que toda la vida me costó callar el tropel de mis sentimientos.

– Papá, para mí durante este tiempo ellos estuvieron vendiendo en el norte de España. – Y también él se dio cuenta de que no le pude sostenerla mirada, mientras mi hermanoy Marta respiraban aliviados.

Todavía hoy, cuando recuerdo ese momento, la culpa me oprime el corazón por no haberle dicho lo que estaba ocurriendo, y lo que podía llegar a ocurrir, acatando la orden de Ricardo, como si mi silencio hubiera contribuido a firmar su sentencia de muerte. También sigo convencida de que Zuker debió ponerse más enérgico con él, contando con tan buen dato. Con mucho menos, él estaba acostumbrado a apostar fuerte, siempre que había carreras en el Hipódromo de Palermo.

Mamá, en su lugar, es probable que hubiera insistido con tenacidad hasta conocer la verdad, como siempre lo había hecho, sin reparar en medios ni en tibiezas. Él no se animó, y tampoco vale la pena hacer mención del resto de las horas que pasó junto a nosotros, tratando de disimular nuestra mentira y su fracaso.

Pocas horas después asistí conmovida a su último abrazo.

Ya repuesto de toda dolencia, en los días subsiguientes Ricardo y Marta se abocaron a cumplir un cúmulo de actividades cuyo tenor yo prefería ignorar, aunque tampoco ellos parecían muy dispuestos a relatarme. Mientras tanto, me dedicaba a mimar a mi sobrina Ana Victoria, preparándole postres y comidas ricas.

Acodada frente a mí en la cocina, no paraba en su continuo parloteo:

– Sabés, tía, tengo un amiguito en Buenos Aires que se llama Martín.

Yo escuchaba atenta, mientras me contaba que se trataba de un vecinito: ella lo llamaba desde el patio de la casa donde vivían, él se asomaba al balcón, y pasaban largos ratos hablando.

– Pero un día mamá no me dejó salir más.

Supe mucho después que ese día Marta estaba cosiendo cartucheras para matar el tiempo, y salió con una de ellas al patio, justo cuando la mamá de Martín estaba mirándola. Aunque nunca supo si llegó a ver de lo que llevaba en la mano, para evitar males mayores le prohibida la Pitocaseguirconsuscharias.

– Sabés, tía – volvía mi sobrina a la carga – , papito Ricardo me llevó a la cancha para ver a Maradona. – Entre tanto yo me retorció pensando en la inconciencia de mi hermano.

– Sabés, tía, también fuimos a visitar a la abuelita Silvia, pero no la pude conocer porque estaba en el cielo. – Y los ojos se me llenaron de lágrimas.

Así iban pasando esos fríos días de diciembre, en una Madrid engalanada y repleta de bombillas por la llegada de las fiestas.

Fito, que había compartido tan tas cosas con Ricardo en la casa de Villalba y en el Líbano, recibió un llamado, en la misma casa donde vivía antes de su frustrada incorporación a la Contraofensiva.

Tato me llama, me dice que salieron todos, y quedamos en vernosen una cafetería en la Gran Vía, que se llamaba Fueneisla".

Para Fito era muy duro presentarse, después de romper un pacto con un compañero al que quería tanto. En ese sentido, ya la Organización fe había tendido una suerte de cerco sanitario por haber desertad o.

“El concepto que tenía ‘la orga’ sobre el quebrado era fuertísimo. Chiqui Falcone y María Claudia Carlotto habían llegado de Suecia, y estaban parando en mí casa de Torre Lodones, antes de volver al país. Un día salí a comprar el diario, y cuando volví ya no estaban. Habían dejado el desayuno servido sobre la mesa. Se ve que los sacaron de las pestañas", recuerda Fito, que se sintió tratado como execrable material contaminado por esa directiva montonera.

“Ya había hecho mi descargo político ante la Organización a través de un documento, pero para mí era más importante explicarle a mis compañeros lo que me había pasado. Había tenido una cita con Manuel, que también había entrado y salido como el Pato. Comprobé que tenía grandes dudas, las mismas que se me fueron presentando a mí en Buenos Aires".

Fito estuvo como dos horas esperándolo en esa cafetería cercana a Plaza España, pero mi hermano nunca llegó a la cita: "Me quedó atragantado porque después, cuando supe lo que pasó, pensé que podría haberlo evitado". Tampoco pudo salvar a Manuel, que pertenecía al grupo de Ricardo, y fue capturado el 17 de marzo de 1980, convirtiéndose en la última presa después de la caída sucesiva del resto de sus compañeros, entre ellos Ricardo, el 29 de febrero de ese mismo año bisiesto.

Hasta el momento de nuestro encuentro, Alberto no era más que un nombre de guerra escrito en esos documentos de inteligencia que los militares también hicieron desaparecer, para no dejar bibliografía sobre la masacre. Sin embargo, muchos de ellos reaparecen para testimoniar el espanto, como prueba de la aterradora burocracia imperante en el reino de la tortura y de la muerte.

Alberto, sin embargo, no figuraba en la larga lista de bajas sufridas entre el 79 y el 80. Él es un sobreviviente, y su nombre encabeza otra nómina, cuyos integrantes pueden contarse con los dedos de una sola mano. Se trata de "las deserciones más significativas de la estructura de las TEI", bajo un título por demás explicativo: "Crisis interna de la BDT (Banda de delincuentes terroristas)".

No resultó fácil hallar a este hombre que se enfrentó al número dos de la Conducción montonera, Roberto Perdía, y a Alcides, su lugarteniente, para expresarles su desacuerdo con la evaluación que ellos hacían sobre el éxito de la Contraofensiva.

Perdía, sin embargo, no había logrado recordarlo. Ni siquiera cuando le di otra oportunidad, llamándolo por teléfono para leerle el párrafo que alude a ese encuentro. Fue inútil, pero su negativa aumentó mi interés por localizar a Alberto. Y que su nombre verdadero fuera Manuel López, como señalaba el informe, daba a la búsqueda un aliento casi mítico. Así se llamaba mi abuelo, el padre de mi madre, que jamás volvió a ver a mi abuela ni a sus hijas. Ellas debieron sepultar su recuerdo, "haciéndose polvo el corazón", como en la casa de Bernarda Alba. Me quiebra pensar que el abuelo fue el primer desaparecido de mi historia, escamoteado por el dolor, el prejuicio o el resentimiento, y aún hoy no puedo reprimir la oleada de ternura y melancolía que su solo nombre me provoca.

Sin embargo, nadie parecía recordarlo como Manuel López. Hubo quien admitió conocerlo, "aunque la última vez que lo vi a Alberto fue hace casi veinte años". Otro me dijo que supo atender un puesto de artesanías en la Feria de Parque Centenario. Con la tenacidad que nunca llegué a poner para ir en busca de mi abuelo, invoqué su nombre con fervor, casi como un sortilegio. Alberto, enterado de que lo estaba buscando, me llamó por teléfono, y acordamos una cita.

Cuando llegué a la Confitería Las Violetas, mi corazón latía ansioso mientras

miraba hacia las mesas buscando a Manuel López, el hombre que me ayudaría a recuperar un tiempo perdido de la vida de mi hermano. Alguien, desde una mesa, agitaba su mano tras reconocerme gracias a la contraseña pactada.

Su presencia se impuso ante mí con la violencia de un guerrero acorralado, como si no hubiera dejado de huir desde aquel día en que se quedó sin razones para seguir luchando, y ya han pasado casi veinticuatro años.

"La única pequeña victoria que tengo sobre ellos es que no saben mi nombre verdadero, porque nunca caí en sus manos", y niega llamarse Manuel López, como figura en el documento mencionado. Derriba así de un plumazo la conmovedora coincidencia que lo convertía en homónimo de mi abuelo masón y poeta, ese fantasma que no llegó a conocer a sus nietos, desaparecido en los confines de la PunadeAtacama.

Por esas cosas de la vida, Alberto es cubano, y llegó a este país en una fecha que se niega a precisar. Tampoco quedó constancia de este hecho en las fichas guardadas en una caja de seguridad en La Habana, porque "la Organización pedía nuestros datos reales, para que cuando se triunfara, se tuviera registro de los que participaron", dice con tristeza, y las arrugas se hunden como surcos en su piel oscura.

El Che debía marcarle el camino, cuando creía con fervor que "en la revolución se triunfa o se muere", antes de abandonar el fragor del combate.

Contemplo su caray en los ojos opacos parece asomar el brillo del llanto después de pronunciar esa heroica frase, como si las figuras del drama siguieran acosando a este soldado prematuramente envejecido, a quien también parece atormentar la culpa de estar vivo. En los últimos años ha perdido veinte kilos: "Estoy muy mal", y me vuelve a golpear su intensa mirada, donde ha quedado la sombra de la muerte.

"El sobreviviente siente que él vivió mientras que otros, la mayoría, murieron. Sabe que no permaneció vivo porque fuera mejor y, en muchos casos, tiende a pensar que precisamente los mejores murieron. En efecto, muchos de sus compañeros de militancia más queridos perdieron la vida. De manera que se siente usurpando una existencia que no le pertenece del todo, que tal vez debía estar viviendo otro, como si él estuviera vivo a cambio de la vida de otro", escribe Pilar Calveiro, que transformó la cicatriz de la supervivencia en un libro imprescindible.

"Toda mi vida fue Montoneros", dice Alberto, con una economía de palabras que vuelve más dramático su alegato, como si él también hubiera muerto en aquel momento en que, inútilmente, trató de salvar la vida de sus compañeros.

Alberto no es un tipo que apela a construcciones intelectuales para explicar que aquellos meses en Buenos Aires fueron los peores que pasó en su vida, cuando la mística se fue resquebrajando: "Uno sentía la muerte rondando, y la gente estaba en otra cosa. Era la época de la plata dulce, del 'deme dos', veías que estaba lleno de cosas importadas. Los milicos controlaban todo, los pobres se iban volviendo cada vez más pobres, las fábricas empezaban a cerrar, pero a nadie le importaba una mierda. Nos habían dicho que las tropas de agitación iban a estar interviniendo los canales de televisión llamando a salir a la calle, y que nosotros íbamos a acompañar los levantamientos populares. Nada de eso sucedió", evoca con amargura inagotable.

Para darle una tregua, le propongo que hablemos de Ricardo: "Yo lo conocí en el Líbano, y a partir de ahí pasé a ser su jefe"

Aunque recién empezó a saber de quién se trataba un domingo, día de descanso para el entrenamiento, cuando se permitían dormir hasta un poco más tarde.

Primero pensó que la nostalgia o el implacable sol del desierto le estaban jugando una mala pasada, al escuchar la voz cascada de Perón alzándose sobre los naranjales, donde estaban asentadas las carpas del precario campamento.

No fue necesario vestirse, porque dormían con la ropa puesta, para poder salir de la carpa no bien se anunciaba un bombardeo. Restregándose los ojos, faltaba que se pellizcara para confirmar que todo formaba parte de un sueño.

"¿Usted me pregunta, doctor, porqué dejó entrar tanta gente de izquierda al movimiento? Para contrarrestar a los de derecha como usted, reproduce Alberto, sin abandonar su rigidez, una de las socarronas frases a que el General nos tenía tan acostumbrados.

Ahí lo descubrió a mi hermano, que había decidido despertar a los compañeros aquella mañana con una de las imitaciones que tenía mejor ensayadas, desde los comienzos de la militancia. Alberto jura que nunca se va a olvidar de esa anécdota.

También recuerda haber leído a Khalil Gibran cuando era chico, y describe "esos caminos arbolados y perfumados llenos de Pueblitos", como el paraíso en la tierra: "Ese país en paz debió ser una belleza". De paso aclara que ellos no tenían cocinera, y que la dieta era muy mediterránea: "Comíamos tomates, aceitunas, queso, sardinas y naranjas"

Después de dejar el Líbano, también tuvo oportunidad de ver a mi hermano "como bola sin manija", cuando en un tren de alta velocidad que atravesaba Francia, se le ocurrió sacar la cabeza por la ventanilla, en alguna de sus bromas: "iba tan rápido que se le volaron los anteojos, y mientras tanto teníamos que llevarlo de la mano"

porque sólo veía bultos, hasta que se mandó a hacer unos nuevos con carácter de urgencia".

Poco después, llegaron todos a Buenos Aires a través de distintos países limítrofes, desafiando las garras del cóndor, "menos Marta, que no hizo el curso en el Líbano", aunque le parece recordar que no tardó demasiado en sumarse a ellos.

Para Ricardo debieron parecer siglos, según registró en otro de sus escritos.

"Cómo pasa el tiempo, ya vamos para cinco meses. No sé para qué hago la cuenta, pero pasaron exactamente 134 días, y cómo necesito de vos, una palabra, una sola vez 'papito' o alguna payasada, alguna risa o tal vez un llanto, llenarme de vos, vivir de vos. Se me cruzó de vuelta, pero no voy a decir morir de vos, y sobre todo que no me olvides".

"Llegamos a fines de junio y nos quedamos hasta noviembre", precisa Alberto, quien, en su condición de jefe del grupo, los visitaba con la frecuencia necesaria para saber cómo iba todo entre sus subordinados. "No salíamos casi nada a la calle porque nos podían engancharse iba a echar a perder todo".

Leían mucho. Ya Fito me había dicho que incluso algunos compañeros iban a leer a las bibliotecas públicas, y se acordaba particularmente de una que quedaba en Belgrano, en La Pampa entre Cabildo y Ciudad de la Paz. Allí iban los compañeros, "para no estar en la calle, exponiéndose a que los desaparecieran".

"Se trataba además de ocupar el tiempo en algo, pero que no se desperdiciara leyendo cualquier cosa. Había una concepción de que se aprovechara lo que leíamos como formación política doctrinaria, y para eso lo mejor eran los libros de historia".

Fito se compró uno del revisionista José María Rosa, y se refugiaba casi todas las tardes en el protector silencio de la biblioteca.

Hoy leí un reportaje a Violeta Chamorro. Su admiración por su compañero y cómo éste allá por el 59 le había dejado una carta a Violeta y a sus hijos, asumiendo su compromiso, su vida, y probablemente su muerte en función de la entrega, como un legado para ellos. Y es tan lindo, tan importante eso. Es un ejemplo como muchos otros. Pero uno tiene miedo, y eso también es un ejemplo. Resumiendo, estoy un poco monotemático, hoy la vida para mí está muy cercana a la muerte, limita, incluso convive conmigo. Y soy sincero, eso no es bueno. No soy un cobarde, por lo menos eso creo. Tal vez lo demuestra que estoy aquí, pero tampoco soy un valiente. Para ser más simple, no aprendí ni quiero aprender lo que es la muerte. Siguiendo con el tema, aprendí sí lo que es la vida. Me gusta recordar, incluso vanagloriarme de mis actos, de mis cosas. No me resigno a no seguir viviendo, a no hacer más cosas que son el significado de mi vida: hacer el amor con vos,

amaT a la nena, pelearme o quererme con mi hermana, asumir a mi viejo y bah, que él también me asuma, soñar con Defensores, analizar el fútbol de todos los días, recordar a mamá, hablar con mamá, soñar con mamá, respirar tal vez para la vieja, y también vivir para luchar. Es simple, quiero vivir, vivir, VÍVIT, vivir...

Así se desnudaba Ricardo en esos papelitos, que me entristecen y me acompañan.

“Vivíamos al filo. En la casa de Puente Saavedra donde estuvo tu hermano hasta que llegó Marta y la nena, Alcides nos ordenó que tapáramos las ventanas con frazadas, porque había un vecino enfrente que no dejaba de observar nuestros movimientos”, vuelve la voz monocorde de Alberto, donde el miedo parece seguir palpitando.

"Sabíamos que existía la ESMA, veíamos los patrulleros, y estábamos seguros de que si nos chupaban, estábamos muertos, pero nos quedábamos porque existía la mística de que lo que hacíamos iba a impedir que se cumplieran los planes económicos que tenían los militares para la Argentina. No éramos mesiánicos: creíamos en el pueblo".

Alberto, a quien el paso del tiempo ha plateado la cabeza, prefiere no hablar del objetivo militar asignado, del que supo sólo quince días antes: "Se puede tomar como una reivindicación, pero para nosotros en ese momento era correcto lo que estábamos haciendo, y el que se desviaba era un quebrado". Tras pronunciar esa palabra, el guerrero vuelva desmoronarse.

“Hablar con vos me ayuda a pensar en cosas que para mí siguen siendo muy valiosas: a veces me duele que nadie se acuerde de por qué peleamos", y trata de explicarme que por aquellos días se sentía como un lobo enjaulado.

“Cuando alquilamos la casa, le dijimos al dueño que éramos del interior, y que teníamos canteras de mármol. Un día que estaba muy aburrido, como me gusta hacer cosas con las manos, me puse a romper el piso del placard para hacer embutes donde guardar las armas, y después saqué a la calle varias bolsas de escombros. Cuando me acuerdo, se me ocurre que el portero o los vecinos, que escuchaban todo, debían pensar que me había vuelto loco"

Todavía estaban en BuenosAirescuando se realizóelatentado contra Francisco Soldati, y todos supieron de las pérdidas sufridas en esas circunstancias.

Al llegar la ansiada orden de repliegue, Alcides apareció con el dinero para los pasajes. A lo largo de esos meses también había sido el encargado de dar a cada uno la asignación mensual, que "tomaba como base el sueldo de un obrero industrial, agregando lo de los viajes"

Cuando Alberto y su mujer llegaron por fin a Madrid, donde se reencontrarían con el resto, ella tenía ya un embarazo de ocho meses. Recién entonces pudo realizar una primera consulta médica, y ahora sí llamar desde una segura cabina telefónica madrileña a la futura abuela, algo que nunca se permitió hacer en Buenos Aires, para comunicarle la inminente llegada de su segundo nieto.

Igual que Ricardo, ellos también tuvieron sus merecidas vacaciones, que pasaron junto con otra pareja del grupo en el sur de España, cerca de Granada. Hablaban casi todo el tiempo de lo que les había tocado sufrir en esos interminables cinco meses.

"Ninguno de nosotros pensaba que nos iban de mandar de vuelta, y todos coincidíamos en que no se habían dado las cosas. Y aunque no lo decíamos en voz alta, sabíamos que el análisis que se había hecho era incorrecto, y que la Contraofensiva había fracasado"

No bien dejaron atrás esa etapa de esparcimiento, Alberto fue convocado a esa documentada reunión con Roberto Perdía y Alcides. Cuando le dieron la orden de volver al país al frente de un grupo, el mundo se levino abajo.

"Yo no podía ir en esa situación. Era una cuestión de fe, y si seguía, podía poner en juego mi vida y la de los compañeros", resume esa ardua pelea individual, hasta que se dio cuenta de que decir que "no" era la única posibilidad de discusión política que le quedaba.

"Para mí, estaba clarísimo que continuar las acciones significaba un error enorme: era evidente que los militares estaban al tanto de todo, y que el pueblo no respondía", y se refugia en el silencio por un rato. Le sigue costando aceptar que animarse a hacer un gesto por salvar la vida, aunque sea la propia, puede ser también un acto de valentía: "Yo me sentía una mierda, tenía la sensación de que había perdido el valor, que era un cobarde".

Cuando vuelve al relato, añade que después de decirle "no voy porque no puedo, porque perdí la fe", Perdía no le aguantó la mirada, y bajó los ojos. "A lo mejor fue una impresión subjetiva", trata de retroceder, cuidadoso de generar suspicacias.

Pero cuando le digo que Perdía no se acuerda ni de él ni de la reunión mantenida, admite que recién ahora ha podido empezar a sentir bronca:

"Yo siempre había seguido mis ideales sin mirara la conducción, sin echar la culpa para arriba. Se puede tener una primera mala evaluación, hasta ahí era una fuerza que estaba siendo derrotada. Lo más importante era el sacrificio de los muchachos, que estaban convencidos de que valía la pena luchar y dar la vida por el bienestar de su pueblo", dice Alberto, siguiendo la implacable lógica de los setenta.

Tras aquella primera reunión, hubo otra más amplia al día siguiente, donde Perdía anunció a los compañeros que estaban frente a "un quebrado" "Eran ocho o diez personas sentadas a una mesa, y se inició una ronda para que cada uno dijera lo que pensaba". Se le rompió la voz y a prieta los ojos, como si estuviera viéndolos, ansiosos por conocer los motivos del encuentro, igual de jóvenes que entonces. Allí estaba Ricardo, y Marta, que cuando yo la conocí no quería saber nada con la organización montonera, fue la primera en hacerle sentir su desprecio.

"Planteó que lo mío era una desviación pequeño-burguesa producto de que mi mujer estaba embarazada, y que para nosotros era más importante el hijo que el proceso revolucionario, que primaba la parte individual antes que lo colectivo del grupo. 'Sos un cagón', no se privó de intervenir otro a los gritos, mientras todas las miradas parecían acusarme por haberlos traicionado".

Admite que "ése fue el momento del bajón definitivo", mientras esperaba que alguno de ellos se animara a decir que estaba de acuerdo con sus apreciaciones, "aunque les hubieran lavado el cerebro" Hasta llegó a pensar que le faltaba la capacidad intelectual para el análisis político que tenían otros, "que a lo mejor, yo sólo podía ver a corto plazo".

"Todos tuvieron la oportunidad de decir que no. Nadie pidió saber más, mientras Perdía presidía el tribunal, semblanteando a los participantes. Tampoco hicieron críticas en contra, cuando era tan evidente que había caído un montón de gente, y que no había pasado nada. Ellos leían el diario como yo, y tenían el mismo sentimiento de miedo, aunque no lo transmitieran. Creo que es importante decir, para poner las cosas en su lugar, que no los obligaron, que para ellos el espíritu de sacrificio fue lo más importante", reivindica Alberto, un combatiente que no pudo salvar la vida de sus soldados. "No había una amenaza de fusilamiento, pero decidieron seguir porque mantenían la mística de seguir luchando".

Cada vez que la palabra "mística" sale de su boca, su voz adquiere un tono atormentado, como si los compañeros siguieran preguntándole por qué no está con ellos.

"Después de la reunión nos sacan de la casa donde estábamos, y no pudimos volver a tener contacto, ni ellos querían tenerlo con nosotros. Pasamos una semana, solos, destrozados. Sentíamos que éramos unos cobardes", dice, y su voz parece salir del largo túnel en que lo encierran los recuerdos.

Su mujer, que antes de negarse a volver fue tentada con un ascenso a subteniente, estaba por parir, y no sabía aún dónde iba a nacer su hijo, que, por esas piruetas del destino, nació en Cuba, como su padre.

No bien llegaron a La Habana, fueron a buscar a su primer hijo de dos años,

que había quedado en la guardería. Ahí se enteraron de que a Gabi, un día en que lo estaban peinando, se le había caído un gran mechón de pelo. El psicólogo que los asistía, Juan Carlos Volnovich, les dijo que se había tratado de "una resolución a su retraimiento"

"Nos dijeron que a partir de ese día empezó a relacionarse con el resto de los chicos"

Corrían los primeros días de febrero, y tuvieron oportunidad de cruzarse con mi sobrina: "la Pitoca, que recién llegaba, y hablaba hasta por los codos"

Cuando meses después se enteró de que todo el grupo había caído, "por lo menos supe que lamentablemente había tenido razón, pero no me dio ningún consuelo" Respecto a la conducción, se apresura a decir que "no los mandaron al muere, sino que se siguió evaluando mal, y eso produjo la caída". Aunque admite que ahora "el desprecio por la vida de los compañeros me pone los pelos de punta".

Alberto sigue hablando, y me explica que antes de abandonar el país, recibieron la orden de dejar las armas en distintos guardamuebles: "Se trataba de armas valiosas, fusiles importados. Pero podrían haber quedado un año guardados. La cuestión es que los milicos habían hecho su trabajo de inteligencia, y los estaban esperando ahí. Una vez que agarraron al primero, ya está...", resume, dando por sentado la debilidad de la propuesta política que los llevaba a la necesidad de jugarse la vida.

"Lástima que haya costado tanto dolor. Si ahora estuvieran vivos, con este tipo de conductas, tal vez hubiera surgido una camada de políticos distinta. Sería otra la realidad, habría treinta mil personas distintas", remata Alberto antes de despedirnos, cuando lo vuelvo a dejar solo con sus propios fantasmas.

El Boletín Interno N° 12 del Comando Montonero, publicado en enero del 80, llegó a mis manos gracias a la afable colaboración del recuperador Roberto Baschetti, que ha hecho del acopio de documentación una tarea militante. Ese informe, producido por la conducción muy poco después que Alberto diera su paso al costado, no parecía compartir su pesimismo.

El desarrollo de la batalla tiene altibajos. Si tenemos como inicio la movilización de familiares por la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, empieza con toda la iniciativa de nuestra parte, se logran los niveles de movilización esperados, y alcanzamos un nivel de presencia política que supera todos los pronósticos. A pesar de que el enemigo intenta responder con una táctica política de contramovilización (aprovechando el triunfo de la selección juvenil de fútbol en Japón), no logra impedir un primer éxito inicial.

A renglón seguido es el enemigo quien golpea, y lo hace brutalmente, la caída de los compañeros Comandante Mendizábal y Capitán Croatto, y del resto de la zona, golpea material y moralmente al conjunto de la fuerza empeñada en la batalla, colocando al borde de la total desarticulación a toda nuestra maniobra. El contragolpe nuestro se produce con buen criterio, buscando ganar en velocidad, recuperando la iniciativa con un golpe en el cual se garantiza el triunfo: el cambio de la orden de operaciones de las Tropas Especiales de Infantería pone a Klein como objetivo inicial.

Con la operación sobre Klein, y como continuidad de ella, se suceden los acontecimientos vertiginosamente.

Se produce el inmediato levantamiento de Menéndez en Córdoba, y pocos días después el triunfo de los trabajadores de Peugeot pone en su más alto nivel la lucha sindical, tanto por levantar la movilización a Plaza de Mayo como forma de lucha, como por ser su triunfo un aliciente a decenas de conflictos sindicales que culminan victoriosos.

Si bien no podemos decir exactamente que una cosa sea consecuencia de la otra, también es cierto que de ninguna manera están desligadas. Lo que demuestra como cierto que golpeando sobre el punto de articulación, el enemigo se fisura.

Desde ese punto de vista las muertes heroicas de Mendizábal y Croatto demuestran frente a las masas que los golpes de las TE1 no son un hecho aislado; tienen la virtud política de demostrar que efectivamente estamos allí conduciendo la Contraofensiva.

Para muchos, el divorcio con la realidad de la conducción montonera hay que rastrearlo atrás en el tiempo, cuando verdaderamente empezó la derrota.

Rodolfo Walsh dejó sentada su posición en documentos que vale la pena rescatar porque constituyen, además de un riguroso ejercicio de literatura anticipatoria, un agudo análisis político y estratégico.

El 13 de diciembre de 1976, con claridad implacable, convirtió su palabra en un arma cargada de verdades. Fue en un documento titulado *Aporte o la discusión del Informe del Consejo*, en un ítem referido a *Nuestra estrategia en el espacio*. Allí señaló que en la práctica se estaba galopando kilómetros delante de la realidad, y que cuando eso ocurre, la vanguardia corre el riesgo de convertirse en patrulla perdida. Contradecía de ese modo el exceso de optimismo de la conducción montonera, que soslayaba – son sus términos la real gravedad de la propia situación militar y omitía datos importantes para la comprensión de ésta como porcentajes de pérdidas, territorios evacuados y otras señales de derrota.

El dolor iba a exacerbar sus disidencias. Tres meses antes le había tocado vivir

la pena más profunda :la muerte de su hija Vicky. En los últimos encuentros con ella ambos se despedían simulando valor, consolándose de la anticipada pérdida. Para entonces, Vicky no podía detenerse ni a llorar a sus compañeros.

"Se había empeñado mucho, más allá de sus fuerzas", explicaba Wafsh en otro texto titulado *Carta a los amigos*. El relato que hace allí será su crónica más amarga: "He visto la escena con sus ojos, la terraza sobre las casas bajas, el cielo amaneciendo y el cerco. El cerco de 150 hombres, los FAL emplazados, el tanque".

Tal vez lo habían hablado muchas veces, porque él sabía que su hija estaba dispuesta a no entregarse con vida. Ninguno de los dos – escribió– ignoraba el destino de quienes tenían la desgracia de caer prisioneros: "El despellejamiento en vida, la mutilación de los miembros, la tortura sin límite en el tiempo y en el método, que procura al mismo tiempo la degradación moral, la delación" Y esa convicción compartida los convertía en hermanos de sangre, además de padre e hija.

En la misma carta cita el testimonio de un soldado que participó del operativo: "El combate duró más de una hora y media. Un hombre y una muchacha tiraban desde arriba, nos llamó la atención porque cada vez que tiraba una ráfaga y nosotros nos zambullíamos, ella se reía. De pronto – dice el soldado– hubo un silencio. La muchacha dejó la metralleta, se asomó de pie sobre el parapeto y abrió los brazos. Dejamos de tirar sin que nadie lo ordenara y pudimos verla bien. Era flaquita, tenía el pelo corto y estaba en camión.

Empezó a hablarnos en voz alta pero muy tranquila. No recuerdo todo lo que dijo. Pero recuerdo la última frase, en realidad no me deja dormir: 'Ustedes no nos matan, nosotros elegimos morir', y se disparó un tiro en la sien" Acababa de cumplir 26 años.

De ahí la severidad del padre, en el documento elevado a la conducción cuando puso en entredicho la línea de ésta, al afirmar que era una barbaridad hablar del fracaso total del plan de gobierno, ya que después de haber cumplido sus objetivos durante 1976, se aprestaba en 1977 a realizar la fase 4, que denominaba sin eufemismos "de exterminio". Walsh advertía que "la situación de las fuerzas populares es de retirada para la clase obrera, derrota para las capas medias y desbande en sectores intelectuales y profesionales", señalando el peligro de borrar con el codo toda la sabiduría política que había tenido esa izquierda peronista, para pasar de ser diez a ser cien mil en los años que van de 1970 a 1974– 75.

El que avisa no es traidor, y el Capitán Delirio, como le decían, insistía con tenacidad en que el enemigo había resuelto en 1976 el aspecto territorial de su guerra y encaraba en 1977 la liquidación del aparato partidario. Además le ponía cifras a la carnicería: no menos de diez bajas propias por cada baja contraria. Y el sufrimiento

por esas pérdidas afilaba sus críticas, cuando llamaba a poner la correcta distancia entre los objetivos lejanos y la dura realidad actual, que no permitía a las masas ni siquiera pensar el poder sino resistir para sobrevivir. Era el mismo Walsh, familiarizado como pocos con ese pueblo que había quedado sin consuelo ni esperanzas tras la muerte del padre, el General, el naufragio del gobierno de Isabel Perón y el derrumbe irreversible de la democracia, y ahora la ceguera de aquellos entre los que durante muchos años se había comportado como un militante disciplinado sin hacer pesar, democráticamente, sus privilegios de intelectual.

"El conocimiento de la propia estructura le permite la selectividad de los blancos y el volumen de caídas y confesiones obtenidas por tortura facilita la renovación constante del ciclo de Inteligencia"

Así describía con rigor ese círculo infernal al que accedían los desaparecidos, esa muerte sin sepultura, la muerte miserable del terrorismo de Estado.

En el documento del 2 de enero de 1977, puesto a analizar la desmedida ambición de poder que se incurría, también demuestra que su reloj estaba adelantado. Allí propone "un ofrecimiento de paz, que al mismo tiempo que reafirme los principios justos de la lucha liberadora, reconozca la derrota militar. Este ofrecimiento debe girar alrededor de dos puntos mínimos: 1. Reconocimiento por ambas partes de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y vigencia en sus principios bajo el control internacional. 2. Reconocimiento por ambas partes de que el futuro del país debe resolverse por vías democráticas".

Todavía luchaba por mantener la fidelidad a una causa que dolorosamente veía derrumbarse. Pero detestaba ese idealismo tan montonero, que insistía en que las masas pueden replegarse hacia el montonero. "Eso es negar la esencia del repliegue", señalaba con la precisión de sus mejores investigaciones. "Las masas no se repliegan hacia el vacío, sino al terreno malo pero conocido, hacia su propia historia, su propia cultura y su propia psicología, o sea los componentes de su identidad social y política". Montoneros debía seguir la dirección de retirada marcada por el pueblo, que era hacia el peronismo, volvía a insistir alguien al que no se podrá acusar jamás de leer la realidad con el diario del día siguiente bajo el brazo.

Lilia Ferreyra, que fue su mujer durante diez años, hasta que los separó la muerte, cuenta que en diciembre de 1976 él también decidió que juntos debían iniciar su expedición al sur para salir del territorio cercado, Buenos Aires.

"Nos quitaron el río pero están las lagunas del sur de la provincia. Necesito vivir cerca de agua", dice que le dijo quien todavía vive en ese lago verde que son los ojos de Lilia cuando lo recuerda, lo nombra, lo ama.

"En un mapa buscó la laguna más próxima y la señaló con el dedo: San Vicente.

Encontramos una casita y duran te semanas hicimos una mudanza hormiga, silenciosa y clandestina para no llamar la atención. Un domingo, mientras cortábamos el pasto, vimos que se estacionaba un enorme camión de transporte de carne". Cuando las puertas se abrieron, bajó la vida. Un perro salió ladrando y chicos, padre, madre, cuñados y sobrinos fueron desembarcando muebles y herramientas. Comieron un asado y la fiesta duró todo el día. Apoyado en el alambrado y mirando el espectáculo, Rodolfo comprobó una vez más la Inevitable ruptura entre la clandestinidad obligada de una vanguardia y la vida de la gente que intenta representar, cuando se bifurca el camino que en algún momento histórico pudo ser común.

Entiendo profundamente lo que dice Lilia: los escritos de mi hermano no dejan de referirse a esa desolación que lo embargaba desde su condición de lobo estepario en la ciudad que más amaba. "Rodolfo no quería ser un héroe sino un *hombre que se anima*", deja ella en claro.

Ya después del Cordobazo, cuando militaba en la CGT de los Argentinos, al comienzo de los setenta, Walsh reflexionaba que ahora había que vivir una vida más racional: "Yo no soy el héroe de la historieta, sino unomás, alguien que pone el hombro todos los días, y cuando es necesario pone algo más que el hombro. Pero teniendo en cuenta que debo y puedo también actuar en otro terreno, sin engegucarme en la pura acción. Debo pensar sin retroceder, y volver a pensar, y usar sobre mí algo de mi inteligencia y cariño".

Yo había conocido a Rodolfo Walsh cuando la esperanza parecía al borde de la realización, en mediode la primavera del 73. Fue en la redacción de *Noticias*, donde un grupo de periodistas nos enseñaba que un diario puede y debe ser otra cosa.

Debo reconocer que cuando estuve frente a él, y me miró con sus ojos claros y risueños, se me doblaron las piernas. Y hasta hoy no dejo de pensar que si miró así a sus asesinos, con esa mirada en la que todo era posible, deberían haberse muerto de vergüenza.

Lilia se acuerda como nadie de ese mediodía del 25 de marzo de 1977, en que vio a Rodolfo por última vez. "Nos separamos en Constitución, cada uno con las cinco primeras copias de la *Carta de un escritor a la Junta Militar*. Yo me quedé en la esquina mientras él cruzaba la calle hacia las paradas de los colectivos. Parecía lo que él había querido parecer para no ser reconocido: un modesto jubilado, vestido con un pantalón marrón y una camisa de manga corta *beige*— hacía calor— y un sombrero de paja que cubría su coronilla pelada. Se dio vuelta, levantó la mano y, sonriéndome, desapareció para siempre"

Lilia fue la última en verlo con vida.

“Un grupo de Tareas de la Esma lo emboscó y acribilló en las inmediaciones de San Juan, entre Sarandí y Entre Ríos. Eran poco más de las dos de la tarde, y el subcomisario Webbedispa rolos tiros fatales sin saber que ese hombre de cincuenta años que quedó tendido con una diagonal de sangre cruzando su pecho, había nacido a esa misma hora, a las dos de la tarde del 9 de enero de 1927”.

Cuando me recibió aquel día en *Noticias*, con una camisa blanca arremangada hasta los codos, Rodolfo Walsh tendría cuarenta y seis años. Yo por entonces acababa de leer *El caso Satanowsky*, y soñaba con hacer un guión de cine, una suerte de sátira negra que tendría como protagonista al Capitán Ghandi, un siniestro personaje vinculado desde los márgenes a la Revolución Libertadora, que Walsh describía con maestría en esas páginas.

Me acuerdo de que no dejaba de observarme mientras le contaba que el director ideal sería Alberto Fisherman, que acababa de estrenar *Players vs Ángeles caídos*, otro hito de los setenta. Tampoco me puedo olvidar de sus lentes de miope con montura gruesa, tan parecidos a los de mi hermano, y tengo que abrir bien los ojos para no ver esos cristales hechos añicos para siempre, y a ellos dos juntándolos pedacitos rotos de un sueño.

"Mi archivo está a tu disposición", contestó con parquedad, porque además era tímido el hombre, y señaló un montón de ficheros con la generosidad que sólo tienen los grandes.

Ya por entonces a Walsh lo sublevaban los delirios militaristas, que iban a profundizarse vertiginosamente. Después del golpe, Montoneros parecía querer convertirse en un ejército como el de Videla. Y Walsh, que nunca dejó de ser un duro con el corazón blando – aunque decía haber nacido en Choele Choel que quiere decir "corazón de palo", algo que, según él, a menudo le habían reprochado las mujeres –, estaba seguro de que había llegado el momento de desensillar hasta que aclare. Por eso no tuvo pelos en la lengua para dejar claro que, ante la disparidad de fuerzas en la guerra que se libraba, no era momento de encarar ninguna acción militar que no estuviera ligada en forma directa e inconfundible con un interés inmediato de las masas.

No es fácil saber si aún soñaba con triunfar sobre la muerte, o si ya sospechaba que no iba a sobrevivir a Vicky, cuando dos meses antes de morir, en enero de 1977, no cejaba en poner énfasis sobre los millares de pequeñas victorias, más que sobre las operaciones espectaculares en que se fundamentan las grandes represalias: "Si las armas de la guerra que hemos perdido eran el FALy la Enegra, las armas de la resistencia que debemos librar son el mimeógrafo y el caño", una advertencia que cayó en el vacío, cuando definitivamente el arma superó a la inteligencia.

Walsh no tenía dudas de que durante siete años Montoneros había encabezado la lucha del pueblo a un costo terrible de vidas, sufrimiento y heroísmo, "Lo que ustedes llaman aciertos son errores, los que reconocen como errores son crímenes y los que omiten son calamidades", gritaba desde su última carta dirigida a la Junta Militar, en marzo de 1977, cuando la dictadura estaba por cumplir su primer año.

Antes de despedirnos, Lilia rescata cada uno de los oficios terrestres que trasegó Walsh durante los últimos diez años de su valiosa vida:

– El tránsito del mundo literario al mundo político sindical, la organización del periódico de la CGT, la investigación de *¿Quién mató a Rosendo?*, la reescritura de *Operación Masacre*, la edición de *El caso Satanowsky*, las traducciones, las notas periodísticas, el compromiso militante, la intercepción de comunicaciones, la villa 31, el servicio de informaciones de Montoneros, la agencia ANCLA, los documentos críticos, la lectura permanente y la escritura casi permanente, los amigos y las hijas, el Tigre y las bogas, el cine y los juegos, San Vicente y las hormigas, las cartas polémicas, los cuentos perdidos, las memorias.

Y sin embargo era un hombre tranquilo que dormía la siesta.

A mi hermano le dolía cada vez más el divorcio con esa ciudad enemiga en que se había convertido para él Buenos Aires. Así lo confesaba en un texto de agosto del 79, que constituye además una prueba de la dificultad que implicó seguir su derrotero a través de estas páginas, en esa suerte de diáspora que debió iniciar a partir de su secuestro, el 19 de marzo de 1977, llevado por los vientos de la inclemencia y el miedo:

He caminado por las calles pauüistas, por Ipiranga, por Consolado, he conocido el Murumbi, el Pacaembú, he recorrido las calles de Santosy de Guaruyá.

Las he sufrido y he llorado, Buenos Aires.

He caminado por Nossa Senhora de Copacabana, por Vizconde de Pirajá y por Prudente de Moraes. He tomado una *caipirinha* en Garota de Ipanema, he estado en la Barra de Tijuca, en Jaearepaguá y en el Maracaná.

Las he sufrido y he llorado, Buenos Aires.

He caminado por 18, tomé una Pilsen, miré ese río color de león, conocí el Centenario.

Las he sufrido y he llorado, Buenos Aires.

He conocido Asunción, Foz de Iguazú.

Las he sufrido y he llorado, Buenos Aires.

Caminé por José Antonio, Alcalá, La Castellana, el Paseo del Prado, Princesa, visité el Bernabeu. Conocí Aranjuez, y vi nevar en Cerecedilla.

Las he sufrido y he llorado, Buenos Aires.

Anduve por las Ramblas, me subí al Tibidabo he ido al parque de diversiones, he recorrido el Barrio Gótico, he ascendido por cablecarril al Monjuic.

Las he sufrido y he llorado, Buenos Aires. He caminado por Oxford Street, por Piccadilly Circus, Trafalgar Square, el Palacio de Buckingham, el Big Ben, he bordeado el Támesis, he visto en inglés la ópera *Evita*.

Las he sufrido y he llorado, Buenos Aires.

He caminado por los "Champús Hélices", vi la Tour Eiffel, navegué por el Sena, he estado en Montmartre, en el Café de la Paix, en la Ópera.

Las he sufrido y he llorado, Buenos Aires.

He conocido, vivido y recorrido con mayor o menor intensidad Bilbao, San Sebastián, Granada, Sevilla, Zaragoza, Cádiz, Algeciras, Ceuta, Marbella, Torremolinos, Málaga, Almería, León, Alicante,

Valencia, Castellón, Sitges, Madrid...

Las he sufrido y llorado, Buenos Aires.

Hoy sufro, Buenos Aires, y lloro por San Pablo, Río, Montevideo, Madrid, Londres, París o la que sea, cualquiera menos este infierno.

éste no es un divorcio con vos, Buenos Aires, es un divorcio con esta nueva relación que yo impuse. En definitiva es un divorcio conmigo mismo.

Nunca con vos, que existirás y persistirás dentro mío. Como la primera novia, el primer beso, como el primer gol.

Casi a renglón seguido, Ricardo sigue escribiendo, siempre desde la soledad insoportable de Buenos Aires:

No sé si llamarlo cansancio, aunque probablemente no es lo cierto. Lo cierto debe ser admitir los errores, ser honesto, y con honestidad tratar de resolverlos.

Esta trama es como una telaraña que me atrapa y no encuentro la mejor

salida.

Estoy tan dolorosamente confundido.

Estoy tan confusamente dolorido.

Estoy tan desesperadamente horrorizado.

Estoy tan horrorosamente desesperado.

Estoy tan enloquecidamente atrapado.

Estoy tan atrapadamente enloquecido.

Estoy tan amargamente arrepentido.

Estoy tan arrepentidamente amargado.

Estoy tan desoladamente perdido.

Estoy tan perdidamente desolado.

Hubo otra frase que mi memoria registró como leída en alguno de los papeles que mi hermano me dejó antes de volver por última vez a Buenos Aires. La he buscado tenazmente a lo largo de estos años, y no he podido dar con el la. Todavía me pregunto si alguna vez leí esas palabras, o si las soñé o las construí para lograr comprender la fatalidad del destino, que lo llevó irremediablemente de camino a la muerte. Juro que decía "no te preocupes, mamá, que muy pronto vamos a volver a estar juntos", pero si de verdad existieron, Ricardo había empezado a morir hacía ya mucho tiempo, tratando de pagar esa impagable multa de la sangre que algún diosle había impuesto.

"La realidad puede ser muy compleja para ponerla en palabras, el mito y la fábula le dan una forma que le permite andar de boca en boca ", dijo Jorge Luis Borges, que también fue citado en estas páginas por su amigo Ben Molar, hijo de la mujer que acompañó a mis abuelos paternos en la búsqueda de la tierra prometida, sobre las olas del inconmensurable prado de la gaviota.

"El tiempo es olvido y es memoria", le decía el Maestro, un enamorado de las sagas nórdicas que se desarrollaron entre los siglos IX y XI, en la época heroica de Islandia. Ya desde entonces la humanidad se desgarraba entre las guerras y el exilio, y las sagas se constituyeron en un largo llanto, "un grito de incredulidad ante la crueldad de los hombres". Sobre todo primaba en ellas la idea del destino, y el valor personal, como único medio de ser recordado como un héroe arrastrado fatalmente a

la muerte. Para que las huellas de esa historia no cayeran en el olvido, se utilizaban todas las fuentes, orales y escritas, árboles genealógicos de los antepasados y los libros de la colonización que documentaban la desgarradora separación de las familias, cuando partían en sus naves hacia mundos desconocidos.

En el cementerio de Plainpalais, en Ginebra, donde reposan los restos de Borges, tanto la cara anterior como posterior de la lápida contienen los versos de una saga noruega del siglo X, así como el grabado de una nave vikinga, y otro mucho más revelador, que evoca la batalla de Maldon, en el oscuro medioevo, y muestra a siete guerreros nortumbrios. "Uno blande una espada rota; todos han arrojado sus escudos; su señor ha muerto en la derrota y ellos avanzan para hacerse matar, porque el honor los obliga a acompañarlo", describía Borges en un artículo sobre la sinrazón que sigue a una derrota.

Poco antes de que se consumara la tragedia, tuvimos esos días en Madrid para empezar a despedirnos.

Estaba decidida a que, esta vez, nada conspirara contra nuestro último abrazo. No opuse ninguna resistencia a la decisión tomada, aunque todavía otros trataban de evitar lo inevitable. Como cuando Roberto Corvaglia, el Toti, mi futuro socio en el restaurante La Gata Flora, en el insomne barrio de Malasaña, trató de persuadirlo durante una charla que trascurrió en la cocina de su casa.

– Pato, yo estoy seguro de que la vuelta no va a servir para nada.

– Si querés discutir conmigo alguna cosa, la discutimos en el país. Yo no discuto con vos en España – cortó en seco mi hermano, convencido de que había que seguir la lucha, y de que no valía la pena gastar pólvora en quebrados.

Cuando me anunció que dejaban definitivamente mi casa para reunirse con algunos compañeros que los esperaban cerca de Granada, pensé que había llegado el momento tan temido de separarnos. Pero me propuso que pasáramos todos juntos la fiesta del último día del año 1979 en Altea, un lugar de ensueño en la Costa Blanca. Acepté sin vacilar su invitación, que me iba a permitir pasar con él, Marta, la Pitoca y Héctor dos días imborrables, aunque hayan pasado con la fugacidad del vuelo de un pájaro.

Héctor y yo llegamos en nuestro SIMCA 1000, que de tan antiguo parecía ser un imán para la mirada entre asombrada y compasiva de otros automovilistas mejor motorizados. Y eso que por entonces el parque automotor era mucho más modesto que ahora, cuando los Audi o los BMW se han convertido en moneda corriente para los comunitarios volantes españoles. Ricardo, por otra parte, iba a estar con su propio coche. Entre las hazañas de ese último año, había aprendido a manejar, o por lo menos eso decía. Hacía ya mucho tiempo, Zuker había vendido el auto familiar, cuando se

dio cuenta de que conducir no era lo suyo. Fue poco después de que mamá se llevara por delante con el Ford Taunus un puesto de frutas y verduras en Mar del Plata. Yo tampoco lo había conseguido, y mi hermano al volante corroboraba que el manejo no era precisamente un bien de familia.

El tibio sol del invierno iluminaba los muros en todos lados de ese antiguo pueblo blanco de pescadores, tendido entre las montañas y el Mediterráneo. Era muy temprano, y las barcas salían con sus redes, bajo la mirada protectora de Nuestra Señora del Consuelo, patrona de la parroquia encaramada sobre la cumbre más alta. Allí, para venerar su constante presencia, llegaban las mujeres y los hombres de Althaia, "yo curo", como habían bautizado allá lejos y hace tiempo los griegos a ese endave sobre el océano. Y los destellos azules de las cúpulas vidriadas se convertían en un faro para quienes hacían un vía crucis por las callecitas angostas y empinadas, en busca de milagros.

Ellos ya nos estaban esperando, mientras se revoleaban sobre la arena de cantos rodados de la playa, que por esas horas estaba solitaria, ajena al diario quehacer de los hombres que salían a buscar su alimento a la mar, después de santiguarse. Me resultaba un poco ridículo ver a Marta y Ricardo con las camperas negras del uniforme montonero, jugando como chicos. Tal vez ella revivía sus consabidas vacaciones en Miramar, donde los Libenson, sus padres, tenían una casa en la que pasaban todos los veranos. A él también le gustaría volver atrás. Quizás le gustaría volver a aquellos veraneos, cuando "íbamos siempre a Mar del Plata, al principio con papá, y después, cuando se separaron, íbamos solos con mamá y mi hermana". Nunca se olvidó de que parábamos en el balneario de Punta Iglesias, en pleno centro, y teníamos una sombrilla reservada para nosotros. Y mucho menos pudo olvidarse, "como cosas trascendentes para mí en esa época", de los grandes partidos de cabeza que jugaba con Ogando, que fue arquero de Estudiantes, y con sus hijos.

"Con ellos aprendí a jugar al truco, tendría ocho años aproximadamente. Casi siempre pasaba mi cumpleaños y Reyes en Mar del Plata; siempre ponía los zapatitos, y siempre me traían algo", le contó muchas veces a quien quisiera escucharlo.

"Entre esos recuerdos están las fotos, que ahora no tengo conmigo, pero que conservo en el corazón, al lado de mi madre y mi hermana", no dejó de consignar en otro de sus apuntes.

También a mi me quedaron las fotos sacadas durante esos dos días, que se hicieron tan implacablemente cortos. Están las que sacamos en la playa, y en todas sobresale la insaciable necesidad de ternura de mi sobrina, la Pítocha, abrazada a cada uno de nosotros, como pidiéndonos que ñola dejáramos nunca. Pero las más impactantes nos muestran posando ante la cámara, entre guirnaldas, serpentinas y

globos, en el lugar donde festejamos la partida del año viejo. Todos parecemos felices, mientras brindamos por un futuro que, en cualquiera de sus variantes, se presentaba demasiado oscuro. Pero reíamos, alzando nuestra copa de cava, como si el destino nunca más nos fuera a golpear con la desgracia.

Hubiera hecho cualquier cosa para eternizar aquel momento, para que nunca terminara. Me habría puesto de rodillas para que la vida no volviera a separarnos, y así evitar el designio cruel que lo aguardaba. En ese momento, cuando tañían las campanas anunciando que había comenzado el Año Nuevo, ya nada podía aliviar mi desesperanza.

Para esa ocasión, Ricardo y Marta habían abandonado el uniforme montonero: él, con corbata roja, chaleco tejido claro, y un irreprochable traje oscuro. Marta, que también había perdido bastantes kilos durante los meses recientes, está más linda que nunca, mientras me atrae hacia su pecho en un indudable gesto de cariño. Héctor apoya su cabeza ondulada sobre mis propios rulos, y yo, que siempre tuve un alcohol triste, apenas puedo contener las lágrimas detrás de la forzada sonrisa. La única que se resiste a sumarse a la alegría es la nena, que ya sabía que muy pronto iba a estar en "el país de los niños", como su madre había elegido llamar al lugar donde quedaba la guardería de La Habana. No sólo no sonrío, sino que sus preocupados ojos azules parecen adivinar lo que se avecinaba en ese 1980 recién nacido, que para mí ya estaba muerto.

Como siempre, su mamá la había vestido en forma primorosa, con el típico *jumper* escocés, que le habían comprado en Londres, una delicada camisa blanca, los *pantys* de lana azul, y sus botitas largas. Héctor recuerda todavía que la llevaba "a cogollito", ya con un tapadito azul, cuando salimos al frío de la madrugada, y los mayores intentábamos calentarnos con el champagne de una botella que iba pasando de mano en mano.

Atrás habían quedado los platos casi intactos de un menú que prometía. Primero, un jamón de Jabugo con estirpe, y percebes, esos moluscos negros que las mujeres de los marineros desprenden de los farallones, con la codicia de un buscador de oro. Después, la paella, coronada por unos enormes langostinos, que por allá llaman cigalas, y de postre fresones traídos de Aranjuez, más rojos que la



Anita con su tigre de peluche en Madrid (1978).



Marta con Anita en Madrid, en casa de Cristina (1979).

sangre. Pero ninguno de nosotros pareció desvivirse por la exquisita comida, mientras que cualquier conversación también languidecía, bajo el agobio de las circunstancias.

El vino acompañó, igual que en misa. De eso se trataba, de un momento de comunión, donde ya no hacían falta las palabras. Y los detalles de esa última cena se fueron perdiendo irremediablemente con el paso del tiempo, como el supremo fresco de Leonardo Da Vinci, que alguna vez me había hecho llorar, cuando viajé a Milán nada más que para verlo.

Podría jurar que, mientras subíamos a pie por ese laberinto de calles empedradas y muros medievales hacia lo alto, nos pusimos a cantar tangos, y nos reíamos a las carcajadas, en el silencio de la noche estrellada. Bajo otro cielo, con el auspicio de la Cruz del Sur, pero igual de iluminado, también me había muerto de emoción por la llegada de mi hermanito. Muy pronto se iban a cumplir veinticinco años, pero ahora me tocaba la amarga misión de despedirlo. Y no podía dejar de pensar que otra vez mamá estaría esperándolo, igual que aquel año de febrero de 1955.

Yo alzaba permanentemente la cabeza para mirarlo, colgada de su brazo. Era la última vez que lo vería, aunque después haya visto su rostro muerto tantas veces, tratando de imaginar en forma obsesiva cómo fue el instante fatal, cuando su sueño de justicia quedó hecho mil pedazos. Su cara en ese momento parecía la de un cristo lampiño, sus ojos enormes, que brillaban demasiado, llenos de buenos sentimientos, y sin las cicatrices que deja el pecado.

Nos abrazamos ahí, en esa plaza redonda que corona Altea, con un alto campanario. Después, ellos comenzaron a desandar el camino, hacia el *mare nostrum* que algún día habían cruzado temerariamente nuestros antepasados, y ahora parecía una inabarcable mancha negra, incapaz de contener todo mi infortunio. Mis ojos los siguieron en esa cuesta abajo, hasta que un mar de lágrimas nubló por completo el horizonte. Entonces me acurruqué en el portal de la iglesia para implorar misericordia, aunque no he podido conseguir hasta hoy que la Virgen del Consuelo me acoja entre sus brazos.

7 El duelo

Cada vez que vuelvo a España desde mi definitivo retomo a la Argentina en marzo de 1984, llego con el corazón lleno de ansiedad por saber algo más sobre mi hermano Ricardo. Imagino que Madrid me va a permitir devanar el hilo de la memoria desde nuestro reencuentro en Barajas el 2 de enero de 1979, hasta el atroz momento de nuestra última despedida, el 2 de enero de 1980, exactamente un año después, para finalmente ingresar en ese temido infierno que significó su caída a manos del Batallón 601 en las inmediaciones de la estación Plaza Once el 29 de febrero de 1980.

Cuando regresé por primera vez en 1998, aterricé en Barcelona para conocer a Silvia Tolchinsky, que vivía allí después de haber sido liberada tras permanecer dos años desaparecida. A través de su testimonio ante la Subsecretaría de Derechos Humanos me enteré de que hasta noviembre o diciembre de 1980 mi hermano seguía con vida en el campo de concentración que funcionaba tras los muros de Campo de Mayo, "el Campito", el mayor centro de detención de la dictadura, incluso más importante que la ESMA.

Con voz lenta y como si el dolor nunca la hubiera abandonado desde entonces, Silvia me contó que su caída tuvo lugar el 9 de septiembre del 80 en Mendoza, en el paso fronterizo Las Cuevas, y que desde allí había sido trasladada por la patota en un avión hasta una quinta situada a escasos metros de Campo de Mayo.

Durante los once meses que permaneció engrillada, encadenada y con los ojos vendados, declara que "en el transcurso de los interrogatorios me contaron que en un sitio cercano estaban con vida muchos secuestrados. Entre ellas, mi hermano Daniel Tolchinsky, su mujer, Ana Dora Wiessen; María Antonia Berger, Patricia Lesgart, Guillermo Amarilla, Marcela Molfino de Amarilla, la mujer de Maggio, Zuker y su mujer, y Horacio Campiglia. No creo que hayan dado más nombres, pero si aseguraban que eran unas cuarenta personas. En dos oportunidades me trajeron cartas de mi hermano y mi cuñada, que también me hablaban de los compañeros vivos. Cerca de diciembre del 80, uno de los carceleros me dice que iban a matar a todos los presos que tenían vivos".

Un día le dijeron que Daniel, su hermano, había sido fusilado, probablemente en diciembre del 80, un mes tan caro a la feligresía castrense. También Ricardo habría corrido igual suerte, como parte de la misma ofrenda navideña.

Silvia fue la única sobreviviente, y su declaración constituye la columna vertebral de la causa 6859 que lleva adelante el juez federal Claudio Bonadío para dilucidar el secuestro y desaparición de 18 militantes montoneros, entre ellos Ricardo. Los hechos investigados son crímenes de lesa humanidad, y por consiguiente de

naturaleza imprescriptible. Privación ilegítima de la libertad, tormentos, reducción a servidumbre, homicidio agravado por ensañamiento y asociación ilícita son las figuras que se reproducen de manera obsesiva para resignificar el espanto.

Posteriormente me dirigí a Madrid para denunciar ante el juez Baltasar Garzón esas desapariciones que se produjeron tras la vuelta al país en el marco de la segunda etapa de la Contraofensiva Popular, operación en exceso triunfalista planificada por la conducción montonera desde el exterior, donde el país pasaba a ser un mapa con más intrigas que certezas. Debo reconocer que la receptividad del juez español obró como un bálsamo sobre mí. La justicia me presentaba su mejor cara, aunque haya tenido que atravesar los mares para hallarla.

Mi siguiente y último viaje a España incluía en el orden familiar la "repatriación" de Flor, mi hija de 21 años, después de circular varios meses por las Ramblas de Barcelona. Pero además quería encontrarme frente a frente con Mario Eduardo Firmenich, el que fue comandante del Ejército Montonero hasta quedarse sin tropa. Confiaba que podía entregarme alguna de las piezas del rompecabezas que me permitieran armar cómo fue la última etapa de la vida de mi hermano, y quizás reconstruir su caída. Además de hablar con su hijo Mario Javier para que me contara sobre los cinco años en que fue compañero de banco de mi sobrina Ana Victoria en el Colegio Nacional de Buenos Aires.

"No voy a contestar nada que tenga que ver con esa causa judicial"¹, fue lo primero que me dijo Firmenich cuando lo llamé por teléfono, y agregó que debía sufrir ilusiones ópticas si pensaba que podía contarme algo de mi hermano que yo no supiera.

"Es esa típica costumbre nacional, 'así que usted es de Buenos Aires... Entonces debe conocerá Fula nito'", cerró con una carcajada que por teléfono sonó demasiado hueca. No me reí ni le recordé su responsabilidad última sobre los hechos. Tenaz en mi propósito, quedamos en vernos en su casa el 26 de diciembre, día de fiesta en Cataluña. Le anticipé que iría con mi hija. Podrán tildarme de cobarde, pero me importaba una visión más fresca y exenta de prejuicios que la mía.

Así que el día señalado ambas fuimos al Apeadero de Gracia para subirnos al confortable tren que nos llevaría a la vera del Mediterráneo hasta Vilanova i la Geltrú, un puerto bucólico de la costa catalana, donde los Firmenich viven hace seis años un presente más sosegado desde que el jefe de la familia se gana la vida como profesor de Economía en la Universidad Central de Barcelona. Aunque tenga una página en Internet cuya dirección es <www.movimientomontonero.org>, y en ella se sigan publicando documentos con pie de página en forma de consigna: "Habrá patria para todos o no habrá patria para nadie"

Ya no estaba tan segura de su ayuda para la reconstrucción de los hechos. Sin embargo, si podría darme explicaciones acerca del documento que Ricardo y Marta, mi cuñada, habían firmado y entregado a la organización disponiendo que mi sobrina Ana Victoria me fuera entregada en caso de que algo les ocurriera. Pensaban que los abuelos maternos no honrarían su heroica decisión de volver al país, dando la vida para terminar de derrotar a la dictadura, que según los cálculos de la conducción montonera ya estaba en retroceso. El único riesgo estratégico imperdonable, evaluaban, era perder el corazón de las masas.

Su mujer de toda la vida, María Elpidia, la Negrita, cordobesa, madre de sus cinco hijos, y encargada hoy como siempre de llevar las directivas de su marido en frecuentes viajes a la Argentina o de allanar los embates del pasado, había atendido mi primer llamado. Rápidamente, me anticipó que la intransigencia de Firmenich seguía incólume, a pesar de las tantas cosas que se han dicho de él a lo largo de los años, pero hace hincapié en un más cercano sobresalto:

"El Pepe estaba solo, y le tocó la puerta un uniformado de la Policía Nacional Española con una citación para declarar en condición de testigo no imputado ante un juez italiano que está investigando el Plan Cóndor. Así que tuvimos que viajar a Madrid para ir a la Audiencia Nacional".

Sabía del tema a través de Carlos Slepoy, mi amigo del alma, que viene luchando sin tregua para que los responsables del genocidio sean juzgados como corresponde. Me contó que María Elpidia primero y Firmenich después le habían pedido asesoramiento. A Carli, como lo llama todo el mundo, le parecía absolutamente normal que lo citaran a declarar, y que lo más curioso era que no lo hubieran hecho antes. Y muy concretamente en el caso de la Contraofensiva del 80, donde era muy importante saber qué es lo que determinó que en sucesión prácticamente ininterrumpida fueran secuestrados todos. "A ella le dije que el silencio por parte de lo que quedaba de la organización sobre el tema era inadmisibles desde el punto de vista judicial o histórico, y que debían existir documentos con las conclusiones acerca de los hechos". María Elpidia le con-

testó que sí, pero que no sabía si estaban en España. Carli debe haber puesto su voz más grave y varonil para sugerirle: "Adonde estén, lo mejor que se puede hacer es pedirlos y presentarlos ante el Juzgado" Después habló con él: "Mira, en principio no temas sobre tu seguridad personal porque te están llamando como testigo. Por otra parte, me parece una oportunidad de oro para aparecer públicamente y decir qué fue lo que pasó en la Argentina, qué fue el Plan Cóndor y cómo actuaba la coordinación represiva de todas las dictaduras del Cono Sur. Yo conozco sobre el tema, pero supongo que vos lo tenés que conocer mejor que yo". A Carli le pareció que había quedado muy seducido ante esa posibilidad. Aunque asintió con menos entusiasmo cuando escuchó: "Lo que más me llama la atención aquí es el tema de los dirigentes

que tenían la obligación de saber cuáles eran las verdaderas condiciones en que los militantes volvían al país, y lo más lacerante, el asunto de la publicidad". Carli concuerda conmigo. En Madrid toda la colonia argentina sabía quiénes volvían a combatir, con nombre y apellido, incluso hasta el día que salían, porque se encargaban públicamente de decirlo, "con un menosprecio suicida sobre la presencia mas que probada deservicios de inteligencia actuando en España", concluyó Slepoy su diálogo con el ex comandante montonero, según me cuenta mientras terminamos de almorzar en un pequeño restorán muy cercano a su bufete de abogado, en el tradicional barrio madrileño de Salamanca.

Mi charla telefónica con María Elpidia ingresó luego en el tema de mi sobrina, cuya historia conocía a través de su hijo. Aproveché entonces para contarme que cuando fue secuestrada en junio de 1976, con un tiro de FAL en un brazo, no sabía que estaba embarazada, que las palizas fueron demoledoras y que Mario Javier nació seis meses y medio después de su gestación.

Es él justamente quien nos abre la puerta del departamento, en un primer piso sin ascensor. Lo primero que reclama la atención al ingresar a la sala son las dimensiones del multitudinario pesebre navideño. Pastores, rebaños, vegetación, el infaltable lago, un espejo donde se reflejan las figuras de los tres Reyes Magos rodeando al Niño Jesús, flanqueado por la Virgen María y José, el carpintero. Tanta liturgia me recuerda que el dueño de casa inició su joven militancia en la Juventud Estudiantil Católica, que animaba el padre Mugica. También me vienen a la cabeza unas fotos que azarosamente llegaron a mis manos. En ellas se registra al padre Adur, Capellán del Ejército Montonero, casando a mi hermano y a Marta poco antes de ir camino a la muerte. En una de las paredes del austero piso de Madrid, donde seguramente tuvo lugar la ceremonia, se distingue un mapa grande de la Argentina, mientras que en otra cuelga la bandera azul y blanca con su flagrante sol en el medio. Tanto la bandera como el mapa tapan dos cuadros donde se adivinan dos naturalezas muertas. Cuando vi esas fotos por primera vez, me inundó el recuerdo del *bride* Ricardo, con el rabino tapando los cuadritos que había colgados en el comedor, mientras mamá y yo nos íbamos a casa de la abuela. En estas imágenes, los que rodean a la pareja, incluido el sacerdote, visten el uniforme montonero: camisa celeste, pantalón azul marino y chaqueta de cuero color negro, con las correspondientes insignias de grado, prendas que habían sido adquiridas, salvo las insignias, en El Corte Inglés. Todos aparecen en posición de *firmes*, según la jerga militar, y de sus rostros trasciende un inequívoco fervor místico. Las persianas y las cortinas cerradas contribuyen a que la escasa luminosidad de las fotos parezca anunciar la catástrofe inminente. Ninguno de los que en ellas aparecen está vivo para recordar esas bodas. Tampoco Ana Victoria, que sigue las distintas escenas con ojos asustados y tristes.

Otra vez me viene a la cabeza el tema del CESID y su virtual inoperancia ante

la presencia de más de diez personas uniformadas, que no podían pasar desapercibidas ingresando a un apartamento en ningún barrio del Madrid casi pueblerino de aquellos años, cuando todavía la figura del sereno que abría cualquier cerradura al batir de unas palmas, formaba parte del paisaje ciudadano.

De acuerdo con lo convenido, Firmenich llega tras mi plática con su encantador hijo Marito. Con él vienen María Elpidia y un tercer hombre, de barba y mirada inquisidora, que no abrió la boca a lo largo de la entrevista. También están sus otros tres hijos varones, que saludan y se van.

Sólo falta la mayor, María Inés, que está becada en La Habana estudiando Sociología.

Unos kilos de más delatan el paso del tiempo, igual que las canas que han ido cubriendo su cabeza. De todos modos lleva con hidalguía sus 54 años. Despojada de la marcialidad con que posaba allá por los setenta desde las tapas de *Evita Montonera*, viste unos vaqueros, un pulóver azul de cuello redondo por el que asoman los cuadros escoceses de la camisa. Su mirada sigue siendo muy intensa, cuando se integra a la charla sobre la nena, dándome oportunidad para preguntarle por qué se había decidido entregarla a los abuelos maternos, pasando por encima de la última voluntad de su madre.

"No me acuerdo del caso particular, aunque sí sé que los compañeros no se la querían entregar. A mí me trajeron la noticia de que los abuelos habían llegado a México por un contacto con la Casa Argentina, creo que a través de Rodolfo Puígrós".

Mi información es otra. Los padres de Marta, Keco y Luisa Libenson, fueron alertados por una carta de la propia organización sobre la presencia de su nieta en la guardería cubana. Que llegaron a México y de ahí se trasladaron a la isla. "Era normal por un mecanismo de seguridad, una suerte de cobertura para ellos. Llegaron a La Habana en un avión cubano, y los recogieron en la pista para que no quedara constancia de la entrada en el pasaporte", me había explicado Susana, responsable de la guardería La Casa de Caramelo, en La Habana.

"Me acuerdo de que los compañeros me consultaron. En la discusión, les dije que había que entregarla respetando los lazos de sangre. ¿Íbamos a hacer lo mismo que hacían los otros con nuestros hijos? ¿Qué pasa, ellos son los malos y nosotros los buenos? Nadie se puede robar a un hijo. En todo caso habría que haber hecho un trabajo político para convencer a los abuelos, que en este caso hubiera sido imposible, de que la nena iba a estar mejor con vos o con los compañeros. También hubo abuelos que no redamaron, que no les importó un pito", señala Firmenich.

Le cuento que los abuelos recién le dijeron a los once años que sus padres

estaban desaparecidos, después de sostener durante años que habían muerto en un accidente de avión, tras haber juntado la platita necesaria para ven ir a buscarla.

De eso Firmenich no sabe. "Si hubieras estado ahí a lo mejor las cosas hubieran sido distintas. Yo recién me entero de que vos vivías con el Pato" Le cuento de mi calvario madrileño: mi entrevista con Oscar Bidegain, a quien le había pedido en nombre de sus nietas. Con Hugo Alberto Ramos, el Chilo, responsable de la organización en Madrid, con quien me reuní en dos oportunidades en la casa que habían bautizado, de manera un poco grandilocuente, Puerta de Hierro. La primera para que me diera noticias acerca de mi hermano y su presunta caída.

Recién tres meses después me confirmó lo que yo ya sabía, cuando fui a reclamarle el cumplimiento de los deseos de mi cuñada. Que también le había pedido al abogado cordobés Gustavo Roca para que intercediera ante el propio comandante Fidel Castro. Que ninguna de esas gestiones había dado resultados.

– Había compañeros que creían, con el sentido común de los militantes que no coincidía con la vida real, que los hijos eran de todos, que los verdaderos familiares eran ellos. Pero yo privilegié los lazos de sangre existentes – me dice Firmenich.

– Pasando sobre el deseo de la madre, sin medir que ella no quería que sus padres se ocuparan de la nena, tal vez intuyendo lo que pasaría – le contesto.

– Bueno, ése es el problema argentino. La Argentina mató a sus propios hijos. Pero no se pueden pensar así las cosas. Nosotros en el 83 estábamos viviendo con dos compañeros en Bolivia. Él era viudo de una compañera que había caído en la Contraofensiva. El también había estado, y se había salvado. Bueno, se había quedado con la niña que era hija de ella y de otro compañero muerto. Era un caso similar. El volvió a formar pareja, y su nueva compañera la adoptó como hija propia. Como era muy chiquita no tenía memoria de sus padres. Un día decido tocarles el tema, y les digo: "Miren, vamos a volver a la realidad, esta chica necesita su documento". Ellos estaban convencidos de ser los padres... "Bueno, si los parientes les dan la patria potestad a ustedes, bárbaro, pero si no se la dan, aunque la hayan criado, no se puede robar a una hija. Yo entiendo todo, es un drama humano siquerés. Pero las cosas son como son", le dije al compañero. "Estás secuestrando a una niña que no es tu hija, y puede venir la familia materna o paterna, losabueloso los tíos legítimos, y reclamarla" Para ellos era una tragedia, fue una discusión durísima, pero yo tenía que prepararlos. Era a mediados del 83, iba a haber elecciones, se iniciaba la transición democrática y había que legalizar las cosas. Finalmente apareció una hermana de su mamá. Lo destacadle es que cualquier compañero estaba dispuesto a ser padre o madre de un hijo cuyos padres habían sido muertos o secuestrados por la dictadura, con absoluta normalidad y con todo el amor. Pero si la situación se normaliza, hay derechos de sangre, derechos jurídicos, patria potestad, herencias.

– Nos parecía que era bueno que él ayudara a Anita a abordar su historia, que él le facilitara hablar de sus recuerdos más antiguos – interviene María Elpidia para decirme que ellos habían hablado mucho de este tema con su hijo Marito.

– Tampoco era fácil para Mario llamándose Firmenich – señala su padre– . Fue una mala jugada de la vida, un caso simbólico. Ya como historia individual es patética y grave, pero que sea un símbolo social ya es catastrófico.

Firmenich se refiere al cáncer de lengua que mató a Ana Victoria a los veinte años, sin abandonar su perfil dialéctico. Decido cambiar de tema.

– ¿Por qué no hablamos de la Contraofensiva, de la derrota previsible, de las muertessinútiles?

– ¿Qué es la Contraofensiva? ¿De qué me hablas? – Sentí que de aquí en más el diálogo iba a ponerse tenso. No me importó.

Le explico que no pude entender la decisión de mi hermano de sumarse a la Contraofensiva. Él, que había conocido ya el infierno, volvía a engancharse con la muerte, cuando la vida todavía le prometía tantas cosas. Que estaba por cumplir veinticuatro años, y que desde entonces habíamos discutido todos los días, con los resultados conocidos.

– ¿A vos no te parece que fue una empresa suicida?

– En la Contraofensiva no murieron más de 20o 22 compañeros.

Le rebato con vigor el número de muertos. Cuento con los datos minuciosos del Equipo de Antropología Forense, que me proporcionó el invaluable MacoSomigliana. Fueron másde40en el 79 y unos pocos menos de 40 en el 80, que suman arriba de 80. De hecho, en la causa que investiga Bonadío se alcanza el número mal estimado por Firmenich. Me indigna que todavía le cueste aceptar las dimensiones de la derrota.

– Que después cayó el Turco Haidar – su cuñado– en el 82, y cayó Yaguer en el 83. ¿Y qué? – me interpela de manera agresiva, como provocándome– . Nosotros nunca tuvimos la voluntad de dejar de luchar. ¿Y en el 76, en el 77? Caían siete compañeros por día. La Contraofensiva es un juego de niñosal lado de eso.

– Sí, yo creo que fue un juego de niños porque incluso hubo una niña de 16 años que estaba en el grupo de mi hermano, Verónica Cabilla – digo dispuesta a profundizar la confrontación.

– Con el consentimiento de los padres por escrito y por separado – y lo repite– .

Lo exigí por escrito y por separado, más allá de que la patria potestad en esa época era sólo del padre. Así como yo a la ley de sangre no me opongo, frente a la ley de padre y madre por escrito tampoco. Además, no lo considero una irresponsabilidad, porque tampoco el Tamborcito de Tacuarí es un crimen. A mí nadie me enseñó que lo del Tamborcito de Tacuarí fue un crimen, y era un niño también. Ahora si vos decís para qué mierda empezaron a luchar, ésa es otra discusión, que era un proyecto fracasado desde el principio. Bueno, a posteriori... Es como hablar de los resultados de los partidos de fútbol del domingo con el diario del lunes bajo el brazo. Ya sabemos el final de la historia. Podés decir lo que quieras, pero que nuestro proyecto era creíble para nosotros y para nuestros enemigos, claro que era creíble, si no, no nos hubieran matado, se hubieran cagado de risa. – É) también se ríe– . Que lo hicimos con la mayor seriedad que pudimos, con toda la inexperiencia e ignorancia que podíamos cargar a costas, y que la mayoría de la sociedad argentina en un momento apoyó hasta que nos quitó su apoyo. Hasta ese momento nunca colectivamente nos planteamos la opción de dejar de luchar. Al plantearnos la opción de continuar resistiendo, era obvio que corríamos con todos los riesgos. Fue una decisión colectiva – recalca– . En lo individual!, algunos se lo plantearon y se fueron.

– No te parece que para el proyecto de la Contraofensiva eran demasiados los riesgos a correr, suponer que se iba a contar con el apoyo del pueblo argentino no era también una ilusión óptica.

– ¿Suponer qué? Nosotros hicimos la Contraofensiva a partir de la huelga general de abril, y tuvimos ese apoyo. Y nos planteamos la movilización de una fábrica grande, la Peugeot, y la tuvimos a punto de salir. Les dieron todas las reivindicaciones para que no salgan. Y sabíamos que iban a estallar las contradicciones internas del Ejército y estallaron. Se sublevó Menéndez en ese momento. Y sabíamos que iba a venir la Comisión de la OEA y que esto era romper la coraza de protección que tenía la dictadura en el exterior, y también ocurrió. Y suponíamos que después de eso iban a tener que retirarse y llamar a elecciones, y también ocurrió. Ahora si vos decís: ¿ustedes pensaban tomar el poder en el 79 como se tomó el Palacio de Invierno? Nunca pensamos eso, y si nos lo hubiéramos planteado, ¿qué? – Me vuelve a prepotear– . Ésta es la otra cuestión. Suponiéndolo ¿y qué? Se trató de una decisión política discutida democráticamente, votada en todos los ámbitos y asumida por todos. ¿Y qué? Los votos fueron cantados, hay actas No hubo papelitos, o por lo menos yo no me enteré. Se votó en el Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero, se votó en lo que se llamaba en aquella época Comité Central del Partido. Todo el mundo sabía que era una decisión política que venía de mucho tiempo antes, no era una maniobra intempestiva ni secreta. Se empieza a discutir la necesidad de cambiar la situación estratégica de resistencia en julio del año 78. No era la contraofensiva de los montoneros sino la contraofensiva popular. Que era un estadio de un momento social que nosotros analizamos y que estaban basados en la realidad. Y si no lo estuvieran, ¿qué? – Otra vez la muletilla– .

Fue una decisión política de centenares de personas conscientes de los riesgos que corrían.

– ¿Quiénes eran los centenares de personas?

– Todos todos los montoneros, ni uno dejó de participar. El que no quiso tuvo la opción de discutir, votaren contra o irse, y no pasaba nada. Todos los montoneros participaron de la Contraofensiva de una u otra forma. Algunos en tareas logísticas y políticas en el exterior, otros en tareas políticas en la Argentina, otros en tareas propagandísticas. Todos, incluyendo a personas como Oscar Bidegain, participaron de la Contraofensiva. Vos podés juzgarla como una decisión política incorrecta, pero no podés decir que la Conducción mandó a alguien a la muerte, porque además se pone en duda la integridad de los compañeros. Era imposible obligara alguien a hacer algo si no quería. Desde un punto de vista material, si un compañero tenía que salir de Madrid y tomarse un avión con escala en Panamá, y después aterrizar en Chile y de ahí cruzar por tierra a la Argentina, en Panamá o donde querías, podías no seguir viaje. Para el Mundial del 78, un muchacho que iba rumbo a la Argentina desapareció, se arrepintió. No me acuerdo el nombre.

– ¿Cuánto tiempo duraba el entrenamiento militar en el Líbano?

– Yo no te voy a contestar preguntas policiales. No te voy a contestar nada que tenga que ver con causas judiciales, porque yo soy policía.

Firmenich desconoce que en la causa que lo pone tan nervioso se han ido acumulando documentos secretos de la inteligencia militar que responden con exceso a mi pregunta. Incluso uno de ellos se refiere al escepticismo del jefe militar de la Contraofensiva montonera, Raúl Clemente Yaguer, tras salir del país después de presenciar el atentado contra Francisco Soldati, donde hubo bajas propias considerables. "Los cursos Pitman novan", aparece diciendo en un documento, refiriéndose a los cursos de entrenamiento militares que se impartían en Siria o en el Líbano, donde los aviones israelíes volando sobre sus cabezas aseguraban un escenario de guerra permanente, un paisaje bastante diferente al del alicaído Buenos Aires. Aunque en otro documento Yaguer señalara que las operaciones ahora era necesario planificarlas en función del objetivo, y que la retirada era secundaria, una caracterización que convertía a los combatientes en émulos de los comandos suicidas palestinos. También estimaba el duro Yaguer que el entrenamiento con armas de guerra, que duraba dos meses y medio, debía ser duro para que el posterior combate fuera blando.

Firmenich se niega enfáticamente a hablar sobre este tema. Sigo adelante:

– ¿Estuvo Videla en la mira de alguno de los grupos?

– Que yo sepa, no. De todos modos, si a algún grupo se le hubiera ocurrido pensar por su cuenta en atacar sobre Videla, no hubiera sido un disparate.

– Tendrían que haber estado bien pertrechados.

– Había autonomía de táctica. De todos modos, si alguien hubiera podido matar a Videla en ese momento, se hubiera llevado unos cuantos aplausos.

De hecho, el general Costino Nicolaidis anunció en 1981 que habían secuestrado carpetas con la más completa información sobre cada uno de los funcionarios nacionales, en los que constaban horarios, movimientos, custodias y fotografías. En una carpeta dedicada al entonces presidente Videla, había hasta una película que mostraba sus itinerarios y movimientos habituales.

– ¿Roberto Perdía también estuvo en el país durante la Contraofensiva?

– No, no, vos me estás haciendo las preguntas de la causa Sonadío, y esa causa es una canallada donde me han metido a mí como testigo por mala leche – dice, y ninguno de los dos podía imaginar que meses después Bonadío ordenaría su detención a Interpol, como implicado en la causa, junto con Roberto Perdía y Fernando Vaca Narvaja.

– Se te convocó para declarar lo que sabías sobre el Plan Cóndor.

– Sí. Pero también me preguntaron sobre el tesoro de los montoneros. Qué mierda tiene que ver el Plan Cóndor con el tesoro de los montoneros. Y me preguntaron por una nota publicada en el diario *Clarín* y otra de Miguel Bonasso en *Página/12*. Son canalladas que no son inocentes. Hay servidos de inteligencia a los que les están pagando. La jugada consiste en decir que los montoneros son una mierda, que los que murieron eran unos pobrecitos buenos, que los que quedaron vivos son todos unos hijos de puta y que los de la conducción eran todos de los servicios de inteligencia. Este crimen contra los que estamos vivos mata a todos los argentinos, y mata dos veces a los que están muertos.

– ¿Porqué no me contestas si Perdía estuvo en el país?

– Porque las preguntas que me hacés están en esa dirección. Me estás preguntando si Perdía ha sido el entregador porque ha salido en los diarios. Hablan de Silvia Tolchinsky, que tampoco pudo haber entregado nada.

Firmenich tampoco sabe demasiado acerca de esta causa judicial cuyo origen se remonta a febrero de 1983, cuando un grupo de familiares interpusieron un recurso de hábeas Corpus a favor de quince militantes desaparecidos, que intentaban regresar al país principios del 80.

La cacería había recibido el siniestro nombre de Operativo Murciélago, y se basaba en información obtenida sobre la base de tormentos.

Todo comenzó con la Operación Guardamuebles, planificada durante una reunión celebrada el 8 de enero de 1980 a las ocho de la mañana, en el Regimiento de Patricios N° 1. Alguien había "confesado" que a partir de marzo se reanudarían las operaciones de las TEI, cuya conducción táctica estaría esta vez a cargo de Roberto Cirilo Perdía. Para llevarlas a cabo debían primero recuperar el armamento dejado a fines de 1979 en distintos guardamuebles de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, embutidos en televisores, banquetas, sillas o sillones tapizados, bafles, televisores, termotanques, cajas o cajones forrados con papel *contact*, como dice textualmente el informe.

Cada comando, de los cinco que actuarían, saldrían a controlar todos los guardamuebles de Capital Federal y Gran Buenos Aires, pertrechados con uniforme de combate, cascos y agujas colchoneras, para "introducirlas por la parte inferior del elemento y no romper los mismos", reza el informe de inteligencia que también llamaba a "tener en cuenta que pueden existir trampas cazabobos". Lo demás fue coser y cantar, como decía mi querida abuela.

Cuando llegaron al guardamuebles de la calle Malaver 2851, en Olivos, y encontraron lo que buscaban, invitaron a Victorio Graciano Crifacio, el aterrado propietario del depósito, a retirarse a su casa. De ahí en más, el Ejército Argentino atendería el negocio que hacía años daba de comerá la familia del inmigrante llegadodelsurde Italia.

Establecida la vigilancia, y "como resultado de la misma, se procedió a la detención de un DT (delincuente terrorista) en circunstancia en que intentaba retirar dicho armamento". Era Ángel Carbajal, y tras él fueron cayendo todos los integrantes del grupo. Ochodíasdespuéscaía mi hermano:

(NG) PATO o ESTEBAN, Nivel: miliciano, funcionaba en el grupo TEI a asentarse en la Zona Norte del Gran Buenos Aires, fue detenido el 29FEB80, en una cita con un miembro de la BDT en Plaza Once.

Le falta una materia para ser bachiller, y tiene aprobadas dos materias en la Facultad de Derecho.

Militante estudiantil secundario de la JP en 1972. Estuvo en la Conducción Regional 1 de la UES. Pasó a la agrupación estudiantil universitaria en 1974. Se incorpora a la BDT en 1975. Ese año es separado a raíz de que él voluntariamente había perdido el contacto con la BDT. Es detenido en 1977 y posteriormente liberado, sale a Brasil, de donde pasa a España. Allí es reclutado por la BDT a principios de 1979. Realizó curso de TE1 en el Líbano en ABR 79 hasta MAY 79.

Ingresa al país con el grupo TE1 N° 1, y participa en el atentado contra el Dr. Klein. Volvió a salir hacia España a fines del año 1979, reingresando en FEB80 nuevamente en TE1.

Así jalonaba a grandes rasgos la vida de Ricardo este documento que también forma parte de la causa.

Volviendo a los orígenes de esa causa, la aparición en un programa conducido por Mauro Viale del sargento Nelson Ramón González diciendo que había presenciado el fusilamiento del hijo de Marcos Zuker, la sacó del letargo a fines de 1997. Mantuve una reunión con él, junto con la doctora Alicia Oliveira, del Centro de Estudios Legales y Sociales, y Maco Somigliana, del cuerpo de antropólogos forenses, más aptos que yo para desbrozar la verdad de la mentira, en la locuacidad excesiva del suboficial González. Yo le creí cuando me contó que mi hermano no aceptó vendarse los ojos ante el pelotón de fusilamiento. Cayó junto a "un tal Frías", que bien pudo ser Federico Frías, secuestrado en mayo del 80. Según "el zumbo", murió puteándolos por no haber cumplido con la reiterada promesa de liberarlo. "Todos conocíamos el nombre de su hermano, porque se sabía que era el hijo de Marcos Zuker", trata de despejar González cualquier duda sobre la veracidad de su relato.

Aún conmovida por la descripción del fusilamiento, y la afirmación de que sus restos estaban en el Polígono de Tiro de Campo de Mayo, recibí en mi casa un sorpresivo llamado. Se trataba del general Martín Balza, pidiéndome que le transmitiera a mi padre, "un hombre al que todos queremos", que él no sabía nada del caso. Le sugerí que hablara con Nicolaides o Galtieri, que seguramente podían informarlo. Me contestó que había gente "con la que es imposible hablar". Por último, me anunció que al día siguiente se presentaría ante la Justicia junto con la subsecretaría de Derechos Humanos, Alicia Pierini, para que González hiciera sus declaraciones en el ámbito que correspondía. La presentación recayó en el juzgado de Norberto Oyarbide. Tras los hechos conocidos que involucran al juez Oyarbide en un oscuro episodio de comercio sexual, pasó a manos del doctor Claudio Bonadio. A la presentación se sumó Claudia Allegrini, que trabajó y trabaja en aquella subsecretaría, por la desaparición de su compañero Lorenzo Viñas.

Claudia Allegrini nunca se perdonó no haber estado en el momento en que Silvia Tolchinsky hacía su declaración, donde mencionaba las dos veces en que había estado con Viñas durante el cautiverio, antes de que fuera trasladado en uno de los vuelos de la muerte. Es posible que tampoco le haya perdonado su condición de sobreviviente, un síndrome que suele atacar a los familiares de desaparecidos aunque tratemos de exorcizarlo. Y mucho menos que al ser liberada de Campo de Mayo, Silvia se fuera a vivir con uno de sus guardianes. Desde entonces la investigación de Bonadio empezó a nutrirse de teorías conspirativas que tiraban sus dardos al corazón de la conducción montonera.

Cristino Nicolaidis, exjefe del Ejército, atacó en el mismo sentido, como informó la nota del diario *Clarín* a que alude Firmenich. En ella se afirmaba que había sido una integrante de la cúpula de la organización, asistente personal de Firmenich, quien entregó información para desarticular la operación de regreso al país de los montoneros. A cambio, la eficaz colaboradora sería preservada tanto en lo físico, como en lo psíquico y económico. El entonces comandante del III Cuerpo de Ejército se jactó en una conferencia de prensa brindada en la capital de Córdoba en 1981, donde asistieron más de 400 representantes de las "fuerzas vivas" cordobesas, de haber desarticulado dos células guerrilleras que habían logrado ingresar al territorio pese al férreo control de fronteras. "He tenido la oportunidad de hablar con uno de esos delincuentes, y puedo asegurar que tienen un alto nivel de preparación en todos los sentidos", había declarado en medio de una diatriba de tres horas y media contra la subversión, "que está enquistada y agazapada en todos los sectores de la vida nacional".

Firmenich no sale de la indignación:

– Me parece terrible que algunos periodistas repitan la versión urdida por el enemigo. Todo esto es un juego sucio. Nos hicieron la guerra sucia y ahora nos hacen la política sucia con el periodismo sucio y los juicios sucios. Eso está claro. Venir a decir que los culpables de las muertes somos nosotros es una canallada criminal. Te repito, el fondo de la cuestión es muy simple: acá hubo un grupo de gente que luchó por un proyecto político que se perdió – reconoce por fin, aunque con medias tintas–. Desde el balance histórico hay que hacer dos tipos de razonamiento: una cosa es el proyecto político en términos subjetivos y otra cosa la funcionalidad de la resistencia. Si bien el proyecto político fracasó, la resistencia triunfó. Yo creo que en la Argentina hubo siete años de dictadura y no veinte como en Chile gracias a nosotros. Pudo haber delaciones, pero no hubo casos graves de infiltración. El tema de fondo es que la Argentina y los intelectuales argentinos se empeñan en seguir haciendo la guerra sucia contra los montoneros, y vos con estas preguntas colaborás en eso. Lo más grave es que pienses que tu hermano murió inútilmente.

– Por teléfono me dijiste que no te acordabas si lo habías conocido.

– Yo no tuve trato personal con tu hermano. Creo que participé de una reunión donde él estaba.

Evito preguntarle cuándo y dónde porque no me lo va a decir. Se refiere seguramente a una reunión de la que también dan cuenta con precisión los servicios de inteligencia. "En mayo del 79 viajan al Líbano Firmenich, Yaguer y Fernando Vaca Narvaja. Ingresan por Damasco. Se entrevistan con Abou Yihad, a cargo de la rama militar de Al Fatah. Visitan las bases de entrenamiento, y realizan demostraciones y reuniones políticas". Al calor de esas reuniones seguramente lo debe haber visto, y a

lo mejor hasta habló con él. Firmenich nose acuerda.

Le cuento que cuando supe de la caída de mi hermano, siempre imaginé que la ejecución había sido sumaria. Sin embargo, uno de los secuestrados en Campo de Mayo le cuenta ilusionado a Silvia Tolchinsky, en un encuentro fugaz, que están seguros de que van a vivir, que han conseguido una guitarra, que la zamba preferida por todos es "La Pasto Verde", ésa que dice "mil soldados te quisieron...".

Firmenich no está al tanto del tema. Ni siquiera sabía que María Antonia Berger o Adriana Lesgart, dos históricas, también estaban vivas en Campo de Mayo, pese a haber sido secuestradas a mediados del 79.

– Primera noticia que tengo. Yo me enteré de que Silvia Tolchinsky estaba viva en el año 91, después de salir de la cárcel.

Justamente Silvia Tolchinsky me envió una carta poco después de conocernos, donde volcaba sentimientos acerca de su supervivencia.

La primera cosa que quisiera decirte es que lo más duro de todo lo que he vivido y vivo es enfrentar a los familiares de las víctimas. En ese momento soy sólo una sobreviviente, me olvido de que yo también soy familiar, que perdí a mi hermano, a mi marido, a mi cuñada, a mi prima, y cómo no, a muchos de mis mejores amigos. Digo que soy sólo una sobreviviente cargada de toda la culpa de no haber traído algo de la vida de todos los que allí, al otro lado de la vida misma, quedaron. Me obnubilo, se me rompe el alma, me da una tristeza enorme, una gran vergüenza. Siento que debería haber escuchado más, interpretado más, preguntado más.

Mentiría horriblemente si dijese que sobreviví para contar. Nunca voy a saber por qué sobreviví, aunque cada día me lo pregunto. Pero mi vida es pequeña, incapaz de dar testimonio de tanta muerte y de tanta ausencia. Sobreviví porque ellos quisieron que sobreviviera. Sé que se lo fui arrancando segundo a segundo, pero no es distinto de lo que muchos desaparecidos intentaron hacer, seguramente también tu hermano. Porque a pesar de nuestras consignas, ¿quién amaba la vida más que nosotros? Pero a mí no me mataron. No sé por qué sobreviví, pero sé por qué seguí viviendo a pesar de todo. Por el recuerdo de los ausentes, por el amor que les tuve, por mis adorados hijos, por mi familia, por la familia del Chufo, mi primer marido, por mis viejos y nuevos amigos, por mi marido actual al que amo muchísimo, y porque rompieron muchas cosas en mí, pero para nada lograron tocar la relación que fui tejiendo con la vida.

La vida del Chufo es algo que flota entre nosotros, que nos arropa, que enternece nuestra cotidianeidad, que come en nuestra mesa, que asiste a la boda de su hija mayor, que comparte cada instante de nuestra vida familiar. Porque

sabemos cómo fue su muerte, porque está enterrado por nosotros, en una tumba que nadie visita pero que tiene un lugar. No perdono su muerte ni la olvido, pero puedo vivir con ella, es una muerte que me permite recordar su vida. Lo he llorado tanto y lo lloro aún, pero estoy en paz con él porque él de algún modo tuvo paz.

En cambio, mi hermano es un fantasma que flota entre nosotros, pensarlo es imaginar su sufrimiento como si ese sufrimiento fuera infinito, durante más de 20 años cada día es el día de su tortura. No puedo recordar los momentos buenos y malos que compartimos, su dolor lo invade todo. Jamás lo he podido llorar. Lo pienso y no lo puedo imaginarlo sin que el alma se me parta en mil pedazos. Los desaparecidos están muertos, pero saber eso no es suficiente. Uno necesita inscribirlos como muertos para que dejen de ser desaparecidos. La dictadura, los militares fueron dueños de nuestra vida y de nuestra muerte, y hoy son dueños de este sufrimiento que se prolonga más allá de lo tolerable.

Hoy pienso que quisiera servirte de algo, no sólo a vos. Las cosas de mi "segunda vida" no son claras para los que acostumbran a ver en blanco y negro. Que interpretan la historia en clave de héroes y villanos, que en nuestro país se lee en clave de vivos o muertos.

Me duele profundamente tu dolor que no cesa, y me gustada saber si en algo te puedo aliviar. Como información no sé más de lo que dice mi testimonio, pero quizás hay preguntas que quieras hacerme que abran alguna brecha. Ojalá.

Frente a mí tenía al responsable máximo de la organización montonera para tratar de abrir alguna brecha hacia el pasado.

– ¿Cómo te explicás la caída del grupo que integraba mi hermano?

– Las cosas son mucho más simples y menos truculentas. Si vos vivías con él en Madrid, sabrás que se trataba de un proyecto político por encima de todo y una ética de trascendencia donde la propia vida se subordinaba a ese proyecto. Lo que pasa es que hay que hacerse cargo de la verdad histórica. La dictadura tenía múltiples procedimientos para reprimir. Ha habido casos de gente que cayó en una cita, y bajo tortura, en condiciones extremas, cantó. Después los llevaban a la frontera a marcar como "dedos". Se trata de una situación desgraciada, a alguna de esa gente la mataron y a otra no. La mayoría de los compañeros cayeron así. Con que haya un diez por ciento que cante, cada uno canta a diez, y entre esos diez hay otro que canta. Así se va haciendo la cadena... Cualquiera que haya visto la película *La Batalla de Argel* puede entender lo que pasó. Hubo un caso famoso de un tupamaro que entregó a Raúl Sendic. Las cantadas que hemos tenido los montoneros creo que en proporción son menos que las que hubo en otras organizaciones. También hubo "chupados", pero había que ser un gran artista para fingir durante mucho tiempo. Pensar en los

compañeros como unos locos detrás de una cosa absurda es falso. Ni lo del Che en Bolivia, ni lo de los Tupamaros ni el MIR chileno se puede decir que haya sido más serio. La gente luchaba y moría como en toda lucha a muerte, como en cualquier movimiento de liberación que se planteó la lucha armada, y a nadie se le ocurre decir que la conducción del Frente de Liberación Argelino estaba formada por agentes de los servicios secretos. Por eso hablo de una guerra sucia judicial contra la conducción montonera.

– ¿Por qué se habla de un encuentro tuyo en París con Massera?

– Son inventos absolutos.

– Se trata del desprestigio permanente a una persona que ha sido un símbolo de la historia heroica de una juventud maravillosa que entregó su vida sin más ni más– interviene María Elpidia en su defensa.

Su marido la interrumpe:

– El ataque sistemático y masivo de los medios no es inocente ni casual. Desde el punto de vista estrictamente personal mi conciencia está absolutamente tranquila.

– Sesuele cuestionar también tu soberbia...

– Pueden decir que soy soberbio, que soy antipático, que tengo mal humor, pero eso no tiene nada que ver con esta guerra sucia. Mi personalidad es así. De última, si soy soberbio o no, ¿qué? – Vuelve a la carga–. Además esa calificación viene de un panfleto miserable pagado por los servicios de Alfonsín para dar aire a la teoría de los dos demonios que se llama "La soberbia armada" y es obra de otro de los proceres del periodismo de nuestra bendita democracia, que aunque esté muerto, sus larvas de podredumbre permanecen. Porque cuando me preguntás si soy soberbio, también estás hablando de "La soberbia armada". Nunca escuché discutir si Fidel es soberbio o no, si eso tiene que ver con los éxitos y fracasos de la Revolución Cubana. Si mi carácter personal fuera tan deplorable como para perjudicar a un proyecto político, me hubieran quitado del medio. ¿Por qué los compañeros iban a tener de secretario general y líder a un soberbio? Habría que suponer que los otros son estúpidos o que son todos soberbios. Por eso yo digo que la Argentina algún día tendrá que volverse a enamorar de los montoneros. Para después descubrir que no se casan. No importa. Pero hay que blanquear la situación. Esto no fue una historia de servicios de inteligencia, fue una historia nacida del pueblo argentino, apañada por el pueblo argentino, aplaudida y votada por la mayoría del pueblo argentino, y después masacrada por la mayoría del pueblo argentino. Es una conducta social que ha tenido en particular la clase media con sus conductas oscilantes, llenando todas las plazas para todos los colores. Llenó la plaza por la Patria Socialista, por Videla con el Mundial, por Galtieri con Malvinas, después la llenó para Alfonsín contra todos los

anteriores. También la llenó para Menem a pesar de las privatizaciones y ahora la llenó con el cacero lazo. Si se quiere encontrar una salida hay que desterrar esa conducta. Hay que mirar las cosas de frente, que son tan limpias como la guerra del general Belgrano, que nunca fue general de nada porque no fue nunca a una academia militar, pero que se subió a un caballo y peleó como pudo. Organizó ejércitos con su poderosa voluntad, y ahora le ponemos una estatua, lo llamamos general Belgrano, pero él era un abogado con una ideología política, era un militante político. Cuando tuve que declarar en los juicios, aclaré que yo era tan comandante como Belgrano general. Las luchas de los pueblos hispanoamericanos tienen una cultura de herencia hispana, quijotesca, con figuras como el Cid Campeador. Todos los proceres tienen estatuas ecuestres, pero eran hombres de carne y hueso. Somos hijos de esa historia. ¿Sabes cuáles fueron las últimas palabras de Bolívar?: "He arado en el mar". ¿A vos te parece que el balance histórico de Bolívar es el de un estúpido que aró en el mar? Es una constante en la lucha de los pueblos: un nivel de idealismo en el objetivo que no se alcanza en la práctica.

Mi hija, que como casi todos sus coetáneos está enemistada con los políticos, ha seguido con atención las palabras de Firmenich. Mujer al fin, le pregunta qué significa volver a enamorarse de los montoneros. El excomandante se pone más a gusto.

– Tras la apertura democrática hubo una clase política que le dio continuidad a la dictadura durante 20 años, y ésta es la tragedia que vive la Argentina. Tiene que ver con lo que yo llamo la guerra sucia por otros medios. Antes decíamos que la guerra era la continuación de la política por otros medios, según la frase de Karl von Clausewitz. A nosotros nos hicieron la guerra sucia y ahora nos hacen la política sucia como continuación de esa guerra sucia. El tema de fondo es que la Argentina no ha tenido constitución durante décadas. La Constituyente del 94 era la ocasión de superar nuestro trauma histórico, de plasmar un proyecto de nación de largo alcance que satisfaga a todos. Era posible, pero la clase política no estuvo una vez más a la altura de las circunstancias. Fue el pacto de Olivos famoso, y todos ellos se hicieron cómplices. Con la oligarquía se estableció el siguiente pacto: la clase política ejerce el poder al servicio de los intereses dominantes con las mismas políticas de la dictadura. Y la oligarquía se aguanta la corrupción, el enriquecimiento ilícito porque le conviene. Y el pacto incluye la versión sucia de la historia, que le es funcional. Y deviene en esta estabilidad macabra, cuando debió dar lugar a la mayor prosperidad porque nunca hubo una continuidad de 20 años en democracia. No ha servido para nada. Y mucho menos para revisar la historia. La versión acordada es la teoría de los dos demonios, y no hay solución sin rever eso. Porque para cuestionar a la clase política hay que cuestionar la profundización de un proyecto económico que generó tanto dolor y muerte. Entonces hay que decir: "Está bien, todo lo que dijimos sobre los montoneros vale como parte del enfrentamiento. Pero fue una generación que luchó genuinamente por sus ideales, cuyo proyecto no fue compartido por la mayoría de la sociedad, y por consiguiente resultó inviable". Pero como resistencia es tan legítima

como cualquier otra resistencia que ha habido en el mundo. Así se blanquearía la situación. Y todos los que fueron montoneros no tendrían más el complejo de serlo. Está llena de montoneros la política, pero yo digo que están castrados. Ninguno se anima a cuestionar la situación para que no le saquen a relucir lo que fue en el pasado. Tipos como Roberto Perdía, Luis Prol, Dante Güilo, Jorge Obeid. Y Perdía no llega a negar que fue montonero, pero los otros lo han negado. Y han ejercido cargos importantes: Obeid ha sido gobernador, Prol ha sido ministro e interventor en Catamarca, pero ninguno de ellos en el ejercicio de su poder reconoce su pasado montonero. ¿Por qué? Porque negociaron su pensamiento crítico a cambio de poder estar en los cargos y cobrar sueldos. Pero si no se blanquea la historia, la Argentina no tiene solución. Las elecciones no van a servir para nada, va a haber un voto castigo, una abstención gigantesca. O va a terminar volviendo Menem y va a ser peor, más de lo mismo – remata Firmenich, meses antes de que Néstor Kirchner se convirtiera en el nuevo presidente.

Se los nota más que satisfechos, a mi hija y a él. Tanto que me dice:

– Discúlpame si fui muy duro en algún momento, pero soy así.

Podría haber agregado "y qué", pero hubiera sonado casi fanguero. En cambio, relata una anécdota:

– El día en que se cumplieron 25 años de mi ingreso al Colegio Nacional de Buenos Aires alguien se puso a dar un discurso, y de repente saca de la galera una parrafada contra mí. Yo estaba recién indultado. Cuando termina, sólo un tercio de los presentes se pone de pie y lo aplaude. Entonces los compañeros de mi división se ponen de acuerdo. A Viviana Rubinstein le tocaba pasar lista para la entrega de medallas y diplomas, pero antes dijo: "Nosotros queremos recordar a tres personas que van a estar ausentes hoy porque han sido asesinados por la dictadura por ser militantes montoneros. O sea que lo primero que pedimos es que se ponga todo el mundo de pie y se haga un minuto de silencio". Me doy por cumplido y no hago ningún reclamo personal. Después se acercó el presidente de la Asociación de Ex Alumnos para disculparse. "Este hombre ha estado fuera de lugar, pero no lo tome a mal. Mire, si usted no se ofende, le voy a contar algo: en una oportunidad me invitaron a dar una conferencia sobre el colegio en la Peña El Ombú. Cuando me refería a todos los próceres que habían pasado por las distintas aulas, el fiscal Juan Martín Romero Victorica, que estaba presente entre el público, me interrumpió: 'Bueno, termínala, no sé de qué se vanaglorian tanto, que de esas aulas han salido Firmenich, Abal Medina, Ramus y muchos más'. ¿Sabe qué le contesté?: 'Mire, doctor, no se equivoque. Nosotros de los buenos tenemos a los mejores, y de los malos también'"

8 La Pitoca

Antes de volver por última vez al país, Marta y Ricardo supieron, a través del indoblegable Alcides, que esta vez debían separarse de la Pitoca, o Anita, como la llamaron más tarde sus amigos.

Cuando la conocí acababa de cumplir dos años, y era tan dulce que me resultó imposible no amarla de inmediato. Lo primero que me impresionó fue ese par de ojos azules enormes que no se perdían pisada del mundo, sobre una piel tan transparente que podía seguirse el recorrido de las venas, casi tan azules como los ojos. Los finos rizos rubios atados con colitas, enamorada de su Snoopy, y con el dedo pulgar en la boca, las pocas veces en que se quedaba callada. Ella quería saberlo todo, y sus "porqué" eran infinitos.

Cuando me contaron que Pitoca no podría ir con ellos, me pareció una medida atinada. Al enterarme de que habían estado con la nena en Buenos Aires durante el 79, lo consideré un inexplicable despropósito. No dudé cuando les dije: Tara mí sería una gran alegría cuidar de ella, y una manera de sentirlos más cerca".

Estábamos frente al mar Mediterráneo, en Altea, durante el primer día que pasamos juntos antes de la despedida. Pese a la gravedad del momento, me parecía ridículo verlos tirados sobre la arena con sus atuendos montoneros, de camisa celeste y campera negra en medio de la playa. De tan flacos que estaban, parecían nadar en su uniforme. Se los veía tan cambiados, me costaba reconocerlos. Ellos que, juntos o separados, eran tan graciosos, me miraban ahora con esa expresión reconcentrada, casi distante, como más allá del bien y del mal.

Marta me dijo que no, y sus ojos nunca me parecieron tan verdes, como el color del Mediterráneo en ese instante. "A la nena le va a hacer muy bien pasar un tiempo en La Habana. Yo ya le conté que iba a ir al país de los niños. Pero quiero hablar con vos de algo más importante"

Sabia que era inútil insistir, ni sobre ese tema, ni sobre ningún otro. Ocieries que volver a arriesgar sus vidas era un suicidio, que la nena los necesitaba, que iba a sufrir demasiado la separación, que si se quedaba conmigo en Madrid iba a conservar a todos sus amigos. Pensaba que así su vida no se iba a trastocar tanto.

No me acuerdo de si usé esos u otros argumentos, que se estrellaron como las olas tan próximas, contra la decisión tomada.

– Queríamos decirte que en caso de que nos pasara algo, yo no quiero que mis viejos se hagan cargo de ella. Jamás van a poder entender lo que hacemos, y además son pequeño– burgueses reaccionarios – agregó Marta con dureza, para luego

preguntar con mucha seriedad– : ¿Vos asumirías esa responsabilidad?

Estábamos hablando de su muerte, y el nudo en la garganta me asfixiaba. Me abracé a ellos, y les dije que si.

– Cuidaré de Ana Victoria durante toda la vida – les respondí sin vacilaciones, sin prever tampoco hasta qué punto sería imposible cumplir con esa promesa.

– Entonces firmaré un documento a la organización para que te sea entregada si a nosotros nos...

Mi llanto no le permitió seguir hablando. Ellos no lloraron, aunque el cristal de los lentes que Ricardo debía usar por su creciente miopía estaba empañado.

Un mes después, la Pitoca fue llevada desde Madrid a la isla con forma de caimán por Estela, junto con Fernanda, de cuatro años, y Ana, la Colorada, que tenía seis meses. Eran las hijas de Mario Montoto, conocido como Pascualito mientras ejercía de secretario y apoderado legal de Mario Firmenich y padrino de su hija mayor, su primera mujer, María Inés Raverta, Mecha, también viajaba en ese vuelo a La Habana. Poco después sería asesinada, tras dejar a sus hijas en la guardería. La mataron en Perú, en medio de una operación fallida de los servicios de inteligencia para secuestrar al número dos de la conducción, Roberto Cirilo Perdía, que salió ileso de la emboscada. No corrió la misma suerte Noemí Gianotti de Molfino, que apareció asesinada en un departamento de la calle Tutor, en la capital española, como ya contamos anteriormente.

Las autoridades del Aeropuerto de Barajas no opusieron reparos cuando Estela entregó su documentación y la de Pitoca, como si fueran madre e hija. Tampoco lo tuvo la mamá verdadera de Fernanda y Ana. Cada pasaporte debía ser una prueba de fuego para sus portadores, y un mérito para quienes los habían elaborado. Más aún pensando en los desafíos por venir en territorios menos permeables, sobre todo tras saber a través del huido Roberto Perdía que el camino de salida de la capital española estaba despejado para ellos.

Pitoca llegó el 2 de febrero de 1980, con otro nombre que nunca pude conocer, a la guardería cedida por el Gobierno cubano, La Casita de Caramelo, que quedaba en Miramar, en 14 entre 3ra. y 5ta., a dos cuadras del mar. Allí los hijos de los militantes argentinos aguardarían el retorno de sus padres al calor de la revolución castrista. Había entre quince a veinte chicos de edades variadas, desde la Colorada, que tenía seis meses, hasta María Inés Firmenich, que si bien vivía con su papá, pasó gran parte de sus primeros seis años entre esos chicos. Ellos sabían que sus papitos estaban luchando para que los malos se fueran pronto del país, y todos pudieran volver a estar juntos. De hecho, el juego predilecto de los mayorcitos era reproducir esa guerra armados con palos. Ninguno quería hacer de malo porque les tocaba perseguirlos

buenos, un simbolismo difícil de sobrellevar. Competían también acerca de cuál de los padres había vivido o muerto de manera más gloriosa. "A mi papá lo mataron peleando", decía uno, y Pitoca debió contestar más de una vez: "Mi mamá y mi papito Ricardo están peleando en la Argentina, pero cuando ganen van a venir a buscarme"

Susana y Estela estuvieron a cargo del cuidado excluyeme de los chicos, que les decían tías para que todo fuera más familiar. Ambas idealizan qutzásen exceso lasbondadesde esa convivencia.

"Yo no me acuerdo de ningún chico que preguntara por sus padres con insistencia. Imagino que se daban respuestas entre ellos. Por eso los juegos: era una manera de estar más cerca de lo que estaban viviendo sus papás", explica con naturalidad Susana, cuyo marido había sido asesinado pocos meses antes en Argentina, junto con Horacio Mendizábal. Para ella y sus dos pequeños hijos, Virginia y Diego, la guardería debió significar un refugio tras la enorme pérdida de ese hombre que todos recuerdan como un gran cuadro. Armando Croatto, Petete, trabajaba en la rama sindical, y dicen que siempre se jugó por los compañeros.

Virginia se parece mucho a él. "Tengo la misma cara de gringuita" Es cierto. Se nota que también heredó su entusiasmo, cuando habla aúna velocidad que me obliga a pedirle por favor que vaya más despacio. Y también su valentía: tuvo una larga militancia en la Agrupación Hijos, y muchos no olvidan su postura siempre combativa. "Mi hermano y yo fuimos veteranos en la guardería".

Se refiere a que permanecieron allí junto a su madre hasta el año 83, cuando ya no quedaban otros chicos. No era lo mismo: "Me había acostumbrado a vivir con todos ellos. Aún hoy me cuesta mucho estar sola".

Pero su paso por la guardería no sólo le dejó esa vocación comunitaria. Fueron tantas y tan indelebles las experiencias vividas en La Habana que tiene hace varios años el proyecto de hacer un documental sobre el tema, desde que egresó de la Escuela de Cine de Avellaneda. Será por eso que sus relatos contienen un mundo de imágenes, cuando empieza por dibujar un plano de La Casita de Caramelo: "Justo acá a la entrada había una gran pecera con muchos pescaditos de colores".

Virginia, que tenía la misma edad de la Pitoca, compartía con ella casi todos los juegos. Ambas vivían pendientes de Orito, un pez dorado que daba unos saltos tan altos que más de una vez tuvieron que levantarlo del suelo.

"Hasta que un día desapareció. Se ve que saltó por la ventana, porque a los dos días lo encontramos muerto en el jardín. Siempre había muchos menos ehicosque nenas, y los varones se burlaban de nosotras cuando decidimos enterrarlo todas juntas, llorando a moco tendido. Nos gustaba mucho jugar en el patio, donde había dos grandes árboles de mango. Estaba lleno de lagartijas y babosas. También había

arañas enormes. Mireya, la cocinera negra, nos explicaba que estábamos en un país tropical. Así que nos acostumbramos, y hasta jugábamos con los bichos".

No era que les faltaran juguetes. Virginia conserva todavía alguno, como la muñeca negra que perdió uno de sus aretes o el maletín rosadondeya no queda maquillaje. "Había una cubana negra y gorda que se llamaba Dulce", un nombre que según Virginia la pintaba de cuerpo entero. "Vivía a dos casas de la nuestra, y muchas veces venía a cuidarnos. Ella nos hacía todos los vestiditos para las muñecas".

Virginia no era la única que se enojaba cuando los más grandes las gastaban por no saber "la marchita" entera. Lo que más les costaba era la estrofa añadida por los montoneros:

Con el fusil en lo mano

Y Evita en el corazón,

Montoneros, Patria o Muerte,

Hasta la liberación.

Entre sus imágenes aparece ahora la calesita que había en el patio de cemento. La habían pintado de celeste y blanco, los colores de la patria. Y los *Billikeny Antejito*, aunque a Virginia le extraña lo de *Antejito* porque "en todos los números hablaban de las gloriosas Fuerzas Armadas"

De repente se acuerda de Chachi, un nene más chiquito que no sabía abrocharse el pijama. Ella tuvo la paciencia de mostrarle cómo se hacía, y estaba tan nervioso cuando lo consiguió que gritaba: "¡Ya enseñé, ya enseñé!".

Ahora pasa a los carnavales: "Me acuerdo del malecón lleno de caretas colgadas de los postes de luz. Nos encantaba que nos llevaran a caminar por ahí".

También les gustaba ir a la Plaza Zapata, "que tiene una estatua de Emiliano, un revolucionario mexicano al que los cubanos adoran". O al club del Teatro Kart Marx, para ver competir a los esforzados deportistas. O andar en monopatín, "que nos gustaba a todos".

Uno de los paseos preferidos consistía en ir al acuario: "Había focas, peces espada... Pero el que más nos fascinaba era el manatí. Ahora sé que es un 'sirenio herbívoro que puede medir hasta cinco metros'. Pero nosotros nunca habíamos visto un animal como ése. Tenía bigotes como las morsas, estaba siempre debajo de un chorro de agua, y en lugar de pies tenía una cola como la de las sirenas. No sé si será cierto, pero allá nos explicaron que el mito de las sirenas se inspiró en estos bichos tan

feos".

Y hablando de cuentos, le viene a la boca el nombre de su "tía Estela", como sigue llamándola desde aquellos tiempos.

Estela, que, según Virginia, era tan cariñosa con los chicos, había estado presa. Después le dieron el derecho constitucional de opción para salir del país, reservado para quienes no tenían antecedentes. Se fue a Madrid. La conocí por entonces, muy joven y ansiosa por respirar los aires de la recién nacida movida madrileña. Con dudoso tacto, no bien llegó le propusieron su integración a las acotadas huestes de la Contraofensiva.

"Me negué a poner el cuerpo. Después de la cárcel, estar con veinte chicos era más fácil que agarrar un arma, y así seguía trabajando para el proyecto desde un lugar que me bancaba. Además, siempre tuve culpa hacia aquellos que habían tomado el máximo compromiso"

Estela sigue siendo joven. Su cara tiene una belleza especial, y recordé que en Madrid hubo más de un par de argentinos conspicuos ansiosos por conquistar su corazón. Hoy es médica, y vive para una beba que adoptó hace muy poco, y que es el sol de su vida. Aunque a veces lo tape esa vieja culpa de estar vi va, presente en casi todos los testimonios que he recogido y en mis intermitentes descensos al infierno. Otra dimensión de la tragedia, exacerbada en muchas ocasiones para alimentar el ansia de venganza, una práctica que no estuvo ausente cuando la conducción montonera reclutaba gente para la agónica Contraofensiva. Algo así como tira ríos con los muertos a la cabeza, me graficó alguien que rehusó el convite formulado en México.

Silvia Tolchinsky, la única sobreviviente del horror de Campo de Mayo, en su condición de secretaria técnica del *bureau* montonero, tuvo a su cargo la responsabilidad de armar y organizar la guardería en el año 79, para albergar a los hijos de quienes volvían al país para encarar la Contraofensiva.

"Teníamos que planificar todo lo referente a la educación y la salud. Al principio fue complicado. No teníamos transporte hasta que Fidel nos regaló una guagua, que como era rusa tenía calefacción. Hasta ese momento había que hacer una movida terrible para llevarlos todos los días al jardín de infantes. Recuerdo un fin de año, el único que estuve en Cuba. Lo celebramos en la Comandancia. Había que ir a buscarlos y luego traerlos. Creo que esa noche hice por lo menos cinco viajes. Hasta me paróla policía cubana"

Silvia también supervisaba que los chicos no perdieran su vinculación con los papas que estaban en la Argentina. Ella misma ayudó a armar las carpetas blancas con cada inicial en color, donde cada uno guardaba fotos, cartas o cuentos que los padres

habían dejado escritos para ellos.

Con las fotos y esos cuentos, Estela, encargada casi siempre de la ardua tarea de dormirlos, se ponía un mechón de pelo a manera de bigote como el que usaba el papá de alguno de los chicos, y le leía el cuento que le habían dejado.

Para Silvia Tolchinsky, "las horas de dormir eran las más difíciles. La mayoría de ellos eran muy chiquitos, rondaban los dos a cuatro años. Casi todos se meaban en la cama"

"Cuando dejé a mis tres hijos en la guardería, la despedida fue desgarradora. Julieta era la mayor. Tenía ocho años. Había perdido ya al padre y a la madre. Estaba enojada, furiosa. Sentía que debía ser el la la que cuidara de sus hermanos, y no los adultos que estaban allí. Además, ¿qué chico puede adaptarse a un orfanato, aunque éste sea parte de una causa y te traten de maravillas? El día que los dejé, la mirada de Julieta era de un dolor tan profundo que no la puedo olvidar. Juan no quiso despedirse de mí, y Laurita, la más chica, me pedía ir a casa y no me soltaba la mano"

Los chicos tenían mucha razón al sentir miedo. Silvia Tolchinsky fue secuestrada meses después en el paso fronterizo Las Cuevas, en Mendoza, cuando intentaba salir del país para volver a reunirse con sus hijos. Cuenta que en ese momento atroz sólo pensaba que le iban a sacar la valija donde llevaba ropa comprada para ellos.

"No podía sacarme de la cabeza los tres pares de zapatos que nunca llegaron a estrenar ni Juan, ni Laurita, ni Julieta", cuenta Silvia de ese momento congelado en su memoria. "Sabía que me iban a terminar agarrando, y creo que hasta sentí cierto alivio. No tenía más fuerzas para seguir huyendo"

Mientras tanto, la Pitoca se despertaba todos los días muy temprano para desayunar, aunque después en el círculo, como se llama a los jardines de infantes donde las trabajadoras cubanas dejan a sus hijos a partir de los seis meses, volviera a hacerlo. En el círculo o "camifito", como también le dicen, la Pitoca alternaba con ellos, compartía canciones basadas casi siempre en la mística revolucionaria, pero cuando volvían en fa guagua las cambiaban por canciones argentinas, como una que a ella le gustaba tanto porque la cantaba con su mamá, "El brujo de Gulubú"

Ya por entonces Pitoca enhebraba las primeras narraciones, nutridas de su inagotable mundo de fantasías. Es lo que más recuerdan de ella quienes la cuidaban e incluso hay gente que no la conoció, pero supo de su verba inagotable. Un vocabulario más rico que el común, la buena dicción, y sobre todo la versatilidad con que describía sus peripecias, del país de las maravillas al Parque Lenin, recalando casi siempre en una mención a sus papitos. Tal vez contaba cómo le gustaba que le dijeran

"hola, bonita" cuando la despertaban para compartir con ella la vida, antes de abandonarla.

Ana Victoria también almorzaba y dormía la siesta en el círculo. Las iban a buscar a las cuatro de la tarde, en la famosa combi legada por los rusos. Entonces agarraba su sillita, que tenía identificada por la figura de un payasito. La consigna era no compartir ni la silla ni el vaso a causa de los parásitos, un problema que a la poderosa maquinaria de salud cubana le cuesta combatir. Así que la Pitoca andaba con la silla a cuestas hasta que llegaba la hora del baño diario, que sólo incluía el lavado de cabeza día por medio. Después venía la cena, que también se servía temprano. Se sentaban todos en unas mesas largas y bajitas. La comida no era muy variada: arroz con frijoles de todos los colores, más arroz, "puelco", como le dicen al cerdo los cubanos, de nuevo arroz en croquetas, aunque a veces eran de carne, y bananitas fritas en todas sus formas, que preparaba diariamente la cocinera cubana. También a eso había que acostumbrarse, aunque Estela señala que hasta iba la conducción montonera, porque era donde mejor se comía.

Había días especiales. Los de los cumpleaños, que se celebraban todos los meses. O cuando iban a la playa o al acuario los fines de semana. Pero había días más especiales todavía, que coincidían con las efemérides que fueron jalonando la historia argentina. Tenían un mástil chiquito donde se izaba la bandera azul y blanca, con el radiante sol en el medio. Una vez por semana iba una compañera con residencia en La Habana, que sabía mucho de nuestra historia. Se trataba de la sobrina del dramaturgo Roberto Payró, Analía Payró, y su misión era mantener vivo el vínculo con la patria.

También una vez por semana llegaba el psicólogo argentino Juan Carlos Volnovich, cuya visita era esperada con ansiedad por las responsables, Susana y Estela. Las orientaba sobre los problemas más habituales: los que se hacían pis, los que se negaban a hablar, los que no se podían dormir a la noche. Después compartía juegos con ellos, y a veces también aceptaba gustoso quedarse a cenar. Volnovich explica que la realidad de todos estaba impregnada por el terror, pero que algunos presentaban síntomas más evidentes. Un caso emblemático fue el Gabi, el hijode Alberto, que tenía menos de dos años cuando sus padres viajaron en mayo de 1979 a la Argentina, como parte de las Tropas Especiales de Infantería. Como conté anteriormente, parecía autista, se sentaba en una sillita y miraba la pared. No quería relacionarse con nadie, ni siquiera con el Luche, tan simpático, flaquito y con piernas muy largas, que había llegado junto con él y tenía la misma edad. Poco después, mientras lo peinaban, se le cayó un gran mechón de pelo. Volnovich considera hoy que fue la señal de salida de su retraimiento. Para él, resultaba un desafío mitigar la tristeza de los chicos. Así fue que un día que estaba de visita en la casa de unos militantes chilenos, se encontró con Silvio Rodríguez, que por entonces recostaba su inspiración en la hija de los dueños de casa. Ella era esa mujer clara "que amo y me ama, sin pedir nada, o casi nada, que no es lo mismo pero es igual...".

Con la generosidad de un enamorado, ni bien supo de la necesidad de alegrías que tenían los chicos, se ofreció para ir a cantara La Casita de Caramelo. Nadie se olvidó de su llegada, junto con otros dos compañeros de la Nueva Trova, el sábado siguiente. Después de desgranar sus mejores canciones e incluso improvisar una ronda de despedida con la población infantil, el comandante Mario Eduardo Firmenich no desaprovechó la oportunidad de lucirse, y como no podía ser menos, tomó su viola para entonar algunos tangos. Cuando llegó la hora de ir a dormir de los chicos, el Pepe la había emprendido con un repertorio más telúrico de zambas y chacareras, hasta que Silvio dio claras señales de su deseo de partir.

Así fueron pasando los meses de Ana Victoria en La Casita de Caramelo. Si bien no puedo precisar cómo llegaron a mis manos, hay dos fotos que la muestran en el jardín de la guardería. En una de ellas se la ve en un sube y baja, mirando fijamente a cámara. No sonríe. Su expresión es grave, casi como la de una pequeña montonera.

Un día llegaron a buscarla sus abuelos. Faltaba poco para su cuarto cumpleaños, el 3 de diciembre de 1980.

No llegó a cruzarse con quien años más tarde sería su compañero de banco en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Cuando Mario Javier Firmenich, hijo del secretario general de Montoneros, desembarcó en La Habana en enero de 1981 ya había cumplido los cuatro años. Hoy tiene veintiséis. Ha crecido, aunque no demasiado en altura física. Es morrudo como el padre, pero mucho más pequeño. Al verlo recordé una frase dicha por aquél en 1977, durante una nota periodística concedida desde algún lugar del mundo a un entrevistador de lujo, Gabriel García Márquez; "Los hijos son nuestra retaguardia". Ahora tenía la oportunidad de confirmar si el suyo se había encuadrado en la vida de acuerdo con ese mandato.

Sabía ya algunas cosas sobre Mario a través de las compañeras que Anita y él tuvieron en el colegio, que juzgaban esta vecindad como una cita a ciegas del destino. Cuenta Lulu, para quien Anita era su amiga preferida, que nunca pudo olvidar una escena que le pareció terrible. Habían ido juntas a la Plaza de Mayo en una hora libre. Anita estaba por cumplir 16 años, y se puso a llorar desconsolada.

"Me gusta Mario¹, me dijo, y no había forma de hacerla parar de llorar. Esa cercanía con alguien de su pasado, para ella, era muy difícil de aceptar simbólicamente. En Ana había una profunda fisura entre lo que correspondía por la historia de sus padres y el despecho por haber sido abandonada. Hubiera sido fundamental saber a tiempo que la habían amado mucho y la verdad sobre su ausencia", no deja de emocionarse Lulu cada vez que habla de ella, así como tampoco ha dejado de extrañarla.

Para Anali, que también integraba el círculo de amigas íntimas de Anita, Mario

es un buen pibe, "medio perdido mentalmente"

Anali incluso tuvo un noviazgo con él, así que lo conoció más en profundidad. Además lo considera un chico muy culto.

"Estábamos en el colegio cuando el padre salió en libertad con el indulto de Menem, y muchos le decían que su vieja era un traidor". Anali agrega de su peculio que la relación entre padre e hijo era de amor y odio.

La voz de Mario Javier, como lo distingue su mamá, suena emocionada al contarme que fue compañero de Anita desde primer año. Él no ignoraba que su padre había trasegado esas mismas aulas. Anita, en cambio, se enteró recién a los 18 años que también su padre biológico, Isaac Dricas, el Pato Fellini, había sido alumno del Buenos Aires, antes de suicidarse con la pastilla de cianuro arriba de un colectivo, para evitar una pinza en la zona oeste del Gran Buenos Aires, en octubre de 1976. Anita nació dos meses después.

Mario, que no sabía nada de esto, sigue con su relato. "En el momento en que nos hicimos más amigos fue en quinto año. Lo éramos hasta ese momento, pero entonces pasamos a formar parte del mismo grupo. Yo no conocía nada de su historia. Te voy a contar una anécdota: nosotros nos sentábamos en el mismo banco, y un día estábamos hablando. De repente me dice: 'Sabes que yo viví en la misma casa en que vos viviste en Cuba, en La Casita de Caramelo! Me quedé muy impactado. Hacía cinco años que nos conocíamos, y era la primera vez que hablaba de eso, por lo menos conmigo. Yo sabía que ella no tenía padres, que vivía con los abuelos, pero no podía imaginarme lo que me contaba. Me pidió que yo averiguara a través de mi viejo sobre sus viejos, qué podía saber él, qué podía recordar de ellos. Le pregunté. Me contó cosas de la personalidad, que su papá era muy gracioso, no sé qué, no sé cuánto. Y que había sido la primera en perder a sus dos padres mientras estaba en la guardería, que se había quedado sola, y entonces sus abuelos habían ido a buscarla".

En realidad había perdido tres padres, "un linaje maldito", como dijo Martín Caparros, quien escribió su primera novela *No velas a tus muertos* en memoria de su mejor amigo, el Pato Fellini.

También le hago saber del documento firmado por Marta para que la nena me fuera entregada. Que cuando los abuelos llegaron a La Habana tuvieron que quedarse quince días en el Hotel Riviera, en pleno Malecón. Les traían a la nena al hotel. Keco y Luisa la llevaban a tomar un helado, más que seguro a Copelia, o le compraban algún juguete. Sólo la dejaban con ellos un rato y después la volvían a llevar a la guardería. Susana me contó que fue una situación violenta para ella y seguramente para los abuelos, aunque no para Pitoca, "que aceptaba sin chistarlas idas y vueltas"

Mientras tanto, se analizaba el caso. También a Volnovich le tocó hacer su

evaluación, y en más de una ocasión señaló que podría ser terrible entregarlos a esos abuelos biológicos que jamás iban a reivindicar la pasión heroica de sus hijos, y los condenarían al silencio. "Lo vi rápidamente", dice con la zozobra de no haber podido evitarlo.

Durante esos días a Pitoca le debe haber costado mucho más dormirse por la noche. En la oscuridad, escuchaba la voz de Estela contando el cuento de María Elena Walsh sobre Daílan Kifkí, ese tierno elefante que todas las noches lloraba despacito, para no despertar a nadie. Mientras tanto, miraba hipnotizada la brasa del cigarrillo que Estela fumaba en la oscuridad. Sabía que cuando se apagara, tendría que empezar otra vez a luchar contra sus propias lágrimas.

Vicky Kornblihtt, la mejor amiga de mi cuñada Marta desde la infancia, y también del Pato Fellini y del Pato Va rieté cuando todos militaban en la UES, conoció a Anita en Madrid. Tenía apenas un año, y Vicky recuerda que Ricardo era un amante papá para ella, tanto que le había enseñado a recitar la formación del equipo de sus amores, San Lorenzo. "La tenía totalmente aleccionada", dice Vicky de esa relación que le pareció "divina".

Lástima que no la llegó a escuchar cantando "Maradona no se vende, Maradona no se va, Maradona es del barrio, del barrio de la Paternal" parada encima de una silla. Durante la accidentada primera etapa de la Contraofensiva, en el 79, Ricardo violaba todas las normas de seguridad para ir a ver jugar al Diego en Argentinos Juniors, y solía llevarla con él. De regreso en Madrid, compartían el showfútbolero, mientras Ricardo se le caía la baba por el homenaje al Pelusa y por el fervor que ponía sudiscípula.

Vicky asegura que durante esas veces que se vieron en Madrid, cuando ella viajaba desde Milán para ver a los cumpas, siempre los vio alejados de la política.

"La chiquita era el orgullo de la casa. Marta pensaba poner una peluquería, aunque me confesó que estaba muerta de miedo porque el Pato había vuelto a relacionarse con la organización. A los dos meses decidieron volver", trata de aclararme Vicky lo que para ella sigue siendo incomprensible. Sólo le encuentra una explicación: "Marta lo hizo por seguirlo y por limpiar su culpa ante el Pato Fellini, un duro que no le hubiera perdonado nunca haber abandonado la Argentina".

Vicky recién volvió a ver a Ana Victoria a los dieciocho años, cuando decidió que había llegado el momento de mostrarle las cartas que había intercambiado con su mamá a lo largo de la vida, fotos y una reseña de los buenos y malos momentos compartidos. Apenas logró entrar en confianza, Anita le confesó que cuando la hora del cuento terminaba en La Casita de Caramelo, todos los chicos lloraban, menos ella.

Tal vez fue desde entonces que el insomnio la persiguió sin tregua. Lulu, que

era su confidente, me contó que Ana nunca se podía dormir. Entonces leía muchísimo o se ponía a escribir con letra desprolija y redonda, hasta que el sueño la vencía al arrullo de Pink Floyd. Una vez escribió una historia de un tipo al que le pasaba lo mismo que a ella. Sólo que en la desesperación de no poder cerrar los ojos, llamaba a la operadora, que le cantaba el arorró hasta que conseguía dormirlo. Por supuesto esa voz de mujer se convirtió en una obsesión. El insomne iba a esperarla todos los días a la salida del edificio donde trabajaba. Finalmente terminaba como una buena historiadeamor.

Marito Firmenieh tampoco tenía idea de que los abuelos habían preferido decirle que su papito y su mamita estaban juntando platita en otro país para venir a buscarla, y que cuando justamente estaban por llegar, se cayó el avión en que viajaban. Una mentira inútil que sostuvieron hasta casi terminar la escuela primaria, cuando su tía Laura, la hermana de Marta, no tuvo más remedio que decirle que sus padres estaban desaparecidos.

Iba, desde el jardín de infantes, al Normal N° 1, en Córdoba y Riobamba, a dos cuadras de la casa de los abuelos. Martín Cormick y Mariana Casullo, sus compañeros de grado, eran los únicos que sabían a través de sus padres, que habían sido militantes, que Ana Victoria era hija de desaparecidos.

Pero de eso no se hablaba, y mucho menos en esa época y en ese colegio, en que muchos padres pensaban que "el proceso" era lo mejor que le podía haber pasado al país para terminar con peronistas y subversivos al mismo tiempo. Donde las autoridades, aun en plena primavera alfonsinista, agotaron todas las instancias antes de proyectar la película *La república perdida*, se acuerda Martín Cormick, que llega a la cita con pantalones cortos, alto, rubio, ojos claros y una cara de chico bueno que es su mejor presentación. Hoy joven abogado, y tal vez por eso, defensor a ultranza de Anita durante toda la primaria, cuenta que por lo bajo circulaban versiones acerca de su pasado.

"Yo no me animaba a hablar con ella porque no tenía la menor idea de cuánto sabía de su historia"

También hace hincapié en la notoria sobreprotección que los abuelos ejercían sobre ella.

"Un día se organizó un cumpleaños, y mi vieja y otras madres eran las encargadas de trasladarnos en varios autos. Cuando llegó la abuela con Ana, quería saber el lugar donde íbamos a estar, el número de teléfono, y pidió insistentemente que la cuidaran. No faltó quien dijera después 'qué hinchapelotas', y mi mamá tuvo que explicar que no era la madre sino la abuela...".

Mariana Casullo quisiera dar vuelta la marcha del tiempo para

podervolveraestareercadeAnita.

Las unía el espanto. Ambas eran hijas de montoneros, llegadas del exilio, adiestradas para ocultar esa condición, bajo peligro de ser señaladas con el dedo. Mariana tuvo que trabajar más que Demóstenes para perder esa chingada tonada del DF mexicano, donde había nacido gracias a la amenaza de muerte de la Triple A que condenó al exilio a sus padres, Nicolás Casullo y Ana Amado.

A Mariana todavía le cuesta dominar con su voz el murmullo de las olas. "Me quedó una gran culpa por no haber podido hablar con ella. Tampoco pude decir nada cuando se cumplieron los diez años de egresados de séptimo grado. Todos pensábamos en Ana. Nadie pudo decir una palabra. Tendría que haber sido yo porque éramos muy amigas". Empezaron a dejar de serlo por una aciaga confusión, que aún hoy abochorna a Ana Amado, la mamá de Mariana Casullo, con quien tuve el placer de trabajar en Editorial Perfil, recién llegadas las dos del exilio, masticando más piedras que el orador de Atenas.

Mariana se parece a su mamá. Es menuda como ella, y parece muy frágil, ahora que con una voz pequeñita, conmovida, desanda el camino hacia esa niñez que para ella tampoco tuvo nada de idílica. "Cuando éramos chicas, casi siempre era yo la que me quedaba a dormir en casa de los abuelos, y hacíamos los deberes juntas"

Ya entonces los Libenson eran más hospitalarios con las chicas que con los varones. Un día Mariana llegó con un video cuyo título prometía una de piratas. Tener video en casa era una novedad, y un amigo de Ana Amado había grabado para la nena esa cinta en Nueva York. Para hacerla corta, se trataba de una película porno cuyas imágenes Mariana todavía tiene grabadas en la cabeza. Inocentes, hacían avanzar y avanzar el flamante control remoto para ver cuándo apa recían los piratas.

La que apareció fue la abuela de Anita, Luisa Libenson, con sus premonitorios miedos a cuestras. Fue muy difícil mitigar su indignación. "Llamó por teléfono a mi mamá y le dijo de todo".

Ana Amado trató de explicarle que el video era de un amigo, y que no creyó necesario chequearlo porque en el lomo anunciaba Sandokan.

Para colmo de males, el ex montonero Nicolás Casullo era paciente del abuelo de Anita, médico gastroenterólogo. Después del episodio fue a su consulta. Se sintió tan fríamente tratado que prefirió cambiar de especialista. Dicen que filosofó el filósofo: "Además de ilegales, pornógrafos..."^{vii}.

En algún lugar del rompecabezas Mariana piensa que, más que el video porno, el pasado de sus padres fue el mayor obstáculo que se impuso sobre el vínculo tan fuerte que las unía. Por más que a veces Anita se pusiera tan tensa durante las

discusiones, sobre todo cuando se trataba de una traición o una agachada de algún compañero. "Aunque estuviera muy enojada, nunca la escuché gritar", evoca Mariana, a quien siempre le costaba mucho decidir de qué bando ponerse en medio de esos enfrentamientos.

Tanto Martín como Mariana coinciden en que durante la escuela primaria Ana era la más buena del grado. Que siempre estaba pendiente de los demás. Que se llevaba muy bien con los varones, aunque no se le haya conocido ningún noviecito. Pero que casi todos la miraban como distinta, diferente.

"La respetaban y la querían, pero no estaba integrada. Aunque trataba de mostrarse alegre, en general era muy melancólica", devana Martín, que a punto de cumplir veintisiete años, sin embargo conserva la mirada franca y transparente de entonces. "Eran pocas las veces en que se reía. Ahora la vería como demandante de afecto", redondeaba adulto.

A Mariana la culpa no la abandona. Piensa que ellas podrían haberse ayudado mutuamente a poner en palabras la angustia que sentían.

Con el mismo y crucial interrogante, en 1981 tomé la irresponsable decisión de volver a Buenos Aires junto con Héctor, mi pareja. Emilio Mignoneme había llamado a Madrid para avisarme que Ricardo había sido visto en Campo de Mayo. Traté de comunicárselo a Zuker, pero su recalcitrante esposa chilena y pinochetista me contestó resuelta que no pensaba decírselo porque "es inútil. Tú sabes que Ricardo no está preso, sino desaparecido. Lo sabes bien, así que por favor, por la salud de tu padre, no toques ese tema que le duele tanto", ampliaba mi madrastra en una carta posterior.

No bien llegué, un amigo con "contactos" me aconsejó que me fuera. De lo contrario, me iba a pasar lo mismo que a Ricardo. Los servicios sabían de mi estancia en una casa de funcionamiento montonero. ¿Qué hacer, qué puertas golpear? No encontré ninguna, y sí el terror de estar en la mira del enemigo.

Sólo tuve tiempo de ir una vez a llorar a la tumba de mamá. Fue cuando se acercó ese cuidador:

"Señora, yo le quería decir que el año pasado estuvo viniendo un pibe que se quedaba horas. Nunca me voy a olvidar de cómo lloraba. Mire que uno acá está acostumbrado, pero éste no paraba. ¿Es pariente suyo?".

Se me aflojaron las piernas. ¿Habría sido ese guardián de los muertos el entregador? Le contesté que sí. Luego huí por los senderos de la Chaca rita hasta encontrar una salida. Me costó mucho. Será por eso que no volví nunca más. Como decía la canción que Ricardo se pasó escuchando durante tanto tiempo: "No es que no

vuelva porque te he olvidado o, es que perdí el camino del regreso, mamá".

En ese estado de ánimo, me enteré de que estaba embarazada. Así que tuve que encontrar tiempo para casarme con Héctor, el padre de mi hija. Era una manera de darle una alegría a la familia. La de él. La mía ya no existía.

También estuve con Ana Victoria, aunque para conseguirlo sus abuelos me exigieron un pacto de silencio. Debía convertirme en cómplice de su mentira.

La Pítocha, que era tan frágil, había engordado mucho a costa de llenarse la boca con cualquier cosa ya todas horas. La tuve en mis brazos, la acaricié, la mimé y le dije cuánto la extrañaba. "La loquita", como le decía Ricardo por su lengua desatada, sólo contestaba con monosílabos. No volví a verla hasta el 3 de diciembre del 83, cuando cumplió siete años. La fiesta se hizo en una suerte de *pent-house* que tenía el edificio para esas ocasiones. Esta vez el precio a pagar fue más alto. Sólo pude darle un beso, entregarle su regalo, y luego conformarme con mirarla desde lejos. Demasiado para el cuerpo, como se decía en España, de donde acababa de llegar. Me negué a ser extorsionada, a convalidar un engaño. Me dio mucho dolor dejar de verla, pero había que seguir adelante con la vida, la mía y la de mi hija. La vuelta a Buenos Aires, ya separada del padre de mi hija Flor, fue un duro desafío. Cada mañana tenía que encontrar las fuerzas para levantarme de la cama, en esta ciudad que ya no era la misma, sin mamá, sin Ricardo...

Supe que Ana Victoria había ingresado al BuenosAires a través de los padres de Mariana Seltzer, que también formaban parte de la colonia de exiliados del barrio de Aluche, en Madrid.

Lulu, que quería tanto a Ana y que además es tan inteligente y tan bonita, morena y con una mirada profunda como el océano, me cuenta una anécdota sobre el tema, que para ella quedó registrada como un mito: "Estábamos en primer año cuando supe que se le había acercado una chica que le mostró una foto donde aparecían juntas y muy chiquitas".

Era Mariana Seltzer, ansiosa por iluminar esos tiempos en que vivían las dos en la misma calle Camarena, en Madrid, donde recaló una buena parte del exilio argentino, sobre todo parejas con chicos chiquitos, que eran bastantes. Mariana Seltzer y Anita iban al mismo jardín de infantes. Tal vez le quería contar aquel episodio que convulsionó a las madres argentinas que dejaban confiadas a sus hijos en ese lugar. Un día, la más chiquita de las nietas de Juani Bettanin, de la que ya hablé anteriormente, una mujer que tuvo tres hijos y le mataron a los tres, llegó a su casa cantando con entusiasmo. Juani, siempre tan lista cuando el dolor no la paralizaba, descubrió que se trataba del himno franquista "De cara al sol". La reacción fue inmediata y unánime. Las madres militantes se abalanzaron sobre la directora del

establecimiento para prohibirle que sus hijos aprendieran ese repertorio fascista, y recordarle que el Generalísimo ya estaba bien muerto hacía tres años. Pero Anita no aceptó devanar el hilo de la memoria.

También rechazó mi convite, un día en que decidí acercarme a ella. Aparecí un mediodía en el Bar Savoy, el de la esquina del colegio, después de que el hijo de una amiga me la señalara. Hacía nueve años que no la veía.

Mientras las dos tratábamos de ocultar las emociones, un esfuerzo que parecía costarme más a mí que a ella, atiné a dejarle mi número de teléfono para que nos juntáramos a hablar de tantas cosas. Lulu estaba aquel día cuando llegué al Savoy.

"A los quince años Ana era una chiquita a la que todas protegíamos. Nuestra sensación fue que la historia había irrumpido cuando ella no estaba lista para recibirla. Primero vos, después apareció Débora, la bióloga, más tarde Vicky, que había sido la gran amiga de su mamá. Había empezado a hacer terapia un año antes. Me acuerdo de que cuando te fuiste, quería hablar con su psicoanalista. Nos reíamos, porque cuando lo llamaba y no lo encontraba, fantaseaba que estaba muerto. Era una especie de chiste", me explica, mientras prende un cigarrillo con sus manos muy rojas.

Mario Javier Firmenich nunca pudo hablar en profundidad con Ana de cómo fue que ella se empezó a enterar de su historia. "Lo que a mí me quedaba claro es que había un vacío en su vida. Era como que a los cinco años ese vacío se había ido agrandando. Evidentemente ella guardaba recuerdos. Me contó de momentos en la guardería, se acordaba que se llamaba La Casita de Caramelo, me nombró a Cachin Diego, el hermano de Virginia Croatto, que por ser de los más grandes, era uno de los referentes. Otro era Marito Yaguer, estaba mi hermana, que también era una de las más viejas. Me doy cuenta de que ella recordaba muy claro todo, en su subconsciente estaba clarísimo, pero además tenía esos *flashes* típicos de los cuatro o cinco años".

Para Mario, el viaje que lo llevó a La Habana en 1981 marcó el momento de adquirir conciencia, cuando empezó a tomar el hilo de las cosas: "Tenía cinco años, pero hasta hace poquito tiempo no tenía historia, ni padre ni madre ni nada. Yo nací en 1976 en la cárcel de Devoto, y había una ley de la dictadura por la que los bebés no podían estar más de siete meses ahí; si no había ningún pariente que te viniera a recoger, te podía pasar cualquier cosa. Como yo nací prematuro, estuve mucho tiempo en una incubadora en el Hospital Penitenciario. Un día, la jefa le dijo a mi abuela que me iban a llevar a un hogar de huérfanos que un cura tenía en Córdoba, donde me iba a poder visitar. Pasó mucho tiempo hasta que pudo sacarme de ahí. Mientras tanto yo era uno más entre un montón de chicos abandonados. En realidad, a mí me salva mi abuela materna de que me entregaran a cualquiera, como el caso de la dueña de *Clarín* que se quedó con dos hijos de desaparecidos". Al hijo del Pepe Firmenich los ojos le

brillan cuando habla de su abuela materna. Ella pertenecía a una de las familias notables de Córdoba. Sus abuelos eran aristócratas. Su padre fue juez, ministro de la Corte de Justicia de Córdoba. "Mi abuela, hasta que se muere su marido, cuando mi vieja tenía quince años, era de ese ambiente. Pero de repente empieza el quilombo y todos los hijos se hacen guerrilleros. Imagínate lo que fue para ella. Todo su círculo de amigos la aisló, se quedó sola, pero igual usaba sus influencias, iba a ver al cardenal Primatesta, a otros curas, pero hubo muchos que le cerraban la puerta en la cara. Antes eran todos amigos, pero ahora tenía un hijo desaparecido, el Polo preso en Rawson, a mi vieja en Devoto, primero desaparecida y después a disposición del PEN y los dos hijos menores que se habían exiliado en Brasil. Así que tenía que ir de aquí para allá para verlos. Además hacía de correo de la organización. Traía y llevaba mensajes sin tener nada que ver con todo eso. Por su extracción familiar, ni el peronismo ni la guerrilla eran demasiado afines a su ideología "Aquí Marito lanza su risa contagiosa, que a veces brota sin motivo, como buscando aceptación con su simpatía.

"Pero ella se dedicó a sus hijos, cosa que no hicieron muchos padres. Al Alsogaray, que era miembro de la organización, la familia lo podía haber salvado, pero no quiso, siendo tan influyentes dentro del poder. Mi abuela le salvó la vida a mi vieja". Como para marcar diferencias, señala que a sus abuelos paternos los conoció recién a los ocho años.

"Cuando mi vieja sale en libertad vigilada en diciembre del 81, me empiezo a enterar de que tengo un padre y una madre. Entonces nos vamos a Brasil. Hicimos todo un periplo por tierra que no me voy a olvidar nunca, hasta que al final llegamos a México, nos encontramos con mi viejo y mi hermana, y de ahí a Cuba. En este período yo vivo en la guardería, pero no mucho tiempo. Habré estado seis o siete meses. Mientras tanto mi viejo y mi vieja andaban por ahí yirando, no sé en qué movidas. Conocí un montón de chicos. No me acuerdo de cada uno. Todo eso era muy nuevo para mí. Vivíamos todos juntos, jugábamos mucho. Lo recuerdo también como una especie de intercambio cultural. Había unos cuantos que estaban hacia cuatro o cinco años ahí en Cuba, y fueron incorporando la cultura cubana. Mi hermana sin ir más lejos arribó a Cuba con un año, y cuando yo llegué ya tenía seis. En la guardería ella debe haber durado casi cinco años", dice sin darse cuenta de la fallida expresión utilizada.

"A partir de ese momento ya me acuerdo de todo. Supongo que para Anita habrá sido a la inversa con el viaje que emprende de regreso a la Argentina con sus abuelos, un punto que le marcó mucho su vida. Por eso lo entiendo como un proceso paralelo. Sólo que yo empezaba a descubrir que tenía una historia, unos padres y ella acababa de perderlos".

Marito ahora recuerda que después de esa primera charla que los hizo mucho

más amigos que antes, vino otra mucho más divertida. "Nos pusimos a cantar una canción que nos enseñaron en Cuba, y conseguimos sacarla entera".

Desde chiquito marinero fui

Desde chiquito marinero fui

Me monté en un barco y del barco me caí

Me monté en un barco y del barco me caí

Abran esta puerta, qué puerta más dura,

Abran esta puerta, qué puerta más dura,

Quien tiene la llave de esta cerradura

La llave, la llave la tiene Fidel

Y sólo se la damos a países socialistas

Y sólo se la damos a países socialistas

Somos argentinos y óiganlo bien,

Somos argentinos y óiganlo bien

Y venimos a las órdenes,

A las órdenes de Fidel.

Estas estrofas surgieron a raíz de la irrupción de un colectivo blindado que pretendió ocupar la embajada de Perú en La Habana. Habían matado a un guardia, y el horno no estaba para bollos. Los jardines de la embajada fueron pisoteados por la gente que iba llenando el predio reclamando asilo político, hasta convertirlo en un basurero. Sobre el tema había otra cancióncita que los chicos argentinos no conseguían pronunciar con corrección. Ellos decían: "La embajada de Perú se parece a canesú", es decir, Cayo Cruz, el mayor basurero cubano.

"Viste cómo nos adoctrinaban los cubanos", se ríe una vez más Marito, tras sentarse después de interpretar de pie la canción de la infancia. Le cuento que cuando Anita volvió a Buenos Aires, en 1982 la mandaban al jardín de infantes, y que ella cantaba esas canciones ante el espanto de las maestras jardineras, de las autoridades y

de los propios abuelos, que no sabían cómo hacer para explicar dónde y cuándo la nena había adquirido un repertorio tan políticamente incorrecto.

Él, que también conoce de la discriminación por portación de apellido, se imagina ¡a cara que deben haber puesto en ese jardín de infantes enclavado en pleno Barrio Norte, y le parece una barbaridad que los abuelos le hayan mentido.

"Cualquier psicólogo aconseja que lo más sano es decir la verdad con todas las letras, porque de lo contrario se iba a quedar mutilada. En mi caso, cuando vuelvo con mi hermana y mi abuela a la Argentina en el 83, se terminaba la dictadura. Yo tenía que empezar primer grado y mi hermana también. Ella no tenía ni papeles legales, nos habían cambiado el nombre, nos habían inventado una historia para que no metiéramos la pata: que habíamos ido a una escuela tal en México, cuando en realidad no habíamos hecho nada de todo eso. Aunque la dictadura se estuviera yendo, para mi abuela era todo muy difícil. Yo no creo que se le sacara mucho el miedo del cuerpo. En el caso de Ana debe haber sido igual pero potenciado, porque la familia nunca se metió en nada. Hubo padres que ayudaron a sus hijos. Mi abuela paterna por ejemplo no quería saber nada, nos mantenía lo más lejos posible. A los abuelos de Ana no los conocí nunca. Ella no hablaba mucho de ellos. Tampoco nos citaba en su casa, a pesar de que en el Buenos Aires lo más común era reunirse en lo de los compañeros. En realidad, estaba más en casa de sus amigas Lulu o Analí, que en lo de los abuelos, porque a ellos no les gustaba que fueran chicos", confirma Marito. "Yo sé que tenían con ella una relación muy sobreprotectora. Pero se ve que a Ana le dolía mucho esa mentira que le dijeron. Mientras estábamos en el colegio le cambiaron el apellido. De Libenson pasó a ser Jarmoluk, el apellido del marido de la tía, que la había adoptado. Yo creo que esto le dolió particularmente".

Las amigas de Anita me habían hablado de la rabia que le produjo tener que renunciar también a llevar el apellido de su mamá. Su tía Laura y su tío Jorge habían iniciado los trámites de adopción cuando Anita fue a vivir con ellos, tras pasar un tiempo con sus abuelos al llegar de La Habana. A los ocho años no quiso seguir ahí, y volvió con los Libenson. Existe consenso entre quienes conocieron a la tía Laura al describirla como una tía esquemática, poco comprensiva y con tendencia al delirio místico. En síntesis, "un poco bruja", como la definió más de una. Cuando por fin salieron los papeles, Anita estaba legalmente obligada a llevar el nuevo apellido.

"Ana no quería saber nada porque incluso la cambiaron de orden en la lista, y cuando algún profesor la llamaba tenía que explicarles... Hubo peleas bastante duras con su familia por este rechazo al cambio de nombre", me explicó Analí mientras tomábamos café frente a la Plaza Serrano.

Marito cree que cuando ella empezó a ser consciente de su pasado, se fue consumiendo:

"Intuyó que había tenido una vida que era la verdadera y la había perdido, y eso tuvo un montón de implicancias, tanto desde el punto de vista histórico como de su propia verdad. Era muy inteligente, y se le notaba que sabía todo. Escribía mucho y tenía una gran vivacidad en los ojos. Se presentía que tenía adentro muchas cosas para decir, y no podía o le daba miedo. Sentía además la falta de datos concretos. Puede ser que con la historia que le contaron haya sentido que sus padres la habían abandonado. Pasa con la mayoría de los hijos de desaparecidos. Por un lado una cierta admiración mezclada con la impotencia por la pérdida. Lo que no sé con precisión es cómo caen los padres".

Le cuento lo que sé acerca del secuestro de Ricardo y Marta, le explico que confiaba en que su padre podía sumarle algún tipo de información.

"Por esa época también desapareció mi tío, el Turco Haídar, el marido de mi tía Solé, la hermana de mamá. Yo estaba por cumplir cinco años, y me quedó grabada en la cabeza una escena en la que estábamos en un auto mi tío, mi tía, mi abuela y yo, y mi tío tenía que volver a la Argentina. Solé le decía que estaba loco, y él le contestaba que tenía que ir porque ya se venía la democracia. Se tomó el avión y no supimos nada más de él. Lo agarraron en diciembre del 81. Solé cuenta que llegó a Ezeiza y la llamó por teléfono, le dijo que se quedara tranquila, que no pasaba nada, pero parece que ya lo habían secuestrado".

Ahora Marito intenta explicarse y explicarme lo que sucedió: "Creo que eran situaciones muy extremas. Juzgar incluso las cantadas desde la lejanía me parece un poco injusto. En esas situaciones no hay que juzgar a nadie. Creo que la dictadura fue muy inteligente, apuntaron a la psicología de las personas, a destruirlas moralmente. Había un proyecto político que había quedado hecho trizas, la bota grande que pisa fuerte pisó muy, muy fuerte. La sociedad argentina no se recuperó todavía, tocó fondo, lo de la Noble demuestra que ese monstruo habita todavía en la Argentina. Además nos siguen mintiendo con esa historia oficial que armaron, la de los dos demonios, que se les cayó en poco tiempo. Sobrevive nada más que a nivel institucional. Hasta que no aparezcan todos los hijos de desaparecidos, mientras no se les diga a cada uno que sus padres eran quiénes eran, la historia terrible va a seguir viva. A mí el caso de los chicos me parece lo más trágico. A nuestra generación nos toca el desafío de desatar este nudo, desmitificar la mentira y decir que los desaparecidos eran jóvenes como nosotros en un mundo en el que había un idealismo muy grande, sumado a una voluntad social de cambio. Yo siempre digo que aún siendo hijo de quien soy, la historia la he conocido con el tiempo. Se supone que debería ser de los jóvenes que más pueden conocer de la Argentina de los 70 y sus consecuencias. Pero siento que sé muy poco. En eso la dictadura primero y la democracia después siguen robándonos nuestra historia. Mi generación creció huérfana de historia".

Me parece oportuno preguntarle si habla de estos temas con su papá:

– Más o menos, no mucho. Mi viejo vino a vivir con nosotros cuando yo tenía catorce años, que es cuando lo indultan y sale en libertad, y empezamos a armar el plan familia, padre, madre, hermanos, todo eso. En esa época yo no iba mucho por casa porque estaba haciendo el secundario. El diálogo con mi viejo lo he ido adquiriendo, nose dio de un día para el otro. La relación siempre ha sido de padre a hijo, pero nunca llegamos a ser amigos, cosa que con mi vieja sí porque con ella compartí todo. Además tenía que ejercer de padre y de madre, y la relación de un hijo con una madre es siempre distinta.

– ¿Y no pensás que él podría haber cooperado para hacer más simple y comprensible esta historia?

– Yo creo que sí. Esa generación que participó de una lucha que perdió, porque la derrota fue evidente, le deben a la historia un paso muy importante: aclarar de una vez por todas lo que pasó porque tenemos que sacarnos de encima esta tragedia. Lo de Ana, por ejemplo... Lo que más rabia me da es que fue otro coletazo de la misma historia que nose termina de resolver, que la dictadura sigue generando cosas horribles, sigue ganando de alguna forma y los hijos seguimos penando y pagando por todo lo que pasó.

Después me mira y me pregunta acerca de la enfermedad de Anita. Me explica que en quinto año se quedó libre por materias adeudadas, y que no pudo estar tan cerca como hubiera debido.

Me cuesta empezar a hablar. A reconstruir lo que no pude compartir, porque a mí no me permitieron estar cerca. Mi desolada presencia parecía representar en el imaginario de los Libenson el origen del mal y una testigo indeseable. Traté de rearmar cronológicamente lo narrado por sus amigas, por Vicky y mi propia participación en los hechos, tratando siempre de derribar el cerco que los Libenson me habían tendido alrededor de ella.

En el verano del 95, como todos los años, se fue a la casa que los abuelos tenían en Miramar con sus amigas Anali y Lulu. Venían de Chile, y por fin se le había pasado el meteón con un hombre que vivía y trabajaba en Chapadmalal, separado, con un hijo, que tenía 30 años frente a los 17 de ella, y al que además le faltaban varios dientes.

Mientras Anali lo describía con ferocidad, no pude menos que acordarme de lo que me habían dicho del Pato Fellini, su papá biológico. Que era feo, gordo, ceceoso y tan sucio como para sacarse los mocos de la nariz delante de cualquiera. Aunque todos coinciden en que era muy inteligente.

Anita estaba feliz. Había completado el CBC para estudiar Ciencias Políticas, y también había aprobado el ingreso a la Universidad de Cine de Avellaneda, estaba con sus amigas, y como siempre con muchas ganas de enamorarse. Cada vez que un chico le gustaba, le ofrendabasus cuentos. Escribirse había convertido para ella en el más gratificante de sus amores. Ese verano las chicas le decían que no iba a poder besar a nadie por culpa de esa Magüita que la había aparecido debajo de la lengua. Nadie le daba demasiada importancia. El abuelo, médico, decidió hacer una consulta en la Facultad de Odontología, suponiendo que se trataba de un problema de encías. Su hijo mayor, Daniel, lo había matado una leucemia a los 24 años. Casi al mismo tiempo, Marta se enteraba de que estaba embarazada.

A lo largo de ese año 95, Anita vivió emociones intensas. Cuando Beto Sehprejer, el hoy ex marido de Vicky, cumplió 40 años, la invitaron. También a un montón de amigos de los dos Patos y de Marta. Muchos incluso la habían conocido cuando era chiquita. Fueron acercándose todos para aportar una anécdota, un recuerdo, la memoria. Esa noche se enteró de que su papá biológico y ella habían ido al mismo colegio.

Vicky también consiguió ubicar a los padres del Pato Fellini. Fue inútil, igual que cuando fueron los Libenson para avisarles que su hijo estaba muerto. Gritaron que era un subversivo. Que para ellos había muerto hacía mucho. Y que no les interesaba conocer a la nieta. Ahora tampoco. Esta vez argumentaron, en una charla telefónica con Vicky, que seguro que quería sacarle la plata de la indemnización otorgada por el Estado a los familiares de desaparecidos. Desde luego, esa reparación económica le correspondía a Anita, así que su mezquindad equivalía a una canallada. Dicen que la peor era la madre, aunque circula una versión de que alguna vez el Pato Fellini había intentado electrocutar al padre no bien prendiera el velador de su mesa de luz. Pero parece que ahora estaba muy cambiado, después de salvarse por milagro de un cáncer de lengua que le extirparon a tiempo.

Mientras, la llaga en la lengua de Anita se profundizaba. Lulu diría luego que lo espeluznante es que si Anita hubiera tenido contacto con sus abuelos paternos, le hubieran podido detectar antes el cáncer, y salvaría. Por eso habla de una trampa, de un destino mal parido.

Por entonces Anita expresó su deseo de estudiar teatro, y se comunicó con Zuker para que la orientara sobre el maestro a elegir. Este sorpresivo acercamiento posibilitó que los Libenson accedieran a su propuesta de cenar todos juntos, incluida mi hija, que soñaba con conocerla. Fue en una parrilla de la calle Rodríguez Peña, a la que Zuker iba casi todas las noches.

Estaba tan ansiosa por tenerla sentada a mi lado... Por eso cuando me pidió una pitada de mi cigarrillo, me pareció que era una manera de aceptarme, una señal de

que íbamos a poder compartir muchas más cosas. El abuelo nos advirtió que Ana no debía fumar porque tenía una llaga en la boca. Que se estaba atendiendo, haciendo estudios.

Keco, como siempre, intentaba hacerse el simpático, mientras Luisa, su mujer, no abandonaba esa expresión trágica, tan común en las mujeres judías a medida que envejecen, que me recordaba tanto la cara casi espectral de mi abuela paterna, como si los jinetes del holocausto les siguieran pisando los talones. Anita estaba turbada. Yo hubiera dado mi vida por quedarme a solas con ella para mirarnos, para reconocernos, para contarle cómo le gustaban los flanes caseros que le hacía en Madrid. O cómo nos habíamos divertido en Ibiza, cuando su mamá se empeñó en conocer una lejana y casi inaccesible playa nudista, y nos hizo ir caminando, con ella a cogollito, y cantando: "Un kilómetro más es poco, es poco, un kilómetro más es menos, es menos...", hasta que tapadas hasta las orejas llegamos a ver a la social democracia europea en pelotas.

Pero estaba durita. Le hizo algunas preguntas a mi hija, y quedamos en que me iba a llamar. Que sí, que tenía mi número desde aquella vez que había ido a buscarla al colegio hacia cuatro años. A Zuker le dijo que la próxima vez que la citara no la dejara plantada. Después él me explicó que habían quedado en encontrarse porque ella quería contarle de su primera clase de teatro con Lito Cruz. "Tenía unas cosas que hacer, y no pude llegar", trató de justificarse ante mí, que a la sazón estaba tan agradecida por su mediación para el encuentro que no insinué el menor reproche.

Mario me escucha como hipnotizado. Se lo ve muy dolorido. Ambos sabemos que el padre puede llegaren cualquier momento. De hecho, todos éramos conscientes de que se estaba demorando. Por eso me empuja a seguir.

Recuerdo ahora el día en que sonó el teléfono en mi casa. Habían pasado dos meses desde aquel la cena. Era mi tía Livia, cuñada de Zuker, para avisarme que se había enterado casi por azar de que los abuelos de la Pitoca la habían llevado a Houston, tras descubrir que la llaga era un cáncer de lengua.

Le cuento a Maritose me cayó el mundo encima, que lloré, que grité, que hasta prometí entregar a cualquier dios mi vida por la de ella. Después me había comunicado con la mamá de Martín García Blaya, otro compañero del colegio que Marito recuerda con mucho cariño, que me conectó con Lulu, por tratarse de su mejor amiga. Por ella supe que en el verano del 96 habían ido a Brasil, pero cuando llegaron a Miramar la llaga le molestaba hasta para hablar.

"Hubo una primera biopsia que dio negativa, y una segunda que delató el cáncer", Anali dice que puede hablar del tema porque tiene seis años de terapia encima. Su papá murió cuando era muy chiquita, y hace muy poco perdió a su

segundo padre, "el que me crió". Por eso siempre fue la más responsable, la más estudiosa, la más esforzada. Lulu no se olvida que la retaba bastante a Ana, que la mandoneaba: "Parecían una pareja porque se peleaban todo el tiempo, pero no se separaban jamás".

Confieso que no cuesta imaginarse a Anali como "la traga" del grupo, mientras me señala que el cáncer de lengua suele atacar a fu madores empedernidos, sobre todo a los que lo hacen en pipa, pero que no es común en una persona tan joven. Se pone más seria todavía cuando asegura que después de esa segunda autopsia, "todo cayóen una nube negra de silencio. Recién antes de viajar a Estados Unidos para tratarse, nos enteramos de lo que pasaba" Anali nunca quiso volver a ver a los abuelos, a pesar de haber vivido siempre a tres cuadras de su casa, y tener las llaves para entrar y salir cuando quisiera.

Lulu y Anali me contaron que casi todos los días les mandaba un fax desde Houston, que también había llegado un video en que le están cortando el pelo para evitar que se le cayera por la quimioterapia. "Así que me lo corté por arriba de la oreja para divertirme y ver cómo me quedaba. Ayer me fui a pelar, y la verdad esque no me desagrada. Además tengo tres pelucasy me la paso cambiando de estilo. De a ratos rubia, otras veces de pelirroja. Estoy hecha una narcisista. Me saqué ya un rollo entero de fotos. Hay que dejar recuerdos para después...", le escribía a Vicky, haciendo gala de un humor negro envidiable. Después le contaba que había leído *La Novena Revelación*, y que le había resultado demasiado mística. Pero que en una parte decía que el objetivo de la vida de uno es la síntesis de los objetivos de la vida de la madre y del padre. "Vicky, yo creo que a lo mejor vos me podés decir cuáles eran los objetivos de mi mamá y mi papá. Fijate si te acordás, porque si le pregunto a mi abuela me va a contestar cualquier cosa"

Mientras tanto se había anotado en varios cursos, para perfeccionar su inglés, para aprender la incipiente magia de la red cibernética. Iba con una mochila programada para suministrar las dosis necesarias de quimio, como para poder seguir con sus actividades.

Un día que le bajaron las defensas comentó que era mejor no planear nada "porque mi vida es una libertad condicionada".

Logré convencer a Zuker de que debíamos viajar. La negativa de los Libenson fue rotunda. Desistimos.

En esos días, Lulu recibía una carta donde no sólo me mencionaba, sino que además agrega información sobre su batalla contra el destino:

Heme aquí, sábado, después de haber terminado mi segunda sesión de quimio. O sea que me siento considerablemente más liviana porque ya no cargo la

mochila. Y me decidí a escribirte, mientras el *compact* pasa la música de la película *Cuenta conmigo*, y acá está nublado, y ningún houstoniano, yanqui, siquiera un extranjero, ha conquistado mi corazón.

Y no voy a empezar a hacerte quinientas preguntas sobre tu vida allá, porque no voy a tener respuesta inmediata, y sólo voy a conseguir que mi brazo y mi mano se cansen mucho. Quiero que me cuentes tu vida con lujo de detalles. Los chismes y asuntos morbosos serán más que bienvenidos. (¡Ja, ja, ja!).

Recién pensaba (he entrado en una etapa optimista) que esto es un descanso que me tenía bien merecido. Es cierto que seguro no hubiera elegido Houston como el lugar ideal para el reposo (aunque no veo por qué si acá es lo único que se puede hacer), y que esta forma no es la mejor, pero no lo veo como un castigo, como que la vida se ensañó contra mí.

Ni ahí. Sino que me digo: "Pará, Ana, pará un tiempito. Siempre soñaste con tener tiempo para hacer huevo, para dormir, para escuchar música, para leer. Bueno, ahora podes. A ver qué haces". Siempre me la pasé corriendo, estudiando, haciendo un millón de cursos, y terminé agotada. Ahora pienso en ustedes allá, y me canso, en serio ...

Así que bueno, éste es mi año sabático. Lo único que me falta sos vos y estar sana, pero si estuviera sana no estaña acá. Además así enfermita me siento súper querida. Todo el mundo se preocupa, pregunta, me llama o me escribe.

En esta casa soy la reina. Todo el mundo me trata espectacular, excepto mi abuelo, con quien a veces me peleo. Con Laura me llevo..., bueno, vos sabes cómo es ella.

¡Ah! Cristina me llama una vez por semana. Todo bien, pero de pronto me dice que quiere venir a visitarme, y eso sería catastrófico. Mis abuelos no quieren saber nada, y cómo hago yo para decírselo...

Y bueno, así van las cosas acá en Texas. Estoy yendo a la psicóloga dos veces por semana. Me encanta. La mina es argentina, de unos 50 años, y nos llevamos muy bien. Es súper cariñosa. No se pone a analizarte, entendés. Es mucho más amplia la cosa. ¿Vos seguís con tu analista?

Bueno, te mando un montón de besos y abrazos y todo mi amor dentro de este sobre. A lo mejor no lo ves, pero yo lo puse....

Chau, negrita.

Escribime, venite.

PD: Como habrás confirmado, estoy en un día altamente positivo.

En Buenos Aires, a su regreso de Houston, la tía Laura seguía tratando de modificar la realidad. Un médico colaboró con ella cuando le dijo que el cáncer era operable. Ana no intentó contradecirla. "A mí qué me queda, si yo sé que me voy a morir", les dijo a los médicos de ese centro de alta complejidad en Estados Unidos, cuando le recomendaron con brutal franqueza que era mejor que se quedara ahí para que las cosas fueran más fáciles.

Volvió el 8 de junio de 1996. Zuker y yo llegamos temprano a Ezeiza. Después fueron cayendo todos los amigos. Eran como veinte. Cuando Lulu la abrazó, sintió que ya estaba entregada. "Su mirada era de una profunda tristeza y sabiduría. Sabía que no había nada que hacer y en algún sentido estaba en paz. Para ella lo de la operación fue un pretexto para venir a morir junto a nosotros".

Marito no fue al aeropuerto, me cuenta con los ojos enrojecidos. "Yo la fui a visitar al día siguiente. Me dolió tanto verla así, aunque trataba de mantenerse fuerte, y se sacaba y se ponía las pelucas para hacernos reír".

Yo, por mi parte, tenía el corazón partido y, loca de mí, sentía que podía con mi sola presencia hacerle sentir que sus padres, nuestros muertos, la estrechaban conmigo en el más fuerte y amoroso de los abrazos. Qué pegajosa volvía a ser la muerte.

Mario interrumpe mi letanía de dolor: "Para mí es como una metáfora que tiene que ver con su imposibilidad de hablar, con una situación interna no resuelta. Todos sabíamos que sus padres estaban desaparecidos, pero de eso no se hablaba", insiste el hijo del comandante montonero acerca de la afasia que padecía la sociedad argentina. "Por eso, cuando Ana se animó a hablar de ese pasado que habíamos compartido, me resultó tan impactante".

Para los amigos, su vuelta fue la gloria y seguramente una de las pruebas más duras. "Es muy difícil aceptar la muerte de un par", resume Anali. Pero se esforzaron en agasajarla todos los días con fiestas, aunque a ella que le gustaba tanto bailar ahora no le alcanzaban las fuerzas. Mientras llegaba el momento de la operación, la tía Laura insistía con su misticismo. "Le hacía tomar flores de Bacho la llevaba a una señora que le hacía ver colores. Ella no creía en nada de eso, pero se prestaba resignada al entusiasmo de la tía Laura por las medicinas alternativas. Siempre les decía a las chicas: 'Ahora Laura me va a llevar a otra bruja más, hay que darle el gusto...'¹".

Poco antes de su internación, por fin, las dos nos sentamos en un bar de la calle Callao. Yo estaba tan ansiosa... Había hecho parar al taxista en Zivall's, en Corrientes y Callao, y le pedí que me esperara mientras compraba *Lo montaña mágica*, de Thomas

Mann.

También llevaba en la cartera cada una de las fotos que documentaban el amor que Marta y Ricardo le prodigaban. Había hecho una selección. Me quedé con una en que aparecía tan feliz, retozando con un tigrecito de paño que ya abrazaba cuando la conocí. Sobre su cabeza se podía distinguir una foto del Pato Fellini. Marta siempre le dijo que ése era su papá. Tendría menos de un año.

De todos modos, fue imposible convencerla de cuánto la habían amado. Dios sabe que traté. Le mostré una carta que Ricardo le había escrito a Marta desde el Líbano, mientras ella esperaba ansiosa el momento de reunirse con él porque se estaban por cumplir tres meses desde la separación y se extrañaban como locos.

Ayer mirando *Cantaniño* por la tele soñaba con Ana Victoria, que la acariciaba, que la tenía en brazos, que jugábamos. Te cuento que no dejo de hablar de ella con todos los que puedo hacerlo. La extraño horrores, pero ya me regocijo pensando en el momento que la vuelva a ver, en lo grande que va a estar y en las locuras que va a inventar.

Tenía otra carta, y dudé en mostrársela. Dolía tanto su tristeza. Esa noche no usaba peluca, la sentía desnuda frente a mí. Como si supiera, estiró la mano que aproveché para acariciar, y se puso a leerla en silencio, haciendo un esfuerzo por descifrar la incorregible letra de mi hermano.

24 de julio de 1979

Mi amor:

Hace ya bastante que no tengo noticias tuyas en forma directa. Ahora aparece la posibilidad de que por un tiempo aún más largo no tengas noticias mías.

Nuestra decisión de sumarnos realmente a un proceso irreversible, de participar, de entregarnos a ese proyecto, es una decisión de vida que tiene sus costos, pero éstos son ínfimos en función de las cosas que nos jugamos, en función de los compromisos que asumimos, y seguiremos asumiendo.

Seis meses, un año o el tiempo que estemos separados, no es importante aunque nos duela, debido a las causas que originan esta separación. Lamentablemente no estamos juntos. En eso tenemos responsabilidad los dos. Sería muy lindo compartir estas experiencias. Pero lo más rescatable es que los dos estamos empujando en distintos lugares, pero profundamente ligados no sólo por nuestro amor, sino por el amor al futuro y a nuestro pueblo.

Creo que la vida de los hombres está signada por el amor, pero en la vida de

los mejores hombres, el amor es una entrega también al pueblo del que forman parte y a la patria en que nacieron. Los otros son mediocres. Nosotros tenemos que vivir en el sentido más real que esas palabras significan, y si es necesario morir como valientes. Tenemos muchos ejemplos cercanos que nos han enseñado cómo viven los hombres y cómo mueren los héroes. De ellos tenemos que aprender.

A veces me pongo a pensar en la nena, en la forma en que habrá repercutido mi partida. Y pienso que para ella debe haber sido y seguirá siendo duro también. Pero es por ella que hacemos todo esto. Es casi una obligación, ya que a pesar del dolor, del sufrimiento, cuando tenga capacidad de discernir será un orgullo saber que su padre murió como un héroe, y que su madre y su papito vivieron como hombres, y que no sobrevivieron a la historia como mediocres.

Dentro de poco tiempo se cumplen dos años de la muerte de mamá. Vos sabés lo que significa eso para mí. Probablemente las lágrimas que derrame serán también las ganas enormes que tengo de vengarla. Espero que estés en contacto con Cristina permanentemente. Y que cada vez que te lleguen noticias mías se las comuniqués.

Hace ya casi tres meses que no estamos juntos. A mí me duele mucho, pero el tiempo pasa bastante rápido, y entonces será pronto el momento en que no volvamos a separarnos.

Bueno, no sé cuándo llegará esta carta ni cuándo podré volver a escribirte. Siempre trataré de mantenerme en contacto, ya sea en forma directa o indirecta, y vos tendrás que hacer lo mismo. Te mando junto con esta carta unos dibujitos para la nena, que espero que esté bien y cada día más loca.

Con unas ganas enormes de verlas En el año de la Contraofensiva popular Patria o muerte, venceremos

Pato

Por fin había llegado la revelación y la síntesis: ahora sabía cuáles habían sido los objetivos en la vida de sus padres, y que habían muerto por ellos. Pero cómo entender su deseo, justo ahora, cuando le tocaba a ella repetir el mismo destino sin haber podido nunca llorar el abandono ni sacar afuera su bronca. Ya no tenía tiempo para transformar el antiguo resentimiento. Y mucho menos para explicarse con qué derecho habían decidido morir como héroes, dejándola librada a la fatalidad. Sea como sea, de eso tampoco se habló esa noche. Sí me dijo, haciendo un gran esfuerzo por ser clara:

– Yo sé que vos quisiste adoptarme– moduló con dificultad.

Siempre tratando de no ponerme a llorar con desconsuelo, le conté que su mamá y Ricardo querían que ella estuviera junto a mi en caso de que les pasara algo, y que esa decisión me había llenado de alegría y de orgullo, porque la amaba. También le dije de mi completo desacuerdo con que volvieran a la Argentina una vez más, que tenía mucho miedo... Que las dos habíamos perdido mucho.

La dejé en la puerta de su casa, esperé que se perdiera en el ascensor y no volví a verla. Tampoco supe si llegó a leer *La montaña mágica*. Sólo pude atisbar su cuerpo mortificado en la habitación del Sanatorio de la Trinidad, donde la llevaron después de la operación, que fue interminable. Cuando intenté entrar, la tía Laura me dio un empujón y cerró la puerta.

De todos modos, yo iba todos los días.

En una ocasión Laura hizo una seña para que me acercara. Sin preámbulos, aseguró que Marta y Ricardo nunca habían sido una pareja, que se trató de un simulacro para el ingreso al país. La odié con todas mis fuerzas.

Cuando Anita salió del sanatorio, Anali iba a su casa dos veces por día para hacerle las curaciones. Le habían sacado piel de la espalda para injertar en el cuello. Confiesa que durante mucho tiempo no pudo sacarse el olor a agua oxigenada de la piel. "La operación fue un fiasco. Además, cómo iba a vivir una chica de veinte años con una cicatriz de oreja a oreja", me pregunta Anali, estudiante de biología, con una crudeza casi insoportable.

Tampoco podía hablar, así que usaba una pizarrita para comunicarse. Un día escribió que quería ir a casa de Vicky, la amiga de su mamá, para que su hija Ani le diera una clase de pintura. Le pusieron una tela grande en el taller para que pudiera volcar en ella la desesperación. Vicky estaba desolada ante la madurez con que Anita aceptó la muerte como si fuera un destino. "Me sentía tan mal porque la quise ayudar a recuperar su historia y produje su muerte", una teoría que la familia Libenson había sostenido desde el principio: que la verdad terminaría matándola.

Ese mes fue horroroso. Tosía mucho, se atragantaba, tenía que dormir sentada. La cirugía había extirpado el tumor que estaba bajo la lengua, pero la metástasis había avanzado más allá de la tráquea. Sólo podía consumir sustancias líquidas. Un día, durante una fiesta que casi fue una despedida, se animó a comer un sandwichito. Lulu, que era la dueña de casa, no puede olvidar el espanto que invadió a todos en ese momento, cuando pensaron que se iba a morir ahí, asfixiada.



Ana Victoria en La Casita de Caramelo, la guardería para hijos de montoneros en La Habana (1980).

Mientras tanto, en su mesa de luz se iban apilando las cartas que le mandaban los chicos de la Agrupación Hijos que se habían enterado de su padecimiento. Ella nunca las abrió.

Lulu la iba a buscar con su coche para llevarla a pasear, y terminaban recorriendo los barrios en busca de curanderos y hasta de un "operador de auras" que atendía en Liniers. No podía modular, sólo balbuceaba. Lo peor era descubrir la impresión que aparecía en los ojos de los otros.

"Yo la vi en ese momento, para despedirme antes de viajar para acá", interrumpe Mario Javier. "Me costó mucho no llorar, porque sabía que este viaje si nos iba a separar para siempre".

El 30 de julio de 1996 a Anita le sobrevino otro ataque de tos más fuerte que los otros, cuando ya el cáncer le mordía los huesos. Esa mañana estaban jugando Argentina y Nigeria, en Atlanta, EE.UU. Fue muy difícil encontrar a alguien para que la atendiera. Por decisión de los Libenson, su cuerpo no fue velado. No partió sola. La acompañaba aquel tigrecito de la foto, su paño de lágrimas, el mudo y fiel testigo de la ausencia enorme que atravesó su vida, hasta la muerte.

El día de su entierro en el Jardín de Paz, hacía mucho frío. El sonido del viento entre los árboles parecía el de cien bocas de voces susurrantes reclamando justicia. Vicky sintió en ese momento que también se estaba dando justa sepultura a "los chicos": a Marta, al Pato Fellini, al Pato Varieté y a todos los otros.

Para mi, que había tratado de forzar a la verdad a descender su velo, me pareció escuchar sobre esas voces el coro de la tragedia encarnado en las palabras de una sibila desgranando su oráculo fatal.

"Vos quisiste gritar y no pudiste", había escupido en la cara de Anita una bruja, un mes atrás, en el porteño barrio de Caballito.

9 Treinta años después

Anudando recuerdos con otros recuerdos...

Comocuando apareció el Lolo, poco despuésde leer la primera edición de *El Tren de la Victoria*.

Me llamó por teléfono. Lo buscó en la guía. Probó varios números. Me quería contar que a fines de febrero del 80 se subió a un micro de Pluma en San Pablo procedente de Río de Janeiro. El Lolo venia de pasar las vacaciones.

Él ya habia dejado de militar hacia rato. El horno no estaba para bollos, aunque aún hoy se define como "un militante revolucionario que sabia que se jugaba la vida". Habia conocido a mi hermano cuando la Facultad de Derecho fue intervenida por Ottalagano y compañía, y la conducción de la JUP empezó a funcionar en la Universidad Tecnológica. Corrían tiempos de fragor, allá por el 75.

Cuando lo vio, primero dudó. Sabía por un compañero que monseñor Gracelli le había dicho a Zuker que su hijo ya no estaba más, que estaba muerto. Así que el impacto fue fuerte, porque cuando lo tuvo de frente, solo, bajando en la *rodoviaria* paulista, hubiera apostado cualquier cosa que no se equivocaba, a pesar de los años pasados desde que se cruzaron por última vez.

"A lo sumo tendría el pelo más corto, y los anteojos, que a lo mejor los usaba para cambiar un poco la cara", lo describe, mientras tomamos un café en mi casa. Por otro lado, confirma que la orden de camuflaje que les imponía la conducción montonera para noser reconocidos en Buenos Aires se había relajado un poco en este segundo regreso.

No bien subieron, sigue contando, se desplomó. Ni siquiera les dio bola a los brasileros a los que había convencido que vinieran a conocer Buenos Aires. Venía cansado, y con alguna Brahma de más encima. Sedespertó al rato, cuando el ómnibus hizo la primera parada.

Volvieron a enfrentarse, y ahí no pudo más Lo mató la curiosidad.

– ¿Yo te conozco de algún lado?– le preguntó sin jugarse.

Enseguida se dio cuenta de que lo había puesto muy nervioso.

– No. Estás confundido– le respondió.

"Al ver esa reacción, pensé que acababa de cometer una pelotudez, de las

tantas que he hecho en mi vida. Entonces le dije: 'Mirá, discúlpame. Te parecés mucho a un tipo que conocí'".

Y subieron los dos.

Antes de dormirse de nuevo, llegó a ver que se sentaba en el último asiento, el más largo. Y alcanzó a divisar una mujer hecha un ovillo, en el rincón.

"Esta vez me despertó una animada conversación en portuñol, esas charlas de asiento a asiento, y el flaco estaba sentado en un apoyabrazos", enumera, haciendo gala de una memoria prodigiosa. "Eran dos chicas y un muchacho, todos brasileros", y ahí ya no le quedaron dudas: el que empieza a acaparar la charla no podía ser otro que el Pato. Conocía de su seducción de aquellos tiempos, cuando arengaba a la muchachada: "Así hablara de política, de fútbol o del sexo de los ángeles..."

"Se puso a comentar la campaña de San Lorenzo, y le contaba a uno de los morochos que además era hinchado fanático de Defensores de Belgrano. Y yo me acoplé. Enseguida sentí que había una sintonía entre él y yo. Una de las chicas era periodista, y la meloneábamos. Parecía que nos hubiéramos puesto de acuerdo. Los dos le empezamos a dar cátedra acerca de la corrupción del periodismo argentino desde el comienzo de la dictadura. Cuando algunos pasajeros pidieron que bajáramos el volumen, nos fuimos a dormir".

La próxima parada fue Uruguayana.

"Tuvimos que bajar todos. Hicimos el papelerío, y pasamos al lado argentino. A Paso de los Libres".

Me veo en la obligación de contarle que justo ahí llevaban a los compañeros secuestrados para oficiarse de marcadores en los puestos frente a los rizados. Hay quien dice que "les colocaban la tansa, que consistía en un trozo de nailon, como los que se usan para pescar, se lo ataban a la bolsa de los genitales en un extremo y en otro sujeto al pie, impidiendo de esa forma que pudieran intentar huir de sus custodios". Se me aprieta el corazón, porque ya sé que a él también lo llevaron a Paso de los Libres, controlado por los Destacamentos de Inteligencia. Lo imagino detrás de un árbol, insistiendo en que no conocía a ninguno de los pasajeros de ninguno de los ómnibus que pasaban, metido en ese infierno. ¿Cuánto duró?

El Loto sigue marcando el derrotero, mientras yo me rescato del pánico componiéndome en la idea de que ahí, por lo menos, Ricardo había pasado uno de los primeros peligros: la entrada al territorio. Otros no tuvieron la misma suerte.

Más adelante, volvieron a bajarse un parador:

"Nos encontramos en el baño. Nos miramos en el espejo, mientras nos lavábamos la cara", sigue, y se le nota que está emocionado.

– ¿Vos todavía seguís pensando que me conoces? – le dijo el Pato, mientras se le empañaban los vidrios de los anteojos.

El Lolo volvió a disculparse:

– No, no te preocupes... Te confundí con el Pato.

– Y soy el Pato, boludo. ¡Qué hijo de puta! ¡Qué memoria tenés! – Y me alegra pensar que en esto hubiéramos estado totalmente de acuerdo.

Se abrazaron como ellos solos deben haber sabido.

– Yo creía que estabas muerto.

– Sí, me chuparon... Se equivocaron. Después me largaron – le contaba el Pato, sin alegría– , después me fui a Brasil, pero a mi vieja la siguieron jodiendo. Se vino para allá, y a los dos días murió...

Se lo decía, andando sobre esa misma ruta, en la que mamá sufrió tanto la inacabable travesía.

– Tengo mucho odio.

– Yo también los voy a odiar por el resto de mi vida.

Después cada uno se explayó acerca de cómo veían la situación. El Lolo volvió a ser, por un rato, un militante que discutía con otro, sin poder ponerse de acuerdo.

Mientras, el Lolo me contaba, a mí justamente, que "tu hermano culpaba directamente a los militares de esa muerte".

Después le empezó a hacer el bocho:

– Hay una cosa incipiente, la gente empezó a moverse.

– Pato, la gente está aterrada – le contestó sin poder creer lo que escuchaba.

"Estaba haciendo el mismo análisis de la organización, la famosa teoría del reflujo", se indigna el Lolo, "acá no había reflujo en ningún lado".

Pero el otro le retrucaba:

– Lolo, escuchame, hay mucho descontento en la clase obrera, hay fábricas en las que ya empezó a haber problemas. Afuera uñóse entera de las cosas. En el país el cerrojo de la información no deja evaluar nada...

Para el Lolo, la postura tenía más que ver con el dolor que con la política.

– Sí, Pato, yo también creo que hay que hacer algo por todos los compañeros caídos, pero tenemos que encontrar la forma, y falta mucho para que llegue el momento de volver a hacer política.

Ahí Ricardo se vio en la obligación de contarle, siempre en un cuchicheo, que estaba volviendo con su hermana. "Ella me ayudó mucho", señaló, mientras hacía un gesto hacia la mujer que parecía seguir durmiendo en el fondo. Que sin duda, debía ser Marta. Lolo está convencido de que con ese comentario quiso confundir la situación. Recién le veía la cara cuando al final se bajaron, y recuerda que "pocas veces vi en mi vida una mirada tan triste". Igual no llegaron a cambiar una palabra. Yo estoy segura de que Marta pensaba en la Pitoca, y tenía mucho miedo de no volver a verla.

Lolo sigue detalle a detalle con el largo encuentro: "Lo que pasa es que él nunca llegó a decirme a qué venía", aclara, seguro de que si lo hubiera hecho, "le pego una trompada".

"Sinceramente creo que él se cuidó de blanquear por qué volvía, así como yo me cuidé de preguntárselo. En realidad, siento que no reaccioné: cuando llegamos a Retiro, y nos bajamos al lado de la estación Belgrano porque todavía no estaba hecha la terminal, yo le entregué mi tarjeta. Debe haber pensado, 'éste es un pelotudo a cuerda', y seguro que la hizo mierda enseguida. De lo contrario, yo no estaría en este momento contándote todo esto".

Y recién ahí el Lolo me confiesa que después de la despedida, no dejó de reflexionar acerca de ese momento donde recuperó la mística, esa trama de energía y de sinceridad, ese nivel de comunión con otro compañero.

– Creo que es una de las cosas más fuertes que me dio la militancia.

Recuerdo que le hice una última pregunta:

– ¿Vos podrías declarar lo que me contaste cuando llegue el juicio?

– Sí. Por supuesto.

Yo sentía que valía la pena. Había sido el último en ver a Ricardo antes de ingresar en el país del nunca jamás. Cuarenta y ocho horas después sería secuestrado

esperando otro tren, en la Estación Once.

Treinta años después, sonó el teléfono en mi casa. Una amiga me anunciaba que una mujer quería hablar conmigo.

Durante todos esos años, viví esperando que alguna voz se hiciera escuchar. Mientras Zuker vivió, deliraba con que su popularidad sirviera para que algún arrepentido rompiera la conjura del silencio. No puedo negar entonces mi ansiedad ante esta aparición.

Nos citamos en el Bar La Victoria, en Entre Ríos e Hipólito Irigoyen. El nombre del lugar tenía sin duda una resonancia particular. Ella me reconocería, adelantó, porque me había visto por TV. No bien se sentó frente a mí, su mirada y su sonrisa deshicieron cualquier resistencia.

La historia que tenía para contarme no era fácil, ni para ella confesarla ni para mí elaborarla. Empezó como un cuento y terminó como una tragedia.

Hasta el año 78 había vivido con su madre en la provincia de Buenos Aires, en Villa Bosch. Después se mudaron a Bella Vista, que era una zona "donde vivían muchos militares, y era constante el paso de camiones con soldados, por estar tan cerca de Campo de Mayo".

Vivía asustada. Cuando tenía que viajara San Martín para ver a su papá, se tomaba el colectivo 176, que atravesaba el regimiento. Nunca se olvida de que había un gran letrero: "No estacionar ni detenerse. El centinela abrirá fuego". Y ella pedía por favor que el colectivo no se parara, a ver si los baleaban a todos. Tampoco lo pasaba mejor en el Hogar Escuela Ezpeleta. La mantención del edificio estaba a cargo de soldados. Se decía que la Madre Superiora era la hermana del general Bignone. Ella tenía por entonces doce años. Entre el 79 y el 80 era demasiado tierna aún como para encajar los golpes de la vida. También para encajar los golpes de otra especie.

"Durante esos años mi madre fue pareja del militar Roberto Neri Madrid. Pertenece a Caballería, era sargento y en ese tiempo lo ascendieron a sargento primero. Al principio no sabíamos cuál era su tarea específica..."

Con él empezó la mala vida:

"Hacía trabajos de civil con autos que le daba el Ejército; manejaba un Falcon bordó o un Taunus amarillo. Muchas veces se iba de la casa, y faltaba por varios días. Decía que iba a Entre Ríos, o a otros lugares que no recuerdo. Pero vivía hablando de la lucha antisubversiva, había como un discurso constante sobre la maldad de 'esos hijos de puta' que le hacían tanto daño al país. Por eso, decía, había que combatirlos".

Me aclaro que bebía mucho, y entonces se convertía en una bestia sanguinaria, capaz de ir a matar gatos por el vecindario, con su arma reglamentaria y algún compañero de averías. Tanto su madre como ella empezaron a sentir el miedo golpeándoles el estómago.

Yo no quería hacer preguntas. Desde el principio elegí respetar sus antiguos terrores.

"A veces caía con cosas: documentaciones ocultas, pero a mí nunca me las dejaba ver. Una vez mi mamá me mostró una, que tenía la fotografía de tu hermano, contándome que era el hijo del actor, 'el Patito Zuker'. Estaba oculta en unos de esos ceniceros de doble fondo que había por esas épocas. Vi otros documentos de identidad, pero nunca supe a quiénes pertenecían. Recién cuando se emborrachaba, decía que todas esas cosas eran de subversivos que habían entrado desde Brasil, y que los tenían bien guardados. A mí lo que más me llamó la atención fue un collar de mostacillas. Mamá me dijo que, según Madrid, era de una chica de dieciséis años. Lo recuerdo porque yo entonces también era una adolescente"

A mi interlocutora, que puso como condición que su nombre no trascendiera, se le quiebra aún más la voz, pero se repone, como pidiendo perdón por un miedo que siempre está ahí:

"Por eso, cuando te escuché contar en la tele que había una chica de 16 años en el grupo, Verónica Cabilla, a mí me llamó la atención y recordé aquel collarcito de mostacillas. Fue como un golpe en el pecho, porque yo no sabía si mis recuerdos eran exactos y vos los estabas confirmando. Eso fue muy fuerte, porque en el fondo deseaba que nada fuera verdad. Una vez, cuando entré al auto, vi esposas, mucha ropa desechada, y sobre todo un plano operativo de 'algo que había que hacer', marcado en rojo y verde, donde se mencionaban lugares y flechas que indicaban direcciones a seguir".

Todavía faltaba lo peor: "Un día, cuando volvió de uno de sus viajes, entré al baño: mi mamá estaba llorando, mientras le lavaba la camisa manchada de sangre. Cuando me vio, me pidió que me fuera de ahí. Le tenía tanto miedo..."

Pero él al único que le tenía miedo era a Cristino Nicolaidis.

– Ese nombre siempre lo tenía en la boca, y hablaba de él como autoridad muy importante y muy respetada. Era su jefe, su superior.

– ¿Lo viste alguna vez?

– No. Lo que sí recuerdo es que íbamos a casas de militares con mayor rango que Madrid. Había uno al que le decían el Tordo, que vivía en una quinta. Creo que

era en Pilar, no recuerdo bien. Ahí fue donde mi mamá vio en un dormitorio a muchos chicos que parecían tenerla misma edad, y pensamos que no podían ser todos de la misma familia.

– ¿Y él donde trabajaba?

– En el Ejército de Caballería, Puerta 4, Campo de Mayo.

Lo que se dice, en el infierno.

La relación entre su mamá y Madrid duró un año. Terminaron huyendo.

– Un día que estaba discutiendo con ella, quise defenderla, y él me pegó un cachetazo. Después de eso nos fuimos. Dejamos la casa, los muebles. Tuvimos que ir a vivir a una pensión en Flores...

Después de escuchar su relato, pensé una vez más que las víctimas del terrorismo de Estado son muchas más que las que reflejan las listas que algunos desmerecen. Se pueden contar de a miles los que llevan todavía el polvo de la dictadura en los zapatos.

Igual que con el Lolo, entendí que este testimonio podía ser útil, y aún más el de su madre. Ella todavía era una adolescente cuando ocurrieron estos hechos.

– Mi mamá vivió ese tiempo de su vida como una pesadilla. No sé si podrá vencer el terror...

A los pocos días nos reunimos con mi abogada, Carolina Varsky, hoy directora del programa Memoria y Lucha contra la Impunidad del Terrorismo de Estado del CEES, y conseguimos despejar el fantasma de la venganza. Madre e hija sumaron coraje para estar durante el juicio en calidad de testigos. Hay cosas que nunca terminan de agradecerse.

Treinta años después, y todavía hay tantos que se acuerdan de él.

El 24 de marzo de 2004 fue un día memorable. El Gobierno, encarnado por la larga figura de Néstor Kirchner, entregó la Escuela de Mecánica de la Armada a los irreductibles organismos de derechos humanos. Justo ahí, en el lugar donde los "lobos del mar" vejaron, torturaron y mataron. Navegantes, no encontraron mejor idea que echarla) Río de la Plata a sus víctimas. Con los ojos vendados, los pies engrillados, reduciendo al escarnio esos cuerpos doloridos, los tiraban vivos desde los aviones, una cobardía de la que todavía se jactan impertérritos. Ellos también, sordos, mudos, ciegos, siguen haciendo leña del árbol caído, y nos incendian cuando se niegan a declarar o vuelven a sacar chapa de torturadores. Se anunció que esa casa del espanto

iba a transformarse en el Museo de la Memoria. Y no fueron promesas. Hoy está vivito y coleando. Para no olvidar. Paranooolvidar...

Ese día de celebración me detuve a mirara Ricardo y su eterna juventud en esa interminable bandera, entre miles de rostros, donde siempre lo busco y lo encuentro. Desde ese momento no paré de llorar.

Todos estábamos igual. Era una multitud soñando con los ojos abiertos, como en aquellas viejas historias donde el sapo se convertía en príncipe, hasta que abría los ojos para no cerrarlos NUNCA MÁS.

Me llamó la atención, eso si, que muchos de los amigos me preguntaban si había pasado por enfrente. Hasta Jorge Taiana, un canciller que siempre se las arregla para estar presente en los momentos menos formales y más conmovedores, también. Antes, me dijo que había conocido al Pato cuando los dos eran muyjóvenes.

Yo no entendía, sólo quería disfrutar de ese triunfo. Pero el final fue a toda orquesta. Cuando salí, crucé la avenida Comodoro Rivadavia, y me encontré de frente con la cancha de Defensores, el club de sus amores. Y se me doblaron las piernas. La tribuna que lleva su nombre estaba llena de banderas negras y rojas recordando la memoria de quien fuera el hincha fanático antes de que los desaparecidos hicieran su tarea, allá por 1977, la primera vez que jugaron contra su vida. "Somos la semilla de MarquitosZucker" – como le decían en el club– , resplandecía el enorme cartel que todos defendían con la misma pasión que al arco. Hice comunión con la barra brava de su equipo, nos bautizamos con las lágrimas. Cómo no darme vuelta ante el trapo de Defe... Cómo no recordarlo en esa pantalla de quimeras, cuando volvía afónico a casa, después de putear al árbitro o alentarlo a los jugadores, mientras mamá lo esperaba con las famosas papas *paille*.

Se los sentía tan orgullosos de él, aunque hubiera colgado los botines. Si por casualidad existe el paraíso, ojalá los haya podido ver desde una platea.

Treinta años después.

Antes de pedir la condena para los verdugos que actuaron a sangre y fuego contra el grupo de militantes que decidieron volver al país en el marco de la Contraofensiva, entre ellos mi hermano Ricardo, el 11 de diciembre de 2007 el fiscal federal Jorge Álvarez Berlanda comenzó su alegato señalando que "todo podría haber empezado hace mucho tiempo y en un país muy lejano. Porque si no fuera tan dramático sería un cuento"¹

El escenario donde resonaron sus palabras era la misma sala de audiencias del Palacio de Tribunales donde en 1985 se realizó el histórico proceso contra las Juntas Militares. Sobre el estrado, en un vitral, refulgía la frase "Afianzar la justicia". Por

encima la cruz y el escudo nacional. Lo del Juicio a las Juntas, un acontecimiento que permitió a la sociedad argentina conocer, a sólo dos años del fin de la dictadura, una parte de la verdad sobre esos años aciagos, terminó borroneado por las Leyes de Punto Final y Obediencia Debida, aprobadas durante el gobierno de Raúl Alfonsín, a quien la historia terminará dando su lugar, tanto por lo hecho como por sus deserciones. Después, su sucesor, Carlos Menem, ni corto ni perezoso concedió el famoso indulto, que pretendió sellar a cal y a canto el de por sí lento y ciego andarivel de la Justicia. Para mí, como para tantos otros, tanto la Ley de Punto Final y Obediencia Debida así como el posterior indulto fueron un nuevo ejercicio de humillación.

Recién en 2001, el juez Gabriel Cavallo declaró la inconstitucionalidad de aquellas leyes, fallo que luego ratificaría Claudio Bonadío. Mientras Néstor Kirchner estaba al frente del Estado, en junio de 2005 la Corte Suprema dejó despejado el camino para reabrir los juicios contra militares, interrumpidos hacía 19 años, un pesado paréntesis en el que se nos cayeron puteadas, lágrimas, nietos recuperados. Tratamos de reconstruirnos. Cabe la imagen: casi todos estábamos hechos mierda, haciendo lo imposible para jugar en vida lo que quedaba del partido.

Lo estaban quienes eligieron quedarse, a pesar de llevar el corazón en vilo cada vez que se les cruzaba una cara patibularia: "Te tenemos, zurdito", prometía el ademán. Circulaban muchos de éstos por la calle, y hasta por los interiores. Lo estábamos nosotros, los que volvimos.

En mi casa materna se repetía con frecuencia: "El que fue a Sevilla perdió su silla". Más allá de que en Sevilla debe haber habido mucho más de un entuerto, no hacen falta mayores precisiones para aplicarlo a nuestra geografía.

– ¿Y a vos, boluda, como se te ocurrió volver? – se complotaban para preguntarme.

¿Qué contarle a una desconocida? Que no dejé estaño sin llorar la última curda en todas las barras de España, que me esforcé sin desmayo por irme de este mundo, por las buenas o por las malas.

O peor todavía:

– Yo me tuve que ir– dicho de manera tan cortante como para no tener que contar una palabra más sobre lo que casi todos sabían.

Fue muy duro recuperar la silla. Llegué arrasada, y me encontré con una sociedad arrasada. Pero lo más importante fue convertirse en una sobreviviente, teniendo en cuenta todos los demonios que tiraban de mí. Yo no me daba demasiada cuenta de lo que sería el futuro junto a mi hija Florencia, que no tenía tresañitos. Mis

primeros meses en Buenos Aires comenzaron en un marzo "alerta naranja". Siempre llevaba conmigo un cochecito tijera para Flor, esa mujer que conserva intacta en sus ojos la ternura de aquella niña. Mentiría si recordara que algún vehículo privado, de alquiler o mucho menos un colectivo nos cediera el paso. También los derechos del peatón estaban cercenados.

Lo que más me costó, y no sólo a mí, fue creer a pie juntillas que esta vez la historia oficial iba a escribir la propia Justicia, guionada por quienes fueron regando la memoria cada día, como la flor más preciada de este reino que hace mucho tiempo, como diría Álvarez Berlanda, sufrió en carne propia la barbarie. Pero para participar de ese milagro, había que estar entera. A nosotros no nos habían llevado, estábamos ahí para que lo increíble no se repitiera jamás. Rearmada, pegados casi todos los pedacitos, a posté por la vida.

Justamente sobre Bonadío recayó la investigación de los secuestros de aquellos militantes que regresaron al país con un voluntarismo desmedido en su objetivo: derribar a la dictadura. Si de cuentos se trata, cuando Bonadío se hace cargo del proceso, la causa permanecía en un sopor similar al de la bella durmiente. En 1997, la irrupción televisiva del sargento Nelson González, de quien ya me he ocupado, consiguió sacarla del letargo. En realidad nunca había despertado. En febrero de 1982, el CELS presentó un hábeas Corpus en representación de un grupo de familiares de las víctimas. En el documento se detallaba que, un mes más tarde de su regreso, es decir entre febrero y marzo de 1980, más de quince militantes habían sido detenidos por agentes de las Fuerzas Armadas, información basada en las ya citadas declaraciones realizadas por el general Costino Nicolaidis en un acto público, el 25 de abril de 1981. Pese a su anterior verbosidad, cuando le tocó declarar en enero de 1999 ante el juez Adolfo Bagnasco, en el contexto de la causa que investigaba la sustracción sistemática de los hijos de los desaparecidos nacidos en cautiverio, afirmó, muy suelto de cuerpo: "Durante mi comando no hubo desaparecidos ni lugares secretos de detención".

Volviendo a Bonadío, ya había demostrado ser hombre al que no le tiembla la mano. En septiembre de 2001 andaba en su Audi por las calles de Villa Martelli cuando aparecieron dos asaltantes de poco vuelo, tanto que jamás hubieran podido imaginar que el señor de campera negra que bajaba del coche llevaba como siempre en la sobaquera una pistola Glock calibre 40. De haberlo sabido no habrían perforado el hígado de su acompañante y, por ende, no hubieran recibido los siete balazos que los dejaron bien muertos en medio de la acera. Tampoco vaciló cuando ordenó en diciembre de 2002 la captura de veintiséis militares, con Galtieri a la cabeza, a quien responsabilizó por asociación ilícita, reducción a la servidumbre y homicidio agravado por ensañamiento y alevosía, embargándoles bienes hasta cubrir la suma de casi cuatro millones de pesos. Hasta ese momento, el "general majestuoso" no había estado detenido en ninguna causa por violaciones a los derechos humanos. La pena es

que no tuvo tiempo para reflexionar acerca de los atroces crímenes cometidos: en enero de 2003 "se fue, pero para el otro lado", como definió alguna vez la suerte corrida por mí hermano el agente retirado de la policía de la provincia de Buenos Aires Raimundo Monsalvo, mientras señalaba el cielo. Galtieri no debe haber llegado tan alto, cuando se lo llevó un cáncer de páncreas a los 76 años, relacionado seguramente con la cantidad de whisky escocés consumido a lo largo de sus mejores años. La lista seguía con Carlos Suarez Masón, Pajarito, el ex jefe del Primer Cuerpo de Ejército, que en 1979 aseguró haber firmado entre 50 y 100 sentencias de muerte por día durante mucho tiempo, según se sinceró ante un representante diplomático estadounidense. A la sazón, el Pajarito cumplía prisión domiciliaria por su participación en el robo de bebés, hasta que se le ocurrió festejar los ochenta años en el club de sus amores, Argentinos Juniors. A partir de allí sus huesos fueron a parar al penal de Villa Devoto, aunque su nefasta existencia duró sólo un año. Murió a los 81. Otra prueba de la lentitud de la justicia. Por supuesto, la lista incluía al jefe del Comando de Institutos Militares de Campo de Mayo al momento de los hechos, general Cristino Nicolaides. Según el Cadenero González, como definió sus tareas este matarife promocionado por el inefable Mauro Viale, él dio la orden de fusilamiento de Ricardo en ese centro de exterminio. Como dije más arriba, Nicolaides también cumplía arresto domiciliario por el delito imperdonable de robar hijos ajenos. No podía estar ausente en la orden de arresto el Turco Julián, ya preso en el Penal de Marcos Paz por su responsabilidad en la apropiación y ocultamiento de la menor Claudia Poblete, y torturas y homicidio de sus padres, José Liborio Poblete y Gertrudis Hlaczik. Tampoco zafaron, por supuesto, los integrantes de la plana mayor del Batallón de Inteligencia 601, que coordinó el funcionamiento de todos los destacamentos de inteligencia y centros clandestinos del Ejército a lo largo del país. Uno de ellos, el tristemente célebre coronel Carlos Alberto Roque Tepedino: su atroz prontuario comienza entre 1975 y 1977, en la dirección de Inteligencia Interior de la SIDE, desde donde el Ejército supervisó y luego absorbió las estructuras y actividades de la Triple A. También comenzó allí la coordinación del Plan Cóndor con las dictaduras de Chile, Brasil, Uruguay y Paraguay. En 1978 y 1979, condujo el Batallón de Inteligencia 601 del Ejército. En 1980 y 1981 pasó a la Jefatura II de Inteligencia del Estado Mayor del Ejército. Se retiró en 1981 pero batió todo un récord de permanencia: continuó hasta la finalización de la dictadura como Director General de Seguridad Interior, en el Ministerio del Interior. Desde allí, intervino en la destrucción de archivos ordenada por Benito Bignone. Tepedino fue procesado por ese motivo, pero el canalla pasó a ser uno de los beneficiados por el indulto de Carlos Menem. Bonadío ordenó su detención por el homicidio con alevosía de Carlos Fassano y Lucila Révora de De Pedro. Lucila era ni más ni menos que aquel antiguo amor de Fito, el compañero de peripecias de Ricardo en el Líbano, que alucinaba con volver para salvarla de una muerte segura. Hubiera llegado tarde: el 11 de octubre de 1978 fueron vistos por última vez en el Olimpo. Ambos estaban muy mal heridos, ella con un embarazo a término, mientras que su hijo, Eduardo "Wado" De Pedro, estuvo desaparecido durante meses, hasta que fue devuelto a sus familiares, en Mercedes, a

esas tías de ojos tan celestes como los de Lucila. Cuando el juez lo captura, sabía muy bien que Tepedino había sido jefe del Batallón de Inteligencia 601 e ideólogo de la Operación Murciélagos.

Todos reportaban a la SI DE. Sólo la impenetrable fachada de Viamonte y Callao invitaba a cruzar de vereda, de tal peso eran las versiones que la circundaban. Sede de la principal unidad de inteligencia del Ejército, fue escenario físico de la masacre, aunque su accionar se remonta a los sesenta... Durante su declaración indagatoria, el excomandante de Institutos Militares, el condenado general Santiago Riveros, no se anduvo con vueltas: "Eran los especialistas en interrogatorios, los únicos que sabían hacerlo. Operaban en todo el país, vestidos de civil. Gracias a ellos se ganó la guerra". Del 601 dependían el grupo de tareas 2 y la Central de Reunión, cuya jefatura asumió el coronel Jorge Arias Duvalen marzo de 1979, bajo órdenes del coronel Tepedino. Ese año sucedió a Tepedino el coronel Jorge Alberto Muzzio, hasta que a fines del 81 por fin le tocó al coronel Juan Carlos Bellene, que había jugado de segundo del Batallón desde 1977, juntando méritos suficientes como para ser uno de los condenados en la causa. Como jefe de la Central de Reunión del Batallón, Jorge Arias Duval fue partícipe necesario de la desaparición de las 15 personas que dieron lugar a este juicio^{viii}.

La detención de todos estos personajes produjo más temprano que tarde una gran inquietud en el ámbito castrense, reflejada en algunos editoriales de la época. El Foro de Generales Retirados, una suerte de mafia desgastada por el tiempo, advirtió que por la decisión de Bonadío, "a priori se pone en tela de juicio el buen nombre y honor de miembros del Ejército Argentino responsabilizándolos de presuntos hechos ocurridos hace más de un cuarto de siglo, actualizando con ello la virulenta campaña que se inició el 10 de diciembre de 1983, para descalificar a las Fuerzas Armadas por su participación en la guerra provocada por el terrorismo subversivo". Tal vez su inquietud tenía que ver con el peligro de ver quebrado el macabro pacto de silencio que pegotea a la casta militar. Pueden estar tranquilos: los cobardes no hablan. Locuriosoesquesadiatriba no parece haber perdido actualidad en los tiempos que corren, cuando se alzan voces que pretenden mantener la impunidad para quienes no vacilaron en arrasar la condición humana de más de treinta mil compatriotas.

Lo cierto es que justo ahí al juez Sonadío se le metió entre ceja y ceja que los ex jefes montoneros Mario Eduardo Firmenich, Roberto Cirilo Perdía y Fernando Vaca Narvaja venían a ser partícipes necesarios del secuestro y homicidio de los integrantes de la Contraofensiva, por parte de las fuerzas represoras. Así, los dichos de Su Señoría parecían evocar la teoría de los dos demonios. O una manera de justificar las detenciones llevadas a cabo.

La historia se convirtió a partir de ese momento en una suerte de conspiración urdida entre la cúpula montonera en connivencia con el ilegítimo accionar de quienes

sí habían constituido una asociación ilícita que abarcaba a las cúpulas del Primer y Segundo Cuerpo de Ejército, más el Batallón 601 y las autoridades máximas de los Destacamentos de Inteligencia 123 y 20, y cadenas sucesivas que hasta hoy fungen intangibles, sin ningún remordimiento por eumplir con las aberrantes órdenes recibidas.

Vaca Narvaja fue detenido el 15 de agosto de 2003 mientras paseaba a su perro por el barrio de Floresta. Otro tanto le sucedió a Perdía mientras circulaba rumbo a su estudio en la calle Tucumán, justo frente a la comisaría que le inspiraba tanta seguridad. En cuanto a Firmenich, no bien supo que la Interpol había llegado en su busca al pueblo mediterráneo de Vilanova i la Geltrú, apeló a la astucia felina, y escapó por los techos del edificio hasta encontrar un lugar seguro frente a esta nueva jugada de su movido destino. García Márquez, en un reportaje al que ya aludí, lo preanunciaba: "Basta verlo una vez para comprender por qué es tan difícil descubrirlo, parece un gato enorme".

Fue su mujer, María Elpidia, la Negrita, quien tuvo que dar explicaciones a los vecinos, timbre por timbre: "A mi marido lo persiguen por razones políticas, y de ninguna manera por narcotraficante", debió defender por enésima vez a su consorte, palabras más, palabras menos.

El juez acusó entonces a los comandantes montoneros por haber ordenado una contraofensiva a principios de 1980 sin que estuvieran dadas las condiciones logísticas que garantizaran que sus miembros no serían apresados por los militares. No se expidió sobre la situación de Firmenich por encontrarse prófugo. La figura penal sobre la que se apoyó para el juzgamiento de Vaca Narvaja y Perdía se basó en el dolo eventual, es decir, que ambos deberían haber imaginado la posibilidad de que dichos "guerrilleros" fueran capturados y asesinados por la dictadura. También habló sobre el "dominio de voluntad" que habrían ejercido sobre aquéllos, convirtiéndolos en sumisos corderitos sin capacidad intelectual para evaluar el aciago destino que se cernía sobre ellos.

Yahíardió Troya.

La medida fue calificada duramente: desde "mamarracho judicial, con un sustento impresentable, salvo por maniobras políticas de la derecha vernácula" o la sensata apreciación de que tal responsabilidad no podía atribuirse a alguien como Vaca Narvaja, que ya había perdido una quincena de familiares directos a manos del terrorismo de Estado. Y la más sensata todavía: ¿sólo se trataba de jóvenes confundidos que obedecían órdenes que sus superiores habían consensuado con el enemigo? Para que no quedaran dudas, los ex dirigentes montoneros pidieron ampliar su declaración, y dejaron en claro que la muerte de los compañeros fue consecuencia única y exclusiva del accionar genocida del gobierno militar.

Aun admitiendo que hayan pecado de ceguera, miopía o soberbia, era inadmisibles adjudicarles el pecado de traición, sin ninguna prueba. Así lo entendió la Sala II de la Cámara Federal, que ordenó la libertad de Vaca Narvaja y Perdía luego de 68 días de arresto. Los camaristas declararon nulas por arbitrariedad las actuaciones de Bonadío, y dispusieron que se sorteara otro juez para la causa.

Después de estas lides, el rol de protagonista del juicio lo ocupó el impecable juez Ariel Lijo, quien tendría a su cargo dar el veredicto. Para entonces la causa tenía once cuerpos, lo que también puede leerse como dos mil doscientas fojas. De ahí saldría la sentencia contra los acusados. De aquella primera nómina desplegada por Bonadío, Galtieri y Suarez Masón tuvieron la suerte de morir la vieja usanza, en sus respectivos lechos.

A la cabeza de la lista: el general Cristino Nicolaidis, y a la zaga, con pedidode condena a 25 años de cárcel, los coroneles Julio César Bellene, definido en uno de los documentos desclasificados como representante "de la línea dura, y troglodita político"; Santiago Manuel Hoya; Jorge Luis Arias Duval, más conocido como Ratón o Arismendi, jefe de la Central de Reunión y del grupo de tareas, dependiente de Tepedino; Pascual Oscar Guerrieri, ex jefe de operaciones; Juan Carlos Guaico, jefe de la división Inteligencia General Subversiva; Carlos Gustavo Fontana y Waldo Carmen Roldán, miembros de la Central de Reunión; Antonio Herminio Simón, jefe del Destacamento de Inteligencia 123 de Paso de los Libres, y el Turco Julián.

Entre los acusados merece un párrafo aparte el siniestro Santiago Manuel Hoya. Con prisión domiciliaria en Mar del Plata durante los últimos cinco años, se lo conocía como Pancho o Villegas, aunque ante los secuestrados se hacía llamar Mayor. Perteneciente al riñón de Tepedino, provenía del Ejército, y luego de su retiro fue reincorporado como agente civil de Inteligencia. En ese rol integró el Batallón 601, y hasta llegó a viajar varias veces a Centroamérica para enseñar a los contras donde dolía más la picana, como el remedio más eficaz para destruir la condición humana. Todavía hoy, después de muerto, su recuerdo hace temblar a Silvia Tolchinsky, la mujer que sobrevivió no sólo por su entereza, sino para apuntar algún día su dedo acusador contra cada uno de ellos. Cuando al juez Lijo le tocó viajar a Madrid en agosto de 2007 para tomarle una nueva declaración testimonial, escuchó de sus labios: "Era sin duda un jefe. Siempre decían que a Hoya no lo mandaba nadie. Todos le tenían pánico, los detenidos y su propia gente". Ella no llegó a verle la cara. Estuvo todo el tiempo con vendas en los ojos, además de los grilletes y las esposas, pero lo escuchó muchas veces: "Tenía una voz muy autoritaria, con marcado acento cordobés". Fue Jorge Arias Duval el primero en sacarle la venda para que le viera la cara. "Ese día me propuso dar una conferencia de prensa para desmentir la existencia de desaparecidos". La segunda vez que lo vio le preguntó si le convenía comprar dólares, y no ocultó su prejuicio antisemita. "Sos judío, tenes intuición económica". Para los cabrones, que el prisionero fuera judío representaba una doble satisfacción,

reflejada en el continuo escarnio que sufrían.

Mientras tanto, en Buenos Aires la mayoría de los reos gozaba del arresto domiciliario. No podía faltar algún listo dispuesto a emular a Tepedino. En 2006 Pascual Ornar Guerrieri aprovechó la libertad de estar en casa para salir por lo menos cuatro veces a hacer diligencias, siempre a horas del mediodía. Quiso la suerte que sus andanzas fueran registradas por el equipo del programa de TV *Caiga quien Caiga*, que lo venía siguiendo mientras el coronel retirado tomaba el tren, un taxi o el más democrático colectivo 142, muchas veces con un bolso de tenis al hombro. En la última escapada, el exduro del Batallón 601, al darse cuenta de que lo seguían, fue a pedir refugio al Regimiento Patricios, donde alguna vez había sido tratado con pleitesía. Pero ahora sus pares se negaron a albergarlo. Más tarde, su explicación fue que "tuvo" que ir a una óptica a retirar unos anteojos. Tal vez se le ocurrió al recordar que Emilio Massera también fue deschavado en una óptica de Pueyrredón y Juncal, mientras la justicia le permitía disfrutar de la paz del hogar por tener más de setenta años. Para Guerrieri no hubo tantos miramientos. Hasta ese momento sólo tenía permiso para ir, custodiado, a caminar al Círculo Militar por prescripción médica. Pero el juez Lijo, ni corto ni perezoso, lo mandó a una cárcel común, la de Marcos Paz, donde no creo que pueda ejercitar su afición al tenis. A la sazón, el ex jefe de la Central de Operaciones del Batallón 601 también está implicado como autor de los delitos de privación ilegítima de la libertad y tormentos en quince casos, doce de los cuales terminaron en asesinatos, mientras comandaba el campo de concentración llamado Quinta de Funes. Casi una película lo de Guerrieri, fotografiado con un sombrero negro de ala ancha y una bufanda que le tapaba hasta los ojos. Yo me pregunto a un asesino como éste, no le da vergüenza salir a la luz del día, si es que hay un dios que lo mira desde arriba? Ellos creían que sí, y lo homenajearon todos los días con un tributo de sangre.

Pero ya estaban por empezar las primeras audiencias, y durante el juicio no podrían contar con la justicia divina. Iban a ser residentes en la tierra los que iban a juzgar por fin sus actos. Ahí íbamos a estar Daniel Genoud, hermano de Julio o Facundo, como lo reconocían sus compañeros, y yo, ambos en condición de querellantes, llevados de la mano por nuestra abogada, Carolina Varsky. Los dos pasamos momentos difíciles, cuando pensábamos que nunca iba a llegar ese día, y cuando llegó, teníamos demasiado triste el alma. Sabíamos que casi todos los imputados se habían negado a declarar, o en su defecto alegaban la obediencia que reclamaban esos manuales editados por el Ejército donde les enseñaban, como dijo el huidizo Guerrieri, a fusilary desapa recera sus víctimas.

El martes 10 de julio de 2007 fueron citados los primeros testigos. Los acusados no estaban obligados a asistir a las audiencias Tampoco lo habían solicitado. Recién el día de la sentencia, cuatro meses después, nos debimos conformar con verles la nuca sólo a algunos. Como la causa se tramitó según el código que rigió hasta 1991, el juez podría haber realizado las audiencias en su despacho según el antiguo procedimiento

escrito. Pero debido a la trascendencia del juicio, Lijo pidió la sala de audiencias de la Cámara Federal, y la Corte Suprema de Justicia se la concedió. No era para menos: se trató del primer fallo contra integrantes de las Fuerzas Armadas, después de la nulidad de las Leyes de Punto Final y Obediencia Debida.

La primera en declarar fue Claudia Allegrini, esposa de Lorenzo Ismael Viñas, hijo del escritor David Viñas y hermano de María Adelaida – secuestrada por el Ejército en el Jardín Zoológico a fines de 1976–. A Lorenzo lo desaparecieron el 28 de junio de 1980 junto al sacerdote Jorge Adur mientras intentaban salir del país en ómnibus diferentes. Cuando llegaron al puente internacional que une Paso de los Libres con Uruguayana fueron detenidos, se cree que del lado brasileño. De ahí se los condujo a Campo de Mayo, para finalmente "ser trasladados", un eufemismo que implicaba la muerte..

Después le tocó a Edgardo Binstock. Lo conocí aquí en Buenos Aires. En ese encuentro me contó muchas cosas sobre La Casita de Caramelo, donde estuvo Pitoca hasta ser entregada a los abuelos. Junto con su mujer, Mónica Pinus, habían sido los primeros anfitriones de los chicos que iban llegando, además de los propios, Ana Victoria y Miguel Francisco.

Tras un año en Cuba, ambos decidieron colaborar con el regreso de militantes a la Argentina. "Él viajó con sus hijos a Río de Janeiro, donde debían llegar horas después su mujer y Horacio Campiglia, integrante de la Conducción Montonera. Sin lugar a dudas, la inteligencia militar sabía de su llegada, y el encuentro nunca llegó a realizarse. Binstock y sus hijos, los tres con mucho miedo, esperaron algunos días hasta volverá México, para radicarse luego en Barcelona. Sin aquellos bigotes que empezó a curtir cuando egresó del Nacional Buenos Aires y un gris de ausencia en las sienes, el entonces secretario de Derechos Humanos bonaerenses, Edgardo Binstock, declaró ante el juez, fiscales y abogados que entre la documentación desclasificada por el Departamento de Estado norteamericano, se halló información sobre su esposa y Campiglia: ambos desembarcaron en Río de Janeiro, en un vuelo de Viasa procedente de Panamá, y luego fueron trasladados en un Hércules 130 directamente a Campo de Mayo".

Con más precisión el cable desclasificado dejaba sentado que "los brasileños otorgan su permiso y un equipo especial de argentinos voló a Río en un C130 de la Fuerza Aérea Argentina. Ambos montoneros fueron capturados vivos y volvieron a la Argentina en el C130. Estos dos montoneros están actualmente bajo custodia en la cárcel secreta del Ejército, Campo de Mayo" ix.

El miércoles 11 de junio amaneció frío. Los que me acompañaban propusieron ir a comer unas crujientes medialunas a un local aledaño al Palacio de Tribunales. La mano de mi hija Florencia siempre estuvo asida a la mía. Todavía no era consciente de

que ese día me tocaría a mí estar frente al estrado, de cara al juez. Tal vez por mis defensas ante un eventual desborde emocional, es poco lo que puedo recordar de lo que allí sucedió. Pero el primer sacudón me lo causó el recuerdo de aquel mismo recinto, cuando en 1985 tuvo lugar el juicio a las juntas: los palcos estaban colmados, no sólo por la prensa de todo el mundo sino también por quienes coreaban la vieja consigna: "Como a los nazis les va a pasar, adonde vayan los iremos a buscar", hasta que un silencio espeso fue ganando el espacio. Soñábamos que era nuestro Nuremberg, y el desaliento estaba ausente aún en nuestro andar. Treinta años después esa misma sala a la que otorgamos dimensiones casi épicas se veía en realidad tan pequeña, casi fantasmal, pese a no faltar la presencia de familiares y amigos. Cuando me ubiqué frente al juez Lijo, sentía a mis espaldas el abrazo que me hacían llegar los queridos Eduardo Jozami, Lila Pastoriza, los hermanos de Julio Genoud, Horacio Verbitzky, la contención de Laura Conte, la energía intransferible de Maco Somigliana y la autoridad de Eduardo Luis Duhalde, entre otros funcionarios de la Secretaría de Derechos Humanos. Me referí a esa operación de Inteligencia que los represores llamaron "Murciélagos", sobre la que hay suficiente información en páginas anteriores. Pero me cuesta traer a la memoria ese momento tan esperado, como si hubiera estado más cerca de los que no estaban que de los otros. Me sentía muy lejos, aunque supe que mis palabras llegaron a conmover hasta al juez. Sí recuerdo mis breves fugas del recinto a fumar un cigarrillo, o consolar a otro testigo y de paso recibir la ternura que nadie me escatimó.

Después declaró Víctor Bastera, ese valiente, con su porte de hombre dispuesto a capear todas las tormentas. Nos encontramos una vez en uno de los viajes de Carli Slepoy. No olvidaré nunca esa voz profunda, que en mi cabeza sonaba como la de Kurtz, hundidos los dos en el corazón de las tinieblas, mientras hablaba de "el horror". El sobreviviente de la ESMA relató que durante su cautiverio, a fines de 1980, dialogó con una mujer secuestrada por la Armada que figuraba en el mencionado listado con el nombre de "María", quien le relató que había sido capturada luego de ingresar el país en el marco de la Contraofensiva y que "en un momento dado la llevaron a Campo de Mayo y ahí le mostraron entre cuarenta y cincuenta compañeros, que los tenían ahí en el Comando de Institutos Militares, entre los que estaba Petrus", tal el alias utilizado por Horacio Campiglia, el mismo al que el Batallón de Inteligencia 601 secuestró en Brasil, según informes de los propios servicios. Todo indica que esta secuestrada, a la que llamaban María, había participado del atentado contra Juan Alemann, quien tuvo el privilegio de ver la situación de su enemiga, vendada, engrillada, a pasos de la muerte. Aquella noche en lo de Carli, yo le señalé que no era otra que Alcira, que había salido hacia Madrid con el beneficio del PEN. Conchabada para la Contraofensiva, ni siquiera pudo ir al Líbano porque su acentuada miopía le vedaba cualquier acceso a las armas. Siguiendo con su declaración, Bastera consignó que fue él quien tomó las fotos del segundo informe oficial elaborado por las Fuerzas Armadas donde constan los secuestros de los militantes montoneros que se investigan en esta causa. Se trata de un listado de 51

personas, que incluye el nivel alcanzado en la organización Montoneros y la fecha de cada secuestro, incluidos los cinco que interesan a esta causa. Sobre esa nómina trabajé intensamente a lo largo de este libro.

Remedando un grotesco de Discépolo, de Armando y no Enrique Santos, después coparon la escena el ex jefe de Policía de la Provincia de Buenos Aires, Eduardo Gargajo, y el jefe de personal del Batallón 501, Alfredo Jorge Hurrel. Sin tomar conciencia de que con sus dichos emulaban a esos personajes discepolianos, hundidos en el fango de la mezquindad, tapando la realidad con las manos, ambos negaron conocer las maniobras represivas. Hurrel hizo hincapié en la "división por pisos" que se manejaban de manera independiente dentro de la unidad militar. ¿Cómo escuchar en esas condiciones los aullidos de dolor que arrancaban sus colegas a puro cable pelado en el piso de arriba?

Al día siguiente, la madre de Gastón Dillon, desaparecido en 1980, fue escueta: "Quiero saber si lo tiraron al río, si lo mataron en Campo de Mayo y quiero que Nicolaides vaya preso", reclamó lo que no dejaremos de reclamar jamás: el derecho a la verdad. Nunca va a doler más que el silencio. Después testimonió el periodista Jorge Ornar Lewinger, que relató el secuestro de su cuñado Horacio Campiglia.

En la misma jornada, el juez Lijo escuchó cuatro testimonios pedidos por la defensa de los represores. Uno de los citados a testificar, compañero de promoción de varios de los reos, cuando se le preguntó por sus actividades concretas, dijo: "es difícil de explicar", y cuando el defensor de Juan Carlos Guaico le tiró una soga, tardó en contestar que sí, que eran administrativas. Otro subordinado señaló que lo suyo era elaborar estadísticas macroeconómicas, informes que Guaico siempre reportaba "para arriba".

El primer testigo ofrecido por la defensa de Guerrieri fue su ex subordinado, mayor retirado Jorge Alberto Puigdomenech. Alguna vez, en 1992, en un reclamo administrativo había acusado a su jefe de haber participado en "hechos aberrantes", refiriéndose a "la eliminación de subversivos arrojados vivos al Río de la Plata".

– ¿Y a qué tipo de hechos aberrantes se refería? – preguntó el juez Ariel Lijo.

– Actos ilícitos, que son moralmente inaceptables.

– ¿Por ejemplo?

– Secuestrar a alguien y hacerlo desaparecer.

Esta vez el abogado le dio la oportunidad de desdecirse, entonces argumentó que por entonces andaba "desesperado, mal anímicamente, sin asistencia legal, por eso puse cosas que no fueron reales". Después de prestar servicios en el 601 entre

1980y 1984, se retiró por una neurosis depresiva severa. Por supuesto, alegó que no estaba relacionada con actos de servicio.

Finalmente, había llegado el momento de nuestras testigos. Aproveché una de mis escapadas para verlas. De ambas se preservó su identidad por expreso pedido tanto de la madre como de la hija. Cuando encontré a ésta, me aseguró estar muy tranquila. Ya frente al juez, casi no dejó de llorar, mientras repetía lo hablado por las dos en aquella mesa de café. Sólo que el ámbito había cambiado, y ambas mujeres tuvieron que desandar el camino del miedo y desamparo con que la vida las puso a prueba treinta años atrás. Su madre, que antes temblaba como una hoja, cuando se comprometió ante el juez a decir toda la verdad y nada más que la verdad, empezó a hablar con una dignidad tan serena...

– Él era de contar sus hazañas tanto a su familia como a sus amigos. Conmigoera esquivo – fue una de sus primeras respuestas.

Cuando se le preguntó si vio o escuchó algo respecto a la detención o al secuestro de mi hermano, respondió:

– Una vez vino muy apurado, y traía una especie de caja que empezó a escarbar por los bordes. Cuando le pregunté, me dijo que tenía doble fondo. Encontró varios documentos, y entre ellos estaba el del chico Zuker con su foto. "Éste es el Patito, el hijo de Marcos Zuker", me dijo. Sé que era de él porque en un libro que leí está la misma foto.

Requerida sobre el destino del documento agregó:

– Creo que fue quemado. En el fondo de mi casa Madrid hizo una fogatay quemó varias cosas.

Luego se la indagó acerca de si recordaba a otras personas que participaban en lastareasque Madrid realizaba, lo negó:

– Nunca estuve enterada. Tal vez haya nombrado a alguien, pero hoy ya no lo recuerdo. Han pasado muchos años, y esa situación me generó problemas psicológicos. Mi desesperación era salir deesa situación. Por eso me fui con mi hija. Salimosdispa radas...

Todos escuchábamos atravesados por el horror deesas imágenes. Pero quedamos sobrecogidos ante una de sus últimas confesiones. "Un día, a la hora del almuerzo llegó otra vez manchado de sangre. Como estaba su familia, le pedí que se fuese a limpiar para comer. Yél dijo que no, que no se iba a limpiar porqueera el botín de guerra de ese día". Mientras un escalofrío recorría a todos los que estábamosahí, respondió una delasúltimaspreguntas:

– ¿Sabes si él aún vive?

– Supimos que en el año noventa y picóse pegó un tiro, dentro de Campo de Mayo...

No fue el único caso.

Finalmente llamaron a Lolo, tan alto sobre el estrado. Desde esa altura, su voz se hizo escuchar, narrando los pormenores del viaje, que yo había escuchado con la misma fruición con que se goza de una buena *road movie*. No me voy a olvidar nunca de sus últimas palabras: "El Pato tenía la misma confianza de siempre en la causa que venía llevando adelante". Esperé que firmara su declaración para poder abrazarlo, lo mismo que a las otras testigos. Habíamos vivido el último día de las audiencias previas a los alegatos y el veredicto, y admito que estaba muy conmovida. Cuando apareció Lolo, tuvimos un valioso "cambio de figuritas" acerca de las emociones que atravesaron nuestro ánimo a lo largo de esos días.

Estaba tranquilo:

– Son cosas que uno cree que son necesarias en la vida, con las que hay que cumplir. Aunque se sienta que no es suficiente, pero tampoco hay mucho más por hacer. Para mí, tiene el doble gusto de poder aportar algo, aunque sirva para poco. Pero más que nada dudaba sobre si realmente interesaban los sentimientos que uno podía tener por un compañero – explica, y sigue dando una vuelta de tuerca – : Quisiera que les dieran penas máximas a todos. Fueron asesinos, y lo peor es que se siguen jactando de haberlo sido. No hay en ellos ni un asomo de arrepentimiento ni de reflexión sobre todo lo que hicieron.

– ¿Y ahora qué viene?

– Seguir construyendo memoria. Hay mucha gente que ha olvidado cosas y otros que no quieren recordar. Uno puede estar de acuerdo o no, pero cada uno sabe qué hace con su conciencia. Estos tipos han vivido treinta años de *upá*, y pudieron llegar a la vejez sin mayores sobresaltos. Nunca terminarán de purgar sus penas, pero para eso tenemos que mantener el alerta encendido. Es en nuestra memoria y al compás de nuestras propias historias donde agasajamos a los compañeros que se fueron, y qué tanta falta hacen a cada momento de la vida...

A ese abrazo siguieron muchos, con Carolina Varsky, con el fiscal, con los amigos, sin dejar de pensar qué distinto hubiera sido todo si las víctimas hubieran tenido un juicio justo, como el que ahora beneficiaba a sus verdugos.

El Palacio de los Tribunales nos volvería a convocar el 11 de diciembre, casi cinco meses después, ya en los estertores del 2007.

Mientras tanto seguía la vida, y con ella los recuerdos: la memoria deconstruyendo el pasado. Una noche me puse a releer *El Tren de la Victoria*. Recuerdo que prendí un cigarrillo, uno más de los que encendía en el día. Y de repente sentí que el humo deformaba las letras, como si fueran lágrimas; que la bruma invadía todo, y que un viaje interior me llevaba una vez más hacia el vientre materno.

Cualquiera que me conoce sabe de la facilidad con que me monto en una obsesión. Dejé el libro, apagué el cigarrillo, y me subí un banquito para sacar el meneado álbum con las fotos familiares. Mamá, en casi ninguna de las fotos, aparecía fumando... Sólo en una se veía un cenicero humeante, pero no podía adjudicárselo, habiendo otras personas a su alrededor. Sin embargo, ella aspiraba nicotina todo el tiempo: Jockey Club, aunque no podría jurar que alguna vez no fueron Saratoga, o hasta algún Chesterfield, indefectiblemente rubios. Siempre pensé que el cigarrillo fue el mejor compañero de su vida. En definitiva, había sido una mujer golpeada hasta quedar en el rincón. Entretanto, tanto mi hermano como yo crecimos en medio de esa nube, caminando sobre una realidad color ceniza. Pero él nunca fumó. Tampoco Zuker.

Treinta años después, mientras se acercaba el final del juicio, empecé a mirar el pasado a través de las volutas del tabaco, y a escuchar de una vez por todas lo que mi cuerpo se obstinaba en decir en sordina, salvo en las mañanas, cuando la tos seca comprimía mis pulmones. En realidad, además del precoz humo materno, yo no había dejado de fumar a lo largo de más de treinta años, y la presión de esos días sólo fortalecía la adicción.

Sumida en esa introspección, pero con todos los sentidos puestos en los meses que faltaban para el fallo, logré sobrellevar esa sensación extraña que comenzaba a perturbarme. Durante muchos años la muerte había pisado mi muerte y la de mis ausentes, pero la saga debía continuar...

Así llegamos al 11 de diciembre de 2007, día en que se dio lectura a los alegatos. "En esta instancia culmina la etapa plenaria en la que fueron juzgados Jorge Luis **ARIAS DUVAL**, Juan Carlos **GUAICO**, Carlos Gustavo **FONTANA**, Pascual Oscar **GUERRIERI**, Santiago Manuel **HOYA**, Cristi no **NICOLAIOES**, Wa Ido Carmen **ROLDAN** y Julio Héctor **SIMÓN**. Están acusados de los delitos de desaparición forzada, tormentos y reducción a servidumbre que tuvieron por víctimas a Julio César **GENOUO**, Verónica María **CABILLA**, Ángel **CARBAJAL**, Lía Mariana Ercilia **GUANGIROLI**, Ricardo Marcos **ZUKER** y Silvia Noemí **TOLCHINSKY**", rezaba el documento en su encabezado.

El fiscal abundó sobre la epopeya vivida. No fueron menos drásticos los términos de la querrela. Empezaron por hacer hincapié en el tiempo transcurrido: "Los hombres de Inteligencia del Ejército eran absolutamente conscientes del destino final de sus víctimas, que no era otro que el asesinato perpetrado en la clandestinidad

y el ocultamiento de los cuerpos con el objetivo de vivir impunes el resto de sus días... Tan mal no les fue, Su Señoría, pues recién los estamos juzgando 30 años después".

"Celebremos que se haga justicia, pero llega tarde", señalaron, mientras Carolina Varsky fue dejando en claro las responsabilidades específicas de superiores, oficiales, suboficiales y civiles que fueron piezas esenciales del accionar del aparato represivo. También de los centros clandestinos donde se interrogaba a los secuestrados, y de quienes, desde las sombras, procesaban la información arrancada en las mesas de tortura. Recién entonces se redactaban los informes que servirían para que a lo largo y ancho del país fueran cayendo los blancos elegidos, "tragados por la espesura de la selva", como no hace mucho gráfico el deleznable general Bussi.

No éramos muchos los que estábamos esa mañana, pero en todos nosotros aún retumban las palabras que dieron cierre a la lectura que no eludió pruebas ni constancias: "Los crímenes que se juzgan en esta causa deben encontrar su justa sentencia. Si bien nada reparará los daños causados, deberá recorrerse el camino de la Justicia para restituir la supremacía del Derecho sobre la barbarie, la supremacía del Estado de Derecho sobre el terrorismo de Estado, la supremacía de la humanidad sobre los crueles actos inhumanos. Así lo exige el derecho internacional y el derecho interno, así lo exige la Justicia, así lo exige la conciencia universal de la humanidad. Así lo exige la sociedad argentina".

Sólo restaba la sentencia. El martes 18 de diciembre de 2007, poco después de las cuatro de la tarde, ingresaron a la sala Waldo Carmen Roldán, Pascual Guerrieri, Carlos Gustavo Fontana, Jorge Luis Arias Duval y el policía Julio Simón, único que vistió camisa rosa, tal vez para diferenciarse del resto de militares, formalmente trajeados. No habían llegado a esa instancia el ex subjefe del Batallón y jefe desde 1981, Julio César Bellene, que murió el 19 de octubre, ni tampoco su antecesor, el coronel Mussio, muerto en prisión en 2001. Los otros tres acusados, Cristino Nicolalde, Juan Carlos Guaco y Santiago Manuel Hoya, faltaron a la cita: sus defensores adujeron razones de salud. El único en tomar la palabra fue Guerrieri, cuando Lijo les dio la posibilidad: "Rechazo el término represor. Nosotros fuimos soldados pagados por este pueblo que está atrás y a los costados. Salimos a poner orden. No tenemos caras de asesinos, tenemos cara de soldados que cumplieron con su deber", dijo blandiendo el micrófono como si se tratara de un arma mortal. La pobreza de su declaración aumentó los bríos de Lijo, que a lo largo de 300 páginas no dejó nada librado al azar: los secuestros de Julio César Genoud, Verónica María Cabilla, Ángel Carbajal, Lia Mariana Ercilia Guangiroli y mi hermano Ricardo, que continúan desaparecidos, fueron declarados crímenes de lesa humanidad. Por estos crímenes, Nicolalde, Arias Duval y Santiago Hoya recibieron 25 años; Guaco, Roldán y Simón, 23; Fontana, 21 y Guerrieri, 20.

Mientras Lijo leía la declaración de Silvia Tolchinsky sobre el Turco Julián, éste

sonreía como una hiena. Seguro recordaba lo que para la víctima era algo difícil de transmitir: el agobio del miedo. Esos días que la vigiló cuerpo a cuerpo en Paso de los Libres, el trato vejatorio y humillante: "Una vez detuvo a un micro de un colegio judío y clavó alfileres en las fotos de los documentos de los chicos. Decía que creía en la magia negra. Era repulsivo, y a mí me daba muchísimo pánico. Un día, en Paso de los Libres, me mostró una foto de mis hijos tomada desde adentro de la casa de mi suegra, como para demostrarme que él podía llegar a cualquier parte" Mientras, sonreía satisfecho de haber sobrepasado los límites del dolor humano.

Después de la sentencia, hubo aplausos, y más abrazos, y más lágrimas. Pese a todos esos años e investigaciones realizadas, seguíamos sin saber qué habían hecho con nuestros seres queridos, y ese dolor sólo concluye con la muerte. Mientras los condenados salían de la sala se escuchó un grito: "En la cárcel se van a morir".

Dos días después, murió en el Hospital Militar el temible Santiago Manuel Hoya. Tenía 83 años, y había sido trasladado desde Mar del Plata para la entrevista de rigor con Lijo, antes de la sentencia. Llegó con un bastón, se dedicó a relatar su larga carrera militar. Incluso contó de su negativa a adiestrar un pelotón en Israel. Después fue internado en el Hospital Militar. Tras la condena a 25 años, hubiera salido en libertad en 2027. Con él se fueron tantos misterios que seguirán desvelándonos, frente a una módica compensación: fue condenado antes de morir.

Antes, en septiembre de 2007, luego de cuatro años prófugo, fue detenido el sargento ayudante retirado Alfredo Ornar Feito, alias Cacho o Speziale, ex miembro de la Central de Reunión de Contrasubversión del Batallón de Inteligencia 601 del Ejército. Tenía 61 años, había llegado al Batallón en 1977, y en 1980 fue el primer interrogador de Silvía Tolchinsky, secuestrada en septiembre al intentar salir del país. Bonadío ya había pedido en 2002 su detención a la Policía Federal, que se cuidó mucho de no cumplir con su cometido, pero la persistencia de Lijo encaminó la búsqueda. También lo había solicitado Daniel Rafecas por sus andanzas en el Banco y el Olimpo. Fue Gendarmería la autora del hallazgo. Los años también habían pasado para él. En las primeras fotos que acercaron al juzgado aparecía un hombre pelado con barba, muy distinto al que figuraba en el legajo del Ejército. "El martes 17 de septiembre, cuando salía de un edificio de San Isidro, se entregó manso a su destino inexorable", remata su crónica el periodista Diego Martínez en *Página/12*.

De 2008 en adelante el primero en ser atrapado fue Jorge Oscar Baca, otro civil especialista en interrogatorios que fue secretario de Arias Duval. Llamado en la jerga Negro Boyé, espera su condena definitiva en la cárcel de Marcos Paz.

Tras 30 años, le tocó a Carlos Eduardo Somoza, ex integrante de la Central de Reunión del Batallón, como resultado de su identificación mediante una investigación de la Secretaría de Derechos Humanos. Fue la SIDE la encargada del operativo, que

culminó con su detención en una finca de Ituzaingó. Con apenas 56 años, formado en Gendarmería, estudió la carrera de fotointérprete en la Universidad del Salvador, Somoza es el apellido real del interrogador que se hacía llamar César Ernesto Segal, con los apodos de Gordo o Fito. Segal era el famoso "Gordo 2", mencionado como uno de los principales torturadores de Campo de Mayo. No se trata de "alias" ni "nombres de guerra", son "NOMBRES DE REGISTRO": la coincidencia de iniciales entre nombre real y de cobertura es una obligación impuesta por la Ley de Personal Civil de la SIDE y los servicios de Fuerzas Armadas.

Tanto Baca como Segal sumarán a sus crímenes el cargo de reducción a la servidumbre ya que ambos fueron responsables, como miembros del Batallón, de interrogar y avasallar la dignidad de la principal testigo de esta causa.

Por último, cayó alguien cuya cara ya era bastante conocida para algunos: Julio César Cirino, cuyo sosias, mientras ejercía en la Central de Reunión del 601, era Jorge Contreras. Había conseguido mantener anónima su identidad, descubierta tras una investigación que encabezó el Archivo Nacional de la Memoria. Durante la dictadura, con ese alias, Contreras actuó como un "enlace" más con la embajada de los Estados Unidos, según surge de los documentos desclasificados en su oportunidad por el Departamento de Estado. En ese marco, proporcionó nombres de personas secuestradas por el Batallón 601 de Inteligencia del Ejército, entre ellas mi hermano Ricardo, harto conocido por portación de apellido famoso. País generoso, al término de la dictadura y por su condición de agente de la Secretaría de Inteligencia del Estado, Cirino fue designado durante el gobierno de Carlos Menem, en 1993, como secretario en la embajada argentina en Washington hasta 1998. Cirino, de 58 años, que se recibió como profesor de Historia en la Universidad del Salvador en 1972, se desempeñaba actualmente como analista internacional con participación en programas televisivos y daba numerosas charlas en el paisy en el exterior sobre seguridad, tema sobre el que escribió varios libros. Tampoco se privó "el profesor", como algunos lo mentaban, de integrarse a la Fundación PENSAR, que tan malamente nutredecuadrosal PRO.

Lo cierto es que su periplo por los círculos áulicos finalizó en noviembre de 2008 cuando salía de un gimnasio del que era *habitué en* el barrio de Recoleta. Detenido por orden del juez Lijo, y tras su negativa a declarar, quedó alojado en el pabellón de presos por delitos de lesa humanidad del penal de Marcos Paz.

El de los agentes civiles de inteligencia es un tema sobre el que vale la pena reflexionar, sin llegar a ponerse paranoicos. ¿Por qué, de dónde salieron tantos miembros de esa cofradía de espías? Compañeros de facultad, parroquianos del mismo bar, profesores, familiares de víctimas a las que no le tembló el pulso para entregar a sus hermanos de sangre, infiltrados en fábricas, sindicatos y organizaciones sociales, siempre listos para abandonar a la muerte a su próximo prójimo. Y la mayoría

de ellos siguen en el anonimato. No se conocen sus caras, no nos dan siquiera la oportunidad de saber porqué eligieron ser Caín, sin que mediara un odio personal hacia la víctima, más allá de su condición de "subversivo", en cuyo nombre se cometieron tantos crímenes. Y debe haber tantos con los que nos cruzamos cada día por las gastadas baldosas del país...

Más allá de esta concupiscencia, el caso de todos estos nuevos detenidos por el juez Ariel Lijo se encuentra en proceso de indagatoria, y sólo un cataclismo moral podría evitar que alguno de estos malhechores reverdezca sus hazañas.

Y como para eso hay que mantener las fuerzas intactas, en marzo de 2008, mientras mi cuerpo pedía a gritos que escuchara sus gritos y susurros, decidí hacerme una radiografía de pulmón. El 18 de agosto de 2008 me extrajeron el tumor que se había enseñoreado en mi pulmón izquierdo, ya bastante ajetreado por enfisemas y otras yerbas.

Ahora, mientras cierro el largo – y seguramente provisorio– epílogo de esta saga, vuelvo a estar en situación de peligro. Un nuevo invasor, una nueva operación, otra odisea que se obstina en llevarme hacia otro mundo, mientras yo porfío por quedarme de este lado.



“Desde que conozco a Cristina Zuker me conmueve la obstinación con que persigue un fantasma: el de su hermano Ricardo o el Patito, como lo conocieron sus compañeros de militancia en la UES y en la JUP de Derecho, detenido desaparecido desde el 29 de febrero de 1980, cuando tropas del Ejército lo secuestraron durante una cita”.

Horacio Verbitsky

Una obra indispensable para el debate sobre el rol que le cupo a la conducción montonera que ideó la Contraofensiva. A través de recuerdos personales, entrevistas con sobrevivientes y documentos, la autora bucea con inusual profundidad en las motivaciones de quienes sacrificaron sus vidas en aras de un proyecto político en el que habían dejado de creer. El título reproduce una expresión con la que Roberto Perdía reclutaba militantes para ingresar en forma clandestina al país subyugado por la dictadura militar. No debían perder “el Tren de la Victoria”, les decía en las narices de los servicios de informaciones sembrados en las colonias del exilio. La prosa directa de Cristina Zuker se sostiene en una sabia estructura narrativa.

Cubre un arco de casi un siglo, desde la llegada de los inmigrantes polacos y andaluces que formaron la familia hasta el estremecedor desenlace al cabo de cuatro generaciones. Relata las historias más dolorosas de la intimidad familiar con una sinceridad asombrosa, propia de los grandes momentos de la literatura.

Esta edición corregida contiene un nuevo capítulo, “Treinta años después”, un largo – y seguramente provisorio– epílogo de esta saga.

Notas

i Elvio Vitali murió el 16 de febrero de 2008 a los 53 años tras una larga enfermedad. Luego de su velatorio, el cortejo pasó ante la Librería Ghandi, hoy cerrada definitivamente.

ii Lito Espinosa murió en 2005. Antes fue guionista de varias películas, entre ellas *El polaquito* y *Adiós, Roberto*.

iii Daniel Schiavi es funcionario del Espacio para la Promoción y Defensa de los Derechos Humanos, que funciona en el predio de lo que fue la Escuela de Mecánica de la Armada.

iv Osvaldo Nemirovski es en la actualidad Coordinador General del Sistema de Televisión Digital Argentina.

v Eduardo Epsztejn actualmente es diputado de la Legislatura porteña, y presidente del Bloque Diálogo por Buenos Aires.

v Hoy Carlos Bettini Francese es el embajador argentino ante España.

vi Mario Montoto hoy es un fuerte empresario dedicado, entre otras cosas, a la venta de equipos y servicios bélicos. También tiene una revista, *DEF*, especializada en temas de Defensa, editada por Taeda, firma que ha inaugurado una colección de libros con una biografía del general Manuel Nicolás Savio, el creador de Fabricaciones Militares e impulsor de la siderurgia. Al frente de la revista se halla el coronel (R) Gustavo Gorriz, militar especializado en prensa desde los tiempos en que trabajaba en esa área para el jefe del Ejército y actual embajador en Colombia, teniente general (R) Martín Balza...

vii Nicolás Castillo murió el 9 de octubre de 2008, dejándonos muy sotos.

viii Esto fue revelado hace dos décadas a la CONADEP por el agente de inteligencia

del Servicio Penitenciario Federal, Néstor Cendón, prófugo hasta hace pocos días. Lo encontraron en Santa Teresita. Sabía que le pisaban los talones. Según sus dichos, el Operativo Murciélagó fue concebido por el teniente coronel Jorge Luis Arias Duval, al que Bonadío tardó más de un año en detener, lo mismo que a su superior, coronel retirado Juan Carlos Bellene. A los 70 años Arias Duval fue localizado por efectivos de la Unidad de Investigaciones Antiterroristas mientras paseaba por Palermo, seguramente protegido por un largo tendal de impunidad. Tepedino también: favorecido con la prisión domiciliaria por tener más de 70 años, el periodista Diego Martínez lo vio salir de su domicilio del barrio de Flores. Al día siguiente otra vez, en esta oportunidad a bordo de un Peugeot bordó, en musculosa, pantalones cortos y anteojos negros. Cuando fue increpado por Martínez no tuvo reparos en pedirle "compasión", y hasta le dijo: "Yo le puedo contar muchas cosas. Usted podría escribir un libro con todo lo que le puedo contar". Pero no habló. Sea como sea, este hombre pasó a ser juzgado en la causa Olimpo por el asesinato de Lucila y Fassano (compañero de Ricardo en la Facultad de Derecho), y en la de Campo de Mayo, acusado de interrogar a secuestrados como miembro de la Central de Reunión del Batallón de Inteligencia 601. Mientras tanto, al presidente del CELS, Horacio Verbitsky, no le faltó bravura para denunciar sus correrías en la crónica publicada el domingo 9 de febrero de 2003 en el diario *Página/12*.

ix Éstos son uno de los tantos papeles que vuelven a desenmascarar el trabajo conjunto de las fuerzas represivas del Cono Sur. Sobre esta santa alianza existe una voluminosa causa donde buscan terminar de esclarecer la operatoria, ya cabalmente probada. A ella se remitieron los casos de Lorenzo Viñas y el padre Jorge Adur, aquel que casó a Ricardo y Marta durante una lúgubre ceremonia en Madrid. También se juzgarán en esta causa las responsabilidades que se aliaron para desaparecer a Horacio Campiglia y a Mónica Pinus.

* El cuerpo de abogados de los represores estaba formado por Severino Escribano, defensor de Nicolaidés; Pablo Antonio Moret, defensor de Juan Carlos Gualdo; mientras que Waldo Carmen Roldán y Carlos Gustavo Fontana eran defendidos por Jorge Ignacio Bulló Perea, una especie de todo servicio de Tepedino y Cía. Lo que se dice un cuadro. La defensa pública estuvo a cargo de Juan Martín Hermida para Julio Héctor Simón, y Verónica Blanco, asistiendo a Julio César Bellene, Luis Jorge Arias Duval y Santiago Manuel Hoya.